

M A R B . P R A T

LA PICAZA DE LOS DOS HOYUELOS



Grayton
La saga de Los Zuccarelli

La picaza de los dos hoyuelos

Saga de *Los Zuccarelli*, Grayton

MAR B. PRAT

Todos los derechos reservados. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes, acontecimientos, organizaciones y entidades son productos de la imaginación de la autora o se usan de forma ficticia.

Advertencia: Esta historia en ocasiones puede contener lenguaje fuerte y descripciones explícitas de escenas de violencia. La autora no pretende ofender a nadie ni causar ningún tipo de

daño a los lectores.

Libro no recomendado para menores de dieciséis años.

Escrito, corregido, maquetado y editado por Mar B. Prat.

Diseño de cubierta: Mar B. Prat

Primera edición en digital: 20 de junio de 2024

Primera edición en papel: 20 de junio de 2024

Copyright © 2024 Mar B. Prat

Todos los derechos reservados.

SINOPSIS

Grayson Luzio sí cree en eso de que los polos opuestos se atraen, ¿pero tanto? En uno de los veranos más caóticos de su vida, y con incesantes problemas que trascienden su entorno más cercano, conoce a Remington van den Heever. Su inegable e instantánea atracción hacia él le desconcierta porque no comprende por qué se siente atraído por este chico. Y desgraciadamente no sabe gestionar sus sentimientos y el resultado de ello resulta desastroso en más de una ocasión. Siempre ha sido el malcriado, caprichoso y distante favorito de Jaxson Zuccarelli, algo que ha aprendido a usar a su favor, pero Remington puede ver quién es él sin todas esas máscaras que usa para protegerse.

Remington van den Heever quiere entrar en las familias. Su amigo Gianmarco Moretti le avisó de que sería un proceso complicado porque su vida está a punto de cambiar y deberá aceptar hasta las últimas consecuencias de ello. También le dijo que se preparase para el rechazo asegurado de Grayson Luzio. Pero Remington sabe que Grayson Luzio es cofundador de un proyecto tan especial como el programa Sky, lo que en primer lugar le animó a dar este giro a su vida. Si algo aprendió con la muerte de su hermana es que debes aprovechar cada instante y cada oportunidad para luchar por lo que tú quieres. Después de un primer encuentro con Grayson que es un desastre, Remington quiere conocer al verdadero Grayson Luzio y en el que no puede dejar de pensar.

NOTA DE información importante

No sigas leyendo si no has leído *El vals del ángel de esmeralda*:

En el duodécimo libro de la saga de *Los Zuccarelli* conocimos a Remington van den Heever y rápidamente descubrimos la conexión que tiene con Grayson. Este es un libro que escribí después de acabar *El vals del ángel de esmeralda* con momentos de interacción entre Grayson y Remington. La mayor parte de lo que vais a leer ya lo habéis leído a través de los ojos de Eleanor, por lo que naturalmente nos perdimos muchísimo de cómo empieza la historia de Grayton. En este libro vais a poder ver cómo se conocen Grayson y Remington, interacciones entre ellos que no se detallan en *El vals del ángel de esmeralda* (algunas de ellas porque Eleanor ni siquiera las conoce), el gran final con el que despedimos el duodécimo libro de la saga y un epílogo extra que funcionará como puente para el décimotercer libro de la saga de *Los Zuccarelli* y que se publicará el próximo 20 de julio de 2024.

Por cuestiones obvias, os recomiendo que antes de leer *La picaza de los dos hoyuelos* os leáis *El vals del ángel de esmeralda*. Este libro es un libro puente entre los libros 12 y 13 de la saga. Por este motivo os recomiendo que lo leáis antes de saber cómo sigue la aventura de la familia Zuccarelli, porque además vais a leer algunas cosas que os dará pistas del libro 13, de forma evidente o sutil que ya me conocéis, y creo que así disfrutaréis más del nuevo libro de la saga.

A lo largo de estos años el personaje favorito por excelencia ha sido Grayson y todos hemos sido testigos de su generosidad y sus excentricidades. Es su momento para brillar y escribir este libro fue una maravilla y un auténtico regalo.

Os deseo una feliz lectura a todos y gracias siempre por vuestro apoyo.

Recibid un fuerte abrazo,

Mar B. Prat

*Para todos los que llevamos doce libros
deseando la felicidad de Grayson.*

capítulo 1

El primer encuentro

Grayson

Soy el favorito de Jaxson Zuccarelli. Presumo de ello y me aprovecho en cada ocasión que tengo, pero en más de una ocasión ser el favorito tiene consecuencias muy negativas. Hoy es uno de estos días, sobre todo porque Zucca no ha estado a mi lado cuando alguien ha insinuado, y no de forma sutil, que fundé *Grace Magazine* para entretenerme un rato y gastar el dinero de mi hermano. Seguramente Zucca les hubiese respondido esto: *Grayson sí se entretiene un rato con la revista porque tiene demasiada ambición como para centrarse en un solo proyecto, y sí gasta muchísimo dinero, demasiado quizás, Sky, pero lo hace con un gusto exquisito. De hecho, aprovechando la ocasión, les recomiendo que le contraten para redecorar esta oficina tan poco acogedora y no se molesten en intentar colaborar con Grace porque no vamos a aceptar su propuesta. Feliz día.*

Pero Zucca no está. Bueno, está a un par de horas en coche, pero la mitad de las veces no parece ni él. Ahora es Joe, para que Vittoria Milazzo pueda tener esa paz que ha anhelado durante años y que no le dieron. Ser el favorito también implica apoyarle en todo, en casi todo, pero admito que esta vez es difícil. Vivir sin Zucca es difícil.

Cuando ya no puedo ni respirar, le pido a Wilson que detenga el coche en cuanto pueda porque quiero bajarme.

— ¿Está seguro de que quiere detenerse aquí, señor Luzio? —me pregunta Booker, sentado a su lado.

—Por favor —pido con un nudo en mi garganta.

Y él mismo sale del coche para abrirme la puerta a mí. Tiro de las asas de las bolsas, porque ahora me doy cuenta de que ni siquiera las he soltado, y salgo del coche. La repentina pérdida del confort del aire acondicionado no me molesta. Huelo la sal del océano, aunque no es el olor predominante.

— ¿Quiere que guarde sus bolsas, señor Luzio? —me ofrece Booker.

—No, gracias —le respondo—. Voy a acercarme a la playa.

—Por supuesto, señor —me corresponde y asiente con su cabeza.

Me gusta Booker porque mantiene su distancia, y no me importa que me siga con su móvil pegado a su oreja. Sé que los dos llamamos la atención, especialmente en un sitio como este, pero me acerco al enorme paseo marítimo para ver el océano. Ugh. Quizás tendría que haberme detenido en otro sitio. Esta playa... es asfixiante. Hay demasiadas cosas: el servicio de alquiler de kayaks; los camiones de comida que, francamente, no huele nada bien; surfistas que se pelean por las olas; y los jubilados en la arena para poder meter su toalla en algún sitio.

—Señor Luzio —me llama Booker discretamente.

Cuando le miro, noto que está fijándose en alguien más. Y me giro para ver qué es lo que le preocupa. Oh, vaya. Un poco más allá, en medio del paseo marítimo, hay un tío que nos mira fijamente. Un par de señoras que cargan con sus enormes bolsas de playas tienen que rodearle y le miran mal por estar allí sin moverse. Él nos mira fijamente... a nosotros.

— ¿Quién es? —le pregunto a Booker en un susurro.

—No lo sabemos, señor —me responde—. ¿Quiere que...?

El chico se aleja entonces y ahora soy yo quien le miro indiscretamente. Él no solo ha llamado la atención de Booker, por lo que seguro que ha sido el primero en mirar demasiado. Y el chico destaca como nosotros. En primer lugar porque es alto. En segundo lugar porque tiene un montón de tatuajes cubriendo una gran extensión de su cuerpo. Y por último porque su ropa es de un color llamativo, y realmente horrenda. Pero horrenda de verdad. Puedo comprender la necesidad de un buen calzado para practicar deporte, especialmente en los deportes de impacto porque él parece que viene de una carrera. Lo que no comprendo es la necesidad de que las zapatillas para correr sean de colores llamativos y en una combinación completamente antiestética. Quiero decir, los cordones en color llama, fosforito además, con el azul majorelle y la punturera en verde irlandés no combinan. Es así. Y lo peor es que el resto de su ropa tiene colores así de estrambóticos, y que ni siquiera son los mismos. El pantalón corto, bastante corto, tiene un corte que yo no me pondría, pero hasta yo sé que es más aerodinámico para correr. El color chaleco reflectante en amarillo es lo que no tiene sentido alguno. Y sí, también sé que esos colores se usan para la seguridad de los atletas en horas de luz reducida. Son las diez de la mañana y esto la costa sur de California... oh, vaya. De acuerdo, no importa el color chillón, el tío tiene un buen culo. Se detiene junto a esa cafetería que desprendía el olor a café barato, y muy probablemente aguado, y gira su gorra hacia adelante antes de mirar algo en su móvil. Admito que la gorra, sorprendentemente negra, le queda bien de todas formas. Y el tío está cargado de tatuajes. Su brazos... bueno, la camiseta blanca está demasiado usada, lavada y cubre poco de su... Oh, y ahora limpia el sudor de su mejilla con el borde de su camiseta. Francamente, asqueroso, pero también... sexy.

— ¿Señor Luzio?

Y ahora Booker me ha pillado observando con demasiada atención a... espera, ¿tiene una picaza tatuada en su bíceps?

—Dime, Bookers —respondo obligándome a alejar mi mirada de... sí, definitivamente es una picaza.

— ¿Cómo prefiere que proceda, señor...?

—Está bien, solo quiero tomar el aire. Muchas gracias —le agradezco.

Reconozco su mirada porque llevamos juntos unos días ya. Y sé que va a contarle más tarde, o que está confundido, porque yo precisamente no vengo a tomar el aire... aquí. Pero me busco un banco, y no me importa que los que tengan vistas al océano estén ocupados. El que está bajo la triste sombra de una palmera ya me parece una buena opción... más o menos. Ya llamo demasiado la atención con mi ropa, mis bolsas y Booker siguiéndome, pero me cuesta no sacar un pañuelo y mi gel antiséptico de manos para limpiar un poco, esto. *Johnny & Martha 4ever*. Ya, claro. Seguramente el uno ni se acuerda del otro ya, pero han estropeado mobiliario urbano con su terrible caligrafía.

Booker se sienta a mi lado en cuanto se lo pido. Claro que, está cumpliendo una orden, y se acomoda en el extremo. Sé que quiere ofrecirme de nuevo llevar las bolsas al coche, especialmente cuando nota que me cuesta dejarlas en el banco a mi lado. Pero las necesito. Por eso me he ido de compras. Necesito la distracción y necesito trabajar. Por lo que pongo el cuaderno en mi regazo para ello. Cuando veo la preciosa picaza de Monet hoy me siento algo triste.

No me acuerdo mucho de mi madre, pero me acuerdo más de lo que un niño de tres años puede acordarse de una persona que ya no vio nunca más. Mi hermana no se acuerda de nada, y a veces desearía no hacerlo tampoco. Pero casi puedo oler el perfume que mi madre se echaba

frente a ese viejo tocador, y el cuadro de Monet estaba colgado en la pared.

Zucca me compró esta libreta cuando empecé con la revista, y ciertamente él me pone más triste. También me preocupa más, porque de los dos es el único que sigue en mi vida, y ahora empieza a parecer que no es así. Me da muchísima paz que por fin haya encontrado a Vittoria, a la mujer que le dio la vida, pero estoy empezando a desear que nunca la hubiésemos encontrado. Zucca da miedo ahora. Quiere parecerse tanto a Joe para que ella sea feliz que...

—Señor Luzio.

Booker se agacha frente al banco para recoger la pluma que se me ha caído y me mira expectante cuando no extiende mi mano para recogerla. La verdad es que me cuesta sacarla de mi bolsillo y le agradezco la ayuda a Booker con lo mejor que tengo ahora, aunque seguramente va a criticarme por sonreír como un engreído cuando él ya está sentado nuevamente en el banco.

La revista. La revista.

¿Qué importa si las publicaciones en papel del sector están cayendo en picado? Puedo compensarlo de otra manera. No tiene que ser necesariamente la mayor fuente de ingresos. Y quizás no tengo la formación para ello, pero tengo recursos, y no solo el dinero de mi hermano mayor. Esa gente va a arrepentirse de no haber querido trabajar conmigo. *No pasa nada, puedo conseguir...*

Oh, el chico de antes. Se ha sentado también, pero *en el suelo*. Tiene su espalda apoyada contra los horribles tablones de madera de la fachada de esa cafetería del café malo. No tiene muchos tatuajes en las piernas, no tantos como en sus brazos, vaya, pero tiene.

Está hablando por videollamada, y sea quien sea el receptor de esa llamada le gusta porque no puede dejar de sonreír mientras habla. De verdad, no deja de sonreír en ningún momento. Es que sonríe incluso mientras manda besos con su mano. Su sonrisa se acaba cuando la llamada lo hace. Se apoya totalmente contra la pared entonces, cabeza y todo, y cuando alza su mentón puedo ver mejor su rostro. Y él me pilló a mí mirándole. Sonríe enseguida. Una de esas sonrisas como cuando hablaba por teléfono.

Y bajo mi mirada cuando noto el calor. ¿Qué ha sido eso? *La revista*. Voy a concentrarme en la revista. No voy a dejar que esa reunión estropee mi mañana, por lo que voy a concentrarme. Y enseguida me doy cuenta de que no estoy releendo lo último que he anotado esta mañana en el coche. También que necesito mirar... mirarle a él, y que cuando subo mi mirada y ya no está allí sentado... bueno, le busco. Esos colores fosforitos que viste hacen que le encuentre rápidamente. Está entrando en la cafetería del café malo, y a través de esos cristales con adhesivos que necesitan un buen recambio, le veo. Ha girado de nuevo su gorra, aunque debería habérsela quitado porque está en un espacio cerrado. Le queda muy bien, sin embargo. Oh, voy a escribir sobre esto. Porque la chica que sale de allí en bikini, y no solo la pieza de sujetador, sino bikini completo, también debería saber que es apropiado ponerse algo cuando entras en un establecimiento, que esto no es un chiringuito de playa... no, ni así. Los pareos existen para algo. Lo anoto rápidamente en la libreta, para trabajar, para... pero subo mi mirada otra vez. Ahora él habla con otro chico que hay en la cola. Chico Fosforito nº 1 está charlando con Chico Fosforito nº2. Y el segundo quizás es más bajito, tiene un tono de piel que parece harina, y dudo que se haya graduado del instituto ya, pero también viste en una estrambótica y espantosa combinación de colores. Él está sonriendo de nuevo. Charlan animadamente y creo que se conocen. Parece que lo hacen porque el chico joven saca su móvil y le enseña algo. Él también saca de nuevo su móvil y comparan algo en sus pantallas. Así se acercan juntos a la barra, pero el adolescente consigue lo suyo antes porque se va. No se han despedido como si se conociesen, sin embargo. Lo que sí es evidente es que la camarera de detrás de la barra y el chico de las sonrisas se

conocen. Se dan un abrazo incluso, porque se conocen más que bien. Y charlan tan cómodamente que él apoya un codo en la barra mientras espera por su orden. Hay dos chicos que recogen sus bebidas antes que él lo haga con lo que sea que ha pedido. Y no deja de sonreír mientras habla y habla con la camarera.

— ¿Señor Luzio? —me llama Booker.

—Tengo un poco de sed.

—Por supuesto, señor. ¿Qué desea tomar...?

Me sigue cuando me pongo en marcha y esta vez camina a mi lado.

—No te preocupes. ¿Te apetece algo?

—No, señor —me responde—. ¿No prefiere que yo...?

—Puedes quedarte aquí.

—Sí, señor.

¿Qué estoy haciendo? *Lola's Café*, por supuesto. El nombre no puede ser más cliché. Y este sitio... no tiene buen café. Lo huelo antes de entrar en el local. Pero puedo comprar otra cosa. Algo embotellado, preferiblemente. No es para tanto. Este sitio supongo que habrá pasado los controles de sanidad y... Oh Dios, ahora además de café malo huelo algo grasiento que remueve mi estómago. ¿Qué estoy haciendo?

Mi hermana me llama precisamente en este momento, ella siempre tan inoportuna. Pero silencio la llamada porque lo último que necesito es Madison ahora mismo. Si para mi desgracia se entera de esto no va a olvidarlo hasta el fin de sus días. Su oportunismo de siempre me da una idea, patética, pero francamente eficiente.

—Hola —saludo a mi ficticia llamada.

Él ya tiene un enorme batido con una pajita de un color tan estridente como su ropa. Y viene hacia la puerta.

—Voy a regresar pronto, no te preocupes —explico mientras abro la puerta.

Oh Dios mío, la barra negra que tengo que tirar está grasienta y mis dedos resbalan por el material. Qué asco, qué asco, qué asco... Oh. Hay otra puerta interior, y él la mantiene abierta para mí.

—Muchas gracias —agradezco.

—De nada —me corresponde.

Tiene hoyuelos. Su sonrisa tiene hoyuelos. En ambas mejillas, y eso que están escondidos por la oscura barba bastante bien recortada. Sus ojos también son oscuros, y saben sonreír.

— ¿Entras? —me pregunta.

—Sí, perdona —me disculpo y doy un paso.

Me atasco cuando el asa de una de mis bolsas se engancha en la primera puerta. Tiro de ella suavemente, y necesito ambas manos. Mi móvil cae en una de las bolsas, pero no importa. Lo que duele de verdad es que mi cuaderno no cae en una de ellas, sino en el suelo, en el grasiento suelo que está mucho peor que la puerta. Tiro fuertemente ahora sí del asa de la bolsa y me agacho para recogerlo cuanto antes. Oh, no. Claro que lo del cuaderno no es nada en comparación a mi pobre traje. Porque Benedetta me dijo que había encontrado una tela en tono menta que sería fantástica para mi traje, y para el vestido de mi A que todavía no está acabado. Ahora el costado de mi chaqueta, y parte del pantalón son de un tono... marrón.

—Oh, Dios, lo siento —se disculpa el señor sonrisas.

La sonrisa ahora no me parece sexy. ¿En serio está sonriendo?

—Lo siento, de verdad —añade y se agacha.

—Deja —le ordeno y detiene sus manos.

Yo recojo el cuaderno para que no se ensucie, más, y él se encarga de su enorme vaso ahora vacío.

— ¿Qué era esto? —le pregunto.

Es más alto de lo que parecía, pero no mucho más alto que yo. Y sus ojos son realmente oscuros, y grandes.

—Lo que acabas de echarme encima —añado cuando no dice nada más.

Por suerte, ya no está sonriendo.

—No te he echado encima nada, eh —me replica—. Que ha sido un accidente.

—Esta bebida... —añado y cambio mis bolsas de mano para que no se ensucien también con esto que huele a azúcar—. ¿Qué es esto?

—Espera, voy a por unas servilletas.

—Déjate de servilletas —le ordeno y ahora frunce su ceño—. Dime qué era para intentar arreglar este desastre.

—Batido de arándanos, frambuesas, moras...

—Oh Dios mío —susurro.

Lo peor que podría haberme echado. Frutos rojos tenían que ser.

—Oye, que no ha sido a propósito —me dice—. Estaba intentando ayudarte con tu libreta, pero te has levantado a toda hostia...

— ¿Qué más llevaba esa cosa? —le pregunto—. Porque huele...

—Te has levantado a toda hostia y no has visto que estaba justo a tu lado.

— ¿Puedes decirme qué huele...? Porque este traje es una pieza única y necesito saber qué me has echado para poder arreglarlo.

—De nuevo, no te he echado nada. Tú has entrado cuando alguien salía, gritando por teléfono, ocupando todo el espacio con tus bolsas y cuando he intentado ayudarte no me has dado un cabezazo de milagro. No te he echado encima nada.

— ¿Me lo puedes decir o no?

— ¿Por qué no pides la carta de batidos de la casa? —me ofrece y ahora su sonrisa es una mueca—. Y de nada por dejarte entrar cuando yo salía.

—Ya te he dado las gracias —le recuerdo.

—Antes de acusarme de algo que ha sido un accidente, y cuando estaba haciéndote un favor, de nuevo —replica.

Oh Dios. Tengo que reconducir la situación. Especialmente porque ahora llamo todavía más la atención. La camarera tras la barra está mirándonos, y todos los clientes que hay en el pequeño local también.

—Lo siento —me sorprende él.

Extiende sus brazos ahora. Efectivamente, tiene una picaza tatuada en su bíceps izquierdo, porque en la parte inferior tiene una cinta de casete, aunque mucho más pequeña. Pero también veo una jirafa en la parte interior de su antebrazo con un cuello... *Ya basta*. Dejo de fijarme en sus tatuajes que parecen dibujos de un cuento infantil y veo su sonrisa. Pero es una mueca nuevamente, aunque tiene los dos hoyuelos.

—Pagaré por los gastos de tintorería —ofrece.

—No hay tintorería que pueda arreglar el desastre —defiendo.

—Entonces que tengas un buen día —me desea nuevamente con una mueca, y muuucho sarcasmo—. Y de nada.

No huele bien cuando pasa por mi lado, y demasiado cerca.

— ¿Te apartas, por favor? —me pide y nuevamente sus modales son sarcásticos.

Huele definitivamente a sudor, y doy un paso atrás. Me tambaleo por el estúpido líquido lila que ensucia, todavía más, el suelo de esta entrada. No huele bien, pero su culo de cerca... ¿Y tiene todos los mamíferos marinos tatuados en la parte trasera de su antebrazo izquierdo o qué? Porque eso es un delfín, una ballena y una foca.

—Si no fueses un jodido idiota...

Alejo mi mirada de su piel cuando se da la vuelta y me mira.

—Te invitaría a un café y te enseñaría mucho más —añade—. Adiós.

Y entonces gira su gorra y se aleja por la calle. Booker le mira y está hablando por teléfono ya.

—Qué desastre, madre mía...

Me asusto cuando la camarera de detrás de la barra ahora está aquí, y con una fregona que ciertamente necesita un nuevo cabezal porque ese color beis sé que no era original.

—Arreglo esto en un momento y te sirvo. ¿Quieres usar el baño para limpiarte un poco? —me ofrece entonces.

—Em, no, gracias. Será peor si lo toco —le explico.

—¿Qué deseas tomar? —me pregunta mientras frota el suelo con la fregona.

Supongo que con este desastre lo mínimo que puedo hacer es ser un buen cliente. Y solo me faltaba una enorme mancha en mi traje para destacar más, o una camarera que no coge ni aire para hablar y hablar. Nota que no soy un cliente habitual, me pregunta si es mi primera vez en la zona, elogia las fantásticas olas para deportes acuáticos como si intentase venderme un curso de vela, y me promete que el pastel de zanahoria está exquisito.

Lo peor de todo es que me doy cuenta de que, a pesar de no ser mi sitio, ni mi tema de conversación favorito, con ella puedo hablar cuando ella me deja hacerlo. Con el de los tatuajes he sido un idiota porque me he bloqueado. La pregunta es por qué. ¿Por qué ese chico tenía mi atención? No hay nada que pueda intentar justificar mi comportamiento... estrambótico como los colores de su ropa. Porque no poder dejar de mirarle ya era raro, o interesarme por sus tatuajes cuando no me gusta la tinta. Pero seguirle hasta este sitio era una terrible idea, y cuando regreso con Booker recuerdo que alguien más ha visto mi terrible idea.

—Señor Luzio —me saluda y ahora sí le doy mis bolsas.

Todas mis bolsas, porque no me fio de la higiene de este sitio y no me creo que el zumo sea ecológico.

—No hemos estado aquí, Booker —le explico.

—Por supuesto, señor —me corresponde.

Me meto en el coche cuando me abre la puerta y voy a intentar olvidar la mañana completa, pero especialmente esta parada. No estoy tan seguro de poder olvidar la sonrisa con los hoyuelos, sin embargo.

capítulo 2

El primer encuentro

Remington

Es demasiado tarde para la carrera matutina. No solo hay un montón de gente y hace demasiado calor, es que también ocurren cosas extrañas. Porque en este sitio no es normal ver un *Phantom*, ni uno que va seguido de una *Suburban* negra. Pero es que ambos coches se detienen junto al aparcamiento, donde hay diez coches que ni juntos tienen el precio de mercado de tan solo uno de los dos. Quizás sí tengo que salir a correr a estas horas si puedo ver semejante espectáculo. Y no soy el único que se fija en los coches. Es imposible que alguien en esta playa no note que un tío trajeado de negro con pintas de segurata se baja del *Rolls-Royce*. Sé que no soy el único que está a la espera de saber quién más sale del coche. Porque el del traje negro abre la puerta trasera para la persona que realmente se pasea en el coche.

No me sorprende en absoluto ver otro traje. Ni siquiera con el calor que hace, no esperaba que alguien bajase de ese coche en bañador y chanclas. El traje de tres piezas en color verde me ahoga, y es que encima el tío lleva corbata. También veo incómodos mocasines de color marrón que tienen que hacer daño a los dedos de sus pies sin lugar a dudas. Pero él se ve bien en el traje. Se ve muy bien, de hecho. El traje se amolda a su largo cuerpo como si hubiese sido creado solo para él. No me sorprendería. Y no solo por el coche, o el segurata del traje negro que le sigue lejos del coche. El tío carga con un montón, pero realmente un montón, de bolsas de marcas que todo el mundo reconoce. *Dior*, y esas letras *C* de *Chanel* se reconocen fácilmente. ¿Qué hace este tío en esta playa?

Tiene que sentirse observado, porque sé que no soy el único. No puedo alejar mi mirada de él. No es porque quiero su coche, o porque no conozco a nadie lo suficientemente importante como para que tenga que ir con guardaespaldas, ni porque no hay una tienda donde conseguir esas bolsas en un radio de cinco millas. Es él. No puedo dejar de mirarle a él. ¿Están grabando un anuncio o algo? Porque de nuevo, dudo que *Dior* eligiese este sitio, pero el tío parece sacado de un anuncio. Camina como si estuviese desfilando para una campaña publicitaria. Tiene el pelo para ser el protagonista de un anuncio de champú. Hunde sus dedos en su largo flequillo marrón claro y lo peina hacia atrás como si hubiese diez paparazis sacándole fotos. Pero solo veo el guardaespaldas, y otro más que está con los coches. Espera, hay una mujer con un traje negro que tampoco se camufla muy bien por aquí. ¿Quién es este tío? El guardaespaldas más cercano le dice algo, pero después asiente con su cabeza y se aleja. Juro que asiente con su cabeza a pesar de que le saca fácilmente unos cuantos años. Lo que está claro es que el modelo no tiene más de treinta. Esto tiene que ser un anuncio, en serio. Ese tío... es alto, es larguricho, tiene pómulos de modelo, el cabello que despeina con su mano o ya lo hace por él la brisa marina, carga con un montón de bolsas y... eso es Monet. Es el cuadro de Monet.

Dejo de mirarle cuando alguien me da un golpe suave, y veo a un par de señoras que podrían ser mi madre cargando con enormes capazos de playa y la que me ha dado ni siquiera ha sido consciente de ello. Cuando miro de nuevo al modelo, me mira de vuelta. Oh, vaya. También tiene la mirada de asco. Definitivamente no es una buena mirada para mí. Me habrá pillado, por lo que me doy la vuelta y me alejo. En serio, ¿dónde están las cámaras? Nadie que tiene un

Phantom viene a esta playa. Qué maravilla. Y no entiendo por qué quieren tener uno de estos y dejan que el chófer lo conduzca. Le sacaría una foto, porque algunos ya lo hacen, pero los guardaespaldas ahora son más y están mirándome. Definitivamente han notado que yo miraba fijamente al jefe. Tiene que ser el hijo de algún rico que está de paseo. Y los niños ricos son demasiaaaado complicados. Pero es difícil alejar mi mirada de ese. Y en vez de ponerme a estirar junto a la pared de *Lola's*, me siento para poder echar otra ojeada.

Definitivamente están grabando un anuncio y los cámaras no han llegado todavía, aunque eso no tenga sentido. Ese tío no encaja aquí, es demasiado... guapo. Es guapo de una manera refinada, elegante, de modelo de *Instagram*. El guardaespaldas no le saca fotos, sin embargo, y solo parece seguirle como un perro. Se sientan en un banco y la dinámica me parece tan curiosa como todo el resto. Un tío así no se sienta en ese banco, pero lo hace y deja las bolsas a su lado. Y si él parece incómodo en ese banco, el guardaespaldas casi que más. ¿En serio tiene a un tío a su lado todo el rato? ¿Incluso para sentarse un rato en un banco, tomar el aire y...? Sí, es el cuadro de Monet. Sin duda alguna.

Saco mi móvil y entonces desbloqueo la pantalla. Es el cuadro de Monet, confirmadísimo. Me cuesta ver algo con este sol, sin embargo, así que giro mi gorra y bajo la visera para ver algo mejor. El regreso de mi reflejo no sé si me gusta. Llevo años haciendo esto. Y a este paso, creo que toda mi vida voy a hacer esto.

—Hola, Nik —saludo—. Mira —añado y giro la cámara—. Te reirías de esto. ¿Ves a ese tío? Parece un modelo grabando un anuncio, pero sabes qué sitio es esto —sigo y giro la cámara de nuevo—. Ha venido con un *Rolls-Royce* y guardaespaldas. Tiene pinta de ser un niño rico, y no puedo dejar de mirarle. Se ve como un modelo de revista, sí, pero creo que hasta el champú que se pone para tener el cabello así cuesta más que el alquiler de mi casa. Parece tu tipo —añado y le miro otra vez.

Está mirándome de regreso.

—Tiene la cara de mala leche de los modelos también —sigo—, pero es sexy —admito y me río solo—. Me dirías que necesito un novio, o alguien. Definitivamente necesito salir con alguien si me fijo en un tío cargado de bolsas de marca, con guardaespaldas y un *Phantom* que dudo que conduzca él. Pero tiene una libreta con la picaza. Así que supongo que todo esto tan surrealista es para que te eches unas risas allí donde estés. Muy graciosa.

Después le doy al botón sin una despedida como me dijo el doctor Norman. El truco funciona porque la parte de la despedida es la que lo estropeaba todo. Y quizás esto forma parte de la terapia, pero sé que mi hermana está descojonándose porque he babeado por un tío que va en traje de tres piezas y bolsas de ropa cara.

—Hola, Rem —me saluda Coleen cuando entro en *Lola's*—. ¿Lo de siempre?

—Hola. Cuando puedas, sí, por favor —le correspondo.

Especialmente porque hay una cola de gente delante de mí, y no todos me miran bien cuando llego el último y la camarera del sitio ya está atendiéndome. El adolescente que tengo delante se fija en mis tatuajes.

—Súper guay —me dice y asiente su cabeza en dirección a mí.

—¿Cuál? —le correspondo acostumbrado a esto ya.

—El águila, tío. Está súper currada —me responde—. Yo también estoy pensando en hacerme una.

—¿Te has hecho los tuyos por aquí? —le correspondo porque él también tiene unos cuantos ya.

—Sí, el sitio está cerca, de hecho. Mi chico, Joshua, lo hace súper bien. Está cerca del bar

Jenkins, ¿lo conoces?

Conozco ambos y definitivamente no voy a hacerme uno de los míos en ese sitio. Qué desastre de tatuajes, joder.

—Sí, me han hablado del sitio y así —le correspondo—. Aunque no muy bien, la verdad.

—Oh, no. Está súper bien el sitio, y Joshua lo hace genial —añade y saca su móvil del bolsillo de su pantalón—. Mira, yo voy a hacerme este la semana que viene —me explica y me enseña el diseño.

Un dragón, y como sea muy grande y con el mismo tatuador sé que va a quedar mal también.

—Puede quedar bien —le correspondo.

— ¿Tú tienes algún sitio por aquí?

—En Long Beach —le explico y saco mi móvil—. El sitio está genial...

Y espero convencerle con lo que le cuento. Él va a tener mejores tatuajes, y Paul me deberá otro cliente, y uno de los buenos porque estos adolescentes con ansias de tatuarse dan mucho dinero. No soy el mejor para decirles que no deberían hacerlo, pero es que realmente no deberían. Y cuando se va, parece dispuesto a echarle una visita a Paul.

—Gracias, Coleen —agradezco cuando la chica me da el batido.

—Hoy vienes más tarde —me corresponde—. ¿Te quedas a disfrutar del buen día?

—No puedo. Tengo que irme. Gracias por esto —añado y pongo el billete en el tarro de las propinas.

—Hasta pronto, Rem.

—Que tengas un buen día —le correspondo.

Cuando me giro, le veo a él. Si ya era raro verle en el paseo, que quiera entrar aquí me parece cómico de verdad. Yo estaba mirándole antes, y él lo ha notado, pero ahora se detiene en la puerta exterior y es él quien ni siquiera parpadea. Dios mío, huele bien. Y huele a perfume carísimo. No sé si abro la puerta para dejarle entrar, o porque su perfume me ahoga. Y es todavía más guapo. Es que no parece ni adecuado para esta palabra. El tío es jodidamente hermoso. Es como un modelo.

—Muchas gracias —me agradece.

Es que hasta su tono de voz suena... refinado. Elegante.

—De nada —le correspondo—. ¿Entras?

—Sí, perdona —se disculpa y da un paso hacia adelante.

Sus piernas son largas de verdad. Me ahogaría en un traje como este por una infinidad de motivos, pero a él le queda bien. Le queda perfecto. Y una de las asas de las muchas bolsa de *Dior*, definitivamente es esa marca, se atasca en la puerta. Ahora noto que hablaba por teléfono, y que su móvil cae en una de las bolsas. También la libreta de Monet. Cae al suelo y me agacho enseguida. Entonces soy yo el que pierde algo, y es mi batido. La mancha marrón se extiende por el tejido verde y rápido.

—Oh, Dios, lo siento —me disculpo—. Lo siento, de verdad —añado y me agacho para recoger el cuaderno antes de que también se estropee.

—Deja —me ordena.

Me detengo en seco por el tono. La orden y el cabreo no me sorprenden. Pero ese tono dulce y educado ya no está. Sostiene el cuaderno y comprueba que está bien antes de guardarlo en una de sus bolsas.

— ¿Qué era esto? —me pregunta.

¿Qué?

—Lo que acabas de echarme encima —añade.

¿Qué yo qué?

—No te he echado encima nada, eh —le recuerdo—. Que ha sido un accidente.

—Esta bebida... —añade y cambia sus bolsas de mano—. ¿Qué es esto?

—Espera, voy a por unas servilletas.

—Déjate de servilletas —me ordena—. Dime qué era para intentar arreglar este desastre.

De acuerdo, ahora empieza a parecerme un idiota. Entiendo el cabreo, la mancha se ve fea, pero esto ha sido un accidente.

—Batido de arándanos, frambuesas, moras... —le explico.

—Oh Dios mío —susurra.

—Oye, que no ha sido a propósito —le recuerdo—. Estaba intentando ayudarte con tu libreta, pero te has levantado a toda hostia...

— ¿Qué más llevaba esa cosa? —me interrumpe—. Porque huele...

—Te has levantado a toda hostia y no has visto que estaba justo a tu lado —termino lo que no me ha dejado añadir.

— ¿Puedes decirme qué huele...? Porque este traje es una pieza única y necesito saber qué me has echado para poder arreglarlo.

Y hasta aquí. Ya me he cansado. Madre mía con el drama que está creando por un traje, el tío que va con guardaespaldas, coche de seguridad, y el chófer que conduce el *Phantom*.

—De nuevo, no te he echado nada —le recuerdo—. Tú has entrado cuando alguien salía, gritando por teléfono, ocupando todo el espacio con tus bolsas y cuando he intentado ayudarte no me has dado un cabezazo de milagro. No te he echado encima nada.

— ¿Me lo puedes decir o no?

— ¿Por qué no pides la carta de batidos de la casa? —le ofrezco—. Y de nada por dejarte entrar cuando yo salía.

—Ya te he dado las gracias —replica.

—Antes de acusarme de algo que ha sido un accidente, y cuando estaba haciéndote un favor, de nuevo —me defiende.

¿Va en serio lo de este tío? Bueno, supongo que eso es lo que no me sorprende de esta mañana por aquí. Normalmente los tíos así se ven bien a lo lejos, y son idiotas de cerca. El maldito dinero. Y a pesar de que parece que puede permitírselo y de sobras, no puedo hacer lo que no me gusta que hagan otros.

—Lo siento —me disculpo y extendiendo mis brazos en señal de paz cuando me mira muy mal otra vez—. Pagaré por los gatos de tintorería.

Es una mancha, no van a cobrarme tanto, y es lo correcto aunque sea un idiota cargado de dinero.

—No hay tintorería que pueda arreglar el desastre —defiende.

Pensándolo mejor, que él se busque la maldita tintorería. O que se compre traje nuevo y así puede tener otro estúpido berrinche por cualquier otra cosa.

—Entonces que tengas un buen día —le deseo y ni siquiera necesita ser un experto en sarcasmo para notarlo—. Y de nada.

Huele realmente muy bien cuando paso por su lado, y nuevamente está en medio.

— ¿Te apartas, por favor? —le pido y no soy nada amable en ello.

Da un paso atrás entonces y se tambalea gracias a los restos de mi batido. Lo suyo sería avisar a Coleen y ayudar, pero voy a aprovecharme ahora sí de ser un cliente habitual por aquí y de la propina que acabo de dejar. Guapo o no, o me voy de aquí ya o este idiota y yo acabamos gritándonos y creando un mayor espectáculo. Espera, ¿está mirando mi culo o los tatuajes?

Porque gracias al reflejo de la puerta creo que es ambos.

—Si no fueses un jodido idiota...

Cuando me giro para mirarle por última vez, casi se me atascan las palabras en mi garganta. Es hermoso de verdad.

—Te invitaría a un café y te enseñaría mucho más —añado—. Adiós.

Ahora sí, me despido y me alejo de aquí. Guapo o no, es un idiota. Y tiene que ser alguien importante porque sus guardaespaldas no son precisamente discretos. Qué fantasía de coche, de verdad. Y de nuevo, me acercaría algo más si no fuese por los guardaespaldas que le custodian. Por lo que me alejo de aquí que esto ya ha sido lo suficientemente caótico para la mañana de hoy. Otro motivo más para no venir a estas horas es el jodido aparcamiento, porque ya estoy sudando otra vez mientras me voy a buscar mi coche. Y de camino hacia allí Moretti me llama.

— ¿Dónde estás? —me pregunta.

—En la playa, ¿por? —le corresponde—. ¿Todo bien?

—He venido a buscarte a tu casa, porque pensaba que estabas por aquí. He traído donuts de *Charlie's*.

—Al final vas a conseguir que aburra ese sitio —le explico y se ríe—. En cuanto llegue finalmente a mi coche, vengo enseguida.

— ¿Has terminado ya? ¿Ya has pasado por *Lola's*? —añade a toda prisa—. Cómprame uno de esos batidos de...

—No —le interrumpo—. Ya ha pasado por allí y ya estoy más cerca de mi coche. No me pidas que vuelva atrás. Tienes de todo en mi casa.

—Tu café es malísimo.

—Oh, porque el de *Lola's* es taaan bueno —me burlo y se ríe—. Déjame un rato y ahora vengo.

El rato es casi una maldita hora. Definitivamente voy a regresar a mi hora habitual porque venir a media mañana ha sido un desastre en muchos sentidos. Cuando finalmente giro el coche en mi calle, enseguida veo el brillante *Exorcist* negro junto a mi canasta. Moretti no solo ha aparcado donde tengo que poner mi coche, sino que además está frente a mi porche, sentado cómodamente en la vieja hamaca mientras se broncea. Mis vecinas están muy felices cada vez que él viene de visita.

Aparco mi coche frente a los otros y vigilo de no cruzar el límite con la propiedad del Señor Tocacojones. Veo perfectamente cómo la cortina de su cocina se mueve ligeramente porque, obviamente, está espiándome otra vez. Pero le ignoro, y tampoco mantengo la mirada de Sienna cuando me acerco a mi casa. Saludo a mis vecinas como debo hacer, pero con ella especialmente intento ser lo más cordial posible y nada más. Por supuesto que Moretti se burla de esto. El espectáculo que está dando al vecindario es interesante también. Sienna y Mara van a acercarse a mi casa como Moretti no se levante de la silla ya, y el Señor Tocacojones va a encontrar otro motivo para tocarme los cojones: “tu amigo está medio desnudo en el patio delantero y esto es un barrio familiar”, por ejemplo.

— ¿Qué te tiene tan enfadado? —me pregunta Moretti mientras entramos en mi casa—. Puedo venir, ¿no?

Desde el primer día que empezamos a ser amigos de verdad Moretti ha sido así. Por supuesto que puede venir a mi casa, tomar el sol en mi patio delantero, aparcar su coche donde tiene que estar el mío, arrasar mi cocina, dejar en el sofá la camiseta que se ha quitado... no me importa, y es agradable tenerle cerca de nuevo. No voy poder tener el batido de arándanos, pero Moretti siempre trae algo. En la mesa de la cocina no solo están los donuts, porque realmente siempre

viene con más.

—Por supuesto que puedes venir —le correspondo y cojo un donut de la caja—. Necesito una ducha.

—Ha llamado tu madre —me explica mientras se echa bien en el sofá y coge el mando.

Me ha costado de verdad llegar hasta aquí porque él lleva un buen rato en mi casa. Esa partida ya estaba empezada.

—Dice que viene a cenar, que ella trae la comida y que si tienes pimientos verdes que enciendas la barbacoa.

—¿Te quedas? —le pregunto mientras compruebo que sí hay pimientos en mi frigorífico.

Cuando escucho los disparos, pero no su respuesta, me doy la vuelta.

—Moretti —le llamo.

—Eh, no, tengo trabajo —me explica.

Pongo en duda eso, pero lo dejo para averiguarlo más tarde. O como mínimo, después de mi ducha. Y voy a tener que hablar con mi madre. Mantengo mi teléfono en casa porque ella quiere que lo haga, porque jamás lo uso y ella puede llamarme al móvil si me necesita. Moretti tampoco tendría que responder mis llamadas, pero no me sorprende que lo haya hecho al ver que era mi madre. Conectaron tan rápido como él y yo. Y mi madre, en cuando supo que Moretti jamás se llevo bien con la suya y que ahora está muerta, necesita convertirse en mamá oso. Es de sus mejores cualidades, y le convierte en la mejor madre, pero Moretti no estaba concentrado en su partida cuando le he invitado a quedarse, y creo que esta noche tampoco tiene trabajo.

—¿Qué vas a hacer esta noche? —le pregunto mientras me acomodo en mi otro sofá.

—Viaje —me responde concentrado en la pantalla—. No me preguntes más.

—Se supone que tienes que ayudarme a integrarme —le recuerdo y muerdo mi donut.

—Eso no significa que tenga que contarte los detalles —me replica y pone en pausa la partida antes de mirarme—. ¿Qué te ha pasado?

—¿Qué?

—Estás irritable —me responde—. ¿Va todo bien?

—Sí.

—Vas a tener que contármelo todo.

—No tengo que hacer eso —replico.

—Como tu amigo —especifica—. Te ha pasado algo. Estás de mala hostia, y nunca estás de mala hostia.

—Eso no es verdad... —replico y me callo cuando alza sus cejas—. Nada —añado y echo un suspiro cuando ladea su cabeza—. Me he peleado con un idiota.

—¿Tú pelearte con alguien?

—Sí. Puedo pelearme con alguien —defiendo.

—No lo haces —replica—. El vecino tocacojones te da motivos a diario y todavía le das los buenos días.

—Es un hombre mayor, y que está siempre solo. Y siempre es siempre.

—Las vecinas no entienden el concepto “soy tu vecino, no tu fantasía sexual” —añade—. Y si fuese al revés sería jodido acoso.

—Son crías —defiendo y doy un trago a mi café.

—¿Y bien?

—Ha sido un tío... —le explico y me detengo cuando sonrío—. ¿Por qué cada vez que menciono a un tío crees que hay algo sexual en la historia?

—Porque lo hay —defiendo—. ¿Has conocido a alguien?

—No exactamente —le explico—. Ni siquiera sé por qué me he fijado en él, la verdad. Era... lo opuesto.

— ¿Cómo era? —me pregunta como el chismoso que es.

—Iba con guardaespaldas, traje y un *Phantom* —le explico y ahora alza mucho más sus cejas—. Pero era... guapísimo. En serio, parecía un jodido anuncio de la tele o algo. Y nos hemos encontrado en *Lola's*. Él entraba, yo salía, por accidente le he tirado el batido encima...

—Accidente, ¿eh?

—No tiraría la bebida a alguien para ligar con él —me defiendo—. Espera, ¿has hecho eso?

—No —rechaza—. Pero no hubieses sido el primero. Sigue.

—Todo lo que tenía de guapo a lo lejos se ha ido en cuanto ha abierto la boca —le explico—. Obviamente ha sido un accidente, pero estaba más preocupado de su traje que de nada más. Y encima me ha tratado como si hubiese sido mi culpa o algo, cuando intentaba ayudarle porque iba cargado de bolsas de *Chanel*, de *Prada*, hablando por el móvil...

— ¿Qué? —me pregunta y se ríe—. Espera, ¿pero no has ido donde siempre?

—Sí, estaba en el *Lola's*.

— ¿Y qué hacía un tío así en ese sitio?

—Te lo he dicho, parecía que grabasen un anuncio o algo —le recuerdo—. Surrealista todo, de verdad. El tío parecía sacado de una revista, pero era un idiota y con muchísimo dinero. No hay peor combinación.

— ¿Tú te has fijado en uno de esos? —me pregunta y sigue descojonándose.

—Lo sé —admito en un susurro—. ¿Quién cojones va a ese sitio con un *Phantom*, un coche de vigilancia, guardaespaldas, cargado de bolsas de lujo...?

—La única persona que conozco que iría así es literalmente imposible que lo hiciese para ir a esa playa.

— ¿Conoces a alguien que tiene un *Phantom* y no me lo has presentado? —le pregunto.

—No es precisamente mi amigo —me explica y echa un suspiro mientras intenta calmarse de su momento de diversión—. Grayson Luzio.

Oh.

—Sí —afirma—. En realidad el tío no es tan insoportable, pero es...

—Excéntrico, caprichoso, elitista, malbaratador, adicto a las compras... —enumero porque me sé el resto.

—Y el favorito de Jaxson Zuccarelli —me recuerda también—. Por lo que esto no puede salir de aquí.

—Me has hablado de él, ¿cómo son tan amigos? —le pregunto.

—Hermanos —me corrige—. Y Zucca es así también —añade y resigue el contorno del mando con su mano.

— ¿Va todo bien?

— ¿Qué? —me pregunta mirándome de nuevo.

—Que si va todo bien —repito—. No le has mencionado mucho últimamente.

—Zucca y yo ya no hacemos todo lo que un día hicimos —me recuerda—. Es diferente ahora. Y es... ahora mismo hay mucho trabajo.

—Vas a tener que empezar a contarme más —le recuerdo yo ahora.

—Lo primero es que entiendas cómo va a cambiar tu vida.

—El día que me lo contaste pensé que estabas vacilándome —le recuerdo.

—Tu vida va a cambiar.

—Esa parte es la que ya me conozco —defiendo—. Estaría bien que avanzásemos en algo

más. No sé, si me enseñas una foto...

—Poco a poco.

—Pero no tiene jodido sentido. Sé que Jaxson Zuccarelli tiene tu edad...

—Habla el que tiene tan solo ocho meses más que yo, y nosotros —se burla.

—Me hablas de ellos con nombres y apellidos y parece que tengan cincuenta años —le recuerdo—. Estoy memorizando cada detalle de sus vidas... especialmente de Grayson Luzio, y no me dejas ver ni una...

—Memorízalo otra vez por si acaso —me recomienda—. Te lo dije, ni siquiera se encarga de esto, no necesitas su voto para entrar, pero en cuanto sepa que hay un amigo mío que quiere entrar va a interesarse solo para joderme. Así que no vamos a dejar que tenga motivos.

—Empiezo a pensar que sientes algo por ese tío —le digo y me lanza un cojín.

—Tenía dieciséis años y estaba en un estado lamentable.

—No me extraña que el tío te odie.

—Odia a todo el mundo que no sea la familia —me recuerda y rueda sus ojos—. Será Eleanor quien te dará la entrada oficial a las familias, pero ellos dos son mejores amigos. Seguro que va a contarle que eres mi amigo. Y entonces se meterá en esto solo para joderme.

—Quizás a él le gustas —susurro y me lanza el otro cojín que le queda.

—Lo digo en serio, en cuanto le conozcas, porque vas a conocerle, no le des motivos. Ya me jode tener que meterte más presión, pero es Grayson —añade y rueda sus ojos.

—Enséñame fotos, entonces —le pido de nuevo y niega con su cabeza—. Quizás me lo encuentro un día de estos y si es el engreído que dices que es voy a pelearme con él y adiós a todo —le explico—. Imagínate que hubiese sido el idiota del traje y los guardaespaldas.

—Eso es imposible —defiende riéndose—. Las posibilidades de que te cruces con él son mínimas. Porque vas a los sitios a los que él jamás iría. Te juntas con la gente con la que él jamás se juntaría. ¿Grayson Luzio en esa cafetería? Ni siquiera si le retase a ello, y eso que le gustaría pavonearse, pondría uno de sus carísimos zapatos en ese sitio.

—Algún día vas a tener que enseñarme las fotos.

—No ahora —defiende—. Te lo he dicho mil veces, Rem —me recuerda—. Y así es cómo se hace siempre. Nos organizamos en pirámide y ellos están encima. Hay cinco familias y ellos están al frente. Pero esta vida es mucho más que ellos, especialmente porque tú no vas a tener su vida. Tienes que aprenderte sus vidas, respetar las normas de jerarquía, obedecer las órdenes y jurarles fidelidad hasta el fin de tu vida. Pero el cambio en tu vida, aunque ellos estén encima de todo, no es por ellos. Su vida va a seguir igual, la tuya es la que va a cambiar. Además, dudo que quieras su vida, pero sí vas a querer sus coches. Y vas a distraerte con ellos en vez de centrarte en lo importante.

—Algún día vas a tener que enseñarme las fotos —repito y echo un suspiro.

Después dejo mi café en la mesilla y me acomodo bien en el sofá. Cojo mi móvil para recordarle a mi madre que hoy trabajo hasta tarde, por lo que nada de cenar temprano si ella quería eso, y Moretti sigue con su partida. Después incumplo algo que le juré no hacer.

Lo siento. Llevo meses con esos nombres en mi cabeza a diario. Moretti me habló de ellos por primera vez hace años ya. De verdad que, a pesar de que sé que tienen nuestra edad y de que Moretti ha sido su amigo toda la vida, este misterio hizo que me los imaginase como señores sexagenarios que dominan el jodido mundo oscuro. Y me hizo jurar que no usaría mi móvil para investigarles. Pero es otra de las sorpresas: los líderes de la mafia tienen una personalidad pública. Si escribes “Zuccarelli” en el buscador hay un montón de imágenes.

Joder con Jaxson Zuccarelli. El tío me provoca escalofríos solo con las fotos. Y eso de vestir

siempre de negro tiene que ser aburrido de cojones, pero él con todos estos trajes negros... bueno, joder.

La rubia que también sale mucho en estas fotos corporativas tiene que ser Violet Patricelli. Y si Moretti me hubiese enseñado una foto antes habría sido bastante útil. En mi cabeza ella era bajita, no sé por qué, y con el pelo liso. La tía parece alta porque Jaxson Zuccarelli tiene una jodida entrada en *Wikipedia* con sus datos de altura también. Y hay un montón de fotos de estos dos de lado y la rubia es alta, y parece igual de intimidante que él.

La morena tiene que ser Eleanor Zuccarelli. En mi cabeza ella era como... no sé, diferente. Al fin y al cabo, ella algún día tuvo que estudiar como estoy haciéndolo ahora. O quizás no. Pero no nació en esta vida. Vestida de negro junto a su marido nadie lo diría. Y Moretti me ha avisado. No parece intimidante, hasta que empieza con sus preguntas. Es la más amigable, cercana y sociable de todos ellos, pero eso no significa que no te analice como hacen los demás.

Eleanor Zuccarelli no sale tanto en las fotos. Básicamente son Jaxson Zuccarelli y Violet Patricelli. Pero también hay fotos en grupo. Fotos que parecen de empresa, de la universidad que tienen en Oregon, de una fiesta o algo, de... Jódeme.

No.

No.

No.

Por favor, no. Pero abro una nueva pestaña todo lo rápido que puedo porque necesito una página en blanco y escribir el nombre como tendría que haber hecho hace meses ya: Grayson Luzio.

Jódeme.

Grayson Luzio lanza una nueva revista: Grace Magazine

Así es la nueva revista de Grayson Luzio

Vacaciones en París: guía para conocer la ciudad sin hacer todo lo que hacen los turistas.
Escrito por Grayson Luzio

Jaxson Luzio y Grayson Luzio en el partido benéfico de polo del Seattle Polo Club

Grayson Luzio elegido el hombre mejor vestido de Washington State por tercer año consecutivo

— ¿Qué ocurre?

Me cuesta alejar mi mirada de la pantalla porque quiero abrir otro artículo, y buscar más fotos. Moretti está sentado en el sofá, con un brazo apoyado en el respaldo y el otro lo alza con la palma de su mano abierta esperando una explicación.

—Eh —añade—. ¿Qué ha pasado? Estás asustándome, Rem. ¿Qué ha pasado?

—Grayson Luzio estaba en la cafetería.

— ¿Qué?

Bajo mi mirada a mi móvil para comprobar una vez más que, efectivamente, mi pantalla está llena de fotos de Grayson Luzio y sin lugar a dudas él era el del traje, el del...

— ¿De qué cojones te ríes? —me pregunta Moretti y se que está acercándose ya—. ¿Cómo que Grayson estaba en ese sitio?

—Que era él —le digo y le doy mi móvil cuando le da un golpe a mi rodilla para que mueva mis piernas y así él pueda tener un hueco para sentarse a mi lado—. Joder.

Le dejo todo el sofá para él solo, y mi móvil, porque yo empiezo a ahogarme.

—Joder, Rem —protesta—. ¿En qué habíamos quedado? Nada de fotos.

— ¡Tendrías que haberme enseñado las jodidas fotos! —le grito.

Yo mismo me sorprendo por el grito, por lo que él ni parpadea mientras me mira.

—Lo siento —me disculpo.

Apoyo mis manos en mi cintura e inspiro aire poco a poco. No pasa nada. Era Grayson Luzio. Pero todavía puedo controlar esto. No, una mierda. Esto se ha acabado antes de empezar. Moretti me ha hablado lo suficiente de él como para saber que ese tío jamás va a quererme en las familias. No solo soy amigo de su archienemigo o algo, sino que, a pesar de que él ha sido un idiota, yo se lo he dicho, mientras ligaba con él al mismo tiempo.

Si no fueses un jodido idiota... te invitaría a un café y te enseñaría mucho más.

—Grayson Luzio era el idiota del café —le explico a Moretti—. El del batido. El del *Phantom*. Tiene uno, ¿no?

—Tiene unos cuantos —puntualiza—. ¿Cómo que era él?

—Era él —le explico y señalo mi móvil—. Te juro que era él.

—Eso es...

—¿Estoy ciego ahora? —me defiende—. Era él. Y tiene jodido sentido por el coche, los guardaespaldas, las bolsas de ropa, ese traje que parecía hecho a medida y él además lo ha dicho... me has hablado de él.

—Es imposible que estuviese en ese sitio —susurra—. No te digo que no te crea, es que... es que es difícil de asimilar.

—¿Sí o qué? —replico—. Que me he pelado con él y le he llamado idiota.

—Por todo lo que me has contado, ya lo parecía —defiende y frunce su ceño—. Grayson no es idiota, pero sabe cómo comportarse como uno. Es parte de su escudo contra el mundo.

—Acabo de joder mi oportunidad de entrar —le recuerdo—. Y sin saber que él era... él.

—Calma.

—Me has hecho estudiar más de él que del resto —añado—. Acabas de decirme que va a involucrarse en esto solo porque soy tu amigo y quiere putearte. Lo de hoy solo le da más argumentos.

—No has jodido nada —defiende—. Quiero que estés preparado con Grayson porque va a ponerse difícil. Pero punto número uno, ni siquiera vas a tener que verle. Y punto número dos, incluso si se pone difícil porque eres mi amigo, o ahora esto del batido y... bueno, esto, no necesitas su voto. Tienes suficiente con el apoyo del resto.

—¿Y cuántas veces me has dicho que es el favorito por algo?

—Eleanor se encarga de eso, y ella también pensaría que Grayson ha sido un idiota contigo. Los demás no van a involucrarse personalmente, por lo que le darán el voto a Eleanor.

—¿No se supone que son mejores amigos? ¿Eleanor y Grayson? —le recuerdo—. Joder.

—Cálmate —me pide y se levanta del sofá—. Grayson ni siquiera tiene que enterarse que tú eres...

Le miro fijamente cuando se detiene en medio de mi salón y frunce su ceño.

—Supongo que ya sabemos qué hacía un tío como Grayson Luzio en ese sitio —susurro—. Y él sí sabía quién era yo.

—No se encarga de esto —me recuerda.

—Pero, ¿sabe que tienes un amigo que quiere entrar? —le pregunto y muerde su labio—. ¿No dices que siempre busca cualquier cosa para criticarte por algo? Aquí lo tienes.

—Grayson es retorcido, pero no así —defiende—. Además...

Pero no sigue con su frase.

—Zucca no está muy bien ahora mismo —sigue y alza su mano—. No preguntes más —me pide—. Y cuando Zucca no está bien, Grayson... de verdad que son como almas gemelas o algo. No en un sentido sexual. Es... es diferente. Y Grayson está siendo un idiota como siempre, pero

el tío no lo es. Y ahora mismo está demasiado preocupado por Zucca como para... para esto. Ir hasta allí para conocerte, intentar no sé el qué... es demasiado incluso para él, especialmente ahora.

—Pues le he llamado idiota. Va a acordarse si alguien le habla de mí, su mejor amiga cuando me entrevistaste, o si para distraerse porque precisamente no está bien quiere putearte como parece hacer siempre.

—Voy a tantear el terreno y te aviso si sabe quién eres o no —me propone—. Tú sigue estudiando.

Por todo lo que me ha contado de Grayson Luzio, sé que no tengo ni una posibilidad.

capítulo 3

En la playa

Remington

Han pasado casi doce días desde que vi a Grayson Luzio en este parque. Es la primera vez que regreso a correr aquí desde entonces porque sabía que venir aquí me haría pensar todavía más en él. Moretti me dijo que estuviese tranquilo, que si Grayson Luzio supiese quién era yo ya se lo hubiese dicho y parece que no lo ha hecho. Pero no he dejado de pensar en él. Y ahora que Moretti por fin me deja ver las fotos, admito que estoy especialmente interesado en las suyas. El tío parece vivir en un traje, y nunca es el mismo, pero joder qué bien le quedan. Hoy he venido a mi hora. Cuando acabo la carrera la playa ya está llenándose, pero no hay *Rolls-Royce*, no hay guardaespaldas, no hay...

Esto no puede ser coincidencia.

Eleanor Zuccarelli y Madison Luzio están en el paseo. Las dos se camuflan por aquí mucho más que Grayson Luzio. No me habría fijado en ellas si no me hubiese pasado las últimas dos semanas mirando fotos de todos ellos ahora ya sí. Eleanor viste íntegramente de negro y tengo que preguntarle a Moretti si esto de ir siempre de negro también lo hace ella. Pero con una gorra, pantalones cortos, camiseta de tirantes deportiva y zapatillas parece otra atleta más en el paseo. Claro que está caminando tranquilamente y sostiene un enorme batido mientras chupa de la pajita y mira a su acompañante. Madison Luzio tiene un evidente parecido con su mellizo. Por las fotos, sé que él es más alto que ella. Pero ella tiene la misma figura. Alta, el mismo tono de cabello castaño, los ojos marrones... aunque hay algo muy diferente con su mellizo: ella se camufla perfectamente en este sitio, y él destacaba. No es que la chica no sea guapa, pero no va en traje de tres piezas. La camiseta roja parece ser de unas cuantas tallas más de lo que ella necesita porque apenas veo sus cortos pantalones. Las zapatillas con sus calcetines hasta sus espinillas encajan con el resto. También tiene una gorra, y un enorme batido, y está comiendo algo. Porque Moretti me ha contado la historia, sino pensaría que estas dos han sido mejores amigas toda su vida. Y sé que no fue así.

Me detengo cuando un crío con monopatín se pone frente a mí.

—Disculpa —le digo para rodearlo.

Y él da un paso hacia a mí. ¿Qué cojones? Hay otra chica que se acerca, también con su monopatín bajo su brazo. Y entonces lo noto. Son guardaespaldas. Porque Eleanor Zuccarelli y Madison Luzio se han detenido. Hay un hombre de mediana edad, que juro que está cargando con una sombrilla, que está susurrándole algo a Eleanor Zuccarelli. Saben quién soy yo.

—Lo siento —me disculpo.

También tengo la necesidad de alzar mis manos, aunque eso parece cabrear a estos críos con el monopatín. ¿En serio estos dos son guardaspaldas? Si no tienen ni veinte años.

—¿Qué quieres? —me pregunta Madison Luzio.

Oh, vaya. Moretti también me ha avisado reiteradamente. Los mellizos Luzio son... complicados.

—Hola —me saluda Eleanor Zuccarelli.

Creo que ella sí me ha reconocido.

—Lo siento, no quiero hacer nada —me disculpo con ella—. Solo te he visto y quería... —añado—. O sea, que quería saludarle, señora Zuccarelli. Y señora Luzio.

— ¿De qué cojones me conoces? —me pregunta Madison Luzio enseguida.

Recuerdo que ofrecer mi mano para saludarlas no es una buena idea cuando los críos del monopatín dan un paso hacia a mí. En otro momento les diría algo a estos dos, pero es suficiente con tener a Grayson Luzio en mi contra.

—Hola —me saluda de nuevo Eleanor Zuccarelli—. Dejadle pasar, por favor —pide para los del monopatín.

Los dos se giran y en cuanto ella asiente con su cabeza dan un paso al lado. Joder. Supongo que ahora puedo acercarme, pero Eleanor Zuccarelli y Madison Luzio no dan un paso hacia adelante. Madison Luzio, de hecho, se ha quitado sus gafas de sol. La chica puede parecer otra más en la playa, con el batido, la ropa deportiva y ahora sus gafas de sol encima de su cabeza. Pero su mirada es intimidante. ¿Su hermano sabe... y ella sabe... o alguien sabe...?

—Hola, ¿qué tal? —les pregunto.

Me cuesta moverme con dos personas que no me miran bien, con Madison Luzio intimidándome, y noto la tensión cuando le ofrezco mi mano a Eleanor Zuccarelli. Mala idea. Muy mala idea. Pero ella me sonrío y entonces corresponde mi gesto.

—Lo siento por asustarle —me disculpo—. Pero le he visto...

—Puedes llamarme Eleanor —me explica con una sonrisa—. Ella es Madison Luzio —me presenta—. Él es amigo de Gianmarco —le explica a la morena—. ¿Te acuerdas que dijo que conocía a alguien...?

Madison Luzio asiente con su cabeza una vez. Pero ella no me ofrece su mano ni cambia un poco de actitud. Joder con los mellizos Luzio. Y ella es intimidante de verdad.

—Remington van den Heever —me presento.

Creo que no reconoce mi nombre. Esto tiene que ser bueno.

— ¿Cómo estás? —me pregunta Eleanor entonces—. ¿Se puede correr bien en esta playa?

—Muy bien, gracias —le respondo—. Sí, ahora sí. Después se llena de gente y es una mierda... —añado y me callo—. Mis disculpas por...

—Así que eres amigo de Moretti —interrumpe Madison Luzio—. ¿Por qué quieres entrar?

—Esto no es la entrevista —me explica Eleanor Zuccarelli con una sonrisa—. Nos veremos pronto. Y disculpa por tardar tanto, pero hay un poco de caos en el sistema, como imagino que ya te han explicado.

—Sí —afirmo—. Nos vemos pronto. Gracias por saludarme y perdón por interrumpir. Em, bueno, es que te he visto, y sé que no nos conocíamos todavía, pero no me parecía correcto...

—Me alegra que lo hayas hecho —me corresponde enseguida—. No te había visto, pero de haberlo hecho te habría saludado. Puedes hacerlo siempre. Lo que pasa es que...

—Sí, Moretti me habló de esto —comprendo.

— ¿De qué conoces a Moretti? —me pregunta Madison Luzio.

—Nos conocimos en la India —le respondo—. Yo estaba allí por los niños. Era maestro voluntario en un grupo de preescolar.

Madison Luzio asiente una vez, y frunce su ceño.

—No conozco los detalles de tu vida —me explica.

—Soy maestro de preescolar —le informo—. Lo siento, he pensado...

—Supongo que si quieres entrar, Moretti te ha dicho que tenemos muchos problemas —me interrumpe—. ¿Qué estás haciendo aquí exactamente?

—Él ha pensado que ya lo sabías porque conoce que necesita también tu voto para entrar —le

explica Eleanor Zuccarelli y no veo tan bien su mirada con la gorra negra que lleva, pero no le mira bien previsamente—. Y para votar, vas a echarle un vistazo a su carpeta. Sabrás enseguida que fue maestro de preescolar —añade me mira—. Lo siento. Esto no es la entrevista y no será un interrogatorio.

—Se ha acercado a la persona que le entrevistará, siendo exageradamente educado, y si esto lo quieres para ganar puntos, no es una buena idea —dice Madison Luzio y de nuevo su mirada es intimidante.

—Gianmarco le defiende —le explica Eleanor Zuccarelli y me mira con una sonrisa.

No sé si es porque Moretti me ha hablado tanto de ellos, pero ellas dos son exactamente como él las describía. Madison Luzio es intimidante, nada cercana, y bastante borde, la verdad. Eleanor Zuccarelli es opuestamente sociable, pero se nota que ha estudiado toda la información que tienen de mi vida y ahora mismo también está analizándome a mí.

—Gianmarco me explicó que os conocisteis cuando estabas ayudando en un curso para niños con discapacidad auditiva —me dice y asiento con mi cabeza—. Y que tú le enseñaste a hablar en lengua de signos en inglés.

—Sí —le confirmo—. Me gustó que se interesase enseguida porque no podía comunicarse con una niña —añado—. Eso, y que me salvó la vida más tarde —le explico y me sonrío.

—Es un buen amigo —defiende—. Habla muy bien de ti y estoy deseando conocerte mejor en nuestra entrevista —añade.

—Yo también —le correspondo—. Bueno, os dejo y así...

—Primera norma —me interrumpe Madison Luzio—. La señora Zuccarelli es la que te echa, o le pides permiso para irte —añade y señala con su cabeza a Eleanor Zuccarelli.

La señora Zuccarelli no es precisamente sutil con sus miradas, otra vez. Pero Madison Luzio parece inafectada por ello porque encoge sus hombros con una mueca en su rostro.

—Lo digo a buenas —se defiende y me mira—. De verdad. Van a darte mierda por conocer a Moretti. Es mejor que te aprendas las normas antes incluso de saber si entras. Necesitas unos cuantos votos. Supongo que Moretti te ha hablado de mi hermano.

—Sí —afirmo.

Oh Dios. Lo saben.

—He tenido que ser así contigo porque hay que ver peligros en todas partes —sigue Madison Luzio—. Lo harás tú muy pronto si lo consigues. Pero mi hermano va a ponértelo difícil porque sí, y porque eres amigo de su archienemigo. Si te acercas sin permiso, tuteas a la señora Zuccarelli, y eres así de cercano...

—Ya le conozco.

Y ellas parecen sorprendidas por esto. Así que Moretti... estaba en lo cierto y quizás no saben nada. Ni una ni la otra dice algo.

—Grayson Luzio —añado.

—¿De qué conoces a mi hermano? —me pregunta Madison Luzio y regresa su actitud hostil.

—Nos conocimos hace unos días. Bueno, no nos presentamos. Moretti no me ha hablado de vosotros para no influenciarme —añado y miro a Eleanor Zuccarelli—. Su vida es diferente porque os conoce, y sabe que la mía no será eso, así que...

—Me parece muy correcto de su parte —me susurra.

—Una tontería —replica Madison Luzio—. Es la base de todo, y no lo digo por ser una egocéntrica —me explica a mí.

—Pero para alguien de fuera, antes que Madison Luzio, Brayden Occhionero, Violet Patricelli o Eleanor Zuccarelli, hay otras cosas que tienes que plantearte —le dice Eleanor Zuccarelli—.

Lo que dejas atrás, a quién vas a tener que mentir, lo que vas a defender, lo que vas a aceptar, lo que se alinea con tu moral...

Madison Luzio frunce su ceño porque es evidente que no lo comprende. Y ahora entiendo por qué Eleanor Zuccarelli se encarga de esto. Tiene que ser buena en ello, a pesar de ser nueva como me dijo Moretti. Ella un día estaba fuera y ahora es la jodida reina. Cuando me mira, asiento brevemente con mi cabeza.

— ¿Cómo conociste a Grayson? —me pregunta y creo que esta ya es una de sus famosas preguntas por cómo su labio se tuerce con curiosidad.

—En una cafetería —le respondo y me giro para señalársela también—. No fue muy bien. Le tiré un batido encima.

— ¿Le tiraste un batido a mi hermano? —repite Madison Luzio.

—Fue sin querer —añado enseguida—. Yo salía de la cafetería, él quería entrar. Estaba hablando por teléfono, cargaba con un montón de bolsas, y em, bueno, se le cayó una libreta, intenté ayudar y no calculé bien el espacio que había o algo porque le tiré el batido.

— ¿Hace unos días? —repite Madison Luzio y cuando asiento con mi cabeza ella imita el gesto—. No fue nada bien. Le manchaste un traje hecho a medida.

—Sí, dijo algo de eso —explico con un nudo en mi garganta—. Em, no quería... pero...

—Puede pasar —defiende Eleanor Zuccarelli—. Especialmente si él hablaba por teléfono, cargado de bolsas y... —añade y mira a Madison Luzio.

—Me sé la historia algo diferente —le explica ella y después me mira a mí—. Le llamaste idiota.

—Sí —confirmo—. No sabía quién era él. Lo juro, no lo sabía. Y fue un accidente. Le pedí perdón, le ofrecí darle dinero para la tintorería, fue entonces cuando dijo que estaba hecho a medida y que el dinero no solucionaría nada porque el traje era único e irremplazable.

Eleanor Zuccarelli ladea su cabeza hacia Madison Luzio, pero ella sigue mirándome casi sin parpadear.

—Eso fue un bonito gesto —me dice—. Especialmente porque tú salías y él entraba, ¿no?

—Sí —afirmo.

—No frotes tu cabeza —me ordena y le miro con confusión—. Es un gesto demasiado evidente cuando estás nervioso. Y mi hermano va a hacerte sudar para que consigas su voto —añade con una sonrisa.

—Gracias —le agradezco, porque además ni siquiera me había dado cuenta.

—Esto será divertido —añade ella y sonrío.

—Madison —le regaña Eleanor Zuccarelli suavemente—. No te preocupes —me dice a mí—. Es un accidente. No le conocías. Nos ha pasado a todos.

—Ya, pero de todos nosotros, le ocurre precisamente con él —defiende Madison Luzio y entonces muerde su labio—. Lo siento —se disculpa enseguida conmigo—. Si a ella le gustas, voy a votar que sí también, lo prometo —añade y señala con su cabeza a Eleanor Zuccarelli.

— ¿Tengo alguna posibilidad? —le pregunto—. Porque quería retirarme.

— ¿Qué? —me pregunta ahora Eleanor Zuccarelli—. ¿Por esto?

—Moretti me ha dicho que... —le respondo y me callo para no empeorarlo más.

—Supongo que sabes que esos dos disfrutaban peleándose —me dice Madison Luzio y asiento con mi cabeza—. Y que seas su amigo no ayuda —añade—. Lo siento, lo siento —se disculpa con una sonrisa—. De verdad que empiezas a darme pena y ya te he dicho que tienes mi voto si ella te da el suyo.

—Cuando Moretti empezó a hablarme de vosotros me dijo que Grayson Luzio tiene más poder

—explico—. Con...

—Es el favorito del señor Zuccarelli, sí —me confirma—. Pero Zucca te dará su voto si eres amigo de Gianmarco, y si su mujer también te lo da —añade y señala de nuevo a Eleanor Zuccarelli con su cabeza—. Grayson... bueno, paciencia.

—¿Hay algo que pueda hacer?

—No le traigas ningún regalo —me explica Eleanor Zuccarelli—. Se cabreará más —añade y Madison Luzio asiente con su cabeza—. De hecho, técnicamente no necesita darte tu voto presencialmente... —dice y mira a la otra chica.

—Oh, querrá interrogarle —confirma Madison Luzio y después me mira de nuevo—. Aguanta como puedas. Si te ganas al resto, él tendrá que aceptarlo. Porque desgraciadamente su voto será no y te lo pondrá muy difícil.

Asiento con mi cabeza porque supongo que eso es bueno. Todavía puedo intentarlo con el resto. Pero Grayson Luzio tiene poder... Moretti no ha dejado de repetirlo.

—Gracias —les agradezco—. Bueno, me ha gustado mucho... —añado y después me detengo cuando recuerdo que la señora Zuccarelli debe echarme.

—Gracias por acercarte a saludarnos —me agradece Eleanor Zuccarelli entonces—. Nos veremos muy pronto.

—Señora Zuccarelli —me despido y asiento con mi cabeza—. Señora Luzio.

—Hasta pronto —se despide ella con una sonrisa.

Esto es raro de cojones, y no solo porque les saque un par de años a ambas. Madison Luzio ha dejado de ser intimidante, que sigue siéndolo, porque está divirtiéndose con mi encuentro con su mellizo. Eleanor Zuccarelli tiene esa sonrisa suave, me ha parecido tan cercana como la describía Moretti, pero está analizándome. De hecho, cuando me doy la vuelta, me siento increíblemente observado. Hoy no hay coches de lujo, ni trajes hechos a medidas, y quizás los guardaespaldas disimulan algo más, pero me siento muy observado mientras me alejo a buscar mi coche. Cuando estoy en él, llamo a Moretti antes de salir del aparcamiento porque necesito unos minutos para calmarme.

—Ey —me saluda y escucho el ruido de fondo.

—¿Puedes hablar?

—Sí, estoy en el coche. Me escuchas bien, ¿no?

—Sí —le confirmo—. ¿Estás por aquí?

—No.

Y cuando no añade más información sé que ni puede dárme la ni yo puedo preguntar. Tampoco dice nada mientras yo pongo en marcha mi coche y salgo de este sitio. Tengo que buscarme otro circuito para mañana.

—¿A qué no sabes a quién acabo de encontrarme en la playa? —le pregunto.

—No me digas que Grayson —me responde y se ríe—. ¿En serio?

—Eleanor Zuccarelli y Madison Luzio.

—¡¿Qué?! —grita y se ríe más—. ¿Lo dices en serio?

—¿Pero esta gente no está en una casa en Malibu con playa privada?

—Sí —me confirma.

—¿Y qué cojones hacen aquí? —le pregunto—. Saben algo, Moretti. Te digo que saben algo. Aunque parecían sorprendidas cuando les he dicho que...

—Espera, ¿has hablado con ellas? —me pregunta.

—Joder, las he visto allí tomándose unos batidos y me he acercado a saludarlas. Tenía que hacerlo.

— ¿Qué demonios hacían en ese sitio? —susurra para sí mismo—. Bueno, ¿cómo ha ido?

— ¿Lo ves cómo saben algo? —le pregunto—. Que iban con jodidos guardaespaldas.

—Siempre van con ellos —me recuerda.

—Eran dos críos en monopatín.

—Cuando Eleanor sale siempre intenta ir lo más camuflada posible. Ella no me sorprende que estuviese en ese sitio, la verdad. Tiene esas ideas para que el resto salgan de la... burbuja en la que viven todos.

— ¿Madison Luzio? Me has hablado de ella.

—Sí —afirma y echa un suspiro—. Pero no saben nada. Oye, cuéntame.

—Nada, em... bueno, ha ido como me dijiste que iría. Madison Luzio intimida —añado y se ríe—. No te rías. La tía es intimidante.

—Lo es —me confirma.

—Se parecen —noto—. Esa....

— ¿Te ha ido bien con ella, por lo menos?

—No ha sido precisamente amable —le explico y resopla—. Pero en cuanto ha sabido lo del otro día con su hermano, creo que estaba más interesada en su propia diversión.

—Porque va a usar esto para meterse con él —me explica riéndose—. Voy a llamarla ahora que ya os conocéis.

—Moretti...

—Tranquilo. Eso es bueno. Madison es capaz de darte su voto solo para joder a su hermano.

— ¿Pero qué clase de caprichosos son?

—Mellizos Luzio —me repite y resopla—. Está bien ganarte a Madison. Te lo dije. Ella, Grayson y Zucca son los complicados. Zucca te dará su voto porque me lo debe. Grayson ni aunque le hubieses regalado la Luna te lo daría porque eres mi amigo. Si Madison te da el suyo, aunque sea para cabrear a su hermano, irá bien.

—Esto es una jodida locura, Moretti.

—Te avisé de ello —me recuerda—. ¿Qué tal Eleanor? Porque ella es la importante. La tía es el jodido pegamento de la familia. Tendrías que haberles visto antes de Eleanor.

—Ha sido muy amable, comprensiva, dulce... no sé, era agradable charlar con ella. Aunque quizás jugaban al poli bueno y poli malo con Madison.

—Eso no sería una sorpresa tampoco —defiende—. Pero te dije que le caerías bien. Y Eleanor echa de menos su vida... normal. Fue tú una vez, y es comprensiva con esto.

—Esto va a ser un desastre, Moretti.

—Cálmate —me pide—. Tienes el voto de Zucca porque me lo debe. Eleanor te lo dará en cuanto te conozca un poco. Y Eleanor es muy sociable, por lo que vas a caerle bien. Con eso ya son dos votos, y son una familia entre ellos, pero el señor y la señora Zuccarelli están en la cima. Madison te dará el voto si le caes bien a Eleanor, y para fastidiar a Grayson. Grayson no te lo dará, así que ya damos por perdido su voto. De los que quedan, con Tyler lo tienes fácil. En serio, si no tuviese la vida que tiene, tendría la tuya. El tío se hace amigo de cualquiera, como tú, por lo que va a ser fácil. Brayden es más cerrado, pero no se resistirá a ello demasiado. Él y yo tampoco éramos amigos siquiera, y ahora lo somos. Letta está demasiado ocupada para ti, la verdad. Votará lo que vote Bray, o Eleanor. Y Easton... bueno, también hay mucho trabajo, y es muy cercano a Eleanor. Votará lo que ella vote.

—Eleanor realmente...

—Te lo dije —insiste—. Les unió como familia. Si le caes bien a ella, el resto te dará su voto. ¿Por qué te crees que Madison me dijo que me metiese con ella? Sabía que el resto me odiarían

también en cuanto ella lo hiciese. Tú estudia, tranquilo, y preocúpate lo mínimo. Necesitas su aprobación, pero no vas a tener que verles cada día y lo importante será tu vida.

Sé que no voy a quitármelo de la cabeza. Y que voy a leerme cada artículo de esa revista porque si Grayson Luzio me pide un resumen del último número publicado tengo que saber qué responder, e impresionarle.

capítulo 4

La presentación oficial

Grayson

Tyler alza sus dos pulgares cuando me ve en el pasillo desde las escaleras. Asiento con mi cabeza porque sé que no está burlándose y él baja mientras yo me voy a buscar a mi hermana. Es increíble lo mucho que se parece a nuestra madre cuando se viste así. Y el blanco le queda bien cuando está tan bronceada.

—No te burles —me ordena mientras pone una horquilla en su cabello.

—No lo hago —le explico acercándome.

Me mira mal a través del espejo y entonces le sonrío. Es sorprendente lo mucho que cambia cuando se pone unos zapatos blancos con tacón chupete, un ajustado vestido del mismo color sin mangas, o recoge su cabello en un moño. No voy a insistir con los pendientes para no presionarla, pero no me burlaba. Y ella echa un suspiro cuando no puedo reprimir mi necesidad de arreglar un poco su cabello. Después me da las horquillas cada vez que necesito una porque sabe que estoy ayudándole.

—Estás muy guapa —le digo mirándola a través del espejo—. Te pareces a la mamma.

—Tú eres su réplica —me recuerda y se da la vuelta—. ¿Vas a ir con este traje?

—¿Qué le pasa a mi traje? —le pregunto sorprendido por su comentario.

—El lila te queda mejor que el beis —me explica con una sonrisa.

—¿Qué ocurre? —le pregunto—. ¿Viene Tyler?

—¿A dónde?

—A ir a montar unicornios —me burlo y rueda sus ojos—. ¿A ti qué te parece? ¿Al brunch con los Falasca?

Mi hermana está demasiado emocionada para una comida con una nueva y poderosa familia Luzio. Italianos nacidos en Italia, además, pero sé que ella no está emocionada por eso tampoco. Quizás no son momias Luzio, pero sigue siendo una comida formal. Los tacones, el vestido, el moño, la comida, la compañía... no ha protestado demasiado. Eso significa que Tyler viene.

—No, no viene —me explica—. Eleanor viene con nosotros.

—Me encanta eso, pero es Tyler quien debería venir —le recuerdo—. Al fin y al cabo, él algún día será parte Luzio.

—No empieces —me ordena y se aleja hacia su vestidor—. O no sigas —se avanza a mis palabras.

Decido no presionar porque realmente parece estar de buen humor, y eso es bueno. Amo a mi hermana, pero ir con ella cuando está de mal humor, cuando ni siquiera hace el esfuerzo de fingir entusiasmo con las visitas... bueno, no es agradable y siempre discutimos por ello. Así que me voy de su habitación y entro en otra.

Es una habitación que está hecha un desastre, además. Me gustaría empezar a ordenar, lo necesito, pero sé que Eleanor ya tiene suficiente. Ella tampoco disfruta especialmente con las formalidades de las familias, pero cuando tiene que ponerse el vestido negro de la señora Zuccarelli se lo pone y lo hace maravillosamente bien. Hoy el literal ya lo tiene, pero irónicamente, mi hermana parecía más entusiasmada por esta comida.

—G —me saluda cuando entro en su baño—. Qué guapo —añade con una sonrisa.

—Gracias —le agradezco.

—Ya casi estoy, dame cinco minutos.

Van a ser veinte si son de los suyos, pero no me importa. Hay cosas más importante: el desorden de la habitación, que ese vestido nuevo ya le quede algo grande, la sonrisa triste, la mirada apagada, las constantes miradas a su móvil esperando algo... y la ausencia de alguien que tendría que estar por aquí.

—A se ha quedado tranquila con Letta en la piscina —le explico—. Así cuando nos vayamos estará más tranquila.

—Gracias.

—No tienes que venir si no quieres. Lo sabes, ¿verdad? —le pregunto y asiente con su cabeza—. Voy a estar abajo. Tómame el tiempo que necesites.

—Dame cinco, que no quiero llegar tarde.

—La señora Zuccarelli nunca llega tarde —le recuerdo y me acerco para besar suavemente su mejilla—. Ponte los pendientes que te he dejado en la mesilla de noche.

—Sí —me susurra con una sonrisa suave—. Oye, G —me llama cuando me alejo ya—. ¿Nos cambiamos de ropa?

¿Qué?

—Me pongo un vestido lila —me propone—. Y tú un traje a conjunto... los dos de lila, ya sabes.

No, no lo sé. En ausencia de Zucca, y no solo por distancia física, Eleanor solo quiere vestir de negro. Estoy notando el cambio. No es solo por echarle de menos, o en estas visitas de la señora Zuccarelli, es...

— ¿Qué ocurre? —le pregunto.

Porque ella no quiere vestir de otra cosa que no sea negro, y es la segunda persona en menos de diez minutos que ha intentado que me cambiase de ropa. Yo hago esto, no ellas.

— ¿E? —insisto cuando ella cruza sus manos y las frota nerviosamente—. ¿Qué ha pasado esta mañana con Zucca?

—No... no es Jaxson —me explica—. Es la comida.

—No tienes que venir si...

—No es con los Falasca —me explica.

¿Qué? Se acerca entonces y tira de mi brazo para que me meta de nuevo en su baño. Cuando cierra la puerta empieza a asustarme de verdad.

—No le digas a Madison que te lo he dicho, o me mata —me explica—. Lo digo en serio, G.

— ¿Qué ocurre? —repito.

—Sabes que Gianmarco quiere que un amigo suyo entre en las familias.

— ¿Qué quiere Moretti ahora? —protesto—. En serio, le vamos demasiado. Casi le veo más ahora que cuando vivíamos en Nueva York.

—Conoces a su amigo ya —me explica.

— ¿Quién? —le pregunto con curiosidad.

—Hace unas semanas, estuviste en una cafetería y... el día que llegaste a casa con el traje de Benedetta y esa mancha.

¡¿QUÉ?!

—Él —me confirma Eleanor con una mueca.

—Pero... ¿Cómo sabes eso, además?

—Porque él se lo ha contado a Gianmarco y he hablado con él —le explico—. Con Remington

también. Se llama Remington.

Remington. El de los tatuajes. El de la picaza. El de...

—Madison y yo le conocimos en la playa —me explica y se agarra a mis antebrazos—. Lo siento, lo siento por no contártelo. Yo solo le había visto en fotos, y he estudiado todo lo que tenemos de él porque voy a entrevistarle. Se acercó porque naturalmente nos reconoció y nos explicó...

— ¿Él sabía quién era yo?

—No —rechaza varias veces y niega con la cabeza—. Te juro que no lo sabía. Gianmarco me lo ha confirmado también. Y está bastante asustado por si no le das tu voto...

—Era un...

—Madison me ha contado lo que le explicaste.

¿Yo por qué le cuento nada a mi hermana, en serio?

—Y conozco la versión de él, de Remington. Parece que eso fue un accidente y tú...

— ¿A quién vas a creerte? ¿A un idiota que...?

Me callo cuando ya me sé su respuesta.

—Es guapo —añade.

—Era un... —defiendo—. Espera, ¿qué es todo esto de hoy? ¿Una encerrona?

—Sí vamos al restaurante, pero para comer con él y Gianmarco. Parece muy agradable y...

—Oh, ahora quiere comprar mi voto —adivino—. Y mi hermana por eso está tan emocionada. Para divertirse de mi reacción.

—Lo siento.

— ¿Y por qué no ibais a contármelo? —le pregunto—. Porque si lo que el idiota pretende es caerme bien, no solo va a pagar por la comida, sino que también me iría bien mentalizarme para ello para intentar comportarme cuando le tenga delante.

— ¿Qué pasó?

—No tengo tiempo para esto ahora mismo —replico—. Y muchas gracias, E.

—Madison no me dejaba...

Me doy la vuelta para salir del baño porque ahora estoy cabreado. Como mínimo ella ha tenido el detalle de avisarme antes, pero estoy cabreado de todas formas. Y necesito un nuevo traje. Ahora entiendo por qué mi hermana ha criticado el beis y por qué Eleanor quería que me vistiese de lila.

—Joder, Grayson —me dice Brayden cuando ahora nos encontramos en el recibidor de la casa.

— ¿Has visto a Elise? ¿A Cruz?

—Fuera con el coche... ¿Va todo bien?

Algo me dice que él también lo sabía. Por lo que no malgasto mis energías, y todavía menos el tiempo que me queda. Cuando salgo de la casa, enseguida veo a Cruz y a Elise junto a los coches. Y los equipos están aquí delante también. Se alejan algo cuando me ven salir, pero me da igual si escuchan lo que sé que van a escuchar.

—Ya está todo listo, señor Luzio —me explica Elise.

—Vamos a ir con el *Phantom* —le explico a Cruz entonces—. Sácalo del garaje, por favor. Y conduces tú.

—Eh, de acuerdo, enseguida —me responde algo sorprendido y mira a Elise.

—No vamos a coger la Interestatal —añado y ahora frunce su ceño—. De hecho, vamos a dar una vuelta.

—Si no vamos por allí, el tráfico...

—Me da igual el tráfico —le interrumpo—. Quiero tiempo, pero por favor sé sutil porque mi hermana no puede saber esto.

— ¿Puedo ayudarle en algo, señor Luzio? —me ofrece Elise—. ¿Va todo bien?

—Tu iPad, por favor —le pido—. Con la información del amigo de Gianmarco Moretti.

Ella también sabe los detalles, por supuesto.

—Eso es juego sucio para ti, Elise —le recuerdo.

—Mis disculpas, señor Luzio —me corresponde—. Enseguida le preparo todo lo que tenemos sobre el señor van den Heever para que usted pueda revisarlo durante el trayecto.

— ¿Van den Heever? —repito.

—Sí, señor —me confirma.

Remington van den Heever. Jamás hubiese dicho que él se llama así, y al mismo tiempo es... bueno, encaja.

capítulo 5

La presentación oficial

Remington

Esto tiene que ser una jodida broma. Primero la camisa blanca, y Moretti me ha obligado a esconder los tatuajes. Después los pantalones de vestir que él mismo ha llevado a una tintorería. Y por último los zapatos que solo me puse en la boda de mi primo y porque todos teníamos que ir iguales. Así que cuando Moretti me mira con una corbata en cada una de sus manos tiene que ser una jodida broma.

—No voy a ponerme una corbata —le aviso.

—La necesitas.

—Tú vas sin una —le recuerdo—. Entiendo que es un restaurante de lujo y que te piden que vistas... así, pero...

—La necesitas por Grayson.

—No voy a ponerme una corbata por ese tío.

—Lo harás.

—Ya voy a jurar dar mi vida por la suya.

—Y si puedes hacer eso, puedes ponerte una corbata —me recuerda—. No podemos darle nada para que te critique, todavía más.

—Entonces quizás sería bueno avisarle de que vamos a comer juntos en una misma mesa —le propongo con sarcasmo—. Porque algo me dice que no le gustará la sorpresa.

—En absoluto. Pero cuanto más irracional sea él con todo esto, más motivos tienes tú. No te lo hubiese dicho tampoco para que estuvieses lo más relajado posible, pero necesito que te comportes.

— ¡Fue un jodido accidente!

—No en sus ojos. Así que vas a ponerte la corbata, y la chaqueta...

— ¡Es julio! ¿Quién cojones se pone esta ropa con el calor que hace?

—Me apuesto diez dólares contigo a que él irá con chaleco incluso.

—Porque este tío parece sacado de otro mundo, literal.

—La corbata —me ordena.

—No voy a ponerme una corbata. ¿Nos vamos? Porque empiezo a cabrearme contigo. Me dijiste que tendría que hacer mucho, que eso era un paso importante, que tenía que meditarlo muy bien. Lo de ponerme una corbata para complacer al niño malcriado de la familia es ridículo.

—Bueno, sin corbata —acepta—. Pero me vas a deber diez dólares más cuando él te critique por no llevar una. Venga, coge tus cosas que nos vamos que no quiero llegar tarde.

—Vamos con dos horas de antelación —le recuerdo.

—No quiero llegar tarde —insiste.

—Definitivamente este tío es idiota —susurro.

—Sí, pero te gustó —me recuerda con una sonrisa.

—De lejos —puntualizo—. Y ya no lo hace. ¿Grayson Luzio es la prueba final o algo? ¿Si puedes aguantarlo a él y a sus excentricidades, puedes aguantarlo todo?

—La verdad es que sería un método muy eficiente —se burla—. Vamos. Conduzco yo.

—Oh, sí, porque tampoco puedo ir con mi coche —susurro mientras le sigo.

Cuando salgo de mi casa veo que ni siquiera vamos con el suyo.

— ¿Dónde está el *Mustang*? —le pregunto cuando veo el brillante *Bentley* frente a mi casa—. ¿Has dejado este coche aquí sin decirme nada?

— ¿Cuándo tenía que decírtelo? Si no has dejado de criticar a Grayson desde que he entrado por la puerta.

— ¿Y por qué no me has hablado del coche? —protesto acercándome a él enseguida—. Qué pasada, tío...

Espera... Cuando me doy la vuelta, Moretti me mira con una sonrisa y sus manos en los bolsillos de los pantalones. Él puede ir con camisa negra desabrochada, pantalones de vestir, pero que no son de traje como los míos, mocasines italianos de esos que lleva tantas veces, y parece que haya salido de un bar después de estar toda la noche de fiesta. Pero yo tenía que ir con una jodida corbata. Y ahora el coche.

— ¿Tenemos que ir con un *Bentley* por él? —le pregunto.

—No —rechaza—. Vamos en uno porque él va a coger el mejor coche que tenga en casa para pavonearse.

— ¿Entonces lo sabe?

—Siempre coge el mejor coche que tiene para pavonearse y sabe que tiene una comida en ese restaurante —me explica acercándose—. Te lo he dicho, no voy a dejar que gane más argumentos. Si vas con uno de estos, no puede criticarte.

—Esto no es ser caprichoso, es ser elitista —le recuerdo.

— ¿Pero te gusta el coche o no te gusta? —me pregunta con una sonrisa.

— ¿Puedo conducirlo?

En cuanto lo digo, veo el coche negro que se acerca por la calle. No solo es eso, se detiene frente a mi patio delantero y de él baja un hombre con bigote blanco y todo.

—Señor Moretti —saluda.

—Él conduce —me susurra Moretti antes de pasar por mi lado—. *León, hace muchos días que no te veía* —añade en español para el chófer.

Vamos con chófer. Y con coche escolta. Esto es surrealista, en serio. Y Moretti me cabrea más, y lo sabe, cuando charla animadamente con nuestro conductor. Todo esto por el favorito de Grayson Luzio. Sé que esta gente vive en otro mundo, pero él tiene que tener su apartado personal o algo.

— ¿Esto es suyo? —le pregunto a Moretti cuando nos reciben en la recepción del Stafford.

—Sí —me responde.

—Señor Moretti, bienvenido de nuevo —le saluda el encargado del sitio.

Él lidera la comitiva de bienvenida, pero cuento hasta cinco personas más que trabajan en este sitio y que han venido a recibirnos en la mismísima puerta.

—Me alegro mucho de verle, señor Cole —le corresponde Moretti—. Por favor, dígame que todavía tienen esos entrantes de higos, con gambas y compota de tomate.

—Por supuesto, señor Moretti —le confirma el hombre sonriéndole como si tuviese oro en vez de comida—. Y la cocina ya sabe que a usted le gusta con el punto justo de tomate para que no sea agrio.

Madre mía. Toda mi vida he sabido que el Stafford es uno de los mejores restaurantes de la ciudad. Y es el típico restaurante donde en la entrada hay paparazzis porque siempre está lleno de estrellas de Hollywood. No me sorprende que su carta tenga este tipo de platos con combinaciones esperpénticas. Lo que me sorprende es que los Zuccarelli sean propietarios de

todo esto.

En cuanto Moretti me confirmó las palabras “mafia italiana” no pensé precisamente en un restaurante de lujo, o que mi presentación oficial sería en un jardín privado del restaurante, con media docena de personal solo para nosotros, y en una mesa que parece sacada de la toscana italiana. La pérgola de madera está cubierta de plantas enredaderas. La mesa tiene sillas de hierro que serían incómodas, pero veo los elegantes cojines. Hay varios cuchillos, y varios tenedores, y varios platos... en serio, está todo repetido. Y la mesa se ve... llena. Hay cestas con limones, racimos de uvas colocados para decorar y no para comer... Todo es un sinsentido.

—No, gracias —rechazo cuando una camarera me ofrece una copa.

Moretti da un trago con una sonrisa porque el cabrón está disfrutando de mi falta de aire. Suerte que no me he puesto la corbata. La camarera parece incomodísima con la suya, y solo de imaginarme que yo también tendría una atada a mi cuello...

Me alejo de la mesa hacia la barandilla de esta especie de porche. Madre mía, qué sitio. Parece que estemos solos, aunque noto muchos ojos mirándome. Cuando me doy la vuelta, los de Moretti no están en el grupo porque está concentrado en su móvil.

—Malas noticias —me avisa acercándose.

—¿Lo han cancelado? —pregunto con verdadero deseo.

—Grayson lo sabe —me explica y sonrío.

—Bueno, eso es bueno —defiendo—. La encerrona que habíais organizado solo te divertirte a ti.

—Y a Madison —puntualiza—. La verdad, no sé si es bueno o es malo. ¿Seguro que no quieres tomarte nada?

Ni siquiera sé si voy a poder comer. Esperamos durante lo que parecen horas, porque son horas.

—¿Me haces salir de mi casa dos horas antes y ellos ya van dos horas tarde y no pasa nada? —le pregunto en un susurro a Moretti.

—Ni lo menciones —me avisa.

—¿Qué pasa con lo de la media hora de margen? —le pregunto—. O los diez minutos —susurro.

—Habrán encontrado tráfico por el camino.

—Su casa está más cerca de aquí que la mía.

—Ni lo menciones —me repite.

La impuntualidad me cabrea. La impunidad también. Sé que esta gente puede hacer lo que le dé la gana, son la jodida mafia, pero llegan dos horas y media después de lo acordado. Y de nuevo veo a Eleanor Zuccarelli y a Madison Luzio juntas. Pero joder, ni las reconocería porque se ven muy diferentes al día de la playa. Y si yo me he sentido intimidado con toda esta gente, ellas tienen que estar muy acostumbradas a ir acompañadas siempre. Delante de ellas camina una mujer rubia que charla con el tío que ha venido a recibirnos a nosotros. La mujer bajita que da pasos firmes definitivamente ha venido con ellos y sé quién es: Elise White. Es tan fiel a la familia que ya parece uno de ellos.

Eleanor Zuccarelli viste de negro, no me sorprende, y Madison Luzio de blanco. Pero hoy no hay gafas de sol ni gorras. Las zapatillas deportivas son tacones. Los vestidos de diseñador en vez de los pantalones cortos. Y...

Oh, vaya.

Grayson Luzio.

El otro día destacaba y parecía que estaba grabando un anuncio. Era imposible. Hoy, en este

sitio, con esta decoración para llevarte de viaje a Italia, esto sí podría ser un anuncio. O una película. Y él sería el protagonista de ello. También camina como si fuese el dueño de este sitio. Supongo que, bueno, lo es.

El traje de hoy es lila y le debo diez dólares a Moretti. Grayson Luzio va en traje de tres piezas, con chaleco incluido. De verdad que no está caminando, está desfilando y se toma su tiempo. Espera, ¿cojea un poco? Sé que se jodió el fémur hace un tiempo. Dios mío, ese traje también se lo han hecho a medida. Y está... joder, se veía bien el otro día de verde, se veía bien en las demasiadas fotos que he mirado estas semanas, pero de lila está... Y el cabello. En serio, ¿dónde están las cámaras? No me extraña que tenga una revista de moda, lo raro es que no esté posando para ella constantemente. Este tío no parece ni real. Me falta el aire y no tengo la jodida corbata.

—Hola, Elise.

Mierda, la mujer está junto a Moretti y ni me había enterado.

—Él es mi amigo Remington —presenta.

—Es un placer conocerle, señor van den Heever —me saluda la mujer y se acerca—. Mi nombre es Elise White, trabajo para la familia Zuccarelli.

—Es un placer también —le digo y cuando le ofrezco mi mano descubro que esta mujer tiene un agarre fuerte.

Me asiente con su cabeza entonces y después alejo mi mirada. Grayson Luzio sigue desfilando. Va tan lento que ahora Eleanor Zuccarelli y Madison Luzio le esperan hasta que se ponen a su lado.

—Señor van den Heever —me llama Elise White—. Le pido un poco de atención, por favor —añade y parece cabreada—. Por evidentes motivos que espero que usted ya conozca, no puede dar ningún detalle de todo lo que ocurra durante su comida con la familia Zuccarelli. Está usted bajo vigilancia como ya ha sido informado, y tenga en cuenta que la familia Zuccarelli y su seguridad siempre son lo más importante.

—Em, sí, por supuesto —le correspondo realmente aturdido por el discurso de bienvenida.

—Es un placer conocerle —añade con una sonrisa.

¿Qué cojones? ¿Me amenaza con matarme si abro la boca y ahora me sonrío? Miro a Moretti cuando ella se aleja, pero él muerde su labio para no reírse.

—Eleanor —llama.

Da un paso hacia adelante y Eleanor va a recibirle también. Me fijo en el detalle. Grayson Luzio se detiene enseguida. Madison Luzio no abraza a Moretti, aunque le saluda bien y parece un encuentro amigable. Sé que Moretti no saluda a Grayson Luzio para cabrearle porque me ha contado otras veces que le ignora para eso. Él no parece afectado, porque es que ni siquiera le mira.

Joder.

Madison Luzio intimida. Grayson Luzio me ahoga.

—Bueno, ya me han dicho que conocéis a Rem —añade Moretti—. Pero para hacerlo oficial... —sigue y me mira—. La señora Zuccarelli.

—Eleanor sigue estando bien —defiende Eleanor Zuccarelli y avanza.

Joder, ella también intimida vestida de negro, pero me sonrío y eso supongo que es bueno. También me ofrece su mano, y su apretón no es tan amenazador como el de la bajita, pero imponente, Elise White.

—¿Cómo estás? —me saluda Eleanor Zuccarelli.

—Muy bien, muchas gracias. Me alegro de verte...

— ¿Por qué no me sorprende que seas amigo de Moretti?

Grayson Luzio. Eleanor Zuccarelli me da un suave golpe en mi codo antes de alejarse. Moretti me avisa con su mirada de nuevo. ¿Y Madison Luzio está intentando no reírse?

—Hola, princesa —se burla Moretti.

—Apártate —le ordena Grayson Luzio en una orden férrea cuando Moretti se acerca a saludarle.

Allí, con las manos en los bolsillos de sus pantalones, con una pierna algo avanzada a la otra, el cabello perfecto y la mirada de asco realmente parece que esto sea el set de un anuncio.

—Hola —le saludo.

—Si como mínimo quieres intentarlo... —me dice y no comprendo nada—, no tutees a la señora Zuccarelli, asiente con tu cabeza cuando ella se acerca a ti para saludarte, abrocha apropiadamente tu camisa, y ponte una corbata.

¿Qué?

Moretti se ríe, y Madison Luzio también.

—Grayson —le detiene Eleanor Zuccarelli sorprendiéndome por eso también.

En serio, ¿qué cojones?

—Entiendo que tu referente no sea el mejor, pero inténtalo con un poco más de atención —sigue Grayson Luzio y sonrío en una mueca para Moretti—. ¿Esto es una broma?

—No empieces —le replica Moretti.

—Ya tienes demasiados favoritismos —le dice él—. Como mínimo intenta que tu amigo no te haga quedar mal porque pasas demasiado tiempo con nosotros y no quiero que su incompetencia nos afecte.

¿Qué cojones?

—Tío, cuando lo quieres, eres un idiota —le dice Moretti y rueda sus ojos—. ¿Qué hace la princesita? —le pregunta entonces a Eleanor Zuccarelli.

—No hables de mi ahijada —le ordena Grayson Luzio.

Joder.

—Tienes trabajo de sobras —añade con una mueca—. Claro que a ti también te vendrían bien un par de clases de etiqueta y saber estar.

— ¿Juzgas a la gente en función de si lleva o no corbata?

Ya me he cansado de este tío. ¿Pero qué cojones es esto? ¿En serio nadie le dice nada? Una cosa es ser el favorito del líder de la mafia. La otra es ser un jodido idiota elitista. Pero nadie parece detenerle. Madison Luzio se ríe, de nuevo. Eleanor Zuccarelli me mira con confusión. Moretti me mata con su mirada y niega una sola vez con su cabeza. Es que incluso la secretaria, Elise White, ha dado un paso hacia nosotros.

—No, no me sorprende en absoluto que tú no lleves una —me replica Grayson Luzio—. Aunque deberías. Porque esto no es un café de playa donde puedes ir con tu camisa desabrochada y...

—Voy perfectamente apropiado para comer aquí —replico.

—No me interrumpas —me ordena.

Lo que sea. Me acerco a su hermana entonces, pero me detengo cuando ella deja de reírse y me mira con atención. Le ofrezco mi mano porque solo quiero saludarla, pero ella me intimida de nuevo.

— ¿Es que no le has enseñado nada?

Y ahora miro de nuevo a Grayson Luzio cuando el idiota abre su boca de nuevo. ¿Por qué cojones siento esa fascinación por él? En serio, habla y quiero darle una hostia, pero mi polla

también reacciona en mis ajustados pantalones del maldito traje.

—Rem —me llama Moretti y niega con mi cabeza.

—Está bien —me dice Madison Luzio entonces y se acerca—. Me alegro de verte de nuevo, Van den Heever —añade y ella me ofrece su mano.

—Igualmente —le digo mientras le correspondo—. Solo quería...

—Lo sé —me dice ella y cuando nos separamos mira a su mellizo—. Pero él es el señor Luzio, y en rango está encima de mí. Por lo que debes saludarle a él antes.

—Y jamás me ofrezcas tu mano si yo no me acerco primero —añade él.

No parece que vaya a hacerlo porque sus manos siguen en los bolsillos de sus pantalones en esa pose de modelo engreído que tiene.

—Un placer conocerle a usted también, señor Luzio —le replico.

Y la jodida reverencia la hago para burlarme de él. Madison Luzio se ríe otra vez y me asiente con su cabeza como si estuviese orgullosa de mí o algo. Eleanor Zuccarelli tiene una sonrisa débil, como apagada, pero no parece descontenta con mi actitud. Moretti tiene sus manos en la cabeza y Grayson Luzio está insultándome verbalmente.

—Vas a tener que trabajar mucho con él si quieres que tenga una oportunidad —le dice a Moretti, aunque sigue mirándome a mí—. Que no vas a tener —añade con una mueca.

—Por lo que sé, no necesito tu voto en absoluto.

Me gusta que no replique. Moretti ahora corta su cabeza figurativamente con su mano. Madison Luzio se ríe mucho más y Eleanor baja su mirada al suelo, aunque intenta esconder una sonrisa.

—¿De dónde has sacado semejante impresentable, Moretti? —le pregunta, y de nuevo sigue mirándome a mí—. Este parece que tú tengas mejores modales que...

—¿Tú das lecciones de modales?

No le gusta que le interrumpa, y joder con mi maldita polla que reacciona a eso.

—Sorprendente —me burlo.

—Le aconsejo que deje de hablar, señor Van den Heever —me dice con una sonrisa vacía.

—Es que todavía no has saludado, y me criticas a mí cuando lo hago. Y el otro día montaste ese berrinche...

—Era un traje irrepetible.

—Que no manché a propósito.

—Pero estabas en el medio ocupando mi espacio.

—Tú ocupabas todo el espacio con las diez mil bolsas que cargabas. Y solo intentaba ayudarte porque se te cayó el cuaderno.

—No necesitaba tu ayuda para nada. Y te lo dije.

—Fuiste un jodido idiota cuando estaba intentando ayudarte, y ahora lo eres de nuevo porque sabes que soy amigo de Moretti y como siempre intentas encontrarle algo malo a un tío que, es evidente, te da mil vueltas.

—¿Cómo has llamado a mi hermano?

Grayson Luzio sonríe enormemente. Su hermana me intimida.

—Idiota —respondo.

—Eso ya son dos veces, señor Van den Heever —me recuerda Grayson Luzio.

—Eres un idiota —repito—. Aquí tienes la tercera —añado cuando su sonrisa estúpida se borra.

Y entonces escucho las carcajadas. Madison Luzio está riéndose como... como una loca. Es que incluso limpia sus lágrimas. Yo no sé ni cómo le miro porque su reacción es una sorpresa. Su

mellizo está quemándola viva con su mirada.

—Tienes mi voto —me explica la morena y se acerca a mí para darme de nuevo su mano—. Bienvenido a las familias.

—Madison —le llama su mellizo a regañadientes.

—Si puedes con mi hermano, puedes con el resto —me dice ella extremadamente feliz—. Pero no le llames idiota en público —añade y deja de reírse—. Aunque se comporte como uno. Es el señor Luzio.

Después ella se aleja hacia la mesa como si nada, y tengo que mirarla. Moretti me dijo que Madison Luzio era tan férrea como su mellizo. Ahora mismo recoge un racimo de uvas y me ofrece una antes de ponerse una en la boca. ¿Qué cojones ocurre con los mellizos Luzio, en serio?

—Grayson.

Eleanor Zuccarelli le llama y se miran fijamente el uno al otro.

—Grayson —repite ella.

Grayson Luzio no parece contento de tener que cumplir una orden. Esto es raro de cojones. ¿Le hace caso porque es su amiga, o por ser la señora Zuccarelli? Moretti también parece impresionado por esto. Yo no tengo palabras cuando Grayson Luzio camina hacia mí. Y me falta el aire. Dios mío. Es casi tan alto como yo, y no me acordaba que lo fuese tanto. Intimida. La combinación de marrones de sus ojos es... preciosa, de hecho. Se acerca con las manos metidas en sus bolsillos, en la pose de engreído de que no le importa ni nada ni nadie, y se detiene cerca de mí.

—Le pido disculpas por mi nefasto comportamiento, señor Van den Heever —me explica y se nota que no hay ni un ápice de verdad en sus palabras—. Lamento mucho el incidente del otro día y agradezco su enorme detalle de pagar los gastos de tintorería.

¿Qué?

—Le pido perdón también porque, en efecto, yo estaba distraído con mi móvil, ocupaba mucho espacio con sus bolsas, y fui muy desconsiderado con usted cuando ofreció su ayuda para recoger mi cuaderno.

Oh, vaya. Así que ahora va a ser lo más educado posible para insultarme. Dos pueden jugar a eso.

—Y se deja salir antes de entrar.

Su sonrisa se borra y regresa la mirada de odio.

—Claro que tú ya lo sabes —añado y sé que estoy sonriendo porque ni me escondo—. Quiero decir, das clases de modales y comportamiento aunque nadie te las pida, ¿no?

—Qué alegría conocerle, señor Van den Heever —me corresponde con más sarcasmo.

Y la sonrisa burlona regresa. Joder, tiene una buena sonrisa. Y mi polla estúpidamente sigue respondiendo al idiota este. Es guapísimo, parece sacado de una revista, pero no puede ser más idiota. Y no entiendo la fascinación por un tío que nuevamente viste un traje de tres piezas, en julio, y que está hecho a medida.

—Señor Luzio —le llama entonces la secretaria.

—Adelante, Elise —le contesta él, pero sigue mirándome a mí.

¿Y ahora qué? Miro a mi derecha cuando veo a un camarero que se acerca con una bandeja llena de copas con líquido morado. Espera, ¿es lo que creo que es? Cuando miro a Grayson Luzio me sonrío, y esta sonrisa parece algo más real.

—Empecemos de nuevo —me propone cuando el camarero se detiene junto a nosotros—. Y le debía un batido de arándanos.

La madre que...

— ¿No le apetece? —se burla.

—Muchas gracias por el detalle —me burlo de nuevo y miro al pobre camarero que no sabe ni dónde ponerse—. ¿Lleva...?

—No lleva piña —me interrumpe Grayson Luzio y le miro.

¿Qué cojones? Y sonrío otra vez antes de coger su copa y dar un sorbo a su pajita, mirándome. Oh Dios.

—Señor —me dice el camarero y me ofrece de nuevo a mí la bandeja que sostiene.

—Gracias —agradezco y cojo una copa.

—Así, señor Van den Heever, ¿qué puede contarnos sobre usted?

Otra vez hace eso de sorber con su pajita mirándome y otra vez... Oh Dios. *Mi tía abuela Lorraine. El horrible río lleno de plástico que vimos en Kuala Lumpur. Los limones de la mesa. Los camareros que intimidan también.*

—No se preocupe, puede ser sincero —añade Grayson Luzio.

—Grayson —le llama Eleanor Zuccarelli y noto el tono de advertencia—. ¿Nos sentamos en la mesa?

—Solo quiero conocerle —defiende Grayson Luzio con otra sonrisa falsa para mí—. Y yo no voy a hablar con nadie de lo que nos explique —añade y me mira de arriba a abajo muy lentamente.

Joder. Que no lo note. Que no lo note que lo diré solo para mi bochorno.

—De la misma forma que espero que usted recuerde que no puede contar nada tampoco —añade mirándome a los ojos de nuevo—. Nada a su primo Rodrigo Correia Pires, o “Rodri”.

¿Qué cojones? Miro cómo camina hacia la mesa y esta vez no me fijo en su culo. O en lo bien que le queda el traje también por detrás. ¿Lo ha dicho por mis zapatos? ¿Sabe que estos mismos zapatos los llevé en la boda de Rodri?

—Elise —llama entonces y la mujer se acerca a paso firme hacia él—. Por favor, explica a cocina que el señor Van den Heever es alérgico a la piña.

¿De qué se ríe Madison Luzio, en serio?

—Enseguida, señor —le corresponde la mujer rubia.

—Avisé también de que traigan té helado para acompañar el aperitivo, en honor al señor Van den Heever —añade Grayson Luzio—. Y sé que hemos llegado con algo de retraso, pero necesito que el servicio no se entretenga porque el señor Van den Heever tiene una cita con un cliente a las cinco y no queremos que llegue tarde.

— ¿Qué cojones, Grayson? —le pregunta Moretti.

—Lo siento —me susurra Eleanor Zuccarelli sorprendiéndome.

—Oh, y por favor, que la comida que sobre la preparen para llevar porque el señor Van den Heever tiene una cena esta noche en casa de su prima y así ya no tiene que encargarse de llevar algo —añade Grayson Luzio y cuando me mira me sonrío, falsamente de nuevo—. Le parece bien, ¿verdad?

¿Este tío en qué mundo vive? Ahora Madison Luzio no se ríe, pero sí me mira a mí cuando yo lo hago. Y me río más cuando camino hacia Grayson Luzio y él da un paso hacia atrás.

—Muchas gracias por el detalle —le agradezco—. La verdad es que soy alérgico a la piña, y me imagino que estás acostumbrado a la muerte, pero si la palmo aquí delante no sé si estarás contento —añado en voz baja—. El té helado me apetece muchísimo, así que gracias también por eso. Y tenía que salir a comprar para traer algo en casa de mi prima, así que si no tengo que hacerlo es realmente un detallazo por tu parte que me ayudes.

¿Ya no sonreímos tanto ahora, eh? Pero Madison Luzio vuelve a reírse.

— ¿Por qué no nos sentamos? —ofrece ella—. Así nos cuentas más cosas de tu vida y de cómo os conocisteis con Moretti.

—En la India, se conocieron cuando él era voluntario allí en un orfanato —explica Grayson Luzio mirándose.

—Vaya, alguien ha estudiado mi informe —me burlo—. A pesar de que pareces odiarme sin un motivo racional, tenías ganas de verme si te has informado así de bien, especialmente porque esta mañana he quedado con mi prima y ya sabes que tengo planes esta noche. ¿Has hackeado mi móvil?

—No te emociones —me ordena con una sonrisa—. Y en todo caso, tú has estado esperando este momento. Buen intento el tuyo de intentar organizar una encerrona con Moretti. No va a funcionar.

—No lo organicé yo —replico—. Y solo para que conste, sabía que te cabrearías. Solo me sorprende que ya hayas estudiado mi vida considerando que no has tenido tanto tiempo para ello.

—No he estudiado tu vida. Tú deberías hacerlo con la mía, si quieres entrar.

— ¿Nos sentamos? —interrumpe Eleanor Zuccarelli.

Cuando la miro, me sonrío un poco. Mierda. Estoy cagándola cada vez más y por culpa del idiota que... Cuando le miro otra vez, Grayson Luzio sonrío enormemente.

—Tan fácil —susurra—. ¿Por qué quiere entrar, señor Van den Heever?

— ¿No lo has leído en esos informes que sé que tienes sobre mí? —le pregunto.

—Sí, quiero que me lo cuente.

—Quiero entrar por Sky.

—Oh.

Miro a su melliza cuando ella interviene. Madison Luzio está bocabierta, y después cruza sus brazos antes de sonreírle a su mellizo.

—Casualidad —susurra mirando a Grayson—. Y quién mejor que Grayson para que te cuente cómo funciona Sky.

—No voy a contarle nada —le explica él mirándose todavía—. Especialmente porque no entrará en las familias y no se acercará a Sky.

—De nuevo, no solo dependo de tu voto —le recuerdo.

—Pero sí puedo impedir que formes parte de Sky si entras en las familias —añade con una sonrisa.

Su hermana no sonrío. Moretti hunde sus manos entre sus rizos. ¿En serio?

—Lo fundé yo —me explica Grayson Luzio entonces—. Y Jaxson Zuccarelli. Líder de las familias y mi favorito —añade con una sonrisa burlona otra vez—. Y quizás mi voto no te importe, pero si le pido a mi favorito que no entres en las familias, créeme, no entras.

—Eso no es así —defiende Eleanor Zuccarelli y me sonrío un poco—. Sentémonos, por favor.

—Eso es así, E —replica él y me sonrío cuando le miro, otra vez con falsedad—. Además, no creo que los demás te den la bienvenida en cuanto les explique por qué creo que no deberías entrar.

¿Qué?

—Mi hermana te daría su voto solo porque eres un idiota que me replica —añade—. Pero todavía te falta el resto. Y puedo convencerles con argumentos muy válidos de que no deberías entrar en las familias, y menos por Sky.

— ¿Por qué?

—Grayson —le detiene Eleanor Zuccarelli—. No es el momento.

—No podemos perder tiempo ni energías con encerronas estúpidas.

— ¿Por qué? —le repito.

—Para empezar, tienes estudios en educación, pero no los permisos oficiales para trabajar —defiendo—. Sky no es una ONG a la que puedas ayudar con experiencia que has conseguido en una clase de universidad.

—Sé que formáis vosotros mismos al personal —defiendo—. ¿Mis estudios no ayudan en nada?

—Los estudios casi son lo que menos importa.

—Entonces acabas de contradecirte —noto.

—No —rechaza—. Lo que importa es el estado emocional y mental para que esos niños tengan lo mejor que puedan tener.

— ¡Grayson!

Y a pesar del grito de Eleanor Zuccarelli, él sigue con su sonrisa burlona.

—Sé por qué quieres entrar en Sky —sigue como si nada—. Fuiste un niño adoptado —añade—. Tu padre biológico nunca te ha reconocido y los servicios sociales te alejaron de tu madre biológica por abuso indebido de alcohol y otras sustancias.

— ¡Grayson! —grita de nuevo Eleanor Zuccarelli.

— ¿Qué cojones haces, tío? —le pregunta Moretti.

—Grayson, detente —le ordena su melliza.

Pero Grayson Luzio sigue mirándome fijamente y sé que va a continuar.

—Estuviste en el sistema de acogida de casa en casa durante años, hasta que te adoptaron tus padres con diez —añade—. Así que conoces muy bien la ineficiencia del sistema de acogida y adopción de este país, y cuando Moretti te contó que el nuestro funciona bastante mejor, quieres entrar por eso. Además, como bien has dicho, no vamos a pedirte los títulos, sino que vamos a formarte nosotros. Y pagaremos por ello porque nos interesa. Si entras, no solo vas a tener la vida que abandonaste para irte con Moretti a un montón de sitios. Vas a tener la formación, vas a ganar más dinero, y en vez de trabajar en un taller mecánico arreglando coches que no te interesan, vas a poder ocupar tu tiempo libre con esos coches que tienes en tu cuenta de *Instagram*.

—Ya basta —le ordena Eleanor Zuccarelli y literalmente tira de su brazo para alejarle de mí.

—Te juro que te daría una hostia —le dice Moretti pasando por su lado—. Vámonos, esto ha sido una muy mala idea y no necesitas su voto para nada.

—Déjame —le ordeno y se aleja de mí antes de echar un suspiro.

—Rem —me avisa.

—Ya basta, Grayson, lo digo en serio —le ordena Eleanor Zuccarelli a susurros mientras me acerco a ellos—. Remington —me llama cuando me nota—. Lo siento muchísimo, de verdad, pero...

—No pasa nada —le digo yo—. Em, ¿puedes? —le pregunto y señalo con mi mano.

— ¿Cómo? —me pregunta con desconcierto.

Pero da un paso al lado y yo uno hacia adelante. Lentamente, y disfrutando mucho de ello, lanzo el contenido de mi batido de arándanos intacto en mi copa. Grayson Luzio abre la boca, coge aire con sorpresa, y no tiene palabras. Es maravilloso.

— ¿Me permites, amor? —me burlo y cojo su copa con la maldita pajilla que me ha vuelto loco—. Para que tu traje esté debidamente compensado.

No reacciona tampoco cuando vació la otra copa encima de su carísima ropa.

—Eres un jodido idiota —le susurro con una sonrisa—. Y ya lo sabía. Moretti me avisó de

ello. Pero también me dijo que tú habías creado Sky. Así que no entendía cómo podías ser un egocéntrico, caprichoso, elitista y jodido idiota cuando habías creado esa maravilla que parece Sky.

— ¿Qué cojones has...?

—Cállate por un segundo en tu vida —le ordeno y me hace caso—. Tienes razón, y tu elaborado informe también. Conozco perfectamente lo mal que funciona el sistema de acogida y de adopción. Y por eso quería trabajar en Sky. Pero está claro que solo usas eso para quedar bien.

—No me acuses de...

—Porque solo es un capricho más de los muchos que tienes —le interrumpo de nuevo—. Así que tranquilo, que no voy ni a acercarme. Pero por el bien de esos niños, espero que tú tampoco.

Dejo las dos copas encima de la mesa y hay otra Luzio con la boca abierta. Cuando me doy la vuelta, Eleanor Zuccarelli no me sonríe y es una primera vez.

—Gracias por la invitación, pero supongo que no todos estamos preparados para esta vida.

—Rem...

—Déjame —le ordeno a Moretti—. Y escúchame cuando te diga que tus ideas son una locura, porque creo que ya te he demostrado demasiadas veces que tengo razón.

—Espera, tío...

Va a tener que correr, porque yo me voy de este sitio ya.

capítulo 6

Después del desastre

Grayson

— ¿Qué demonios acaba de pasar?

Mi hermana es la primera en recuperar sus palabras. Solo espero que no tenga otro comentario ocurrente. Yo busco una servilleta en la mesa, pero Elise llega a mi lado antes de que pueda hacerlo. Me trae unas cuantas, y ya está dando la orden a alguien para que me traigan más.

—Grayson, ¿qué acabas de hacer?

—Déjame —le ordeno a mi hermana.

—Grayson —me llama ahora Eleanor—. Grayson, mírame —me ordena y giro mi cabeza para buscarla—. ¿Por qué has hecho esto?

—Porque es un idiota.

—Que te gusta —interviene mi hermana y cuando la miro me sonrío—. Te gustó cuando le conociste en la playa —añade—. ¿Qué hacías en esa cafetería? —me pregunta y sonrío más—. Entraste por él. Porque te gustaba. Pero estabas tan intimidado, y nervioso, que la jodiste.

—No me gusta.

—Una mierda que no —defiende con una sonrisa—. Te gusta, y en vez de arreglarlo, lo has estropeado más.

— ¿A quién se le ocurre organizarme una encerrona? —le pregunto—. Entiendo que nuestra vida es un desastre ahora mismo, y que no tenemos precisamente momentos de diversión. ¿Pero cómo te crees que me he sentido cuando ambas queríais reiros de mí?

—No queríamos esto —defiende Eleanor.

— ¿Qué ha hecho ella? —le pregunto y señalo a Madison con mi cabeza—. Todo el rato.

—Porque te gusta y es... —defiende ella—. Es raro —añade con una sonrisa—. Y el tío es valiente porque no se lo pones nada fácil y aún así se defiende.

—Es un idiota.

—Tú te comportas como uno —replica ahora Eleanor—. Lo del batido, eso de la piña, lo de averiguar que cena con su prima... ¿Cómo has hecho esto siquiera?

—En dos horas —susurra mi hermana riéndose—. ¿Lo ves? Si te hubiésemos contado que veníamos aquí, tú hubieses estado una semana preparando esto. En dos horas has acorralado al tío gracias al poder y al dinero que tú tienes.

—No hubiese venido.

—Pero has venido cuando Eleanor te ha contado quién estaría en nuestra mesa hoy —me recuerda y sonrío estúpidamente de nuevo—. Sé que te gusta, Grayson.

— ¿Y lo más divertido es reiros de mí?

—No queríamos esto —defiende Eleanor—. G, ninguna de las dos quería esto.

— ¿Cuál era el propósito de esto, entonces?

—Quitarte la coraza —me susurra—. Mala idea. Lo he visto ahora y te juro que no lo haré de nuevo.

—Lo único que habéis conseguido es que yo parezca...

— ¿Ves cómo sí te gusta? —me interrumpe mi hermana—. ¿Qué te importa lo que piense él?

Además, si tanto lo hace, la has cagado y a lo grande.

— ¡Porque no he podido prepararme! —le grito—. ¡No se me da bien improvisar!

— ¿Improvisar? —repite y se ríe—. Tenías un batido preparado, el mismo que él te tiró en tu traje, *por accidente*. El tío te gusta tanto que te pones nervioso y haces idioteces. Lo entiendo, todos lo hemos hecho alguna vez, pero lo tuyo es extremo.

—Déjame en paz.

—No —replica de vuelta y sonrío—. Tú no lo hiciste. No lo has hecho jamás. Este tío te gusta y...

—Es guapo y está bueno, fin —le interrumpo.

—Es más —defiende ella.

—No empieces de nuevo con la sincronización. No somos gemelos, Madison. No funciona de la misma manera.

—Tenemos la conexión y eres tú el que has usado este argumento, durante años, conmigo con Ty. Este tío te gusta. Y tú estás saboteando lo que sea sin querer ni conocerle. Pero te has pasado.

— ¿Se ha acabado la charla? —le pregunto—. Porque tengo otro traje estropeado y quiero irme a casa.

—Quieres huir a esconderte —me corrige y sonrío—. Vete si quieres, yo voy a comer que me has tenido dos horas paseando en coche y me muero de hambre.

Fantástico. Como si quiere cenar aquí también. Cuando miro a Eleanor, me corresponde con dudas.

—Nos vemos en casa entonces.

—G... —me llama en susurro—. Sé que nosotras nos hemos equivocado, y lo siento mucho, pero... lo del batido ya me parece demasiado, y la intimidación con Elise no me sorprende tanto, o que hayas hackeado su móvil no sé cómo... —añade—. Pero has usado su historia, su infancia...y... bueno, si te has leído todo lo que hay en sus informes, creo que precisamente porque lo pasó realmente mal cuando era un niño ahora puede ayudar y mucho a niños que tampoco tengan un hogar.

— ¿En serio vivió durante años en casas de acogida? —le pregunta Madison—. ¿Lo ves? Yo tampoco me he leído nada. Y tú tendrías que haber hecho lo mismo. No puedes controlarlo todo.

—Ya tengo suficientes cosas en mi vida que son un descontrol —le recuerdo.

—No puedes elegir cuándo sientes algo, Grayson. No es como un botón de encendido y apagado. No puedes bloquear tus emociones y pretender que no existen.

Joder.

—Molesta, ¿eh? —añade con una sonrisa.

—Es diferente —defiendo—. Lo tuyo con Tyler es diferente.

—He hecho mi parte de idioteces porque me gustaba y no sabía cómo gestionarlo —me recuerda—. Él también parece interesado en ti, o lo parecía antes de que pasases de idiota al capullo integral que no es mi hermano.

—Me voy a casa —anuncio—. Haced lo que queráis, como con todo esto, vaya.

—G... —me llama Eleanor cuando me alejo.

—Te digo algo cuando llegue a casa con A —le explico alejándome de aquí de una vez.

La sensación de sentirme como una mierda no sé cómo alejarla, desgraciadamente.

capítulo 7

Después del desastre

Remington

No he dormido en toda la noche. Y podría haber usado esas horas para pensar en la excusa que voy a decirle a mi prima cuando venga a buscarme porque no se tragó nada de lo que le dije anoche. Me fui de ese sitio cabreado, especialmente con Grayson Luzio, pero después el cabreo se extendió. Me peleé con Moretti por la estúpida idea de la comida, o por convencerme de intentar entrar en su jodido mundo. Llegué a casa y cuando el Señor Tocacojones me preguntó por el *Bentley* y mis compañías le mandé a la mierda. Entonces mi madre llamó, para decirme que tengo que ir a buscar no sé el qué, lo juro, para lo comida del domingo. La llamada con Gabby fue peor, porque en serio que mi prima no se creyó mis palabras y sé que va a querer más. En cuanto le explique esto va a intentar convencerme de dejarlo. Porque mi prima lo sabe todo y las amenazas de Grayson Luzio me dan igual ahora, hace dos horas, y hace dos meses. Gabby va a pedir detalles, pero... pero no quiero hablar con ella. Ni con ella ni con nadie. Bueno, con Nik, pero cada vez que he cogido mi móvil he descartado la idea. Estoy tan cabreado que no encuentro ni palabras para mi hermana. Y eso me cabrea más.

Así que hoy no es uno de los sábados en los que me jode trabajar porque me pierdo planes con alguien. Hoy quiero trabajar y ojalá mañana también lo hiciese. Necesito la jodida distracción. Y a las siete de la mañana, si alguien llama a mi puerta, es una distracción. Especialmente cuando Elise White está en mi puerta. Elise White, la secretaria de... de esa gente.

Cuando abro mi puerta, una vez más me doy cuenta de que esta mujer, a pesar de que en altura y en espacio ocupa muy poco, es imponente. Tiene como ese aire de directora de colegio o de jueza férrea, muy profesional, pero con quien es mejor que ni te relaciones. Está frente a mi casa, a las siete de la mañana, y carga con ella una cesta de mimbre.

—Buenos días, señor Van den Heever —me saluda.

—Buenos días —le correspondo.

— ¿Puedo pasar, por favor? —me pide—. Su vecino de casa contigua está espiándonos desde la ventana de su cocina.

Que ella conozca la distribución de la casa de mi vecino no sé si me sorprende ya, pero sí la naturalidad con lo que me lo dice, el tono de voz suave, y la profesionalidad que esta mujer transmite.

—Adelante —le invito y abro más mi puerta.

Mientras cierro la puerta detrás de ella, noto que no parece ni tener curiosidad por estar en mi casa. Esta gente es capaz de haber entrado aquí mientras yo no estaba. Ayer vi que ella ayudó a Grayson Luzio como si fuese su sombra.

—El señor Luzio me ha pedido que le entregue esto —anuncia.

Y aquí tenemos al que no necesita ni estar aquí para ser el centro de cada conversación. Elise White nota perfectamente que no extendiendo mi brazo para recoger la cesta de mimbre que sostiene. Pero la mujer me asiente con su cabeza y se da la vuelta. Camina por mi salón sin alterarse en absoluto, como si esto fuese su casa, y deja la cesta encima de la mesa de la cocina.

—Espero verle de nuevo muy pronto, señor Van den Heever —añade después—. Que tenga

un feliz día.

¿Qué cojones es esto?

— ¿Esto de aquí son unas disculpas baratas? —le pregunto y señalo la cesta detrás de ella ya —. ¿O simplemente quiere envenenarme con la comida que huele bien?

—Definitivamente no son baratas en absoluto, señor Van den Heever —me explica con una sonrisa cordial—. Y el señor Luzio es más original con sus venganzas —añade—. Hasta pronto.

Ahora sí recupero mis modales y le acompaño hasta la puerta. También miro cómo camina por mi patio delantero, de nuevo, sin un ápice de curiosidad por mi casa, un sitio en el que supuestamente ella jamás había estado. Se mete en un Q5 plateado y se aleja de mi calle. Cuando entro en mi casa, no quiero abrir esa cesta. Quiero quemarla. De hecho, quiero dejarla aquí e irme a trabajar. Ignorarla. Pero sé que no voy a pensar en otra cosa en todo el día.

No es una cesta pequeña. Es grande, de hecho, y tiene forma de maletín. Giro el cierre lateral y entonces subo la tapa. En el interior hay un montón, pero realmente un montón de comida que huele muy bien. El forro del maletín es de la tela de los cuadritos, la de las mantas de picnic... *Mierda, Nik, esto te gustaría.* Pero lo que me llama la atención es de color lila, y son dos cosas: la ampolla con el dibujo de los arándanos, y el sobre junto a ella.

No hay nada en la parte delantera del sobre, pero cuando le doy la vuelta saco una hoja de papel bastante grueso debidamente doblada. Y joder, Grayson Luzio tiene elegante hasta su letra.

Señor Van den Heever:

Por favor, acepte esta cesta como mi muestra sincera de disculpas por mi grosero e inadecuado comportamiento. En esta ocasión lo he preparado con mi más honesta voluntad y sin intención de burla. Y ya que le debía unas disculpas y un batido de arándanos, he añadido algunas cosas más que espero que le gusten.

Lamento mucho mi actitud de ayer y del día que nos conocimos. Usted siempre ha sido amable y educado conmigo y no he sabido corresponderle apropiadamente. No me gusta improvisar y ayer fui informado de nuestra comida con poca antelación. Erróneamente me enfadé con la persona que menos lo merecía.

Sí he leído su informe ahora que sé quién es usted y qué quiere para su vida. Siento mucho especialmente haber usado una parte de su vida para desprestigiar su interés en el proyecto Sky y en nuestra familia. No tendría que decirle esto, pero cada persona que le ha entrevistado considera que, precisamente porque usted fue un niño que necesitaba un proyecto como el nuestro, puede ser una gran ayuda para niños que lo necesitan mucho. Lamento de corazón no haberle correspondido apropiadamente, y espero que tenga su oportunidad para formar parte de Sky Los Angeles.

En cuanto a mi voto se refiere, mi postura respecto a él no ha cambiado. No debería entrar en nuestras familias, pero no se lo digo por lo que yo pueda pensar sobre usted, sino por su vida. Entrar en las familias es mucho más que formar parte del proyecto Sky. Y podemos prometerle mucho, pero no una larga vida llena de todas las vivencias que he leído en su informe. Por lo que espero que respete que mi voto seguirá siendo negativo.

Le deseo la mayor de las suertes para el resto de su proceso de selección.

Con todo mi sincero respecto,

Grayson Luzio

Joder. No sé qué me aturde más: la inesperada visita de Elise White, la cesta, la comida que huele maravillosamente, la carta, sus disculpas, el trato formal, su negativa a darme su voto, o que quiero llamarle para que me diga esto en persona y no con todo esto.

Cuando la leo una segunda vez, me cabreo. Y no quiero probar nada de la comida, pero ahora tengo hambre. Antes apenas me he terminado el café porque no quería ni eso, y ahora quiero devorar esta comida. Y quiero empezar por el maldito batido de arándanos.

—Ya puede ser por algo importante, Rem —me contesta Moretti en pocos segundos.

—Grayson Luzio me ha mandado una cesta.

— ¡¿QUÉ?!

Dejo que se despierte y lo procese, porque yo no he dormido en toda la noche, pero todavía no proceso... esto.

— ¿Elise White ha estado en tu casa? —me pregunta después de un par de minutos—. ¿Para darte una cesta de picnic que te ha regalado Grayson?

—Mira la foto —le pido.

—Hostia puta —susurra segundos más tarde—. ¿Qué cojones es esto?

—Grayson Luzio disculpándose, más o menos —le replico—. Esperaba que tú aportases algo más.

—Es la primera vez que veo que se disculpa por su comportamiento caprichoso. Y créeme, le he visto haciendo de todo —me explica—. Claro que ayer cruzó varios límites incluso por ser él.

— ¿Qué hago con esto?

—Comértelo —me responde—. El tío es un capullo cuando lo quiere, y gasta una obscena cantidad de dinero para todo, pero sabe comprar. Te habrá mandado lo mejor de lo mejor.

—Me refiero con el gesto, no con la comida —le explico—. ¿Qué se supone que tengo que hacer ahora?

—Bueno, que iba a darte su “no” ya lo sabíamos desde siempre —me recuerda—. Eleanor no está cabreada y Madison me ha dicho que ni se te ocurra retirarte.

— ¿Cuándo?

—He estado con ella esta noche —me responde—. No me presiones, no puedo contarte esas mierdas, ya lo sabes —me recuerda—. Pero tienes su aprobación. ¿Sabes qué es que Madison Luzio te dé su aprobación? A la tía hay días que todavía le caigo mal.

—Me importa una mierda si me da su aprobación o no —le digo—. Estaba descojonándose. Solo quiere que no me retire porque le divierte que yo me pelee con su hermano.

—Créeme, Madison se mete con su hermano la que más, pero también le defiende y te dije que vigiles que siempre tiene un cuchillo encima.

—Quiero entrar en las familias, no en esta locura.

—Te dije que era más que Sky y que ser mi amigo no te beneficiaba. Y es bueno que sepas defenderte de Grayson y sus tonterías. Porque cuando entres, que vas a entrar, y empiecen a enterarse de que eres mi amigo, vas a tener que defenderte. Hay gente que pagaría dinero por pelearse con Grayson Luzio, y dudo que haya muchos que hayan recibido cestas de pícnic a casa a la hora del desayuno.

—Me dan igual Grayson Luzio y sus excentricidades.

— ¿En serio? —me pregunta y escucho su risa—. Sabes que el cabreo que tienes encima es porque, incluso cuando él es un idiota, todavía sigues babeando por él, ¿verdad?

Cuelgo la llamada y lanzo el móvil dentro de la maldita cesta incluso. Cuando vibra, también lo miro otra vez.

Moretti: *Guárdame algo para mañana. Te llamo en cuanto haya dormido algo más.*

Ni le contesto y después miro la comida. Joder, quiero comerme todo esto. Ni siquiera tengo tiempo ya, pero necesito empezar con algo. Cuando pruebo el batido de arándanos sé que Grayson Luzio tiene una manera eficaz de comprar mi perdón. Si empieza a mandarme cestas como estas podemos pelearnos cada día por si el cielo es azul o no lo es.

capítulo 8

El coche para hormigas

Grayson

Han pasado doce días. Doce días desde que le pedí ayuda a Elise White. La mujer es eficiente y le debo mi vida por unas cuantas de las mías ya, pero tuve que pedirle ayuda y no fue fácil. La cesta, la nota, todo. Y sin respuesta. Es que quizás quemó la cesta incluso. Para mi desgracia, Gianmarco Moretti ha venido muchas veces de visita desde entonces. Es probable que ni siquiera sepa lo de la cesta. No, sé que no lo sabe. De haberlo sabido ya me habría dicho algo hace días.

—Grayson, ¿quieres un poco de zumo?

Me giro para mirar a Tyler y alza una copa con zumo de naranja hacia mí.

—¿Qué? —añade enseguida.

Escucho las risas de mi hermana entonces, y él se gira para mirarla. Yo también busco a Madison y no le miro precisamente bien cuando la encuentro en la piscina, encima de la colchoneta inflable y tomándose ya una copa de zumo que más que seguramente le habrá dado el gracioso de su novio.

—Ah —añade Tyler y se ríe con ella.

—¿Por qué no le llamas? —me propone mi hermana.

—¿Por qué no le llamamos nosotros y así nos lo presentas? —me pregunta Tyler cuando pasa por mi lado—. ¿Qué? Me perdí eso y tuvo que ser jodidamente divertido. Por algo divertido que tenemos en nuestra vida últimamente...

—Sabes que estás así de irritable porque la culpa te consume, ¿verdad? —me pregunta mi hermana—. Deberías llamarle y pedirle perdón.

—No se pide perdón porque la culpa te consume —le recuerdo a mi hermana—. Se pide perdón si lo sientes así. Y la culpa tampoco me consume.

Mentira.

—Estás agobiadísimo porque la cagaste a lo grande —me dice mi hermana con otra estúpida sonrisa—. Y precisamente porque lo sientes, deberías pedirle perdón.

—¿A quién? —pregunta Letta entonces y deja el iPad en la otra tumbona.

—A Remington van den Heever, ¿quién sino? —le responde Tyler.

Cuando miro a Letta para que no abra su boca, ella por lo menos tiene más decencia que el resto y no dice nada. Pero me sonrío un poco y asiente con su cabeza.

—Jafa.

Alice.

—Ni siquiera usar a la niña te funciona ahora, Grayson —me recuerda Madison mientras me acerco a las escaleras.

—Son dos jirafas. La mamá jirafa y el bebé jirafa —explica Eleanor y Alice toca su pecho con sus manos—. Cuidado —le avisa E agarrándola rápidamente por uno de sus codos para que no pierda el equilibrio.

—Pim, pim, pim —añade ella tocando sus pantalones ahora.

El bodi blanco con jirafas me parece hasta bonito, el pantalón naranja con lunares blancos es espantoso.

— ¿Quién te ha comprado este conjunto tan horroroso? —le pregunto a mi niña.

—G.

En cuanto mi niña me ve, quiere correr hacia mí. Llevo muy mal que crezca tan rápido, pero por cosas como estas solo quiero que crezca todavía más. Eleanor corre tras ella para ayudarla y yo colabro enseguida porque las escaleras son peligrosas.

— ¿Benedetta? —me pregunta E.

—A la playa con las chicas —le respondo—. Me ha costado, pero le he convencido de que nos dejase a Massimiliano —añado—. ¿No quieres ir a la piscina? —le pregunto a Alice.

—G —repite mi niña cuando me agacho para recogerla.

— ¿Quién te ha comprado esto? —le pregunto antes de besarla suavemente.

—Easton —explica Eleanor incorporándose a mi lado.

Le miro sorprendido porque es la última respuesta que me esperaba y entonces echo un nuevo vistazo a la ropa. Bueno, como si fuese una bolsa de basura, es especial por Easton. Y si ya puede comprar por Internet significa que está avanzando, y con él sí que quiero que el tiempo pase, y rápido, para tenerle nuevamente en casa.

—Bueno, si el zio East te ha comprado esto se lo permitiremos por esta vez —le explico a mi niña y ella manosea mi mentón—. Pero vamos a darle unas clases muy pronto.

Le abrazo con cariño y cuando me corresponde es la mejor sensación del mundo.

—E, ¿estás bien? —le pregunto entonces—. ¿Qué te pasa...?

Dejo la pregunta cuando escuchamos el ruido. ¿Qué es este ruido? Espera, ¿de quién es esta miniatura de coche? Parece de juguete, con dos puertas y en azul quisqueya.

— ¿Qué es este ruido? —pregunta Madison cuando su momento de relax, y de burlarse de mí, es interrumpido.

—Un coche para hormigas —le respondo.

Eleanor y yo nos quedamos en la cima de las escaleras para mirar cómo el coche aparca frente a nuestra casa. Pero enseguida no somos los únicos que queremos verlo.

—Ty, mira —llama Violet—. Es de esos coches de peli antigua que te gustan.

— ¿A qué huele? —protesta mi hermana cuando sale de la piscina porque todos olemos el fuerte olor a combustible.

— ¡¿Qué demonios están haciendo estos dos aquí?!

Gianmarco Moretti y Remington van den Heever.

—Lenguaje, Grayson —se burla Madison cuando llega a mi lado.

Pero... pero... ¿Qué hacen aquí? ¿Qué hace *él* aquí? La puerta del pasajero se abre primero y escucho las risas enseguida.

—Tío, en serio, que no puedo salir —se queja Gianmarco Moretti—. Oh, hola —nos saluda con su mano también cuando nos ve.

— ¿De quién es este montón de chatarra? —pregunta Madison divertida.

La puerta del piloto se abre entonces y veo a Remington van den Heever. Oh Dios. No me gusta sentirme así. No me gusta el agobio que me produce verle y, peor todavía, la necesidad de acercarme. Sale del coche con auténticas dificultades, y lo primero en que me fijo son sus pies. ¿A quién demonios le quedan bien las sandalias con velcro? *Sandalias con velcro, eh*. A Remington van den Heever. Y eso que son horribles. Los pantalones en tono pardo ocre parecen de pijama y la camiseta blanca no ha visto una plancha en varios lavados, o nunca. Le va demasiado grande, también. *Joder*.

—Bueno, qué se puede esperar de alguien que va por la vida en pijama.

—Compórtate —me susurra Madison.

— ¿Qué hacen aquí? —le pregunto en un susurro también—. Además de contaminarnos el aire.

— ¡Qué pasada! —grita Tyler apareciendo junto a nosotros.

—Y controla a tu novio —añado.

Tyler, como siempre feliz en su burbuja, baja las escaleras con Massimiliano en sus brazos. Y ahora, una vez más, el niño es un ángel en la tierra que es simpático con cualquiera. Tyler choca de manos con Moretti, pero también con Remington van den Heever cuando los presentan. Esto es surrealista.

— ¿Desde cuándo son amigos? —le pregunto a Madison.

—Desde que se fue de las familias —me responde.

—Me refiero tu novio.

—Se llama Remington, Grayson. Remington —me susurra—. Son tíos. Y sabes cómo es Tyler.

—Pero vamos a saludar —nos dice Letta y empieza a bajar las escaleras.

Hay algo que le da puntos al idiota de Moretti y al... otro idiota. Cuando ven que Letta ha bajado sin sus chanclas, se acercan a ella para que no tenga que pisar la gravilla.

—Simpatía Patricelli —susurro con un suspiro—. Yo no voy a bajar.

Eleanor sí baja las escaleras enseguida, algo que no me extraña tampoco. El perro la seguía, pero yo tengo a su protegida. Porque quizás Mephisto algún día seguía a Eleanor a todas partes, pero ahora solo tiene ojos para mi niña. Y este perro me da miedo muchas veces, pero me encanta cuando ve desconocidos.

—Me, ven, no pasa nada —le explica E en un tono suave.

No le sirve de nada. Mi hermana ni siquiera se atreve a acercarse cuando también quiere bajar a saludar. Que a los hermanos Patricelli les salga su simpatía, no me sorprende tanto. Ty es Ty, y Letta ha mejorado muchísimo desde que cada vez trabaja más y durante su tiempo como líder Patricelli. Que Eleanor sea así de abierta con desconocidos tampoco me sorprende. Mi hermana solo baja para joderme a mí.

—No te hará nada —explica Eleanor acercándose al grupo—. Hola.

—Hola, Eleanor —le corresponde Remington van den Heever—. Me alegro de verte.

—Yo también.

¿Ahora es Eleanor? Tengo que hablar con E porque obviamente me ha escondido información, de nuevo. Mi hermana saluda entonces, Miss Simpatía por primera vez en su vida, aunque Tyler rápidamente conduce la conversación al coche de hormigas otra vez. Supongo que ahora todos descubren, menos Eleanor y mi hermana, porque sé que *también* se ha leído ese informe de arriba abajo varias veces, que Remington van den Heever siente una pasión por los coches. De hecho, restaura coches y el propietario del taller mecánico donde trabaja se lleva una comisión por cederle el espacio y las herramientas.

El padre de Remington van den Heever, el que sí le reconoció y le quiso en su vida, era mecánico y trabajaba en el mismo taller.

—Hola, princesa —me saluda Moretti entonces.

—No es tu princesa, Moretti.

—G —me regaña Eleanor porque sé que su perro está en posición de defensa—. Me, ven, no pasa nada. Ya le conoces.

—No vendrá si no trae a la niña —recuerda mi hermana en un susurro—. Grayson, baja a saludar, por el amor de...

— ¿Qué estás haciendo aquí, Moretti? —le pregunto a Moretti.

Cuando doy el primer paso para bajar, el perro ahora sigue mis movimientos. En serio que vivo con Mephisto y a veces le tengo miedo incluso yo.

—Bray me ha llamado porque me necesita y aquí estoy —me explica Moretti.

—¿Para trabajar o para bañarte en nuestra piscina? —le correspondo.

—Letta acaba de cerrar un contrato de tres millones en bikini y desde una tumbona —me dice mi hermana—. No seas idiota.

—¿En serio? —le pregunta a Eleanor a Letta—. Eres la reina de las multitareas, en serio.

Me tomo mi tiempo en venir y admito que disfruto que Mephisto parezca una pantera delante de mí. Supongo que si yo estuviese delante de él no me gustaría tanto.

—Mephisto, calma —le pide E—. No pasa nada. No van a hacerle nada a Alice.

Incluso yo conozco el límite y sé algo sobre lenguaje corporal en perros, y en este en concreto. Acaricio la cabeza de Mephisto con una mano antes de meterla de nuevo en mi bolsillo. Los pantalones de lunares que ha comprado Easton para mi niña son horribles, pero son convenientes con mi otra mano.

Mephisto se sienta delante de mí cuando me añado al grupo y le felicito por eso. Si tengo a su protegida, yo también estoy detrás de su escudo.

—Buenos días —saludo intentando mantener la calma.

—Hola, chica guapa —saluda Moretti a Alice solo para ignorarme a mí.

Alice le sonrío y, para mi desgracia, después se ríe vergonzosamente porque el imbécil de Moretti le dice cosas.

—Te daría un abrazo, pero no sé quién va a mordirme antes: tu perro o tu tío —se burla el idiota.

—Su padrino —le corrijo y alejo mi mirada—. Buenos días, señor Van den Heever.

—Buenos días, Gr...

—Es señor Luzio.

¡¿Este tío es idiota?! Ni siquiera sé si aceptó la cesta, o mis disculpas, ¿y se presenta en mi casa sin aviso para tutearme?

—Dame a la niña —me ordena Madison y Alice colabora demasiado para mi gusto.

—Solo estoy enseñándole lo que Moretti debería hacer —me defiendo.

Remington van den Heever ni siquiera parpadea. Le aguanto la mirada y soy consciente de que Madison se lleva a mi niña. Creo que casi lo agradezco, porque ahora puedo meter ambas manos en mis bolsillos y contar hasta diez.

—Todos me han pedido que... —dice.

—Yo no soy todos —le interrumpo—. Y hasta que no estés dentro, si entras, esto forma parte de tu período de prueba —le explico—. Por lo que no sé qué haces aquí contaminando mi casa, no sé qué haces aquí saludando a mi hermano como si fueseis tíos en un bar demostrando que sois muy machos o algo, y no sé qué haces llamándome por mi nombre.

Especialmente porque cuando recibes un regalo, o alguien se disculpa contigo, como mínimo agradeces el detalle.

—Grayson —me regaña Eleanor.

—No le escuches —le dice Tyler—. Puedes llamarnos a todos por nuestro nombre. Bueno, a Zucca no, pero ahora...

—¿Qué cojones, tío? —me pregunta Moretti—. Esto es demasiado incluso para ti.

—Enséñale bien y no tendré que hacerlo yo —replico—. ¿O crees que alguno de los candidatos puede venir a nuestra casa, aparcar su coche en la puerta y tutearnos como si fuésemos sus amigos? —añado—. Ya tiene demasiada ayuda por ser tu amigo.

—Sigo aquí.

Y sabía que en algún momento replicaría. Es que lo sabía.

—Quiero decir, que si quieres criticarme, como mínimo hazlo conmigo y no hablándole a él como si yo fuese un aspirador en pruebas que no funciona bien —añade—. O regresa a la cima de las escaleras a ser un maleducado que no saluda y a decir en susurros “Qué se puede esperar de alguien que va por la vida en pijama”.

O sea que es verdad. El tío sabe leer los labios. Ahora sus gruesos y rosados labios se extienden en una sonrisa. No sé si quiero darle una hostia, o... vaya, tiene una bonita sonrisa incluso con sarcasmo. Y esos hoyuelos. Desaparecen cuando mira a Eleanor.

—Lo siento mucho —se disculpa con ella—. Sé que no...

—¿Vas a disculparte con la señora Zuccarelli después de insultarme a mí? —le interrumpo.

Y Remington van den Heever me mira muy mal por esto.

—Tiempo muerto —pide Tyler sin divertirse ya.

—Sabes hacerlo de verdad —dice Eleanor entonces.

—Sabe leer los labios —me explica Moretti con su sonrisa de idiota—. Insúltale con la cabeza, porque sino lo sabrá.

—Qué guay —le dice Tyler a él.

Y de nuevo Tyler, como siempre, hace que la conversación fluya. Rápidamente le pregunta cómo sabe hacer esto, y es evidente que estos dos pueden conversar con facilidad. Me falta el aire cuando noto la mirada de mi hermana y sé que va a abrir su boca para decir cualquier idiotez. Así que...

—No creo que seas un buen candidato para entrar en las familias.

Remington van den Heever me mira mal de nuevo.

—Aunque Moretti no es de mis personas favoritas —sigo.

—Y todavía está aquí delante, aunque tú pretendas que no.

Bueno, supongo que le doy puntos por defender a su amigo. Eso me cuesta de admitir, pero me gusta.

—Aunque Moretti no es de mis personas favoritas —sigo—, sé que es un buen amigo de la familia. Pero ciertamente, véase aquí el ejemplo, no es una buena influencia. Tiene un estatus especial porque es amigo de la familia, y él además se pavonea como si fuese incluso más. No puedes venir a nuestra casa sin previo aviso. No puedes abrazar al señor Patricelli y hablarle de esta cafetera de coche que solo saca humo que todos hemos inhalado, desgraciadamente. No puedes tutearme y cabrearte si yo te corrijo por algo que es básico en modales de educación. Si esta es tu idea de pertenecer a las familias, la de Gianmarco Moretti, te aseguro que no eres un buen candidato para entrar en las familias. Esta vida es mucho más. Y cuando empieces a conocer a gente, a gente que lleva años aquí, no vas a caerle muy bien si te pavoneas por acercarte a nosotros solo por ser “amigo de”. Así que si quieres tener una mínima oportunidad, empieza a comportarte adecuadamente.

Ni siquiera había planeado echar semejante suspiro, pero se siente bien.

—¿Otra vez tú vas a darme lecciones de modales?

Y ya me ha cabreado de nuevo. ¿Por qué no se cansa? ¿Por qué tiene la sonrisa estúpida de los hoyuelos?

—Te invitaría a tomar algo, pero ya me has estropeado dos trajes —le recuerdo.

—No desperdiciaría el batido de arándanos comprado de una granja ecológica en Maine para eso —defiende.

O sea que sí se ha fijado y bastante en la cesta que le mandé. Tengo que irme de aquí ya

porque va a usarlo si le presiono. Aunque me encantaría ponerle en su sitio, si mi hermana se entera de esto, o Brayden, o Tyler, o... bueno, todos, van a perseguirme hasta el fin de mis días con el tema. Así que me alejo para entrar en casa.

Y él tiene que estropearlo todo, una vez más:

—Señor Luzio —se burla y me doy la vuelta de nuevo.

.

capítulo 9

Feliz día para usted también, señor Luzio

Remington

Hace doce días que no dejo de pensar en Grayson Luzio. Y está afectándome. Además, su cesta me persigue día y noche. Moretti no deja que la olvide, pero no es necesario tampoco. Gabby vino a mi casa al día siguiente de cancelar lo de la cena, como ya me temía. Escondí la cesta en mi armario, en el fondo, pero mi prima ese día, precisamente ese día, me pidió una vieja sudadera que no me he puesto en años porque ella la necesitaba urgentemente. No la necesitaba, simplemente alguien me castiga y decidió que mi cotilla prima encontrase la cesta porque naturalmente quiso esa sudadera cuando yo no estaba ni en casa y entró a por ella *antes* de pedirme permiso. No es la primera vez que hace estas cosas, por lo que se sorprendió cuando por primera vez me cabreé. Bueno, se sorprendió más por la cesta y me preguntó por qué tenía un bote de mermelada de higos escondido en una cesta de picnic en mi armario.

No le dije que Grayson Luzio me lo había mandado, obviamente. Le dije que estaba reuniendo cosas para una cesta benéfica para la maratón y que escondí la comida para no comérmela yo.

Grayson Luzio compra mermelada de higos importada de Francia. Todas las etiquetas están en francés. Mi prima sabe perfectamente que no me compraría esto para mí, y todavía menos lo haría alguien para una subasta benéfica.

Así que se lo conté, y ahora ella quiere conocer a Grayson Luzio. Sigue sin apoyar mi decisión, pero quiere conocer “al idiota que me regala mermelada francesa”.

Mi madre no es ni la mitad de chismosa, por lo que me relajé. Bueno, me relajé porque estaba en mi casa y puedo comer aceitunas cuando me plazca. Estaba tranquilo porque mi madre estaba muy entusiasmada con las aceitunas rellenas de queso azul. Tenía motivos, me costó no acabarme el bote yo solo la noche anterior. Y entonces ella reconoció la marca, porque la había visto en no sé qué tienda gourmet de comida. Ese minúsculo bote de aceitunas vino de Grecia, y el precio en cualquier tienda gourmet del país es de veinte dólares por menos de dieciséis aceitunas rellenas. Por suerte, ella sí me creyó cuando le dije que me las había regalado un cliente porque he recibido regalos con anterioridad.

Eso sí, Grayson Luzio tiene el honor de ser la única persona que me ha regalado una cesta de picnic llena de comida, y llena de *esa* comida. Al final voy a tener que darle la razón a Moretti. El tío es un capullo con demasiado dinero, pero como mínimo lo gasta en algo bueno. En mi vida pagaría esa fortuna por aceitunas, pero... joder, estaban riquísimas y ya quiero otro bote.

Me queda muy poco de la cesta y estoy por terminármelo ya esta noche cuando llegue a casa para ver si así Grayson Luzio sale de mi cabeza de una maldita vez. Es que me ha estropeado el batido de arándanos, las aceitunas en general, y la mermelada sea francesa o de mi madre. Es que incluso me llama Moretti y ya estoy pensando en él. Y no tendría que ser así por un montón de motivos, pero especialmente porque estoy conduciendo y además trabajando.

— ¿Qué demonios es ese ruido? —me pregunta Moretti enseguida.

—El Fiat 600 que estoy conduciendo —le respondo—. ¿Qué pasa?

— ¿Qué haces?

—Intentar averiguar por qué cojones hace este ruido.

— ¿Y estás conduciendo un coche que hace ruido para probarlo?

—No hay otra forma. ¿Qué pasa?

—Madison me ha llamado.

Y ahora Madison Luzio ya no me recuerda a la morena intimidante de la que me ha hablado tantas y tantas veces Moretti, y que me intimidó. La chica me hace pensar en su hermano. Joder.

—Dice que vayamos a la casa —me explica—. Que Grayson está histérico y deduce que es por la culpa. Supongo que tu cestita es otro secreto.

— ¿A qué casa?

—A la suya, la que están ahora —me responde—. Dice que Grayson no va a pedirte perdón. Que será todo lo contrario. Que se cabreará más por cualquier motivo para alejarte porque a él también le gustas.

— ¿Esto es el instituto o qué? Pensaba que la mafia italiana no se aburría precisamente. Hace tres días que ni te veo.

—Oh, ¿me echas de menos? —se burla—. Lo digo en serio —añade después.

—Yo también.

—Te pidió perdón —me recuerda—. Joder, esa cesta es una pasada, Rem. Y conociéndole a él, se ha gastado una fortuna.

—El dinero no compra el perdón. O las apariencias. Si Grayson Luzio se siente tan culpable, lo siento por él.

—Madison dice, y tiene razón, que necesitas dar tú el paso porque Grayson no lo dará jamás. Te ha mandado esa cesta y ni siquiera sus hermanos lo saben —defiende—. Cuando te vea, en vez de arreglarlo, lo estropeará más.

— ¿Y qué hará esta vez? —le pregunto—. Porque ya cruzó el límite unas cuantas veces. No me apetece que use mi vida para protegerse. Yo tengo el informe de la suya, pero no los detalles personales que él sí tiene de la mía.

—Y estoy de acuerdo contigo, pero si él no se comporta, el resto va a apoyarte de manera unánime.

—En plan, ¿vamos a dejar que él quede como un imbécil y así me apoyan a mí?

—Precisamente.

— ¿No se supone que es el favorito?

—Madison Luzio quiere ayudarte. Créeme, no te haces una idea de lo que es esto. ¿Lo hacemos o no?

— ¿Ahora?

—Esa cafetera de coche solo va a cabrearle más. Y vas a flipar con su casa.

La casa no me importa, pero admito que la idea de cabrear a Grayson Luzio con este coche me gusta. Va a tenerlo realmente fácil para criticarme, y... bueno, la discusión del otro día acabó mal, pero prefiero analizar por qué me excita cabrearme con él a analizar por qué me gusta él y punto.

— ¿Dónde te recojo? —le pregunto a Moretti.

Necesito un buen rato para llegar hasta él, y él necesita otro más para entrar en el coche.

— ¿Pero quién cojones te ha pedido que arregles este montón de chatarra ruidosa? —me pregunta mientras intenta abrocharse el cinturón—. ¿Mickey Mouse?

— ¿Qué te ha dicho Madison?

—Controla tu diversión —se burla—. Espera, ¿vas a ir así?

—No voy a ponerme otro traje para Grayson Luzio —le digo—. He quedado con las chicas en la playa más tarde. ¿Vienes?

—Realmente no entiendo cómo pueden gustarte los tíos cuando practicas yoga con esas tres en bikini.

—Y yo no sé cómo puedes caerme tan bien cuando te sale tu machismo heterosexual que no recuerda que no son “mujeres en bikini” sino “mis amigas”.

—Bueno, bueno... Imagino que esto no tiene GPS.

—Imaginas bien —le confirmo y nos reímos.

—Vete a Malibu y cuando estemos allí ya te diré dónde.

—La mafia italiana en Malibu —susurro y se ríe.

Jo-der. No me extraña que Moretti se ría de mi cara porque sé qué cara pongo y no precisamente gracias al pequeño y viejo retrovisor del 600. Las enormes puertas de madera se abren lentamente y entonces el coche se sacude. Tiene sus años, pero los amortiguadores están nuevos. Se sacude porque el suelo está empedrado con minúsculas piedras. Claro que dejo de fijarme en eso cuando veo a los guardias.

Eso ya me parece más normal de la mafia, en Malibu o donde sea. Los cinco hombres se alejan de una casita situada a la izquierda. Tienen un *Range Rover* a su lado y ni siquiera me fijo en el coche de lo mucho que me intimidan. Hay uno de ellos que parece un jodido jugador de rugby, o dos de ellos en una misma persona.

—Tendríamos que haber ido a tu casa a por tu coche y a la mía a por mi ropa —susurro.

—Tranquilo. Ya verás, me apuesto diez dólares contigo a que Grayson va a criticar tu ropa a los cinco minutos después de haberte visto por primera vez.

— ¿Eso me ayuda?

— ¿Cuándo has dejado que alguien te critique por tu ropa, tío? Casi me meten un tiro cuando tú no querías ponerte un pantalón largo en Turquía.

Detengo el coche junto a todo el grupo porque sé que tengo que hacerlo. Moretti me ha hablado del protocolo. El problema es que salir de este coche... joder, es un verdadero problema.

—Gracias, tío —agradece Moretti.

— ¿Pero qué haces en este coche? —le preguntan y escucho las risas.

—No te rías, Cruz, que le digo a Zucca que te ponga a conducir uno de estos.

Cuando por fin yo también consigo salir, cojo aire. Moretti me ha recordado esa vez en Turquía, por lo que si sobrevivimos a eso, puedo con esto también. Bueno, el enorme tío que se ha comido dos jugadores de rugby para desayunar la verdad es que asusta un poco.

—Es Remington van den Heever —me presenta Moretti—. Está en mi ficha.

—Así que quieres entrar en las familias —me dice un tío que no llega ni a mi hombro, pero que sé que no lo necesita.

—Sí —afirmo.

Moretti me lo ha repetido de nuevo y ahora lo hago para mí mismo. Respuestas sinceras, sin demasiados detalles tampoco, y calma. Lo mismo que me dijo tantas y tantas veces, pero ahora no sé por qué me asusta más. Me tranquiliza mucho ver que dos de ellos regresan con el *Range* porque el resto no necesita mi ayuda. Eso, y que el tío enorme charla con Moretti animadamente. En serio que después él dice que tengo amigos de todo tipo, pero los suyos...

—Putra mierda de coche, en serio —protesta uno de los que está con el *Range*.

—Vamos a tener que llevarlo a un taller o desmontar nosotros los intermitentes —explica el otro.

— ¿Qué cojones has dicho?

Mierda. El interrogador número uno no está feliz con mis susurros.

—Te he hecho una pregunta —me recuerda—. Y respóndeme en mi idioma, no en lo que sea

que has hablado.

—He hablado en inglés.

Capullo.

—Rem —me llama Moretti y lo hace con confusión.

—Hablabas del coche —le explico y ahora los dos que están junto a él también están pendiente de mí de nuevo—. Le habéis actualizado con la última versión del software de la pantalla central, ¿no?

—Sí —me responde uno de ellos.

—Eso ha jodido el intermitente derecho trasero.

— ¿Cómo sabes toda esta mierda? —me pregunta el capullo de las preguntas.

—Porque entiendo de coches.

Imbécil.

—Soy mecánico. Tengo tres clientes que han traído su *Range* porque el intermitente trasero derecho se les ha jodido. Es por la última versión del software de pantalla central, que salió hace una semana, cuando los intermitentes empezaron a dar problemas.

— ¿Cómo se arregla esto? —me pregunta uno de los que está junto al coche.

—Déjalo y que lo traigan al taller —le ordena el gruñón.

—Te van a cobrar una pasta por darle a un botón —le digo y me mira mal—. Yo cobro una pasta por ello.

—Rem —me llama Moretti de nuevo.

— ¿Puedo? —le pregunto al enanito gruñón.

—No puedes tocar un coche de la familia si ni siquiera perteneces a ella.

— ¿Por qué no le dejas que te haga el favor de no tener que llevar el coche al taller, eh? —le propone Moretti.

Y no es una propuesta, lo entienden como una orden. Claro que los dos que están en el coche solo parecen tener curiosidad por si puedo ahorrarles el viaje al mecánico. ¿No tienen un mecánico que venga a la casa o qué? Madre mía con la mafia italiana...

—La digitalización de los coches solo nos beneficia a nosotros —les digo a los dos que se meten en el coche conmigo—, una vez entiendes por qué de repente el maldito trasto deja de funcionar.

—Soy demasiado viejo para estas cosas ya —me dice el que está a mi lado, y definitivamente no es viejo.

—Lo hacen a propósito, pero no me quejo de ello —le digo y se ríe—. Ya está —añado—. No lo toques hasta que se acabe. Cuando lo haga, dale un par de vueltas a la calle antes de cerrarlo otra vez. No necesita más de cinco minutos, pero hazlo correr un rato.

—Joder. Gracias, tío —añade—. ¿Vas a entrar para mecánico?

—No si lo consigo. Pero te daré mi número por si te ocurre de nuevo.

—Me siento idiota. Un jodido botón y toda la tarde pensando en el maldito intermitente.

No es el único. Hasta que no sabes a qué botón hay que darle también te sientes así.

—Moretti, tu amigo entiende de coches —le dice cuando salimos del *Range*.

—Me ahorro una pasta en el mecánico, eso seguro —le dice él riéndose—. Y mi mecánico de coches, aquí te presento a mi mecánico de motos —añade y señala al jugador de rugby—. Él es Cruz.

—Hola, tío, encantado —me saluda el jodido gigante y me da su mano.

—Rem —me presento correspondiéndole.

—Eso te ayudará —me susurra entonces—. ¿Eres mecánico?

—A pesar de que he venido con un coche que echa humo y hace ruido, sí —le respondo y se ríe—. ¿Entiendes de motos?

No entiendo las risas de los otros.

—Sí —afirma Moretti en su lugar y mira mal al grupo—. Y a algunos se les olvida que era un jodido *Red Shadow*. Era uno de ellos.

Hostia puta.

—Y que ahora es el guardaespaldas de la señora Zuccarelli —añade Moretti.

Ese grupo se mete en la casita y ya no hay más preguntas para mí.

—Te van a coger manía —le susurra este Cruz a Moretti.

—Ya me la tienen —defiende él y rueda sus ojos—. Por eso me caes bien. Siempre voy a ser el amigo del señor Zuccarelli para ellos.

¿Un *Red Shadow* con la mafia italiana? Menudo cruce, madre mía. Y todo esto en una mansión de Malibu.

— ¿Están en casa? —pregunta Moretti entonces.

—Sí, estaban todos por la piscina y así.

Mierda.

—Venga, Rem, vamos —me dice Moretti—. Ya les has arreglado el coche y ya tienes tu pase de entrada para otros días.

Mierda.

Meterme en este coche ni siquiera me parece un problema ahora, y lo es.

—Cállate —le ordeno a Moretti mientras intento arrancar el motor.

Sé que no se ríe por mis nefastos intentos.

—Tendrías que haber visto cómo te ha cambiado la cara en cuanto te has imaginado a Grayson en la piscina —me susurra.

—Cállate, joder, que este coche no tiene doble cristal como el tuyo —le recuerdo.

—Suerte que esta tarde va a cambiar el día —dice contento mientras finalmente arranco el 600.

—Esto es una mala idea.

—Pero, ¿qué dices? —replica—. Lo vamos a pasar bien.

Esto ha sido la peor idea que ha tenido Moretti, y ha tenido de muy malas. Supongo que como mínimo estar en una mansión así me da la oportunidad para distraerme con cualquier cosa. Claro que no me gustan las casas así de grandes. ¿Para qué necesitan tanto, en serio? Las jardineras con flores, el montón de palmeras, los arbustos perfectamente podados... y entonces veo la casa. Moretti se ríe de mí enseguida. Joder con la casa de la mafia en Malibu.

— ¿Cómo es su casa en Oregon? —pregunto con verdadera curiosidad.

—No tan grande como te imaginas, aunque tienen un montón de terreno —me responde mientras intenta quitarse el cinturón—. Esto se atasca, Rem.

—Ve con cuidado que tiene unos años —le recuerdo—. Joder.

Bueno, como mínimo me queda reírme cuando Moretti casi cae al suelo de culo cuando intenta salir del coche y se engancha con el cinturón.

—Tío, en serio, que no puedo salir —se queja—. Oh, hola —saluda entonces.

— ¿De quién es este montón de chatarra? —pregunta alguien, una mujer.

Salgo del coche tomándome mi tiempo y ahora no solo porque salir de aquí es complicado. Necesito respirar con calma, pero esto ha sido una mala idea. La casa me intimida demasiado, y no precisamente por envidia.

—Ey, tío, ¿cómo vas?

Me giro para buscar a quién saluda Moretti y entonces les veo. No están junto a la casa, están encima de una escalinata que hay frente a ella, de hecho. Y solo veo azul. Grayson Luzio va en traje. ¿En serio? Joder, Nik tiene estar riéndose un buen rato de mí allí donde esté. Grayson Luzio es único en muchos sentidos, y ahora ha sido capaz de otra cosa. No puedo dejar de mirar a un tío con traje, que además me odia. En serio, ¿quién va con traje en su casa, para estar en la piscina? Veo a Tyler Patricelli, Madison Luzio, Violet Patricelli y Eleanor Zuccarelli con ellos. Casi todos van en ropa de piscina, o de verano como mínimo. La niña también. Hostia, y ahora veo el mastín napolitano que tienen. Joder, el perro da miedo. Está frente a él, porque él tiene a la niña en brazos. Y él va en un traje. No puedo quitarme de la cabeza a un tío con una personalidad que asusta y que va en traje para estar en su piscina. La tela azul cielo parece suave, pero no es como la de mis pantalones. Es que va incluso con corbata. Y...

“Qué se puede esperar de alguien que va por la vida en pijama”

Mierda, le debo diez dólares a Moretti. Grayson Luzio acaba de criticar mi ropa, y esto me cabrea. Y además, no sé si necesita un espejo, pero yo voy más adecuado para estar en su piscina que él con un traje de tres piezas.

— ¡Qué pasada! —grita Tyler Patricelli apareciendo junto a nosotros.

Cojo aire antes de seguir a Moretti. Me ha hablado de Tyler Patricelli. De todos ellos, tendría que ser fácil con él. Baja las escaleras mirando el coche básicamente, y con un niño en brazos. Es un niño, sí. Él no tiene hijos. De hecho, Alice Zuccarelli es la única niña de la familia. Moretti se acerca a él más que yo y entonces se saludan. También sé que el verano pasado estos dos no se llevaban bien, pero Tyler Patricelli le recibe amigablemente. A Grayson Luzio esto le cabrea.

—Mira, tío, él es Rem —me presenta Moretti.

—Hola, encantado —me dice el rubio y se acerca a darme su mano—. Tenía ganas de conocerte ya.

—Lo mismo digo —le correspondo y también su gesto—. Moretti me ha hablado muy bien de ti —añado—. Hola —saludo al niño que tiene en su otro brazo y él me regresa la sonrisa.

—Lo siento por Grayson —me susurra Tyler Patricelli entonces y le miro otra vez—. Es de los mejores tíos que conozco, pero es cabezota. Parece que resistes bien a sus tonterías.

—El otro día se pasó —le dice Moretti.

—Ya lo sé —le corresponde Tyler Patricelli antes de mirarme de nuevo—. Y defiéndete como puedas ahora.

—Espera, Letta —dice entonces Moretti.

Violet Patricelli baja las escaleras entonces. De acuerdo con Moretti, no es tan cercana como su hermano, pero es hospitalaria y es buena haciendo cerrando tratos, por lo que es buena relacionándose con gente. Mientras abraza rápidamente a Moretti, me mira por encima de su hombro. Sigo a su hermano de inmediato para acercarme yo también porque la chica va descalza.

—Ella es mi hermana Violet —me presenta Tyler.

—Un placer conocerte, Remington —me dice la rubia y me ofrece su mano.

—Lo mismo digo... —le correspondo y ella cruje mi mano en su apretón.

—Violet está bien —me explica con una sonrisa—. Lo siento por Grayson —añade en un susurro—. Defiéndete como puedas.

De acuerdo... esto es raro. Los dos hermanos Patricelli, a quienes acabo de conocer con un espacio de separación de escasos minutos, me han dicho lo mismo. Violet Patricelli cuando la tienes delante intimidada. Curiosamente, Madison Luzio no lo hace. No lo hace ahora, porque sí lo ha hecho otros días, pero baja las escaleras con una sonrisa. Y Eleanor Zuccarelli siempre me ha parecido cercana, hoy viene a recibirme y creo que está... contenta. Eso es bueno. Porque su

mejor amiga está mirándome con asco desde la cima de las escaleras.

Veo el sutil gesto del perro. El mastín napolitano baja un par de escalones, pero después se gira, vuelve a subirlos, y se sienta frente a Grayson Luzio.

—Me, ven, no pasa nada —le explica Eleanor Zuccarelli en un tono suave—. Hola, Remington.

—Hola, Eleanor —le correspondo ya que parece que estamos sin formalidades otra vez—. Me alegro de verte.

—Yo también.

—Hola, Remington —me saluda Madison Luzio con una sonrisa—. ¿Cómo estás?

—Muy bien, ¿y tú?

—No me tutees —me susurra y me asusta de nuevo—. En plan, delante de mi hermano —añade—. Se lo vas a poner más fácil. Aunque va a usar lo que sea, por lo que haz lo que quieras hacer para defenderte.

Em, de acuerdo.

—¿Es tuyo? —me pregunta entonces Tyler Patricelli y señala el coche con su mano libre.

—De un cliente —le explico y frunce su ceño—. Em, restauro coches y así.

—Qué pasada —me dice y se aleja hacia el coche.

Le sigo enseguida mientras él me bombardea a preguntas. O disimula muy bien, o no sabe nada de esta parte de mi vida porque escucha con atención y hace preguntas que sé que puede responder sin mi ayuda.

—Hola, princesa.

—No es tu princesa, Moretti.

Me giro cuando le escucho y entonces veo que Moretti está más cerca de las escaleras. Grayson Luzio dudo que haya parpadeado siquiera.

—G —dice entonces Eleanor Zuccarelli—. Me, ven, no pasa nada. Ya le conoces.

—No vendrá si no trae a la niña —defiende Madison Luzio—. Grayson, baja a saludar, por el amor de...

—¿Qué estás haciendo aquí, Moretti? —le pregunta Grayson Luzio.

Y entonces da su primer paso. Tyler también se mueve a mi lado y sonrío mirando a Grayson Luzio. El perro se mueve también, y es evidente que sigue sus movimientos. Una vez más, Grayson Luzio, en vez de caminar, desfila. Y de nuevo él parece sacado de una revista, y solo le faltaba la mansión de Malibu, el perro de raza peligrosa y la adorable niña que ahora acaricia su mejilla derecha.

—Bray me ha llamado porque me necesita y aquí estoy —le explica Moretti.

—¿Para trabajar o para bañarte en nuestra piscina? —le corresponde él.

Alguien dice algo, pero de verdad que no puedo ni prestar atención a eso. Irracionalmente, porque de verdad que no lo entiendo, no puedo dejar de mirarle a él. Se toma su tiempo bajando las escaleras, desfilando, y no me mira ni una sola vez. Todo lo contrario al mastín napolitano. Moretti me ha dicho que no hace nada si no se lo ordenan, pero a mí me parece una jodida pantera y yo un pobre conejo o lo que sea que se coman las panteras.

—Mephisto, calma —pide Eleanor Zuccarelli—. No pasa nada. No van a hacerle nada a Alice.

El perro se llama Mephisto y la niña Alice Zuccarelli. Muy apropiado. Lo del perro, me refiero. El nombre de la niña... joder, que el mastín napolitano viene a por mí. Solo se calma cuando él acaricia su cabeza con una mano. El perro se sienta delante de él cuando Grayson Luzio se ha unido al grupo también.

—Buenos días —saluda con esa voz refinada y dulce que tiene, y ahora no parece que lo

falsee.

—Hola, chica guapa —saluda Moretti a la niña entonces—. Te daría un abrazo, pero no sé quién va a mordirme antes: tu perro o tu tío.

—Su padrino —le corrige Grayson Luzio.

Y entonces me mira. *Mierda*. ¿Por qué este tío provoca esta reacción en mí? Necesito ligar con alguien ya. Pero esta noche. Es que al salir de aquí. Máxima prioridad del fin de semana.

—Buenos días, señor Van den Heever.

Joder, es casi peor cuando se pone formal y no me va ese rollo.

—Buenos días, Gr...

—Es señor Luzio.

Joder, su hermana me había avisado, pero es que...

—Dame a la niña —le ordena precisamente ella y la niña se va feliz con ella también.

—Solo estoy enseñándole lo que Moretti debería hacer —explica Grayson Luzio mirándome fijamente.

—Todos me han pedido que... —explico.

—Yo no soy todos —me interrumpe—. Y hasta que no estés dentro, si entras, esto forma parte de tu período de prueba —añade—. Por lo que no sé qué haces aquí contaminando mi casa, no sé qué haces aquí saludando a mi hermano como si fueseis tíos en un bar demostrando que sois muy machos o algo, y no sé qué haces llamándome por mi nombre.

En serio, ¿qué cojones le ocurre a este tío? Un día me regala una cesta con mermelada importada de Francia y una carta de disculpa escrita a mano, y creo que es su letra porque Grayson Luzio *debe tener* una caligrafía elegante, y ahora esto. O tiene una personalidad múltiple alarmante, o está cabreado porque no le he dicho nada de su cesta.

—Grayson —le regaña Eleanor Zuccarelli.

—No le escuches —me dice ahora Tyler Patricelli—. Puedes llamarnos a todos por nuestro nombre. Bueno, a Zucca no, pero ahora...

— ¿Qué cojones, tío? —pregunta entonces Moretti—. Esto es demasiado incluso para ti.

—Ensénale bien y no tendré que hacerlo yo —le replica Grayson Luzio—. ¿O crees que alguno de los candidatos puede venir a nuestra casa, aparcar su coche en la puerta y tutearnos como si fuésemos sus amigos? Ya tiene demasiada ayuda por ser tu amigo.

—Sigo aquí.

Y ya no tengo más paciencia para aguantar esta mierda de actitud que tiene.

—Quiero decir, que si quieres criticarme, como mínimo hazlo conmigo y no hablándole a él como si yo fuese un aspirador en pruebas que no funciona bien —añado—. O regresa a la cima de las escaleras a ser un maleducado que no saluda y a decir en susurros “Qué se puede esperar de alguien que va por la vida en pijama”.

Eso me hace feliz. No aprendí lenguaje de signos en inglés para dejar a Grayson Luzio sin palabras, pero joder qué bien se siente poder hacerlo. Y es la primera vez que respiro con calma en esta casa. Claro que entonces les veo a todos. La cara de Moretti maldiciéndolo todo. Tyler Patricelli con todo su cuerpo girado hacia a mí. Madison Luzio con sus cejas que tocan la cima de su frente. Violet Patricelli con una mueca en sus labios. Y entonces... Eleanor Zuccarelli. Pero me sonrío suavemente.

—Lo siento mucho —me disculpo con ella—. Sé que no...

— ¿Vas a disculparte con la señora Zuccarelli después de insultarme a mí? —me interrumpe.

Él me interrumpe. Él tiene el jodido valor de regañarme incluso ahora.

—Tiempo muerto —pide Tyler Patricelli entonces.

—Sabes hacerlo de verdad —me dice Eleanor Zuccarelli.

—Sabe leer los labios —le explica Moretti a él—. Insúltale con la cabeza, porque sino lo sabrá.

—Qué guay —me dice Tyler Patricelli entonces.

Entiendo por qué Moretti me dijo que era fácil hablar con él. Le cuento la historia sobre esto con la misma facilidad con la que antes hemos hablado del coche. Es... es fácil hablar con él.

—No creo que seas un buen candidato para entrar en las familias.

¿Acaba de decir eso? Y no me refiero al rubio Patricelli, sino a a él. Cuando miro a Grayson Luzio de nuevo tiene esa postura de modelo. La cabeza ligeramente ladeada, la mirada de asco, la mueca en sus labios, el mentón alzado con superioridad, un pie por delante del otro y las manos en los bolsillos del pantalón de otro de sus carísimos trajes. Y el modelo con la cara de asco ha dicho otra idiotez.

—Aunque Moretti no es de mis personas favoritas —sigue.

—Y todavía está aquí delante, aunque tú pretendas que no —le recuerdo.

—Aunque Moretti no es de mis personas favoritas —sigue y sé que le ha cabreado la interrupción—, sé que es un buen amigo de la familia. Pero ciertamente, véase aquí el ejemplo, no es una buena influencia. Tiene un estatus especial porque es amigo de la familia, y él además se pavonea como si fuese incluso más. No puedes venir a nuestra casa sin previo aviso. No puedes abrazar al señor Patricelli y hablarle de esta cafetera de coche que solo saca humo que todos hemos inhalado, desgraciadamente. No puedes tutearme y cabrearte si yo te corrijo por algo que es básico en modales de educación. Si esta es tu idea de pertenecer a las familias, la de Gianmarco Moretti, te aseguro que no eres un buen candidato a las familias. Esta vida es mucho más. Y cuando empieces a conocer a gente, a gente que lleva años aquí, no vas a caerles muy bien si te pavoneas por acercarte a nosotros solo por ser “amigo de”. Así que si quieres tener una mínima oportunidad, empieza a comportarte adecuadamente.

Y encima el tío echa un suspiro. Joder, ¿por qué mi cuerpo reacciona así a su actitud de imbécil si en mi cabeza no puedo dejar de criticarle?

—¿Otra vez tú vas a darme lecciones de modales? —le pregunto.

—Te invitaría a tomar algo, pero ya me has estropeado dos trajes —me recuerda.

—No desperdiciaría el batido de arándanos comprado de una granja ecológica en Maine para eso —defiendo.

Lo sabía. Sabía que le cabrea que no le haya dicho nada de la cesta. ¿Cómo cojones tenía que hacerlo? La carta no ofrecía la información para contactar con el remitente. No es como si tuviese su número de teléfono. Sé que no tiene cuenta de *Instagram*, ni de Facebook. ¿Le pido ayuda a su archienemigo? ¿O mando un correo al mail de contacto de la página web de su revista? Pero él está cabreado. Es increíble. Y ahora se va de aquí hacia la casa, el tío que da lecciones de modales y que ni se despide.

—Señor Luzio —me despido y se da la vuelta, dramáticamente como todo lo que hace.

Es una jodida diva, y no me van las divas. ¿Pero qué cojones me ocurre con este idiota? Me da igual que Moretti niegue efusivamente con su cabeza. Violet Patricelli sorprendentemente también intenta ayudarme con el mismo gesto.

—Déjale —me susurra su hermano, Tyler Patricelli.

Y Grayson Luzio me quemaría vivo con sus ojos si pudiese. Pero supongo que el malcriado este puede hacer muchas cosas, pero esta no es una de ellas todavía.

—¿Qué? —le pregunto—. Si no puedo llamarte por tu nombre, tengo que llamarte así, ¿no?

—No puedes llamarme en absoluto si yo he decidido irme —me replica.

—No sé si te has ido definitivamente o te vas a la sombra porque no te has despedido, como hacen las personas con esos modales de los que presumes tener.

El tío me desquicia, tiene una jodida personalidad para correr y lejos, pero me divierto cabreándole. Especialmente cuando su familia no parece ni ofenderse por ello, porque casi todos ellos me han animado a defenderme con lo que tenga cuando él empiece a ser un idiota, de nuevo.

—Cuidado, señor Van den Heever —me avisa y sus formalidades solo hacen que esto sea incluso más divertido.

—Oh, ahora sí vas a ponerte formal —replico—. Porque yo tengo que besar tu sombra, pero tú insultas el coche que conduzco y criticas mi ropa. Y para ser el experto en moda con revista y todo, no sabes diferenciar que esto no es un pijama sino que es un conjunto para practicar yoga, y no de esas marcas pijas tuyas, sino comprado en la India.

Estoy ganando este argumento tan fácilmente, pero realmente tan fácilmente. Y él cada vez está más cabreado, por lo que esto cada vez es más divertido. Moretti tenía razón. Venir aquí podía ser divertido.

— ¿Qué quieres? —me pregunta y cuando es informal intenta ser igual de distante—. Enhorabuena, eres un auténtico que practica yoga desde antes que se pusiese de moda.

— ¿Tengo derecho a réplica o simplemente me lanzas el discurso y te vas?

— ¿Esto que haces ahora qué es sino una réplica? —se burla.

—Hemos avisado de que veníamos —le explico y Moretti asiente con su cabeza—. El coche será una cafetera para ti, pero es el coche de alguien y además tiene un valor sentimental. Saca humo porque para eso lo tengo yo, para arreglarlo y estoy haciendo pruebas. Venía de dar una clase de yoga, pero mi amigo me ha llamado porque necesitaba un taxista y he venido. Pensaba que esto dice mucho de mí, y no solo para entrar en las familias. Y no tienes ni idea de por qué quiero entrar aquí, aunque leas tus informes, porque lo único que has hecho es ser un maleducado conmigo cuando te recuerdo que se deja salir antes que entrar. Te pedí perdón, te ofrecí dinero para la tintorería, y sigues con el berrinche. Tus cambios de personalidad asustan, en serio. No quieres darme una oportunidad para escucharme, no vas a darme tu voto, y menospreciarme por cosas materiales como mi ropa o mi coche es más fácil que reconocer que te equivocaste y poder empezar de cero.

¿Qué discursito vas a darme ahora, eh?

—No cuentes con mi voto —me repite, una vez más—. Porque si por mí fuese, no cruzarías ni la puerta. Moretti puede conseguirse un coche perfectamente y tú no tienes nada que hacer por aquí.

—Contrariamente a lo que piensas, me he informado y sé que esto no es tu familia totalitaria. Por lo que sé que sin tu voto, todavía puedo entrar.

Está cabreándose muuuucho.

—Zucca es mi favorito —me explica—. Si le pido que no entres, créeme, no vas a entrar.

—Quizás es lo mejor, entonces, porque eso confirmaría que el líder de una de las familias es una persona caprichosa y no quiero formar parte de esto.

—Ciertamente sería lo mejor —acuerda con muchísimo sarcasmo—. Quizás es en lo único que coincidimos. No te acostumbres, será la única vez. Y cuando entres, no vas a formar parte de la familia Luzio porque careces de la clase de mi familia.

—Lástima que eso no me importe —le explico y encojo mis hombros mientras intento no reírme de su mueca—. Formar parte de *tu* familia. Porque tengo entendido que defendéis ser solo una, y eso es lo que me gusta también.

¿Tienes una respuesta para todo o qué?

—Todavía no has entrado —me recuerda demostrando una vez más que la tiene—. Y somos una familia, pero Zucca todavía es el líder y yo todavía su favorito. Si este espectáculo de rebeldía es para demostrar que tienes un carácter fuerte y que sabes defenderte cuando alguien te ataca, lo siento, pero lo único que has conseguido es asustar a los niños. Y lo ha hecho un maestro de educación infantil.

—Dice el que ha usado un perro de raza peligrosa para intimidarme.

Ahora coge aire sin ni siquiera disimular, pero tan divertido como es esto, eso que ha hecho con el perro ha sido jodidamente peligroso.

—Quiero decir, es un mastín napolitano —sigo—. Y sé que está entrenado para atacar y es evidente que protege a la niña muy bien. Tú le has transmitido tu rechazo hacia mí, y eso ha sido peligroso, no solo por mí, también por el resto que estamos aquí, incluida tu ahijada.

Algo me dice que encontrará lo que sea para replicar eso.

—Vete de mi casa que ya has venido a hacer lo que tenías que hacer. Y no me retes, porque te prometo que si me lo propongo, no voy ni a dormir para que nadie vote a tu favor —me amenaza.

—Como he dicho, me alegra de que esto no sea tu familia totalitaria, así que voy a dejar que el resto me eche también.

—Feliz día, señor Van den Heever —me desea y las formalidades regresan con sarcasmo.

Asiento con mi cabeza, y me río cuando coge aire y se da la vuelta. Este tío es la hostia. Y joder qué bien le quedan estos trajes que tiene. Tengo hasta miedo de preguntar cuántos tiene. Este azul le queda bien, incluso cuando huye con indignación. Alguien le abre la puerta desde dentro, pero sé qué va a hacer cuando él impide que la cierren.

—Feliz día para usted también, señor Luzio.

Se gira con rabia y me mira de la misma manera. En mi vida un portazo me había hecho tan feliz. Hasta que recuerdo con quién estoy, y de quién es esta casa.

—Tranquilo —me dice Tyler Patricelli acercándose a mí y con el crío muy acomodado contra su cadera—. Es Grayson. Es de los mejores tíos que conozco, pero no le gusta que te acerques demasiado a la familia. Eleanor es la excepción.

E inmediatamente miro a Eleanor Zuccarelli, y quien tiene que entrevistarme en unas semanas.

—Está bien —me calma con una sonrisa suave—. Y lo siento por su parte. Echa de menos a Jaxson, y hace estas cosas cuando esto ocurre.

— ¿Qué cojones ha sido esto? —me pregunta Moretti—. ¿Estás loco o qué?

—Me ha cabreado. Ni siquiera se digna a saludar y critica mi ropa y mi coche —me defiende—. Y me has dicho que me defendiese —añado.

—Pero ve con cuidado, tío.

—Especialmente porque si le pide a Zucca que no te quiere en las familias lo va a conseguir —añade Violet Patricelli entonces—. Tienes mi voto —me dice con una sonrisa—. Creo que menos el suyo tienes también el del resto.

—Eres mi héroe, tío —añade Madison Luzio mirándome—. Creo que jamás he conocido a alguien que aguante tanto como tú. Bray hay días que con una de esas quiere lanzarle lo que sea que tenga a mano.

—Lo siento —me disculpo con ella—. Sé que no...

—Te ha cabreado y si no fuese el señor Luzio o nosotros no fuésemos nosotros le hubieses dicho algo bastante más fuerte —me explica—. Además, que lo del perro ha sido peligroso.

Noto que inmediatamente todos miran a Eleanor Zuccarelli, y ella asiente con su cabeza. Entre

la ausencia notable de su marido, líder de las familias ni más ni menos, y esa sonrisa vacía...

—Tampoco quiero crear mal rollo —añado—. Pero...

—Está bien que sepas defenderte de Grayson —me dice Tyler Patricelli—. Dice mucho de ti y estás preparado para lo que sea, créeme.

Que Dios me ayude.

capítulo 10

Y te debo mucho, Sky

Grayson

Eleanor a veces no parece ni mi mejor amiga. Llevo semanas insistiendo en la necesidad de buscar a alguien para una clase de natación segura para Alice. He seleccionado los candidatos yo mismo. Y de repente, para fastidiar eso seguro, decide que Remington van den Heever tiene que ser el profesor de piscina de mi A. *Él*. De todas las personas debidamente preparadas que hay en California para estar con mi niña y tenía que ser él. De acuerdo, tiene la formación, pero no es su trabajo habitual. No tiene *tanta* experiencia. Ni siquiera forma parte de las familias y Eleanor ya le ha buscado algo para que trabaje con nosotros. Además, no le hace un favor en absoluto. Ser amigo de Gianmarco Moretti no le ayudará tampoco, pero ser el profesor de piscina de Alice Zuccarelli solo empeorará su adaptación a las familias.

Y sé por qué Eleanor tiene estas ideas, así que le he pedido a Cruz que me lleve a *Oak Tree Recovery Center* en cuanto se ha incorporado a su jornada laboral.

— ¿Te molesta si pongo un audiolibro? —me pregunta.

—En absoluto —le respondo mientras escribo en mi teclado.

Es fácil estar con Cruz. Y el tío cruza demasiadas barreras, pero supongo que, ¿quién le dice que no a un ex *Red Shadow* que tiene el tamaño de Atlas? Y esto me recuerda algo, por lo que levanto la mirada del iPad cuando escucho la suave voz femenina.

— ¿Qué lees? —le pregunto—. Bueno, ¿qué escuchas?

—Historia de los egipcios.

Eso es una sorpresa.

—Para el resto del mundo, estoy escuchando el podcast oficial de Harley Davidson —añade con una sonrisa y me río con él.

— ¿Te interesa la historia de Egipto? —le pregunto.

—Me fascina, no sé por qué. Si prefieres otra cosa...

—No, por favor —le pido y cierro mi iPad—. Me gusta también.

Y de camino, escucho con Cruz un capítulo sobre los grandes saqueos de la historia en cuanto a historia de los egipcios se refiere. Le pregunto cómo se llama el libro porque, a pesar de que no es muy académico, está muy bien narrado y consigue distraerme. No es algo fácil ahora mismo, y solo me faltaba pensar todo el rato en Remington van den Heever.

Estar aquí me recuerda por qué debo centrarme en lo importante. Cruz se queda en la puerta con el coche porque puedo moverme por aquí yo solo sin problema. Ya me conozco este sitio y camino por el largo pasillo de este tercer piso sin que nadie se oponga a ello. Doy un par de golpes en la puerta y espero. Esta sensación sí que es rara, o que Easton me abra la puerta al otro lado.

— ¿Otra planta? —me pregunta con una sonrisa.

—Hola a ti también, y de nada —le correspondo y empujo suavemente su brazo para que se aparte.

También noto que está demasiado delgado. Pero ni lo voy a decir, y es mejor no centrarme en esto. Forma parte del proceso y Easton está luchando. Poco a poco. Dejo la orquídea blanca junto

a la rosada y entonces cojo la pequeña regadera que no ha sido usada.

— ¿Por qué no has regado? —le pregunto a Easton caminando hacia el baño.

—Porque estás aquí cada día para hacerlo tú —me recuerda y se sienta en un sillón.

Intento no fijarme mucho en este baño cuando lleno la regadera. La ausencia de puertas, de espejos, y que todo sea tan blanco es abrumador, y mañana voy a traerle el set de toallas que ya quería traer hoy porque la moda de “todo al blanco” no me gusta, y menos aquí.

— ¿Todo bien, Grayson? —me pregunta Easton cuando regreso para regar sus plantas.

—Todo como siempre —le correspondo—. ¿Qué tal tus clases de yoga?

— ¿Celoso porque se lo pedí a Eleanor?

—Si no se lo hubieses pedido a ella, no te traería tantas cosas —le recuerdo y me acerco a él.

Muevo el otro sillón junto al suyo y escucho la risa reprimida de Easton cuando intento pensar en qué puedo hacer para que esto se vea más... hogareño.

—Esto parece un jodido spa —me recuerda él cuando ya estoy sentado—. Gracias por las flores.

—Tengo que hacer algo con estos sillones —susurro mirando el cuero marrón.

— ¿Qué te ocurre? —me pregunta y cuando le miro me sonrío—. Estás histérico.

—No estoy histérico. No me gusta verte aquí y quiero que esto sea algo más cálido, ya que no puedes estar en casa.

—Y te lo agradezco —susurra—. Pero te pasa algo —añade con una sonrisa otra vez—. ¿Va todo bien?

—Todo lo bien que puede ir —defiendo—. No me preguntes cosas que ya sabes demasiado —le regaño.

—Porque jode estar aquí encerrado sin poder ayudar.

—Ayudas mucho —defiendo—. Eleanor no ha dejado de sonreír desde vuestra clase de yoga.

—Está mal —me dice y cuando ruedo mis ojos resopla—. ¿Zucca sigue siendo Joe?

—Letta solo viene a verte a ti —le explico y asiente suavemente con su cabeza—. Y esto empieza a ser insostenible. Cuéntame sobre las clases de yoga, por favor.

—Se me dan mal, soy descoordinado y no es lo importante.

Bueno, de hecho, mejor que no me hable de sus clases de yoga porque ahora esta palabra *también* me recuerda a Remington van den Heever. Podemos hablar de otra cosa. De lo que sea. Conversaciones ligeras, fáciles, sin un contenido con carga emocional. Sé esto. Pero East empieza a reírse, y es toda una sorpresa porque... no me acordaba de su risa real.

— ¿Me vas a hablar de Remington van den Heever o no?

¡¿Cómo?!

—Mi hermana —adivino enseguida y él asiente con su cabeza divirtiéndose mucho con esto.

—Eres un jodido idiota.

—Ni siquiera le conoces —le recuerdo—. Y que mi hermana te haya hablado de él tampoco es garantía alguna de que puedas formarte una opinión real sobre él.

—Pero no ha sido solo ella —me explica—. Ha sido Tyler... —añade y ruedo mis ojos—, Brayden...

—Ni le conoce —puntualizo.

—Letta... —sigue—. Y Letta no vino a reírse de tus tonterías. Estás comportándote como un idiota y lo sabes.

—A diferencia del resto, no he venido a hablar contigo sobre él.

—Él —me imita—. Ni siquiera puedes decir su nombre ya, eh. ¿Así de mal estás?

— ¿Cómo van tus charlas en grupo? ¿Te ayudan? —le pregunto—. Porque ya te dije que no

soy un defensor de ellas, y que si no quieres...

—Grayson, distráeme tú a mí, no al revés —me pide divertido—. Si no lo haces ni ahora es que este tío te gusta de verdad.

—Es un idiota.

—Tú pareces comportarte como uno —me recuerda—. Y encima vas a tener que verle más si va a darle clases a Alice.

—No me lo recuerdes, ¿quieres? —le pido.

—En la piscina —puntualiza y se ríe—. Joder, ahora sí me molesta no estar con vosotros y perderme esto.

—Voy a grabarte la clase, no te preocupes.

—Eso me jode, pero Alice no me echará en falta precisamente. Lo que me jode es no verte a ti con ese tío —me explica riéndose—. ¿En serio te lanzó dos batidos encima del traje?

—Mira, ¿sabes qué? —le digo y me levanto del sillón—. Hoy te veo muy animado y mi hermana ya te ha entretenido con los detalles para que te recrees. Regresaré mañana y ya me pensaré si te traigo el set de toallas que me ha costado una pequeña fortuna de traer desde Grecia.

—Gracias —me agradece riéndose.

—Hasta mañana —le despido a regañadientes y me alejo de aquí.

—Oye, Grayson —me detiene enseguida y me giro para mirarle—. Gracias —agradece de nuevo sin una risa—. Pero no seas un idiota. Por lo que me han contado, parece un tío divertido con el que pasar el rato y está interesado por ti igual que tú por él.

—Tengo cosas más importantes en mi vida ahora mismo, Easton. No te imagines cosas.

—Siempre es de la vida de los otros —me susurra—. Zucca, Eleanor y Zucca, Alice, tu hermana y Ty, la boda de Bray y Letta, la decena de orquídeas que ni siquiera me acuerdo de regar...

—Está científicamente demostrado que tener flores frescas cerca revitaliza tu estado de ánimo.

—Lo digo en serio —insiste—. No seas un idiota y dale una oportunidad. Te lo mereces más que ninguno de nosotros, Grayson. Siempre estás aquí para ayudar, pero no pasa nada si por primera vez en tu vida piensas en ti y no solo para arruinar a Zucca con tus compras.

—Nos vemos mañana —me despido definitivamente.

Porque tiene razón en algo, pero yo también, y ahora mismo hay cosas mucho más importantes. Camino por los ya conocidos pasillos y me lleva un rato llegar al ala privada donde pocas personas pueden entrar. También me conocen aquí y nadie me da problemas por recorrer otro largo pasillo. Cuando llego a la salita, hoy son Scarlett y Josh los que están detrás de los monitores. Pero no me entretengo mucho con ellos porque Zucca está en la salita contigua. Y no me refiero a la habitación donde ahora mismo Vittoria está tejiendo, sino a la salita del sofá. Claro que, en el sofá no está mi hermano precisamente.

Me he pasado años diciéndole a Zucca que no se parece a su padre ni siquiera en un sentido físico. Se parece más al nonno que a Joe, pero entonces yo no conocía a Vittoria Milazzo. Porque Zucca también se parece a ella, y mucho. Pero vestido así, peinado así, con la cruz de oro en el cuello, los náuticos que en su vida ha querido ponerse... bueno, me falta el aire.

—Sky —me saluda con una sonrisa cansada cuando me ve.

—Hola —le correspondo y cierro la puerta tras de mí—. ¿Cómo estás?

—Agotado.

—¿Has dormido?

—No mucho.

—Eleanor tampoco —le explico y me siento junto a él.

— ¿Ha pasado algo? —me pregunta alterado, y como mínimo esa parte de él todavía la conserva.

—No, pero te echa de menos —le respondo—. ¿Cuándo vienes a casa?

—Sky, no puedo irme.

—Puedes venir un rato —le recuerdo mirándole y él gira su cabeza para ignorarme—. ¿Ni siquiera vas a venir para las clases de piscina?

Ahora me mira enseguida y yo muerdo mi lengua. *Mierda*. También voy a tener que hablar con Eleanor a mi vuelta.

—Pensaba que lo sabías —susurro.

—Lo hablamos —me explica—. Hace mucho tiempo, de hecho. El año pasado. Se lo recordé cuando vinimos a California, y le dije que estaba de acuerdo si buscabais a alguien. Pensaba que lo harías tú.

—Lo ha hecho ella —le confirmo.

— ¿Es una buena opción?

— ¿Por qué no vienes y lo compruebas tú mismo?

— ¿No te gusta? —me pregunta—. ¿A quién ha elegido?

—Está debidamente calificado, ya me he asegurado de ello.

— ¿Por qué no te gusta? ¿Quién es?

—Remington van den Heever.

Frunce su ceño de inmediato y sé que intenta acordarse del nombre. Pero niega con su cabeza. Y esto... esto duele. Porque es como estar con Joe nuevamente. A pesar de que él quería controlarlo absolutamente todo, y lo hizo, no sabía nada de mi vida. No de verdad. Zucca no solo lo coordina todo, y tiene un plan dentro del plan, también sabe lo importante. Que él no sepa nada de Remington van den Heever... duele. Sé que en otro momento conocería muchos más detalles de lo que ya dicen esos detallados informes.

— ¿Quién es?

—El amigo de Moretti que quiere entrar en las familias.

— ¿Ele quiere que alguien que ni siquiera está dentro sea el profesor de piscina de nuestra hija? —me pregunta sorprendido.

— ¿Ves por qué necesito que regreses a casa, aunque sea por un par de horas? —me defiende—. Y no soy el único.

—Háblame de él. ¿Tienes tu iPad contigo? —me pregunta—. ¿Ha sido Moretti? Le dije que no es una buena idea que avale a un amigo suyo para entrar. Moretti es Moretti, pero no van a tratar bien a su amigo. Sé que Cruz tiene que tragar mucha mierda, y Meyers porque está en casa y Elise le defiende cuando no está celosa.

—Gracias por recordar eso —le agradezco con sinceridad—. Y tu amigo tiene un pésimo gusto eligiendo amigos.

— ¿Qué te ha pasado con él? —me pregunta—. ¿Tienes tu iPad o no?

Se lo doy enseguida y después me apoyo bien en el sofá mientras él estudia la vida de... Esta habitación necesita cambios. A Vittoria tengo que traerle una nueva lámpara, esa es peligrosa y puedo encontrar algo más seguro sin que sea horroroso.

—Joder —susurra Zucca y cuando le miro odio ver la curiosidad que siente por lo que lee—. El tío hace de todo.

—Sí —susurro y miro las cortinas—. He comprado unas cortinas nuevas para Vittoria.

— ¿Por qué?

—Porque esas no me gustan.

—Las compraste tú.

—A veces también me equivoco. ¿Necesitas que te compre algo más? Iré más tarde, quizás —le ofrezco—. ¿Otros náuticos?

— ¿El tío restaura coches?

—Lo has dicho tú, hace de todo —le recuerdo.

—Joder, habla más idiomas que yo.

—Tiene conocimientos básicos. Ha vivido en muchos países y sabe lo básico, no es fluyente en ninguno de ellos —explico—. Portugués, ese sí.

—Ceyonne va a quererle en Sky con este currículum —dice—. Moretti no me había hablado de él y parecen amigos de verdad.

—Porque no sois mejores amigos, por mucho que él insista en presumir en ello —susurro—. Y como siempre tu amigo da problemas.

— ¿Pero cuántos trabajos tiene? —me pregunta.

—Como la *Barbie* —susurro.

— ¿No tiene problemas de dinero?

—No. No apuesta en ningún tipo de apuestas, no invierte, no compra mucho tampoco... y en todos sus trabajos está mal pagado. El jefe del taller debería cobrarle más, y se lleva demasiada comisión cuando restaura coches, teniendo en cuenta que él hace el trabajo y que ese taller tampoco es el de tu escudería en NASCAR, la verdad. En el bar, cobra lo mínimo, y cada fin de semana está por allí. Tiene una tienda en *Etsty* también. Porque hace como piezas de arte con partes de coches que no pueden aprovecharse para nada. Es espantoso, pero vende cosas. Y en medio de todo esto también tiene tiempo para organizar subastas benéficas, correr maratones benéficas, o bailar bailes de salón con las abuelas que van a la escuela de baile de su madre. No sé por qué quiere entrar por Sky, además, porque es muy bueno con los coches. Si entra, debería dedicarse exclusivamente a restaurar esos coches antiguos porque su lista de clientes es larga. Y con las horas que pasa en *Instagram* actualizando su cuenta llena de fotos...

—Sky.

Le miro cuando me llama. Tiene mi iPad a su lado y no solo me mira con sus ojos, lo hace con todo su cuerpo encarado hacia mí.

— ¿Te gusta este tío?

— ¿Qué? —le correspondo—. No.

— ¿Cómo le conociste tú?

—Estoy haciendo lo que deberías hacer tú también —le recuerdo—. Es el profesor de natación de tu hija y quiere entrar en las familias y gracias a tu amigo. Debemos asegurarnos de que es un buen candidato, especialmente con él. El proceso de selección lleva meses parado, y no vamos a tener desastres por amiguismos justo cuando empezamos de nuevo.

—Háblame de él.

—Tienes su vida en el iPad y ya estaba haciendo eso.

—No, tú con él —me explica—. ¿Cómo le conociste?

—Es amigo de Moretti —le recuerdo—. Tú amigo ya se toma demasiadas libertades, por eso tienes que regresar y ponerle en su sitio.

—Ni siquiera Moretti te cabrea tanto como este tío —me dice—. Y deja ya eso, que sé que te cae bien —añade—. Moretti. ¿Qué te pasa con Remington van den Heever?

—No me pasa nada.

—Estás histérico.

—No estoy histérico.

—Ni parpadeas, Sky, pero estás histérico. No te equivocas comprando cortinas —defiende—. Háblame de él. ¿Cómo le conociste? ¿Cuándo lo has hecho?

—Es un idiota, ¿de acuerdo? Lo que tiene sentido, porque es amigo de tu amigo idiota.

—¿Quieres contarme algo ya? —me pide y sonrío.

Sonríe de verdad.

—Vamos, Sky —insiste—. Este tío te gusta. Cuéntamelo.

—Es un idiota —susurro.

—Así que te gusta *así* —replica—. Cuéntamelo.

Está sonriendo de verdad. Es Joe con los náuticos, la cadena de oro, el polo beis, la barba, y el caballo con la raya al lado... pero es Zucca. Y duele que yo tenga que contarle todo esto, especialmente porque llevo semanas con Remington van den Heever en mi cabeza. Que él lo sepa también lo hace más real.

—Sky —me regaña enseguida y resoplo—. Sé lo que haces —añade y alejo mi mirada—. Ser un idiota para alejarle. Te pusiste nervioso en la cafetería, pero podías haber arreglado eso.

—Oye, que le mandé una carísima cesta y le pedí perdón.

—¿Y no te ha dicho nada?

—¿Por qué te ríes? —le pregunto—. Es un maleducado.

—Así como lo veo, el tío hace que tú seas un maleducado. Y eres el responsable de que nadie en la familia la cague en cuanto a protocolo y etiqueta.

—Siempre tiene algo para replicar.

—No sé a quién me recuerda —susurra y le miro mal—. ¿Qué harás para arreglar esto?

—No voy a hacer nada.

—Cada vez que le ves es peor. Y sé que no me has contado todos los detalles de tu nefasta actitud.

—Dice el que empujó a Eleanor contra un árbol para parecer no solo un idiota, sino también un matón denigrable.

Cruzo mis brazos y cojo aire. Ver cómo Vittoria Milazzo está tejiendo esa manta para su bebé no sé si me ayuda.

—Lo siento —me disculpo—. Sé que no sabías cómo gestionar tus sentimientos con Eleanor y que llegaste a medidas extremas para alejarla de ti. Además de que ya está en el pasado.

—Es la verdad —susurra y le miro otra vez—. No llegues a ese extremo.

—Es diferente.

—No sé si tan diferente. ¿Ele ya la ha entrevistado?

—Ni siquiera ha empezado con las entrevistas todavía —le explico—. En serio, ¿puedes regresar a casa ya? Aunque sea por unas horas. Eleanor te apoya incondicionalmente con esto, pero no te cuenta nada para que no tengas que preocuparte por nada más y eso obviamente está distanciándoos.

—No cambies de tema. Ele y yo ya hemos hablado de esto.

—Ni siquiera sabías que le ha elegido a él para las clases de natación hasta que te lo he contado yo —le recuerdo y alza sus cejas—. Remington van den Heever. ¿Lo ves? Puedo decir su nombre.

—Dos octavas por encima de tu tono de voz normal —me replica—. ¿Fue ella?

—¿Quién sino?

—¿A Ele le cae bien?

—Está encantada con él —susurro a regañadientes.

—Entonces no necesito saber mucho más —me dice con una sonrisa suave y me da mi iPad

—. Hazle caso a tu mejor amiga.

—Mi mejor amiga te echa de menos y deambula por los sitios como un zombi. Solo le cae bien porque él es diferente, y aporta esa dosis de normalidad a la que Eleanor renunció hace mucho.

—Entonces el tío ya me cae bien también —defiende y echo un suspiro—. ¿Qué día fue ese de la cafetería?

—Dos de julio —susurro—. Estamos a veintitrés —añado cuando no lo sabe—. En serio, Zucca.

—Hace dos semanas que estás histérico por él —me dice—. Pensaba que era por...

—Obviamente que era por ti, y por ella —defiendo y miro a Vittoria Milazzo—. Y por Eleanor, y por Alice, y por Easton al que ni siquiera has ido a ver, y por la nonna que está fatal, y por el nonno que está peor...

—No —rechaza—. No era solo eso. Este tío te gusta, Sky.

— ¿Por qué no haces algo? Vienes a casa, te lo presento, y no le das tu voto porque es un jodido idiota.

—Si Ele se distrae con él cerca, y ella le quiere para las clases de natación, no voy a votar que no precisamente.

—Zucca.

—Especialmente con lo mucho que le debo a ella.

—Soy tu favorito.

—Y estás histérico porque hay un tío que te gusta.

— ¿Te das cuenta de lo surrealista que es esta conversación?

—Todo lo contrario, llevo años esperándola.

—Y no tenía que ser así.

Pongo mi iPad en mi bolsa otra vez, pero no me calmo lo suficiente y me levanto del sofá. Vittoria avanza mucho con la manta, y eso que la pobre mujer no sé siquiera cómo está viva. De verdad que su hijo será el Intocable, pero ella es la Invencible.

— ¿Es por eso? —me pregunta Zucca entonces, y no me doy la vuelta esta vez—. ¿Por... por mí?

—No tengo tiempo para esto, Zucca. Ni las energías. Hay cosas más importantes.

—Sí, esto —defiendo—. No sabía cómo arreglarlo con Eleanor, así que me mantenía ocupado con otras cosas porque eso no era importante. Fuiste tú el que me dijiste que me fuera con ella a correr. Me diste una charla de tres horas sobre las endorfinas y el deporte.

—Te dije que a ella le gustaba correr como a ti, por lo que sí teníais algo en común. Y si en vez de ir con el perro hubieses ido solo como te dije, ella en vez de pasearse con Mephisto durante semanas quizás hubiese aceptado correr contigo. Primero te hubiese ignorado, pero no podía hacerlo precisamente, así que en algún momento se hubiese rendido, hubiese aceptado tus disculpas, y te hubiese dado una oportunidad.

—Exactamente.

—No es lo mismo.

—Es exactamente lo mismo. Conoces a este tío lo mismo que yo conocía a Ele entonces.

—Es muy diferente.

—Te gusta tanto que haces idioteces y te comportas como un capullo del que hay que correr muuuy lejos —defiendo—. No es *tan* diferente. Y si no fuese por ti, Ele todavía pensaría que soy un capullo.

—No es verdad. No hice tanto.

— ¿Llevas años presumiendo de ser el favorito por hacer estas cosas y ahora dices que no hiciste nada? —se burla—. Hiciste cosas que ni siquiera Eleanor sabe todavía.

—No me debéis nada. Y es diferente, muy diferente. Tú eras un cabezón, y Eleanor naturalmente estaba asustada, pero te dije que te casarías con ella, y me debes una boda, pero estás casado con ella en un sentido real.

— ¿Qué dicen los demás?

—Solo se divierten gracias a mí —susurro—. Y es porque no hay exactamente un motivo de diversión, además de mi princesa.

— ¿Qué dice tu hermana?

—Es Madison. Está encantada burlándose de mí.

—No con una tercera persona implicada. Le alejaría con cuchillos —me recuerda—. Lo hizo con Ele.

—No es precisamente un referente en cuanto a relaciones porque la suya con Tyler es para volverse locos —le replico.

— ¿A Madison le cae bien?

— ¡A todo el mundo le cae bien! —le grito—. Por eso necesito que regreses a casa ya, y que le intimides, y que te vistas de negro de arriba abajo otra vez.

—Siempre me dices que lo deje —me susurra—. Aunque sea solo por Ele.

—Ella quiere verte de negro. ¡¿Tienes idea de lo que es que en años no hayas querido ponerte ni un miserable pantalón en azul negruzco porque ya es demasiado azul, y que ahora quieras un polo beis y náuticos?!
Mierda.

Mierda.

—Está bien—susurra.

—No, no está bien. Sé por qué lo haces. Y voy a compartirte lo que sea para que te conviertas en él y Vittoria sea feliz. Pero puedes regresar a casa unas horas.

—La verdad es que perderme esto jode.

—Zucca...

Me acerco de nuevo al sofá y ahora soy yo quien giro mi cuerpo para mirarle bien.

—Precisamente porque estás así ahora mismo hay cosas más importantes —le recuerdo—. Pero sí podrías venir unas horas.

—Me meto en el coche y no puedo.

— ¿Cómo?

—Me ahoga la culpa de lo que me pierdo. Ele está apoyándose, sin quejarse de nada, sin... —susurra y cruza sus brazos.

—Por supuesto que lo hace. Lo hacemos todos. Pero asusta verte así, y todo lo que te pierdes. Tienes que venir a casa. Tu hija va a tener su primera clase de natación.

—Alice está mucho mejor sin mí —me susurra y me mira—. Es verdad, Sky. Está bien. Tiene un círculo de apoyo que nosotros no siempre tuvimos. Y os lo debo también por esto.

—Sabes que no dejaremos que le pase anda —susurro—. Nunca. A ninguna de las dos.

—Ella no me echará de menos —defiende.

—Eleanor, sí. Sabes lo mal que lo pasa cada vez que da un paso en su vida y no están sus padres o su hermana para verlo. Que te pierdas la primera clase de natación de tu hija... son solo unas horas.

—Lo intentaré. Aunque sabes que me quieres allí también para ver a Remington, y eso no sé si puede ayudarte precisamente.

—Necesito que vengas y que te conviertas en una maldita enciclopedia —le pido y se ríe un

poco—. Lo digo en serio, Zucca. Siempre tiene algo para aportar. Necesito tu agilidad mental para callarle de una vez.

— ¿No puedes tú con él? —se burla y cuando le miro mal se ríe más—. Sabes que en cuanto te vea con él, y me caiga bien porque parece que va a caerme bien, tú vas a tenerlo peor, ¿verdad?

Echo de menos su sonrisa, como la de ahora.

—Eleanor se convirtió en tu mejor amiga de la noche a la mañana —me recuerda y alejo mi mirada—. Siempre has sido un buen amigo, pero querías ser su mejor amigo desde antes de conocerla. Y era para planear nuestra boda antes de que yo también le conociese. Por todo eso de “necesito que tu novia me caiga bien”.

—Es diferente.

—A Eleanor le cae bien, tu hermana no le amenaza con cuchillos, parece que el tío os distrae, y los demás tienen que haber visto lo mismo que yo porque están contigo todo el día. Si Remington me cae bien a mí también, tú vas a tener un problema. Y te debo mucho, Sky.

—No empieces.

Pero en realidad, espero que lo haga, porque necesito a mi Zucca de vuelta. Y él lo haría.

capítulo 11

Izz

Remington

Llego a Izz un sábado más y es demasiado temprano para que todo esté lleno de gente ya, pero eso no da motivo a que la música sea tan deprimente. Dejo mi bolsa en la caja y después me acerco al ordenador. Jake está por aquí, y el tío será bueno preparando cócteles, pero pone la lista de *Spotify Brasil* y no tiene ni idea de música. Lo peor es que he recopilado canciones durante años y las listas de reproducción están allí mismo.

—*Suerte que ha llegado el de la buena música.*

Giro mi cabeza y después veo cómo Izidora deja una caja de cervezas encima de la barra. No me sorprende ver el adolescente que le sigue con sus auriculares puestos aislándose de todo, con la cara de asco, y con la actitud de “soy mejor como para estar en este sitio”. Ahora es un idiota, pero en unos años se dará cuenta de que precisamente porque su madre tiene un bar de copas es lo que hará que jamás le falten amigos. Al contrario, va a tener que elegir bien precisamente por esto.

—*¿Qué tal la barbacoa?* —pregunto.

—Una mierda —me responde Alex acercándose a mí mientras se quita los auriculares.

Su madre rueda sus ojos detrás de él y después empieza a llenar el frigorífico con las botellas.

—*¿Qué coche te han traído ahora?* —me pregunta el adolescente.

—Sigo con el *Fiat 600* —le explico y hace una mueca—. Es un buen coche. Es un clásico.

—Es para hormigas —defiende.

—*¿Qué haces esta noche?*

—Muy gracioso —se burla—. *¿Qué haces tú? ¿Planes con tu novio?* Ah, no, que no tienes —añade con el rencor típico de adolescente antes de ir con su madre—. Pero yo sí tengo uno, y no puedo verle porque tengo que estar aquí.

—*En la despensa, Noelle te dirá qué cajas tienes que ordenar* —le explica su madre completamente inafectada por su actitud.

Asiento con mi cabeza cuando Alex sí me despide a mí y una vez se va su madre echa el suspiro que lleva un buen rato conteniendo.

—*¿Qué ha hecho ahora?*

—*Grafiti en la pared del colegio* —me responde—. *Por favor, dime que tú no le has dado esas ideas.*

—*Que a su edad eso me pareciese lo mejor para pasar el rato no significa que ahora yo le recomiende estas cosas* —me defiende riéndome—. *Se le pasará.*

—*Sí, tu madre me dice esto. Pero todavía me acuerdo de todas las locuras que tú hiciste en su momento.*

—*Empecé a trabajar aquí porque te pinté esa pared* —le susurro cuando paso por su lado y señalo el sitio.

—*Ay, es verdad* —recuerda riéndose—. *Tom les decía a los camareros que ensuciasen más para que tuvieses que limpiarlo todo a la mañana siguiente* —añade.

—*Oye, no sabía esto* —protesto y ella se ríe mirando la pared.

Después su mirada se nubla y la sonrisa desaparece. Tom todavía tenía menos sangre brasileña que yo. Sus intentos de hablar portugués acabaron en un vocabulario de diez palabras. Y a pesar de que mi madre intentó enseñarle durante años, y su mujer, él bailaba las sambas dando un paso al lado y otro al centro, pero cuando daba una vuelta se descoordinaba. Eso sí, quiso el bar por su mujer, por eso *Izidora* lleva su nombre, y este bar era su corazón y su alma. Le perdimos por el maldito cáncer hace un año, por eso su adolescente pinta paredes.

—*Hay muchas cosas que no sabes* —me dice Izidora con una sonrisa—. *¿Me ayudas con el barril que trajeron ayer?*

—*¿Hablaste con el tío por el jodido retraso?* —le pregunto siguiéndola al almacén trasero.

—*Sí, dice que tuvieron un contratiempo con...*

—*Eso es mentira. ¿Puedo hacerlo yo, por favor?*

—*Cariño mío, ¿cuándo?* —me pregunta—. *Tu madre me echa la bronca porque trabajas demasiado y entonces el domingo no quieres ir a comer con ellos.*

—*No me he saltado una comida desde que regresé* —me defiende y se ríe mientras asiente con su cabeza.

Y aún así mi madre en unas horas me pregunta si mañana voy a ir a comer. La verdad es que no me río con nadie como con ella, incluso por estas cosas, y ojalá por muchos años pueda estar en su mesa un domingo, como también espero estar muchas noches de sábado detrás de la barra en Izz atendiendo clientes. Hoy lo necesito especialmente porque tengo que irme de aquí con alguien. Esta es la noche para sacarme a Grayson Luzio de mi cabeza. Cuando el bar se llena, me recuerda por qué mi obsesión con Grayson Luzio es una jodida locura. Los tíos con trajes no me van. Porque me lo imagino aquí en uno de los suyos y me entra la risa. Claro que sí que hay alguien de su mundo que encaja a la perfección aquí.

Moretti entra en el patio trasero ahora y mi prima viene detrás de él. Prefiero no saber los detalles de eso, pero espero que no termine mal. Porque no sería la primera vez que estoy en el jodido huracán cuando dos de mis amigos follan y cuando las cosas se tuercen me pilla allí en medio. Con Gabby y Moretti no hice nada, pero sabía que esos dos se llevarían bien, y quizás demasiado bien si esto termina en desastre. Pero son adultos los dos por algo. Con mi primo y Dani lo que haría es lo opuesto, la campaña para separarles, pero no me toca.

Desde que Daniela tuvo ese anillo en su dedo, y después de la extravagante boda en la que todos tuvimos que ir con esos incómodos zapatos, no hace nada y mi primo trabaja el doble en el taller. De verdad que no lo entiendo. Pero Rodri está feliz como un idiota, y ahora mismo baila con su mujer mientras los dos gritan *Vai Coração* al ritmo de la música y parecen felices. No lo entiendo, pero respeto eso.

—*¿Por qué tienes la cara de perro abandonado?*

Moretti está aquí ya, pero detrás de la barra. Y veo esas dos chicas moviéndose hacia aquí discretamente como consecuencia de ello.

—*¿A qué adivino en qué pensabas ahora mismo?* —añade con una sonrisa—. En quién.

—*Hola* —le saluda una de las chicas.

—*¿Qué tal? Buenas noches* —le corresponde él y se agarra a la barra con ambas manos como si trabajase aquí sirviendo bebidas—. No, pero mi amigo te lo hará —le susurra a la morena y alejo mi mirada.

Necesito encontrar a mi prima antes de preparar lo que sea que quieren tomar ellas, y no parecen tener prisa con Moretti. Gabby tampoco está muy ocupada pensando en él, porque también se mueve al ritmo de la música abrazada a una chica con la que no es la primera noche que baila. O besa.

—Aquí mi amigo os lo prepara, chicas —me dice Moretti y el golpe en mi hombro también lo recibo—. Atiende, abuelo.

Sé también por qué dice esto. Atiendo a las chicas entonces, y cuando ven que Moretti no les hace mucho caso se alejan hacia una mesa.

— ¿Qué cojones haces aquí? —le pregunto a mi amigo cuando se sienta encima del barril vacío que alguien tendría que haber quitado ya de aquí.

—Me dijiste que si regresaba para el sábado que me acercarse —me recuerda.

—Detrás de la barra —le recuerdo.

—Izidora no me dice nada —se defiende.

—Porque atraes a los clientes como moscas.

—Tendría que pedir comisión —me molesta.

— ¿Cuándo has llegado?

—Hace un rato. ¿Algo más, papá?

— ¿Con mi prima? —añado y se ríe.

—Tío, no sé cómo puedes ser así de antiguo a veces.

—No me saques de nuevo el topicazo de mierda.

—No tiene nada que ver con eso —se defiende—. Pero yo no le he jurado lealtad y matrimonio a tu prima. Y ella tampoco, por cierto.

Por suerte, tengo trabajo y preparo más bebidas mientras él sigue charlando con los clientes. Gracias a él la barra se llena porque ellos prefieren quedarse a charlar que ir a una mesa para estar más tranquilos a su rollo.

—Seguimos irritables, eh —añade Moretti cuando esto se despeja un poco—. Buenas noticias: no eres el único. Grayson está insoportable. De verdad que le daría una hostia.

¿Le ha visto?

— ¿Quieres detalles?

—No puedes contarme nada —le recuerdo y cruzo mis brazos—. Me lo dices siempre.

—Grayson no estaba conmigo con lo que no puedo contarte —replica con una sonrisa—. ¿Cómo van tus intentos de quitártelo de la cabeza?

—Déjame en paz.

—Mal, ¿eh?

— ¿Ahora vas a hacer de hada madrina? Ni siquiera te cae bien.

—Es un idiota, pero es un buen tío —defiende—. Es lo que da más rabia: que no puedo odiarle al cien por cien. Y es leal a la familia como nadie. Se desvive por sus hermanos, y la niña que parece su hija.

—Porque no está... —digo—. Zucca.

—Eso también consigue que él sea todavía más insoportable.

— ¿Y estos dos no han tenido nada?

—No. Nunca ha sido así. Pero son almas gemelas —defiende—. Y tienes prohibido decírselo jamás porque Zucca es mi mejor amigo.

—No —rechazo—. No deja de repetir que es su favorito. ¿Y ves cómo no soy un antiguo?

—Solo lo has preguntado para saber si está secretamente enamorado de su mejor amigo —defiende con una sonrisa—. Te lo dije, jamás ha tenido a... nadie. Y esa historia con Le Brun era de críos.

—Acabó fatal por ser de críos —le recuerdo.

—Vive en una burbuja.

—Joder, no te fastidia. ¿Sabes cuánto valen las casas de las calles vecinas? Más de cien

millones, tío.

—No solo vive en una burbuja de dinero y lujo —añade—. Es más. Y has tenido que verlo porque se ve a simple vista.

—No conozco nada de su vida personal. No lo pone en esas carpetas.

—Estaría vacía —me explica—. Te juro que esta obsesión que tienes con él me fascina —añade con una sonrisa.

Gracias a Dios ahora tengo que ir incluso a una mesa, ayudar a Jake con una botella de whisky que no encuentra en el almacén, cambiar otra vez la música cuando alguien la fastidia de nuevo, y normalmente eso me cabrearía. Pero hoy me da el tiempo de que Moretti se olvide del tema.

—Es tu tipo opuesto, pero radicalmente —sigue porque no se ha olvidado—. Es evidente que su personalidad haría que cualquiera corriese lejos, especialmente alguien que ni siquiera forma parte de esto todavía. El tío ha sido un capullo, pero un capullo de manual, y aquí estás que ni sabes qué haces.

—Se me pasará —replico.

—Oh, y por eso no has ni notado que ese tío en la mesa de la chica del cabello rosa lleva un buen rato desnudándose, ¿no? —se burla.

¿Qué?

— ¡Rem!

Oh Dios, no. Mi prima ahora mismo, no.

—Tu fascinación por él ha conseguido hasta que ella cambie de opinión —me susurra Moretti apoyándose a la barra a mi lado.

—Hola, amor —le saluda Gabby y tira de uno de sus rizos.

— ¿Qué ha dicho? —le pregunta Moretti y mi prima sonríe demasiado.

— ¿Podéis hablar de vuestras cruzadas sexuales en otra parte, y sin que yo esté delante, por favor? —interrumpo.

—Hola, abuelo —me saluda mi prima—. Sigues pensando en el tío de los trajes, eh.

Moretti me sonríe divertido y sé qué me dice. Desde que se lo conté a Gabby, ella les llamaba “los mafiosos”. Ahora ha cambiado.

—No vamos a hablar de esto aquí —defiendo y miro a Moretti—. No podemos, ¿te acuerdas?

—Todo el mundo habla —se defiende y resopla—. Es otra norma estúpida —añade—. ¿Quieres que vayamos a verle mañana?

—No.

— ¿Dónde? —le pregunta Gabby con demasiado entusiasmo.

—En su casa.

—Ni hablar —rechazo.

—Saca fotos —me pide mi prima—. ¿Qué? Tengo curiosidad. Es una jodida mansión.

—He quedado con Patricelli para jugar al tenis.

—No es verdad —le digo a Moretti.

—De acuerdo, antes he quedado con Brayden para otra cosa que sí no puedo mencionar. Pero jugaremos al tenis después.

—Por supuesto que juega al tenis —susurro.

—Y tú también —me dice Gabby—. Y eres bueno. Puedes lucirte. Es otra cosa que sí tenéis en común, además.

—Te acuerdas de con quién intentas juntarme, ¿verdad? —le replico.

—No juega al tenis —dice Moretti entonces y se ríe cuando le miro—. Bueno, no le he visto jamás jugando. Creo que en lo que deportes se refiere, solo le he visto con esa yegua que tiene.

— ¿Tienen caballos también? —le pregunta Gabby con chipas en sus ojos.

—No necesitas el dinero para nada. Eso es jodidamente peligroso —le digo ahora y estoy usando sus palabras.

—Es diferente.

— ¿Qué cojones ha cambiado?

—Que te gusta uno de ellos, y según lo que cuenta él, parece recíproco —añade y Moretti asiente con su cabeza.

—No me gusta, tengo un encaprichamiento irracional. Y eso no cambia nada.

Tengo miedo cuando se apoya en la barra para inclinarse por encima de ella hacia mí.

—No te gusta un sicario —me susurra—. Eso lo cambia todo.

—No cambia nada —replico—. Y te lo voy a demostrar. Mañana ni me acordaré de él.

—Buena suerte —se burla—. Eres un abuelo —me recuerda—. Si te gusta alguien, te gusta de verdad. Y ya ni me acuerdo...

— ¿Vamos a hacer esto otra vez? —protesto.

—No nos dejas hablar de nuestras cosas —se defiende y mira a Moretti—. ¿Vamos a bailar? Necesito algo de ayuda de convicción.

—Vamos —le corresponde Moretti más que feliz.

—Y tú deberías ir al tenis mañana —me dice mi prima—. Y saca fotos.

Joder.

capítulo 12

El partido de tenis

Grayson

Le doy mi mano al amor de mi vida y todavía me parece fascinante que ella me corresponda y que baje sola las escaleras de la casa. Nos tomamos nuestro tiempo para hacerlo, tanto que el perro se echa en la alfombra esperándonos porque nos cuesta un poco.

—Muy bien —le felicito—. No, dame tu mano.

Pero Alice se deshace de mi mano porque una vez está en la alfombra ya quiere caminar sola. Sorprendentemente, que su perro camine a su lado le salva de muchas caídas. ¿Quién podría adivinar eso, eh? Un mastín napolitano que es la niñera de una niña de año y medio.

—En el salón, cariño —le digo a mi ahijada cuando tiene otras ideas.

Pero en cuanto escucha a las niñas D’Arcangelo y recuerda que antes del cambio de pañal estábamos con ellas corre hacia allí. Y yo tengo que seguirla de muy cerca.

— ¡Alice! —le llama Beatrice D’Arcangelo como si no se hubiesen visto en tres años—. Ven a dibujar.

Beatrice y Adelaide D’Arcangelo tienen a su muñeca, por lo que la segunda ayuda a Alice a subir en el regazo de la primera. Alice ha hecho progresos con lo de pintar, pero le cuesta todavía un poco. Con estas dos, sin embargo, está avanzando muchísimo en tantos sentidos. Y creo que Francesca D’Arcangelo es quien más lo disfruta porque ya no tiene que ser la muñeca de sus hermanas mayores. Esta niña es independiente de verdad. También es la que lleva peor separarse de su madre, algo normal, por lo que ahora está sentada a su lado mientras se entretiene con un cuento. Benedetta D’Arcangelo sube su mirada de las agujas para mirarme a mí.

—Hola —saludo a su adorable niño cuando me siento en mi silla de nuevo y él camina hacia mí.

Le ofrezco mi mano, y otra vez se entretiene con el muestrario de telas que tengo delante. Y me recuerda a la frase que deberían tener todos los libros sobre educación y crianza: cada niño es único. Alice se aburre si las niñas D’Arcangelo no le entretienen. Massimiliano puede estar una hora acariciando la muestra del verde botella.

— ¿Dónde estábamos? —le pregunto a Benedetta—. Ah, sí, los idiomas de...

Benedetta D’Arcangelo escucha con atención. Pero escucha de verdad. Es que casi ni parpadea cuando te escucha. Por lo que cuando aleja su mirada me sorprende. Y entonces me doy la vuelta y veo que Tyler se acerca. Solo tiene su bañador, y está derramando agua por todas partes.

— ¿Por qué te he comprado ese albornoz para que ahora lo ensucies todo...?

—Cállate que vengo a hacerte un favor —me interrumpe—. Remington está aquí.

¡¿Cómo?!

— ¿Quién es Remington? —pregunta Adelaide, no, espera, Beatrice D’Arcangelo.

El que me persigue día y noche.

— ¿Qué hace aquí? —le pregunto a Tyler.

—Está con Moretti. Habían quedado con Bray por algo. Bueno, yo también había quedado con él.

— ¡¿Y por qué no me has dicho nada?!

—Sht, los niños —me regaña—. Repito: había quedado con Moretti para jugar al tenis. Ha venido con Remington, y trae su raqueta.

¿Juega al tenis?

—Se ha disfrazado muy bien para jugar —añade Tyler—. Y por cómo habla, creo que sabe jugar algo.

—¿Vas a jugar al tenis con él? —le pregunto.

—¿Esta es tu forma de pedirme que le dé una paliza? —me corresponde con una sonrisa—. Porque no va a salirte barata.

—¿Qué quieres?

—Que no te cabrees.

—¿Por?

—Porque Moretti ha preguntado por ti y tu hermana le ha dicho que estás en casa. No tienes forma de escapar de esto sin quedar mal, o sin que él note que intentas evitarle.

—¡¿Pero...?!

—Los niños —me interrumpe—. Te esperamos fuera en las pistas de tenis. Oh, y cámbiate tu camisa.

—¿Qué le pasa a mi camisa? ¿Te has visto? ¿Por qué te compro bañadores de diseñador si después te pones este horror fosforito?

—Porque está arrugada y porque tú vas a querer impresionarle.

—¿Por qué le ha traído Moretti?

—¿Tú qué crees? —se burla—. Yo no te he dicho nada, eh. Que acabo de hacerte un favor con tu hermana —añade—. ¿Alguien quiere jugar al tenis?

—¿Va a venir el señor Zuccarelli? —pregunta Adelaide D'Arcangelo.

Y su adorable encaprichamiento duele ahora mismo. Solo espero que hoy por fin Eleanor le convenza de venir un rato, o como mínimo que ellos dos puedan hacer algo juntos.

—No, pero está Gianmarco —le explica Tyler.

—Él es el amigo del señor Zuccarelli —nota la adorable niña.

—¿Pueden? —le pregunta Tyler a Benedetta.

—Sí, por supuesto. Pero quizás...

—A ti te necesito con él —le explica Tyler y ni siquiera disimula porque me señala con su dedo incluso—. Venga, chicas.

Ni siquiera tengo energías para molestarle un poco. Para decirle eso de que se ve bien con un grupo de niños y que es una buena práctica para cuando tenga su propia familia con mi hermana. Y él lo nota también porque se ríe todavía más de mí.

—¿Señor Luzio?

Oh Dios mío. Está aquí. ¿Y para jugar al tenis? Tengo que ver eso, pero necesito esconderme en mi habitación y... desaparecer.

—Podemos salir para ir por detrás hacia la casita del jardín —me propone Benedetta entonces—. No tiene que verle si no quiere.

—No puedo verle. Voy a hacer otra tontería que solo lo emporra más. No sé qué me pasa con él. Es...

—Diferente —me corresponde y asiento con mi cabeza—. ¿Quiere que organicemos algo? Yo puedo ayudarle. Los niños se han adaptado mejor que yo a estar con... con tantas personas. Ni siquiera sería contar una mentira.

—No quiero beneficiarme de su gran corazón y su empatía, señora D'Arcangelo.

—Lo haría con mucho gusto por usted, señor Luzio —me corresponde.

—Eleanor...

—Sí —me susurra cuando no le digo más—. Me ha hablado de él en varias ocasiones—añade con una sonrisa—. Parece una persona muy agradable, pero sé cuánto pueden agobiar las visitas sorpresa.

—Si me aprovecho de su ayuda también será más evidente que intento ignorarle. Han preguntado por mí. Bueno, Moretti, para cabrearme como hace siempre, pero... —le correspondo—. Él lo hace más. Me comporto de una forma que no me hace sentir orgulloso de mí mismo.

—El miedo a las emociones desconocidas hace eso —me susurra con una sonrisa—. Si quiere mi apoyo, estoy aquí para usted.

—Como mínimo usted no es un ave carroñera que quiere divertirse de mi bochorno y mi incomodidad cuando estoy con él.

—Tengo que confesarle que siento curiosidad por saber cómo es.

—Y es sincera —añado y sonrío cohibida—. Voy a necesitar otro traje de inmediato —sigo y asiente con su cabeza—. ¿Qué color?

En este momento, agradezco como nunca que alguien entienda de lo que hablo. Porque cuando subimos a mi habitación necesito los consejos de Benedetta D’Arcangelo. No puedo pensar apropiadamente y ella sabe qué tengo que hacer ahora.

— ¿Qué colores ha usado con anterioridad en presencia del señor Van den Heever?

—Vamos a llamarle “él” —le propongo y asiente con su cabeza.

Señor van den Heever me altera demasiado.

—El primer día en su traje verde menta, el día que nos conocimos oficialmente en el restaurante era púrpura de Perkin, y cuando vino con esa cafetera de coche sin invitación era unos tonos rebajados de cerúleo inespecífico con rayas en cerúleo específico.

—De acuerdo —susurra y mira mis perchas—. Dado que él siempre le ha visto en tonos fríos, podríamos probar con algo más cálido.

—No tengo un traje magenta —le explico y me mira enseguida—. Usted viste de magenta.

—Oh —añade y hace una mueca.

— ¿No sería una buena idea?

—Con toda sinceridad, demasiado obvio. Él lo notaría seguro, además de que es un color demasiado vistoso como para poder usar el mismo en diferentes tonos y que no se note.

— ¿Por qué no puedo quedarme aquí hablando con usted? —me lamento.

—Pensándolo mejor, los colores fríos le quedan muy bien. ¿Qué le parece algo en azul turquí con pantalones en blanco?

—Muy Wimbledon —susurro y asiente con su cabeza—. Lo dejo a su elección y su talento. Necesito arreglar este cabello.

—Oh, pero señor Luzio...

—Por favor —le suplico y me alejo hacia el baño.

Sabía que yo tendría problemas peinándome, y que ella enseguida encontraría lo mejor para lo que necesito.

—Me he tomado la libertad de acercarme a su tocador —me explica entonces—. Lo siento, ayer le vi con el broche de los Luzio y quizás quiere ponérselo.

— ¿Demasiado presuntuoso?

—Solo va a recordarle que usted es el señor Luzio, y le ayudará a mantener cierta distancia.

—El problema es que no se asusta con eso —protesto—. Aunque por intentarlo una vez más... —añado—. ¿Gafas de sol?

—Sí, es una buena idea. Con las lentes oscuras y completamente opacas.

—Exactamente —acuerdo con ella—. Para poder mirarle sin ser visto. Es frustrante cuando no puedes ver los ojos de la otra persona. Esto le molestará.

—Así es. Le espero abajo y le acompañaré durante todo el tiempo que me necesite, señor Luzio —se despide.

—Señora D’Arcangelo —le detengo enseguida—. No tiene que hacer esto. Puede ir allí a conocerle porque entiendo la curiosidad, pero no tiene por qué...

Asiente con su cabeza y la miro mientras se aleja. Hay algo que ha cambiado en ella. Antes de irme al baño su actitud era proactiva como siempre y, no es cotilla, pero entiendo la curiosidad. Ahora parecía... triste.

—Oh, Benedetta, perfecto.

—Señora Luzio.

—Es Madison, ya lo sabes —le dice la pesada de mi hermana—. Tengo que pedirte algo. ¿Las niñas pueden comer helado después de la cena?

—Sí, supongo, sí.

—Es que están siendo encantadoras con Remington van den Heever, y eso a mi hermano le cabreará, pero a mí me benefecia.

Oh Dios mío. No sé si tengo las energías para mi hermana ahora mismo, pero voy al rescate de Benedetta enseguida.

— ¿Estás usando a las niñas D’Arcangelo para tu propio beneficio? —le pregunto a Madison y cierro la puerta tras de ella.

—Para el tuyo —me corrige divertida—. Verás qué espectáculo que es con niños. Tengo las hormonas revolucionadas.

— ¿Qué quieres?

—Vengo a hacerte un favor —me explica y sé que no va a gustarme—. Vas a bajar y como Rem te gusta y no sabes qué hacer con ello, por lo que te pones histérico y te conviertes en un idiota que me avergonzaría que fuese mi hermano...

— ¿Qué quieres? —le interrumpo.

—Voy a apostar contigo que no eres capaz de aguantar todo el partido que voy a jugar con él.

— ¿Vas a ganarle?

—Lo intentaré, obviamente. Pero creo que sabe jugar.

—Tú fuiste campeona en el instituto un año. Él no.

—Vaya, alguien está estudiando detalle por detalle su vida —se burla—. Lo que sea.

—Si le ganas, podemos apostar lo que quieras. Pero con una paliza, eh. Para que se calle de una vez.

—Esta apuesta es para hacerte el favor a ti, y no para callarle a él, Grayson —replica—. Si aguantas todo el partido, sin irte con una de tus salidas dramáticas con portazos y ataques francamente crueles, te doy lo que quieras, lo juro.

—Voy a mandarte por correo electrónico la lista de lo que quiero en cuanto te vayas de mi habitación.

—Si te vas antes... yo te organizo una cita con Remington y vas a ir.

—No pierdas tus energías en eso e invíértelas en darle una paliza.

Me saca la lengua en otra de sus inmadureces y entonces se va de mi habitación y me deja solo. Necesito un buen rato para respirar antes de empezar a prepararme. No me importa demorarme, especialmente no por él, pero sí por Benedetta. Cuando bajo las escaleras ella se incorpora del banco del recibidor y me sonríe. También ha ido a buscarse una bolsa de play y,

como siempre en ella, es igual de fabulosa que todo lo que tiene. Me acerco cuando ya estoy abajo, pero no son sus tacones los que hacen ruido.

— ¿Tú no estabas en una reunión?

Letta sale de bajo el arco del salón con una copa de vino en la mano. Y si alguien juega bien al tenis en esta casa son los hermanos Patricelli, pero ella no jugará en esa blusa de seda y los nuevos *Manolo Blahnik* que se compró ayer.

—Me ha llamado Bray —me explica y hace una mueca—. Lo siento, lo siento, es que no quería perdérme.

Espero que escuche mi suspiro porque ni disimulo, y yo también escucho la puerta cuando la cierra después de salir al porche de la entrada.

— ¿Lo ve por qué necesito su presencia en esta casa? —le pregunto a Benedetta—. Estoy rodeado de aves carroñeras. Incluso Letta lo es ahora.

—Parecen muy felices cuando él está cerca.

—Otro motivo más que no me gusta —susurro—. Y espero que él no se dé cuenta porque es capaz de pedirme que le dé las gracias o algo.

— ¿Le apetece algo de la cocina?

—No, gracias. ¿Usted necesita algo? ¿Las niñas?

—Tengo que pedirle prestado el tablero de ajedrez del salón de la chimenea con el cuadro de ese artista neerlandés del que me habló el otro día.

—Puede usar lo que necesite y podamos ofrecerle. Y sin la necesidad de pedir permiso para ello.

—Lo tengo conmigo —me explica y alza un poco su bolsa—. ¿Quiere jugar?

— ¿Al ajedrez?

—Hay una mesa junto a la pista de tenis —me recuerda y asiento con mi cabeza—. El juego puede darle la oportunidad de estar pendiente de él, sin estar tampoco en una silla mirando solo el partido.

Vaya.

—No sé si quizás...

—No, no —le interrumpo—. Es una idea brillante. No le doy la atención cuando él se pavonee jugando al tenis, porque sé que lo hará, pero el ajedrez me permite estar pendiente del tenis.

—Y no sé jugar —me susurra—. Es que no se me ocurría otra cosa para hacer, sin hacer. Espero estar explicándome bien.

—Maravillosamente, como siempre —le respondo—. Y en todo caso, solo demuestra que es usted una mujer todavía más talentosa de lo que ya sabía. Yo le enseño a jugar al ajedrez.

—Oh, no, solo era para...

—Me distraerá —le prometo.

Después me aseguro una vez más que el broche de los Luzio no se mueve. Cuando miro a Benedetta, aleja rápido su mirada, pero ha visto las malditas cicatrices. También me mira cuando escondo mis manos y después me sonrío suavemente.

—Señora D'Arcangelo —le invito ofreciéndole mi codo.

Me sonrío muchísimo ahora y baja su cabeza cohibida hasta que veo el precioso lazo en magenta. Después me corresponde el gesto y sé que le cuesta. Pero caminar con Benedetta D'Arcangelo agarrada a mi codo hace que dar estos pasos sea mucho más fácil.

Escucho el ruido antes de ver las pistas de tenis, y las risas de los niños. Les vemos nosotros antes a ellos, y básicamente veo azul. Las zapatillas no son para jugar al tenis precisamente. Los calcetines hasta sus espinillas son de color verde neón. El pantalón no es de tenis, es de

baloncesto. Es lo que es de ese azul que duele a los ojos, igual que la camiseta de tirantes. Espera, no me había fijado en el tatuaje del globo bajo su rodilla izquierda. Oh, no. No. No. No. Lo que me faltaba. La gorra del revés en negro. Y los hoyuelos. Esos malditos hoyuelos.

—Le gustan los niños —susurra Benedetta a mi lado.

Y los niños parecen adorarlo. Hay unos cuantos adultos, pero él está sentado en la pista y todos, absolutamente todos los niños están con él. Mi ahijada ahora señala su hombro con su dedo y él le enseña uno de sus tatuajes. Oh Dios mío.

—Esto es una mala idea —susurro de vuelta—. Y mi hermana ha comprado a sus hijas con helado para sus nefastas trampas. Y sin pedirle permiso a usted.

— ¡Mamma!

Bueno, allá vamos. Y ahora mismo, por primera vez, sé que la adorable Adelaide D’Arcangelo no va a sacarme una sonrisa.

—Mamma, mira. *Es el amigo del amigo del señor Zuccarelli* —le explica la niña corriendo hacia nosotros—. *Se llama Rem y tiene un montón de dibujos en su cuerpo. Mira, tiene una jirafa.*

La niña tira de la mano de su madre y ahora sé que Benedetta no solo está incómoda por ser el centro de atención, y estar en presencia de desconocidos. Asiento una vez con mi cabeza y ella aleja su otra mano de mi brazo para ir con su hija. Espero que Moretti haya hecho bien su trabajo, por lo menos hoy, en lo que se refiere a Benedetta.

—Hola —le saluda Moretti brevemente y entonces me mira—. ¿Qué hacías tanto rato?

—Tengo una vida muy ocupada, Moretti. ¿Qué quieres? —le respondo.

— ¿Un partido?

—No, y menos contigo.

—He traído refuerzos.

—Lo veo.

—Lo sé.

Se ríe cuando le miro mal por más de dos segundos seguidos y entonces se aleja hacia Brayden, pero él también está riéndose de lo mismo.

—Tienes unas hijas encantadoras —dice él y le miro otra vez.

—Muchas gracias, señor Van den Heever —le corresponde Benedetta con una sonrisa suave—. Lamento si han sido...

—Mira, mamma, mira —le dice ahora Beatrice—. *Aquí tiene una ballena, un delfín y una foca.*

—Beatrice, cariño, déjale algo de espacio al señor Van den Heever.

— ¿Quién es el señor *fan* den Heever? —pregunta Adelaide D’Arcangelo y admito que ahora tengo que reprimir mi risa.

—Está bien —le dice él a Benedetta—. Como he dicho, encantadoras.

—Muchas gracias, señor —le corresponde ella y asiente lentamente con su cabeza.

Después se gira y camina lentamente hacia mi lado. Noto el suave apretón cuando nuevamente se agarra a mi brazo. Lo necesito, porque estoy ahogándome con tantas miradas. Especialmente la suya. ¿Por qué sigo reaccionando a alguien que viste ropa deportiva que ni siquiera combina, y que ni siquiera está pensada para el mismo uso? Y yo no soy Adelaide D’Arcangelo, no siento fascinación por la tinta, pero quiero ver de cerca todos los tatuajes que enseña, y los que no.

—Hola, Grayson.

—Es señor Luzio —le corrijo al instante.

—El señor Luzio es amigo de mi mamma —le explica la adorable Adelaide D’Arcangelo

mientras se acercan—. Tiene muuuucha ropa. Los dos. Mi mamma y el señor Luzio.

—Y el señor Luzio está guapo con su ropa —le dice él, pero está mirándome a mí—. Hola —repite cuando está más cerca.

—Hola —imito.

Mi hermana está poniéndose cómoda incluso para esto, por lo que no voy a regalárselo tampoco.

—Bienvenido —añado—. No entiendo por qué su amigo y su aval ha tenido que invitarle a mi casa sin nuestra invitación....

—Tyler lo ha hecho —me interrumpe.

—Es señor Patricelli —le recuerdo—. Y en ausencia de Zucca, yo debería haberte invitado.

Sonríe porque he perdido los formalismos. También noto otro suave apretón de Benedetta porque lo ha notado y me lo recuerda.

—No obstante, no hay ningún problema —sigo—. Puede usar nuestras instalaciones de tenis en calidad de un buen amigo de la familia, porque Moretti lo es, muy a mí pesar. Disfrute de su tarde.

— ¿Quieres jugar un partido?

—No juego al tenis —le respondo.

—Solo le pides a Zucca que te dejemos venir a Wimbledon con nosotros para ponerte un traje y salir en las fotos —me dice Brayden y cuando le miro mal alza sus manos.

— ¿En serio? —me pregunta él y ahora él recibe mi mala mirada—. ¿Por qué no me sorprende?

—El señor Luzio fue elegido como uno de los invitados del torneo mejor vestidos para la ocasión, de acorde con la tradición centenaria, en su última vez como asistente.

Y Benedetta D’Arcangelo consigue que el idiota deje de sonreír. Pero a mí me asombra de todas maneras. ¿Cómo sabe ella eso?

—Esto tampoco me sorprende —susurra él mirándome—. Así que, ¿te gusta verlo, pero no jugarlo?

— ¿Qué es esto: el juego de las veinte preguntas?

—Siempre me dices que debo prepararme para jurarte lealtad algún día.

—Al señor Luzio —le corrijo—. Y no te he dicho esto jamás, porque espero que no entres. Y si lo haces, será en la familia Patricelli porque es físicamente la que tiene su ciudad histórica más cerca de donde resides.

Y la sonrisa de los hoyuelos regresa cuando le replico, también el apretón de Benedetta.

—Para tu información, solo estoy aquí porque me gusta ganarle una apuesta a mi hermana —le explico—. Y ni me gusta ver el tenis, ni me gusta jugarlo. Pero incluso si fuese mi deporte favorito, tampoco jugaría contigo —añado—. Señora D’Arcangelo.

Y ella me sigue cuando empiezo a caminar.

— ¿Qué le pasa al señor Luzio? —pregunta Adelaide detrás de nosotros—. ¿Con quién está enfadado?

—Lo siento —me susurra Benedetta mientras nos alejamos de aquí.

— ¿Todo esto por un montón de trajes que puedes comprarte tú mismo? —me pregunta mi hermana cuando pasamos por su lado.

—Gánale —le ordeno y se ríe.

La idea de Benedetta es muy buena. La mesa está cerca de la pista, pero con cierta distancia que agradezco.

— ¿Es en serio? —escucho a Moretti—. ¿Jugará al ajedrez aquí?

—Grayson, eso es hacer trampas —protesta mi hermana.

—Te he dicho que estaría aquí todo el partido, no te he dicho que estaría pendiente de él. Y prefiero pasar mi tarde en compañía de la señora D’Arcangelo. Además de que ya deberías saber que siempre gano mis apuestas.

— ¿En serio?

Benedetta me sonrío un poco y entonces me doy la vuelta. Mierda. Necesito alejarme de aquí. Ni siquiera con el ajedrez o Benedetta voy a poder resistirme a esto. No solo es la gorra del revés, o la estúpida sonrisa de los hoyuelos, o los tatuajes que quiero ver de cerca, o esos brazos, o... es cuando pone sus manos en su cintura y ladea su cabeza mirándome.

— ¿Todas las apuestas?

—No apuestes con él, vas a perder —le dice Tyler.

—Eso es mentira —protesta Brayden y el rubio le da un codazo que veo perfectamente.

—Juega tú en vez de tu hermana —me propone él—. ¿Qué ofreces para que sea más interesante todavía?

—Eso sería divertido —susurra la aludida.

—Acaba de insultarte —le recuerdo a ella—. Y ha desprestigiado el enorme favor que le haces empleando tu tiempo con él.

—Puedo ganar a dos Luzio en una tarde sin problemas.

—Eh —protesta ahora sí Madison.

—Me han dicho que los buenos al tenis son los hermanos Patricelli.

—Y te han informado bien —presume Letta para no ayudar en nada tampoco.

— ¿Qué apostamos? —me pregunta él.

—No voy a jugar contigo.

—Sé que te has leído mis informes. Sabes que no tengo trofeos de tenis en mi casa —defiende y sonrío, todavía más.

—No voy a jugar contigo jamás.

—Así que tienes miedo de perder, también.

—Me rompieron el fémur dos veces.

Y por fin se calla. Él y todos.

—El tenis es un deporte de impacto —añado y cómo me gusta no ver su sonrisa—. Te he dicho, además, que no me gusta jugar. Pero si fuese mi deporte favorito, tampoco jugaría contigo y menos para arriesgarme a tener una lesión por una estúpida apuesta contigo.

Finalmente, *finalmente*, no replica. Me doy la vuelta de nuevo y Benedetta me mira nerviosa. Le señalo su silla y después me siento yo también en la mía. Esto es una mala idea, pero voy a ganar esta apuesta. Así que si le doy la espalda...

—Montas a caballo.

Ahora cojo aire, y cuando me giro allí está su sonrisa de nuevo. Es el único, porque el resto le mira como si hubiese perdido la cabeza, que es lo que ha ocurrido.

—Ese es tu deporte favorito, ¿no? —me pregunta—. Y eso también me parece peligroso para tu fémur.

—Como he dicho, no me arriesgaría a tener una lesión por una estúpida apuesta contigo.

—Vamos, Van den Heever —le dice mi hermana finalmente ayudando en algo—. Que quiero darte una paliza por intentar abandonarme.

—Vamos —acepta él con una sonrisa, para mí, y después se aleja.

Por suerte, mi hermana ayuda de nuevo y camina hacia el lado de la pista más cercano a nosotros. También comprendo su mirada, porque la lista de favores está ampliándose.

— ¿Hacemos un set para calentar? —le propone Madison.

—Empieza ya de una vez el partido —le ordeno y se ríe mirándome—. O se lo pido a Letta.

—Luzio, no te pases, eh —le pide Moretti a mi hermana—. De acuerdo que él te ha pedido que le des una paliza, pero tiene un par de pruebas físicas la semana que viene...

—Empieza —le ordeno a mi hermana y se ríe más.

Benedetta saca el tablero de ajedrez de su bolsa y entonces lo empuja suavemente hacia mí. La verdad es que necesito la distracción de colocar cada pieza en su sitio, porque el set de calentamiento empieza y en mi vida me ha interesado tanto un partido de tenis.

—Acaba de perder una pelota porque estaba mirándole —me susurra Benedetta y me da el caballo blanco.

—Sabe leer los labios —le aviso y me mira sorprendida antes de fruncir su ceño ligeramente—. Más tarde —añado y asiente con su cabeza.

—Uy, Van den Heever... —se burla mi hermana—. Creo que no vas a tener lo que quieres...

— ¿Qué has pedido? —pregunta entonces Violet.

—El *Impala* rojo que se ha comprado —le responde su hermano.

Busco a Madison con mi mirada enseguida. ¿Es en serio? ¿Ha apostado el nuevo coche?

— ¿Cómo cojones has equilibrado la apuesta? —le pregunta Brayden a él como si fuesen mejores amigos de toda la vida.

—Madison puede planear como ella quiera una cita con Grayson.

¡¿QUÉ?! Ahora mi hermana pierde una pelota por ignorarme y cuando le miro a él me sonrío.

—Tú no puedes decidir eso —le recuerdo.

—El trato es que si pierdo ella puede organizarnos una cita y yo tengo que ir.

— ¿Madison? ¿Tiempo muerto? —le pido—. ¡AHORA!

— O sea que, ganes o pierdes el partido, ¿ganas la apuesta? —le pregunta Brayden descojonándose.

— ¿Cómo va a convencer Madison a Grayson para eso? —pregunta Violet en un susurro mientras mi hermana se acerca a mí.

—Algo me dice que Ty está involucrado en ello y su boda también —le dice Moretti y se ríen todos como idiotas.

— ¿Qué haces? —le pregunto a mi hermana en un susurro.

—Oh, porque tú no lo has hecho antes —se burla.

—Ni él va a tener ese coche si tú pierdes, ni tú vas a organizar nada si él lo hace.

—Lo repito: porque tú no lo has hecho antes. De hecho, hiciste exactamente lo mismo —me recuerda con una sonrisa—. Me metiste en una apuesta en la que ganase o perdiese tú podías jugar a las hadas madrinas conmigo y con Tyler. Casi diez años más tarde, pero finalmente ha llegado mi momento para vengarme.

—Era muy diferente. Era con Tyler.

— ¿Quieres que gane o quieres que pierda? —me molesta—. ¿Prefieres que le dé mi coche y tú tienes la parte fácil, o te hago un favor y os organizo una cita?

—Más te vale que le ganes. Como no lo hagas, voy a dedicar mi vida a que la tuya sea miserable.

—Si gano, él pierde, así que puedo organizar vuestra cita... —me recuerda con una sonrisa—. ¿Ves cómo sí prefieres eso a la parte fácil, que es darle el coche?

—No. Vas a ganar, pero vas a romper esa apuesta. Por lo que lo único que ocurrirá esta tarde es un partido de tenis en el que vas a darle la paliza, sin coches, ni citas.

—No, eso sería...

—Club Esquisse —le interrumpo y frunce sus labios en una mueca porque el nombre de ese club es lo que realmente le silencia.

—Juegas sucio —protesta.

—Dale una paliza.

—Tranquilo —se burla y alza su pulgar mientras camina hacia atrás—. Venga, Van den Heever: hora de la verdad. A partir de ahora empezamos a contar puntos. ¿Listo?

—Cuando quieras, Luzio.

Y el idiota después me mira. Como mínimo le pone ganas, porque se prepara bien para recibir la pelota que saca mi hermana. Y se la devuelve tan rápido que mi hermana ni siquiera corre a por ella.

—*Fifteen* —dice él antes de prepararse de nuevo para recibir otra pelota.

El segundo punto dura tres segundos más, y mi hermana vuelve a perderlo.

—*Thirty* —le dice él con otra sonrisa.

—¿Qué cojones...? —protesta mi hermana.

—Eh, Van den Heever —le llama Tyler—. Sabes jugar al tenis. Te posicionas muy bien.

Y entonces el idiota de Moretti empieza a reírse tanto que apoya su espalda en el banco donde está sentado y echa la cabeza hacia atrás.

—¡Jodido tramposo! —grita mi hermana acercándose a la red.

—Los niños —regaña Letta enseguida—. Estamos rodeados de niños, chicos —recuerda.

—Sabes jugar al tenis —acusa mi hermana señalándole con su raqueta.

—Es campeón en tenis —defiende Moretti todavía riéndose.

—No es verdad —susurro.

—Sabes jugar —dice Tyler riéndose como un idiota.

—¡Tyler! —le regaña mi hermana.

—Olvídate de ese *Impala*, Luzio —le dice él y cruza sus brazos.

No, no, no, no, no... Y especialmente no cuando me mira y sonrío.

—Solo para que conste, aunque no supiese ni darle a la bola lo intentaría para que me diceses otra oportunidad.

—Olvídate de ello —le ordeno y me incorporo—. ¡Letta!

—No puedes cambiar de jugador con el juego empezado —me recuerda él y le ignoro mientras camino hacia mi hermana.

—Eres un jodido mentiroso, Van den Heever —protesta mi hermana, pero está riéndose como todos—. He ido de buenas a ayudarte. Ganas el partido de todas formas, qué menos que ser honesto con tus habilidades al tenis.

—Que solo está fanfarroneando —le digo y tiro de su brazo—. Ven aquí. ¡Tyler! —grito—. Estos dos van a darte una clase de repaso rápida.

—No soy tu muñeco en una videoconsola, Grayson —protesta ella.

—Bueno, considerando que me has ofrecido en una apuesta como un plato de pasta, créeme, vas a ser la muñeca de los dos que saben jugar al tenis y vas a ganar este partido.

—Este tío sabe jugar —nos dice Tyler cuando los hermanos Patricelli se reúnen con nosotros.

—No estás ayudando —le recuerdo—. Dile a tu novia cómo ganar a ese...

—Es muy sexy jugando al tenis —me susurra Violet.

—Tú tampoco estás ayudando y tu prometido está... —le recuerdo y me giro—. ¡Brayden!

—¿Qué? —me responde el aludido.

—Bueno, da igual, tampoco se te da bien este juego —digo.

—Gánale —escucho que dice.

—Como no ganes este partido, Madison, te juro que te hago la vida imposible.

— ¡Yo qué sabía! ¡No pone nada en su iPad!

Buena observación. ¿Dónde ha aprendido a jugar así? Quizás no viene con la ropa preparada, pero esto no te sale como talento natural. Tienes que practicarlo. Y no juega al tenis.

— ¿Lista, Luzio? —le pregunta a mi hermana en unos minutos.

—No te ayudo nunca más —le amenaza Madison.

—Depende —le dice él y me mira.

—Ganes o pierdes hoy, no voy a ir a esa cita contigo —le aviso.

—Lo sé. Acabas de amenazar a tu hermana para que me dé una paliza, pero tampoco vas a dejar que organice nuestra cita. Así que si tú haces cambios, yo también puedo hacerlo. Y no me gusta perder.

—Vas a hacerlo. Mi hermana va a darte una paliza. Esto es un partido de tenis, sin apuestas, sin coches y sin citas. Y vas a perder.

—Esto solo ha demostrado que incluso con todo lo que tienes sobre mi vida, todavía no me conoces —defiende—. Solo quiero otra oportunidad, Grayson.

—No me llames Grayson.

—Lo que sea, Gray.

Y sonrío cuando cojo aire para ordenar mis pensamientos y mis réplicas y no ponerme, todavía más, en evidencia.

— ¡Van den Heever! —le llama mi hermana en un grito.

—Mientras te lo piensas... —me dice él—. Voy a darle una paliza a tu hermana —añade con una sonrisa.

— ¡¿Dónde demonios has aprendido a jugar al tenis siquiera?! —sigue gritándole ella.

—Se lo contaré a tu hermano cuando tenga una cita conmigo —le responde él mirándome mientras camina hacia atrás en su lado de la red.

—No estoy tan desesperado por saberlo —me defiende.

— ¿Estás seguro? —me molesta—. Vamos, Luzio. A ver qué puedes hacer —añade molestando a mi hermana.

Cuando miro a Madison, espero que ella también tenga la necesidad de ganar este maldito partido. Pero lo tiene mucho más complicado de lo que todos imaginábamos. Llevan dos horas jugando y no hay forma de desempatar de una vez.

— ¿Alguien quiere más comida? —pregunta Brayden entonces—. ¿Niños?

Cojo aire y le hago una mueca cuando me mira a mí. No es el único que está tomándose algo. Los hermanos Patricelli están sentados en el suelo con sus copas, y en el lado donde juega él porque sé que quieren que mi hermana pierda. Moretti sorprendentemente no está molestando como pensaba, sino que mira el partido en ese banco tan tranquilo. Y agradecería que los niños fuesen una distracción, pero no son precisamente una ayuda. Mi hermana, mi maravillosa hermana, ha tenido la idea de que Remington juegue con las niñas D'Arcangelo entre sets. Lo peor es que debería ser un favor, para que ella descanse y él se canse más, pero es una tortura. Y además, él no se cansa.

—El hueco de tu izquierda, Madison —le digo.

— ¿Quieres jugar tú? —me pregunta de mala hostia—. Vas a pagar por esto —añade señalándole a él con su raqueta.

—Vamos, Luzio, dame lo mejor que tengas. Me estoy durmiendo.

—Es señora Luzio —le corrijo en un susurro.

Pero además de leer labios también tiene un oído sobrenatural porque me escucha

perfectamente y resopla sin disimulo. Después se prepara para recibir el saque de mi hermana y... y toca de nuevo esa gorra del revés, dobla más la manga de su camiseta, *de tirantes*, y casi puedo oler su competitividad porque realmente quiere ganarle a mi hermana.

Oh, Eleanor está aquí. Y no me gusta lo triste que se ve cuando llega. Especialmente porque viene sola, o sea que Zucca pasará otra noche en esa clínica, y consecuentemente sin su mujer y su hija.

— ¡Ele! —le llama Adelaide D’Arcangelo—. ¿Zucca no está?

—No, cariño, está trabajando y no puede venir. Pero me ha dicho que va contigo en el partido y que quiere que tú ganes —le explica Eleanor.

El problema es que hasta Eleanor, y todos nosotros, está tragándose esa mentira.

— ¡Uy, uy, uuuuy! —se burla mi hermana entonces—. Que vas a perder el set...

—Eso era fuera, Luzio —protesta.

—Incorrecto —replico—. Era dentro. Estaba delante de mis ojos y yo sí sé distinguir dónde está la línea.

—Pensaba que no te gustaba el tenis —me replica caminando por su lado de la pista hacia atrás para prepararse para el saque de mi hermana.

—Y no lo hace —le confirmo—. Pero todavía tengo dos ojos que funcionan y un poco de dignidad para perder como un caballero.

— ¿No te gusta el tenis y vas a darme lecciones de ello? —me pregunta con otra estúpida sonrisa con hoyuelos—. Eso era fuera, y tengo dos ojos que funcionan perfectamente, pero gracias por preocuparte por mi salud visual.

—Sé jugar al tenis y conozco el reglamento —defiendo—. Si la pelota cae fuera de línea, el propio nombre lo indica, es fuera.

— ¿Por qué estás defendiendo esto cuando ni siquiera te interesa el partido y tú mismo has dicho que estás aquí para supervisar que no le dé un pelotazo a tu sobrina? —me pregunta.

—Precisamente porque te he explicado esto estoy asegurándome de que no hagas daño a nadie cuando tus pelotas van fuera —le replico.

—Pero Alice está en el otro lado de la pista.

Cojo aire para calmarme otra vez, pero no funciona cuando él solo sonríe más. Le odio. Le odio muchísimo, de verdad.

—Vamos, Van den Heever —le llama mi hermana.

Y entonces me mira con una sonrisa de sabelotodo porque sabe que voy a tener que darle las gracias por esto también. Por suerte, Eleanor se acerca con mi princesa y ella viene contenta conmigo. Corre hacia mí y cuando se sienta en mi regazo se ríe con mis besos.

— ¿Cómo vais? —nos pregunta Eleanor.

—Estamos muy bien —le respondo—. Ni una palabra —le aviso.

Mi mejor amiga sella sus labios con sus dedos y se ríe cuando sabe que me cabrea.

—Empate de nuevo —dice mi hermana entonces—. ¿Nos estamos cansando, Van den Heever?

—Ni lo sueñes —protesta él acercándose a la banda.

Tyler le ofrece una botella y entonces los dos hablan de algo, a lo que rápidamente se añade Violet.

—Tyler, te recuerdo que estás ayudando al contrincante de tu novia —le digo.

— ¿Por qué pareces más molesto que su novia y estás pendiente de nuestra conversación, a la que no estás invitado? —me replica él.

Después escucha atentamente lo que le dicen los hermanos Patricelli y yo no espero a la mía

con una botella de agua precisamente.

—Te juro que mi intención era alargar el partido para joderte —me dice y rueda sus ojos por su lenguaje con Alice delante—. Pero es bueno en esto, Grayson.

—Por lo que más quieras, Madison, gánale. Esto es solo un partido, nada más, por lo que gánale. Dale el coche como premio de consolación, dale diez, dale la Luna, pero no voy a ir a esa cita con él. Tú no quieres quedar mal y faltar a tu palabra, y lo admiro, pero usaré lo que ocurrió en el *Esquisse* para que no puedas organizarme esa cita. Pero gánale.

Por suerte, mi hermana le gana.

capítulo 13

La piscina

Remington

Hoy ni siquiera intento que Moretti me deje conducir su *Exorcist*. Meto mi bolsa y el resto de mis cosas en el maletero de su coche y después me subo a su lado. El imbécil se saca sus gafas de sol para mirarme de arriba abajo.

—Te lo he dicho mil veces, no eres mi tipo —le digo mientras me abrocho el cinturón.

—E intentas con ganas que tampoco seas el de Grayson Luzio, tío, porque madre mía... —defiende—. Eso, o buscas con demasiada desesperación que critique tu ropa y así os peleéis por algo.

—No empieces.

Arranca finalmente y nos vamos de mi casa. Pero cuando abandonamos mi calle me falta el aire ya. Moretti dirá lo que quiera, y Grayson Luzio es un capullo por criticar mi ropa, aunque sí me encanta pelearme con él por eso. Pero esta camiseta no es para cabrearle. Mi madre la encontró en una vieja maleta, medio olvidada por el paso del tiempo. Pero se reía cuando me contaba la obsesión de mi padre con el mundial de fútbol del 82 que se jugó aquí. Fue voluntario y *Coca-Cola* regalaba estas camisetas a los voluntarios.

Estoy así de desesperado porque necesito amuletos como la camiseta.

—Dime que estás nervioso por Grayson y no por las clases de piscina —me pide Moretti en un rato—. La niña es adorable, pero es la heredera de todo.

—Puedo hacerlo —me defiende.

—Sé que sí, pero Grayson Luzio estará vigilándote como un halcón y te alteras con él.

—¿Dejas de hablar de él?

—Eres tú el que...

—Yo no hablo de él.

—Grayson —me dice—. Su nombre es Grayson.

—Ya —le detengo.

Por suerte, ahora me hace caso.

—Oye, otra cosa.

—Que sí —susurro—. Que fui muy evidente, que se me nota demasiado, y que estoy perdiendo la jodida cabeza —añado—. Me gusta un tío que no me hace ni caso, y no solo eso, me humilla con toda su familia delante, pero yo irracionalmente todavía pierdo mi culo por él y encima soy abiertamente honesto al respecto.

—No, eso no —replica—. Bueno, sí, un poco. A él le gustas, pero es un cabezón y te conté su historia. A ti te gusta, pero él ya lo sabe. Presiona lo justo, pero no te pases porque todavía puede hacer mucho más para echarte.

—¿Qué era entonces?

—Grayson estará todavía más insoportable porque Zucca no estará.

¿En serio? Eso me relaja, y no debería. No he dormido en toda la noche por culpa de Grayson Luzio, pero sé que también era por la angustia de conocer finalmente a Jaxson Zuccarelli. Y ahora ya no es ni porque es el líder de la jodida mafia, sino porque es el favorito.

— ¿En serio?

— Sí —me responde y echa un suspiro.

— Me has hablado bien de este tío —noto.

— Ya.

— ¿Va a perderse la clase de natación de su hija?

— No lo haría... normalmente —me explica.

— ¿Vas a contarme a qué se debe el jodido misterio? —le pregunto—. Ya me dijiste que el que falta, Easton Capuzzo, está en un centro de desintoxicación.

— Porque lo sabe todo el mundo ya —susurra—. No puedo contarte esto, Rem. Lo siento, en serio. Solo lo saben ellos... y yo. Bueno, unas cuantas personas más, pero son menos de veinte.

— Tiene que ser jodidamente importante para que él se pierda la primera clase de natación de su hija, o tu amigo no es tan perfecto como le describes.

— Zucca no es perfecto —se ríe.

— La familia es intocable, ¿no? —le recuerdo.

— Y ha hecho de todo por sus hermanos, créeme —defiende una vez más—. Pero no estará hoy. Y Grayson estará más insoportable por eso, pero además es probable que lo exagere más para distraerles.

— ¿Qué? —pregunto con confusión.

— Has notado que todos ellos disfrutan con vuestras discusiones —dice y echa un suspiro—. Todos van a notar que Zucca no está, y menos Eleanor, están todos cabreados. Especialmente Grayson. Por lo que va a cabrearse más, contigo, para que ellos se distraigan.

— ¿Va a pelearse conmigo para que sus hermanos no echen de menos a Zucca?

— Te lo dije, es imposible odiarle por cosas así —me explica—. Y es su favorito hasta el extremo. Grayson hará esto para que el resto esté mejor, para que Eleanor se ría, y para que no se cabreen más con Zucca, por lo que Zucca recibirá menos de lo que ya ha recibido o va a recibir.

Joder.

— Tío, no te gusta, estás pillándote por él con locura —añade y se ríe.

— Es...

— Sí, hacen estas cosas —susurra—. Están unidos a un nivel... es fuerte. Es difícil de entender incluso para mí que les conocí a todos cuando éramos críos. Tienen su grupo y...

— Estás dentro —le recuerdo.

— Es incluso más poderoso entre ellos. Solo Eleanor ha conseguido entrar de verdad.

— ¿Ella apoya a Zucca?

— La que más —susurra—. Y eso que su matrimonio se va a la mierda. Encima se lleva muy bien con Easton, y él tampoco está.

— Putada.

— Bueno, avisado estás.

— Gracias.

— A ver qué hace hoy la princesa de la casa.

Lo peor de todo es que ya me he preguntado de qué color será su traje hoy. Porque sé que irá con traje. Madre mía, estoy perdiendo el sueño y el hambre por un tío que me desprecia y que siempre va en traje y corbata. Lo de que pertenece a la mafia italiana ya ni parece relevante a estas alturas. O que su casa de vacaciones es una mansión en Malibu. O que tiene guardias en la puerta.

— Hey, Cruz —saluda Moretti cuando ese enorme tío se acerca a recibarnos en el coche.

— ¿Qué tal, tío? —le saluda y cuando casi cruje la mano de mi amigo recuerdo que este tío

estaba en la famosa banda de motoristas, famosa por su criminalidad, de los *Red Shadows*—. Ey, ¿cómo vas? —añade para mí.

— ¿Bien y tú? —le pregunto.

El grupo que hay por aquí no le miran muy bien precisamente. No solo es nuevo, no solo protege a la señora Zuccarelli, es que además nunca pasó por el proceso de selección en el que yo sí estoy ahora.

—También —me contesta—. Están ya esperando en la piscina —le explica a Moretti—. Con cuidado.

— ¿Cómo están?

—Con cuidado —repite.

Después se aleja del coche y sé la mirada que me da Moretti antes de arrancar. Bueno, no pasa nada. Voy a concentrarme en las clases y... giro mi cabeza en cuanto les veo a todos encima de la escalinata, pero me fijo en el único que no viste ropa de baño, o verano. El traje es beis. Pierdo la cabeza por un tío que va en traje beis para ir a la piscina.

— ¡Hey, familia! —grita Moretti en cuanto se baja del coche.

Cojo aire y le imito. Esto es lo fácil. Recoger mis cosas del maletero es lo fácil.

—Os van a oír —dice alguien—. Y os recuerdo que el tío sabe leer labios.

—Eso fue un farol. Me escuchó y quiso pretender ser interesante.

Grayson Luzio. Cuando me giro, no es que ni siquiera hagan el esfuerzo para no mirarme fijamente, es que les escucho perfectamente a pesar de que Moretti se acerque a saludarles. Y Grayson Luzio vocaliza con una mueca, pero le entiendo perfectamente.

Eres un sabelotodo.

Tú también, modelo de revista, tú también.

—Hola —saluda Moretti reuniéndose con ellos.

Ni siquiera le corresponden porque esperan que yo diga algo. Esta gente es una locura, de verdad. Supongo que su vida es tan peligrosa que incluso para divertirse tienen que hacer estas cosas. Pero la idea de dejar a Grayson Luzio sin palabras, otra vez, es interesante. Y me acerco a ellos más relajado que hace un momento.

—Hola —les saludo cuando llego en la cima de las escaleras.

Y me corresponden *todos*, hasta la niña con su mano, menos él. Moretti se acerca a una tumbona para dejar sus cosas, por lo que le sigo y yo uso la mesa cercana. ¿De verdad tienen tiempo para usar la piscina, las tumbonas, los hinchables, las mesas, los bancos, el trampolín...?

— ¿Lo ves?

Y Grayson Luzio, incluso cuando nuevamente va en un traje de tres piezas, que también parece hecho a medida, encaja con todo esto. También sé que no es el único que espera algo.

—Me he perdido algo —nota Moretti entonces.

—Te has perdido tantas cosas, Moretti —le dice él.

Noto más miradas todavía cuando resoplo, pero es que no puedo evitarlo. De hecho, muerdo mi labio con fuerza para no reírme y entonces me acerco a ellos. Sé perfectamente qué esperan, pero voy a tomarme mi tiempo. Cruzo mis brazos solo para cabrear más a Grayson Luzio, y su mirada se va a mis tatuajes enseguida. Interesante. Incluso la niña parece tener un interés conmigo en brazos de Patricelli. Y se ríe cuando subo y alzo mis cejas. Moretti dice que se parece mucho a su padre, pero salvo los ojos, yo creo que se parece a Eleanor Zuccarelli.

Cuando miro a Grayson, él no me corresponde con la dulce mirada de su ahijada.

—Si yo soy un sabelotodo, tú eres un repelente orgulloso que siempre quiere tener la razón —le digo.

Brayden y Tyler enseguida se ríen, y ambos me ofrecen su mano de nuevo saludándome efusivamente. Y encima le explican la historia a Moretti, por lo que Grayson Luzio ahora quiere prenderme fuego solo con su mirada. Lo más irracional es que lo consigue de otra manera.

—Espera, espera —dice Tyler y baja la niña al suelo.

Ella mira fijamente mis piernas, por lo que me bajo porque he venido aquí para una clase y vamos a empezar ahora mismo.

— ¿Qué? ¿Preparada para nuestra clase?

Enseguida se abraza a la pierna de su tío vergonzosamente, pero me sonrío cuando subo y bajo mis cejas nuevamente.

—No va a ser tan fácil.

Y ya empieza de nuevo, pero esta vez no voy a mirarle.

—G —dice la niña.

Así que ella le llama G también. Y corre para buscar a su tío. Su madre está a su lado, pero ella busca los brazos de él. Grayson Luzio besando a su sobrina es... adorable. Es que parece otra persona incluso. Y Eleanor Zuccarelli me pilla mirándoles.

—Te dije que parece más hija suya que mía —me recuerda con una sonrisa—. Lo hemos preparado todo, y no vamos a estar encima de ti todo el rato.

—De hecho, solo Eleanor estará con vosotros cerca —explica Tyler—. ¿Grayson? —le llama.

Él le ignora a propósito y cuando besa a la niña ella se ríe a carcajadas por las cosquillas en su cuello. *Mierda*.

—Grayson puede venir —dice Eleanor entonces y le miro enseguida—. Se ha informado muy bien y estamos comprobando todos que mi hija le adora —añade le mira a él—. ¿Por qué no vais con Remington y empezamos?

Vaya. Eleanor Zuccarelli es algo más sutil, pero esto no ha sido disimulado precisamente. Y me acuerdo de las palabras de Moretti, porque tiene que echar de menos a su marido, pero está sonriendo. Grayson Luzio no sonrío en absoluto cuando teatralmente pongo mis manos en mi espalda, mentón recto y le sonrío. Sé que no quiere acercarse a mí precisamente, pero lo hace como camina él: desfilando.

—Ella es Alice Maria Zuccarelli —me presenta.

—Lo sé —le recuerdo porque ya conozco a la niña—. Hola, Alice.

—Para ti, señorita Zuccarelli —me corrige rápidamente a regañadientes—. Es la primogénita de Jaxson y Eleanor Zuccarelli, por lo que es la futura heredera de las cinco familias. No hace falta que te recuerde que quieres formar parte de estas familias, por lo que tienes delante de ti a tu futura reina. Comportate con el respeto que merece.

—Es Alice, Grayson —le regaña Eleanor.

—Hola, princesa Zuccarelli —saludo a su hija y ella me mira con curiosidad—. Me llamo Rem —añado y baja su mirada cuando ofrezco mi mano—. ¿Qué? —me defiende con su tío—. ¿Quieres que le haga una reverencia también?

—Eso me haría muy feliz —me responde con sarcasmo.

Y entonces la niña alza su mano, pero no para corresponderme el gesto, sino porque señala mi brazo. Cuando me acerco, él da un paso hacia atrás.

—Muerdes más tú que ella —le recuerdo—. Agradezco que te preocupes por mí, pero creo que no va a pasarme nada por acercarme.

—Oooh —grita la niña contenta.

— ¿Cuál te gusta? —le pregunto y miro rápidamente mi brazo para ver cuál quiere—. ¿El lobo?

—Me —dice la niña señalándome.

—No, no es Mephisto. Es un lobo —le explica su tío.

—¿Te gusta? —le pregunto.

—No, no le gustan —replica él—. ¿Estás aquí para enseñar tus tatuajes o para darle clases a mi ahijada?

—Grayson —le llama alguien.

—¿Quieres venir conmigo y te enseño más? —le propongo a la niña y alzo mis manos.

—No irá con desconocidos que...

Qué felicidad cuando tiene que callarse porque la niña colabora y alza sus pequeñas manos también hacia mí. Ya vi el otro día que la niña tiene energía para rato, pero supongo que cuando vives con tanta gente, estás acostumbrada al ajetreo. Y es evidente que la niña no solo tiene toda clase de lujos económicos, sino que confía en extraños y eso es porque en casa también lo hace. Para la desgracia de su tío, por supuesto.

—Pamera —me dice ella mientras toca mi bíceps derecho.

—Una palmera. Aquí tienes muchas, ¿verdad?

Y me parece realmente adorable cuando alza su brazo y me señala unas cuantas con su dedo.

—Barco —dice mi hija y toca mi hombro.

—Muy bien —le felicito—. ¿Y este? —añado y señalo encima de mi codo.

—¿Esto qué es? —me pregunta él entonces y sé que está cabreadísimo.

—Avión —responde su niña oportunamente.

—Muy bien —le felicito, y la sonrisa no es para ella.

—¿Esto es una clase de natación o de vocabulario? —añade—. Porque no te necesita para ninguna de las dos, pero ya que estás aquí, empieza a hacer lo que has venido a hacer porque ella puede estarse horas así y todos tenemos compromisos y otro trabajo.

—Vete si quieres —le digo mientras miro cómo la niña señala la parte interior de mi muñeca derecha—. Muy bien, un tren.

Su tío ni siquiera disimula con el suspiro que echa, y mientras su sobrina señala el humo de mi tren, él parece que saque humo por la nariz como un dragón cabreado.

—Pero pareces interesado en la clase de vocabulario —le digo—. Considerando que no dejas de mirarme tampoco.

—Estoy mirándote porque tienes a lo mejor de mi vida en tus brazos. No te hagas ilusiones y acostúmbrate. Ahora, si me sigues, te enseñaré lo que he preparado para que empieces a hacer lo que se supone que has venido a hacer.

Le sigo sin problemas, porque además le ignoro cuando Alice parece muy interesada en mis tatuajes, y se relaja tranquila en mis brazos.

—Alice.

Y la niña se gira como un robot buscando a su tío. Me río mientras la bajo al suelo porque ella la patealea por ir con él.

—¿Quién usa a su sobrina ahora? —le pregunto mientras ahora les sigo a ambos.

—Ven, mi amor —le dice él y la alza en sus brazos—. Este chico de aquí va a estar contigo en la piscina. Pero no te preocupes, estoy aquí cerca y voy a asegurarme de que te trate como a una reina.

Cuesta, cuesta muchísimo, intentar no mirarles fijamente cuando él besa a su niña reiteradamente y ella le corresponde. En serio, si nadie me lo dice, cualquiera pensaría que es su hija. Y ya lo he visto otras veces, porque Eleanor Zuccarelli, la madre de la niña, parece muy feliz con esto.

— ¿Para qué quieres música? —me pregunta Grayson precisamente cuando Eleanor viene con nosotros.

— ¿Voy a tener que justificar todo lo que hago? —le replico—. Lo digo porque has mencionado que tienes compromisos y mucho trabajo, y vamos a estar hasta la noche si tienes que preguntarme hasta por qué respiro.

—G, deja que lo haga como lo ha preparado —le pide Eleanor.

—Ven aquí, princesa —le propongo a la niña con mis brazos extendidos para ella otra vez.

—No es tu princesa y...

Y Grayson Luzio se traja sus palabras porque *su princesa* quiere venir conmigo y con facilidad.

—Pez —me dice ella.

—Es un delfín —le explico y la sujeto bien porque quiere mirar la parte trasera de mi antebrazo izquierdo y no lo tiene fácil.

—Y ahora clases de zoología —se burla su tío.

—En concreto, de mamíferos marinos —me defiendo mientras giro mi brazo todo lo que puedo—. Y aquí tengo una ballena y una foca con el delfín —le explico a la niña.

—Agua —dice ella cuando ve la ballena.

—Muy bien. Vamos a poner un poco de música —le propongo entonces.

—G —dice Eleanor entonces.

Veo perfectamente cómo le retiene a él para que no nos siga. He dado unas cuantas clases con niños. Los niños normalmente no están contentos con desconocidos, pero se acostumbran rápido en su mayoría. Los padres lo pasan mal. ¿Con Alice Zuccarelli? La niña está encantada. La madre no deja de sonreír y sé que no es fácil sin su marido por aquí. Y el que está histérico es Grayson Luzio. Incluso esto es una locura con esta gente.

— ¿Qué te parece esta? —le pregunto a la niña cuando pongo la primera canción de la lista de reproducción.

— ¿Qué es esto? —se lamenta él—. Oh, por favor, qué mal gusto en música. Esto es ruido.

Admito que amo la canción, que siempre funciona porque Alice Zuccarelli mueve su cabeza al ritmo de la música cuando me imita a mí, pero que era para poder ganarle un argumento a él. Sé que en algún momento usará hasta mi parte brasileña para criticarme. Es que ni me sorprendería. Por lo que si dice algo, le diré que la famosa canción de *The Bongo Song*, es de un grupo danés.

— ¡The Bongo Song! —grita Moretti entonces—. Me encanta.

A la niña también, y nos alejamos del altavoz enseguida porque no me gusta estar así de cerca con ella. Pero entre que cree que soy un cuento infantil con patas, la música, y que parece una niña feliz y risueña, lo pone realmente fácil para alejarnos suavemente de su madre, de su tío, y de sus personas de confort, para ir hacia la piscina. Mientras su tío me critica sin descanso, porque no le escucho con la música, pero sé que no hace otra cosa que criticarme.

Y por supuesto que se acerca a vigilarme como un halcón, y Eleanor Zuccarelli tiene que controlarle a él.

—Me han dicho que te gusta el agua —le digo a la niña—. ¿Qué tal si nos sentamos aquí?

Cuando nos acomodamos en el borde de la piscina, por la parte de las escaleras, ella se sienta a mi lado. Y ahora toda mi atención está en ella porque está más interesada en mis tatuajes que en el agua, y esta niña no sabe nadar tampoco.

—Piu-piu —dice tocando mi omoplato izquierdo.

—Es un águila —le explico—. Son unos pájaros muy grandes.

Cuando me quito la camiseta rápidamente, ella quiere ponerse en pie para ver el resto de mis

tatuajes.

—Ven, siéntate aquí —le propongo y le ayudo a sentarse de nuevo.

Esta niña es adorable. Y se nota que está en la fase de imitar, porque en cuanto apoyo mis brazos detrás de mí, ella me imita. Y también cuando pataleo en el agua suavemente. Mira mis pies con una sonrisa, y después hace lo mismo.

—Muy bien. Esto lo tienes dominado —le felicito—. A ver si sabes ir al ritmo de la música.

Lo hace bien, pero cuando de verdad coge el ritmo, la música se acaba.

—Oh, por fin, qué paz

Y cuando miro a su tío porque le escucho perfectamente, creo que se avergüenza un poco incluso.

—Los ojos a mi sobrina, señor Van den Heever —me dice—. Tiene a una niña que no sabe nadar bajo su vigilancia.

—G —le llama la mencionada niña.

Encima le saluda con la mano. En serio, podría parecer su hija perfectamente.

—Hola, mi amor —le corresponde él—. Lo haces muy bien. Hazlo un poco más fuerte, a ver si el que tienes al lado se refresca un poco y recuerda qué ha venido a hacer aquí.

— ¿Ponemos otra canción? —le propongo a la niña y enseguida me mira—. A ver... una que le guste mucho a tu tío Grayson...

—Es zio G y para ti señor Luzio —replica Grayson.

—Esta le va a encantar —le digo a la niña y después lanzo el móvil en el césped porque ya está todo programado para el resto de la clase.

No sé qué ocurre, pero en cuanto suena la *Samba de Janeiro* todos empiezan a reírse. Bueno, Brayden lo hace, Tyler, Madison Luzio por supuesto, incluso Violet Patricelli... Eleanor no, Moretti tampoco entiende de qué va esto, y Grayson... él aleja su mirada de su sobrina, o de mí, por primera vez desde que he llegado. ¿Qué cojones?

—Pum, pum —dice la niña mientras patalea al ritmo de la música—. Tú —añade para mí.

Ahora soy yo el que tengo que seguir su ritmo.

—Muy bien —le felicito.

—Lo siento, tío —se disculpa Brayden Occhionero entonces y se acerca a nosotros—. No va por ti. Amamos Brasil. De hecho, estuvimos hace unos años en un viaje memorable que...

—Un viaje familiar, Brayden —le interrumpe él.

—No sé esta historia y quiero reírme —dice Moretti.

—Grayson ama esta canción —me explica Brayden—. ¿A qué sí, Grayson? La *Samba de Janeiro* te trae muy buenos recuerdos. Te encanta la canción.

¿En serio?

—Eso es una sorpresa —le digo a Grayson.

—No me gusta —replica—. ¿Quieres concentrarte en esta clase, que no es precisamente de batucada?

Y ahora Brayden Occhionero se quita su camiseta para alzarla al vuelo dando vueltas. Pero es que Tyler Patricelli hace exactamente lo mismo. Madison Luzio con una toalla Y Violet Patricelli con un pareo. ¿Qué cojones está ocurriendo aquí?

—En serio, que alguien cuente la historia —pide Moretti.

Por favor.

—Por favor —pide también Eleanor.

—Vamos a concentrarnos en la clase —propone Grayson y se acerca a mí—. Van den Heever, espabila que mi sobrina no necesita clases de baile.

— ¿De viaje turístico? —le pregunto a Brayden enseguida.

—Sí —me confirma—. Más o menos. Pero sí, tuvimos esa parte. Bar de copas muy turístico, vamos a tomarnos otra copa que hace calor...

Llega el estribillo de nuevo y los cuatro hacen lo mismo de antes.

—Ya, Brayden, ya —le ordena él.

Oh Dios mío. No me lo puedo creer.

— ¿Te quitaste la camiseta en medio de un bar bailando eso? —le pregunto riéndome.

— ¡¿QUÉ?! —grita Moretti—. Grayson Luzio, el tío más snob que conozco, ¿y se quitó la camiseta en un bar para bailar esto? —pregunta a carcajadas.

De todo lo que ha hecho desde que nos conocemos, creo que esto es lo que realmente me deja sin palabras. De verdad que mi fascinación por él solo se entiende porque... porque es realmente... especial.

— ¿Qué? —me grita—. ¿No tienes una frase ocurrente para esto también?

—Solo me sorprende —me defiendo—. No te imagino en un bar, o donde sea, quitándote tu camiseta para hacer esto.

—Era mi camisa de *Dior* colección primavera-verano que ni siquiera había salido en las tiendas —replica—. No me pongo camisetas —añade con auténtico asco.

—Esto no me sorprende tanto —le explico—. Muy bien —añado para su niña.

—Y la corbata —dice Brayden—. Y la chaqueta del traje. Y el cinturón. Perdiste muchas cosas esa noche.

Brayden Occhionero baila alrededor de nosotros y es evidente que intenta cabrearle a él. El tío es una pared de músculo, pero corre lejos cuando él da un paso. Necesito los detalles de esto, porque no se detienen hasta que la canción no lo hace.

— ¿Empiezas de una vez con la clase, por favor? —me ordena Grayson entonces.

— *Já faz um tempo desde que comecei, sabichão* —le digo.

—Oh, vaya, ahora nos hacemos los interesantes demostrando que eres bilingüe —replica—. No quieres que yo empiece con lo mismo, porque hablo más idiomas que tú.

—Aquí quieta conmigo —le digo a la niña.

Me mira con interés cuando me siento en un escalón de la larga escalera que se mete en mi piscina. Para desgracia de su tío, cuando le doy mi mano, ella viene conmigo. Y poco a poco nos metemos en la piscina juntos porque es evidente que ella está confiando en mí.

—Es “*Já faz um tempo desde que comecei, sabichão*” —le explico a su tío mientras ayudo a que se acomode en mi brazo—. Uoooo —añado y doy una vuelta sobre mí mismo.

La niña se ríe a carcajadas. Cuando me detengo y miro a su tío, de nuevo parece un dragón cabreado que saca humo por todas partes.

—Estabas intentando repetir lo que te he dicho, para memorizarlo y buscarlo con tu móvil —le digo.

—Sabelotodo —replica.

—Repelente —me defiendo—. Muy bien, con el otro brazo —añado para la niña y ella cambia de brazo feliz—. Eso ha estado muy bien. ¿Descansamos un minuto? Así le cuento a tu zio G qué le he dicho para que su cabeza no saque humo de todo lo que me insulta porque estás tú delante y no puede hacerlo verbalmente.

—Idiota.

—G —le regaña Eleanor.

—Así, muy bien —felcito a la niña.

Nuevamente mis tatuajes le ayudan, y ella descansa contra mi hombro mientras miro a su tío

otra vez.

—Lo que te he dicho es que: hace un buen rato que he empezado la clase ya, sabelotodo —le traduzco a él—. La música formaba parte de ello. Sé que tienes estudios avanzados en psicología infantil, en pedagogía preescolar, en recursos de...

—¿Vas a repasar todo mi currículum? —me interrumpe—. Porque entonces sí estaremos hasta la noche, de mañana.

—Sabes que la música estaba para relajarla. Hemos tenido una primera toma de contacto sin tensión. Nos hemos acercado a la piscina contentos, como algo bueno. Como algo a lo que no tener miedo, porque la mayoría de accidentes en el agua con niños es porque ellos se asustan y entonces entran en pánico.

—Y una samba va a calmarles.

—La samba tiene unos tiempos muy marcados, para chapotear en el agua de forma divertida, lo que consigue que ella me vea como un compañero de juegos y no un tío gigante. Los tatuajes ayudan también, y no soy un cuento pedagógico. Son personales, así que no te metas, aunque no me sorprendería porque lo haces con todo menos con tu niña.

—Exacto, mi niña. Cuidado con lo que haces con ella —contesta—. Y no me des lecciones en un campo que sabes que domino de sobras porque por lo visto estás estudiando muy bien mi vida para impresionarme y conseguir mi voto. No va a funcionar.

—Estudio tu vida porque tú me recuerdas una y otra vez que debo besar el suelo que pisas —replico—. Señor Luzio.

Y veo muy bien que Eleanor, de nuevo, le detiene agarrándole por su muñeca.

—Y precisamente porque sé el currículum que tienes— añadido—, no me creo que no sepas qué he estado haciendo y que la clase ha empezado hace muuucho rato —le explico y doy otra vuelta sobre mí mismo mientras la niña se ríe.

—Ya te he dicho que no me des lecciones. No me hagas repetir las cosas que no quiero perder más tiempo —me replica su tío.

—Eres tú el que cuestiona constantemente lo que hago, a pesar de que sabes por qué lo hago y que tengo buenos motivos para hacerlo —me defiende—. Lo que demuestra, una vez más, que solo buscas argumentos para pelearte conmigo y que jamás quieres admitir que no siempre tienes razón.

—Estoy aquí porque la niña que tienes en brazos es mi vida entera. Porque su madre es mi mejor amiga y no sé si te has dado cuenta tú que parece saberlo todo, pero falta una persona esencial aquí. Y, créeme, si Zucca estuviese aquí, estaría dentro de la piscina supervisando que lo haces bien, haciéndote mil preguntas, y cuando tú respondieses como el repelente sabelotodo que eres, te daría un par de datos comparando algunos estudios porque es el mejor padre que has visto y verás en tu vida. Pero como no está, yo tengo que hacerlo, así que acostúmbrate y vigila, porque si esto no sale bien, créeme que sin su voto tú no entras a ninguna parte.

Mierda. Le echa de menos de verdad. Se aleja de Eleanor con ímpetu y se da la vuelta. Le gusta hacer sus entradas y sus salidas de diva, pero esto no es una de ellas. Es... es su favorito. Y le defiende con... todo. Nadie le dice nada ahora. No Eleanor. No Brayden con sus bromas. No Moretti para provocarle. Y él, a pesar de haber jurado que me vigilaría como un halcón, se va y me deja a su niña. Ella es la única que se divierte, porque los demás se ven devastados y yo tengo la jodida necesidad de salirme de esta piscina y seguirle. ¿Qué cojones ocurre con Zucca, en serio? Se pierde esto, su mujer se ve devastada, el resto busca cualquier distracción y Grayson está... Bueno, Eleanor Zuccarelli no se ve muy bien tampoco.

—Lo siento —me disculpo con ella—. Solo... estabas sonriendo, y la música también le

gustaba a ella, y él me confunde un poco porque busca argumentos cuando no los hay, pero creo que también se distrae... ¿peleándose conmigo?

Me sonrío un poco y entonces se abraza a sí misma.

—Estás atento a cada detalle, eh —me dice suavemente—. No te preocupes. Te dije que podías defenderte y él ha empezado incluso antes de que te acercases aquí.

—Es... es realmente protector con ella.

—A veces demasiado —defiende—. Pero siempre ha sido así. Jaxson y Grayson no saben vivir el uno sin el otro. Desde que les conozco, cada vez que han estado separados, los dos han hecho auténticas locuras por echarse de menos. Se han peleado esta mañana, así que eso no ayuda.

Y ahora quiero saber por qué se han pelado. Mierda, lo quiero saber todo y no lo que yo tengo sobre Grayson Luzio. El resto.

—Lo siento de todas maneras —le digo a Eleanor—. Sabía que tu marido no estaría y... sé que no es fácil.

—Tiene razón en algo —me susurra—. Jaxson estaría aquí dentro y te citaría un libro tras otro, o un artículo, o un estudio... —

—Moretti habla muy bien de él. Y he estudiado a las familias. Parece que han cambiado mucho con él —le digo.

—Lo ha dado todo por esto —me explica todavía en susurros—. Y por ellos, especialmente Grayson.

—Con tantos tíos, tu hija estará bien si quieres esperar a que...

En serio, ¿qué cojones ocurre con Jaxson Zuccarelli?

—Si algo sabemos los dos es que el tiempo no espera a nadie —me dice su mujer con pena—. Seguramente ella estaría bien, pero lo necesitamos todos. Nos has hecho reír hoy más que cualquier día. También entiendo por qué eres amigo de Gianmarco, cuando él está cerca siempre consigue distraernos.

— ¡Gracias, reina Zuccarelli! —le grita Moretti.

Y ella se ríe mientras se acerca a la piscina. No es la única que lo hace. Lo hacen todos y me acuerdo de las palabras de Moretti. Hacen un enorme esfuerzo para que esto sea divertido, pero hasta yo noto la ausencia de Jaxson Zuccarelli y, Easton Capuzzo, el hermano que está encerrado en una clínica de desintoxicación.

Lo peor que es que ya no veo a Grayson otra vez, y me siento mal cuando dejamos esta casa.

Como si todo esto no fuese lo suficientemente surrealista.

capítulo 14

El restaurante

Grayson

Miro las agujas de mi reloj fijamente, y entonces muy a mi pesar me lo quito. Pero es que entonces compruebo mi móvil, así que le doy la vuelta. Y bajo la pantalla de mi Mac porque no lo necesito para nada. Total, soy incapaz de hacer nada. Remington van den Heever está afectando mi creatividad, y me quita demasiada energía que no puedo desperdiciar.

—Grayson.

—Se llama a las puertas antes de entrar, Brayden —le digo mirando por la ventana.

—He llamado dos veces —replica—. Oye, que...

—No voy a bajar —le interrumpo.

—¿No vas a supervisar la clase de Alice?

—No.

—En la piscina, con Remington van den Heever.

—Te he dicho que no. Cierra la puerta que estoy trabajando. Y no me molestéis a no ser que sea realmente grave.

—¿Lo dices en serio? ¿Vas a esconderte?

—No tengo que ir a recibir a Remington van den Heever cada vez que viene a nuestra casa —me defiendo y cojo aire.

—Pero eres posesivo con Alice hasta el nivel que no dejas ni que yo me meta en la piscina con ella sin tu supervisión.

—Eleanor se encargará.

—Se ha ido.

Y ahora me giro en mi silla. Él ha dejado de divertirse también, y asiente brevemente con su cabeza.

—No hay nada nuevo, pero se ha ido con Zucca —me explica.

—Con Joe —le corrijo—. ¿Y se perderá la clase? —añado—. Eleanor es tenaz, pero no usa a su propia hija.

—Parecía que no se acordaba —me explica con una mueca.

—Y Zucca no está para recordárselo —me lamento y entonces me incorporo de la silla.

—Tienes que hacer algo.

—Créeme, lo he intentado todo ya. Ella no le dirá nada, y él lo sabe.

—Esto es un tren descarrilado. Incluso yo lo veo ahora. Lo que hace Zucca es muy honorable, pero va a joderle, y no solo a él. En cuanto se dé cuenta de todo lo que se está perdiendo, incluido su favorito loco por un tío repleto de tatuajes...

—Zucca lo sabe todo —replico—. Lo que se pierde. Solo lo bloquea porque ahora mismo tiene suficiente. Y estoy de acuerdo contigo, pero ya no puedo hacer nada más.

—Entonces baja y presume de ser el tío favorito —defiendo—. Te juro que ni siquiera me burlo. Solo estamos tu hermana, Tyler y yo. Me voy con ellos a la playa de sujetavelas, si quieres. ¿Llamo a Benedetta?

—Ni se te ocurra dejarme solo. Porque Moretti habrá venido también.

—Nadie quiere perderse esto.

—Brayden

—Que sí, que me comporto...

Se calla cuando mi hermana entra en mi habitación como si la casa se quemase.

—Grayson —me llama con una sonrisa.

—En serio, Madison, en mi vida te había visto sonriendo tanto. Van a salirte arrugas porque no tu piel no está acostumbrada —replico—. ¿Qué quieres ahora?

—Es la magia de Remington. Nos afecta a los Luzio —me provoca—. ¿Apostamos?

—No —replico y Brayden se ríe.

—No vas a aguantar ni cinco minutos en la clase de piscina —me dice mi hermana—. Y como no puedes huir usando a la niña, vas a hacer otra de tus grandes salidas. Parece que no te concentras porque llevas toda la mañana metido aquí y esto está igual —añade mirando mi mesa—. Así que seguramente te irás de compras. Estoy por apostar contigo incluso a qué tiendas irás y en qué orden.

—No jodas —le dice Brayden—. No le conoces tanto.

—Si es realmente así... —le corresponde ella y después me mira—. No te importará apostar que esta noche yo baño a Alice y yo duermo con ella.

—Tienes a Tyler, déjame a mi niña.

—A Eleanor le vendría bien la distracción —defiende—. O tienes finalmente una cita con Remington.

—No hay apuesta.

—Así que tienes miedo, eh... —me dice—. Vas a salir en menos de cinco minutos, vas a ir primero a *Prada*, aunque *Givenchy* está más cerca. Me dijiste que el personal de *Chanel* del otro día no era apropiadamente educado —añade y rueda sus ojos—. Así que nada de *Chanel*. Pero a su lado está *Versace*. No te gusta *Versace* para ti, pero es probable que le compres un par de vestidos a Eleanor para que se anime un poco. Y finalmente irás a tu reina, *Dior*, porque si el resto es una mierda, sabes que con *Dior* te irás bien a casa y que siempre vas a comprar algo.

—No jodas —repite Brayden mirándome boquiabierto—. Dime que no vas a dejar que gane esto. Va a presumir para el resto de nuestra vida si adivina esto.

—Y no puedes hacer trampas, eh —me avisa Madison—. Amenazaré a tu chofer y yo intimidado más a pesar de tus excentricidades y lo de “soy el favorito de”.

—Puedo aguantar una clase perfectamente. Y cuando lo haga, voy a tener vía libre contigo.

—Ya lo veremos —susurra divertida—. Oh, y ni siquiera he incluido lo del traje, pero sé que no bajarás con este.

Por suerte, no hemos incluido esto, porque efectivamente, tengo que ponerme otra cosa. Claro que sé que él lo tiene muy fácil para encontrar algo. ¿Quién va en traje a la piscina? Los demás ya no dicen mucho, pero sé que él lo ha notado.

¿Y por qué me falta el aire cuando le veo otra vez?

Y en bañador color blanco que resplandece bajo el sol y contra su piel. Ya se ha metido en la piscina además, porque chorrea agua mientras camina con Alice en brazos. Y mi niña no colabora en absoluto. Está fascinada por él como todos.

—Cómprame algo en *Versace* —me susurra Tyler cuando paso por su lado y el codazo que le doy ni le duele.

—Hombreeeeee, Grayson —me saluda el idiota de Moretti.

—¿No tienes otra cosa que hacer que holgazanear en mi piscina?

—Si quieres quedarte a solas con Rem, solo tienes que pedírmelo —me dice y le ignoro.

—No te pases, idiota —le dice mi hermana—. Rem —añade y sé que ya no me ayuda—. ¿Quieres que mi hermano te compre algo? —le ofrece.

Como mínimo, él parece confuso por la estúpida pregunta de mi hermana. Pero cuando me mira, yo dejo de hacerlo. Cinco minutos. Puedo aguantarlo.

—En un rato se irá de compras —añade Madison—. A mí va a comprarme un vestido carísimo en *Dior* para jugar al tenis, pero lo voy a usar para bajar a la playa.

—Si siempre vas con las camisetas de tu novio —le interrumpo y me sonrío—. Véase aquí el ejemplo —añado porque lleva una.

—No necesito nada, gracias —le responde él.

Entonces veo cómo alza a Alice nuevamente en brazos y viene hacia aquí.

—No tengo inconveniente, señor van den Heever —replico.

—No necesito nada, gracias —repite—. ¿Podemos hablar?

—Más tarde. Ahora concéntrese en la clase de natación con mi ahijada.

—Grayson, en serio...

—Es señor Luzio —le interrumpo—. Y he dicho que más tarde.

Mi hermana rueda sus ojos cuando le miro mal mientras paso por su lado. Entonces me alejo hacia la mesa para servirme lo que sea que están tomando. Un maldito batido. Y es de color rosa, pero me recuerda a otro. No pasa nada. Cinco minutos. Cinco minutos. Puedo hacerlo. Ni siquiera necesito mirarle. Y si lo hago es por Alice. Es por mi niña. Eleanor va a sentirse fatal cuando lo recuerde. Aunque gane la apuesta, voy a salir para comprarle algo. Un vestido, incluso si tiene que ponérselo para ir a esa clínica y su marido ni siquiera se da cuenta del color que es.

Y cuando suena la alarma en mi móvil, respiro feliz.

—No, no —me dice Madison acercándose.

—No has dicho nada sobre eso —le recuerdo.

—¿Qué ocurre? —pregunta el metomentodo de Moretti.

—Pero te has equivocado con los cinco minutos —me explica mi hermana con una sonrisa y me enseña su móvil—. Faltan siete segundos, seis...

—No es verdad.

—¿Tyler? —le llama.

—Tu novio no es precisamente una fuente fiable desde que estáis el uno con el otro que ni os separáis un minuto —replico.

—¿Bray? —añade.

Es obvio que desde aquí no puedo ver la pantalla de su móvil cuando alza su brazo.

—Tío, no te jodería —me dice—. Estás organizando mi boda. Tienes mil formas de devolvérmela.

—¿Quién dormirá con Alice esta noche? —presume Madison acercándose a la piscina.

—Oye, Madison... —le dice él saliendo con Alice en brazos.

—Es señora Luzio y estoy hablando con ella.

Necesito que se mantenga lejos, en serio. Muy lejos. Es que parece sacado de un anuncio de perfume de la campaña de verano, y Alice no colabora. No colabora nada.

—Gracias —le dice a mi hermana cuando ella coge a la niña—. ¿Puedo hablar contigo si tienes que irte?

—¿Qué ocurre? —le pregunto y cojo aire.

No voy a dar ni un paso hacia él. De verdad que es mejor que no lo haga. Y veo cómo frunce su ceño cuando doy un paso atrás porque él se acerca demasiado a mi espacio personal.

—Solo quiero disculparme por lo del otro día —me explica en voz baja.

—No pasa nada —le digo y me voy de aquí, pero ya.

—Grayson —me detiene y lo hace también con su mano en mi brazo.

¿Por qué me parece tan fascinante ver sus largos dedos aferrándose a mi chaqueta? No tiene tatuajes en sus manos, y eso me resulta extraño.

—Suéltame —le ordeno.

Y doy un codazo para que lo haga, pero no lo hace. Cuando repito el gesto, él baja su mirada.

—Las he visto —susurra—. Las cicatrices.

—Suéltame —repito y ahora lo hace—. Y déjame en paz. Yo lo he hecho contigo. Estás aquí en la piscina, con mi ahijada, concéntrate en tu clase que has venido a eso.

—Solo quiero disculparme sin que me echés antes de intentar hacerlo. Te lo juro —defiende.

No puedo mirarle a los ojos y me da igual ser un maleducado que rehúsa su mirada cuando habla con alguien.

—Sé quién falta y hoy no está ni Eleanor —añade—. Solo quiero disculparme porque sé que no ayudé mucho burlándome de ti. Y quería preguntarte, ya que...

—Está bien. Olvídalo.

—Y quería preguntarte —repito a regañadientes—, si quieres participar en la clase. Porque sino está la madre, ni el padre... es obvio que tú eres el siguiente en la vida de esta niña.

¿Qué?

—En mis clases los padres participan —me explica—. En la piscina. Alice está feliz en el agua y se le da bien. He pensado en hacer otro tipo de actividad, pero es algo nuevo y es algo que al principio no le gustará tanto. Tener a alguien de su entorno ayuda. Si no están sus padres, eres también el favorito de esta niña, ¿no?

¿Quiere que me meta en la piscina con él? Y con Alice, vaya.

—Tyler lo hará.

—No es una cita contigo —me susurra—. Es la clase de natación de tu sobrina.

—Tyler lo hará. Tengo que irme.

—¿De compras en *Dior*?

—Tyler —le llamo.

Él, mi hermana, Moretti y Brayden pueden pretender que estaban en una conversación, pero sé que han escuchado esto. Y mi hermana me debe una, porque lo tenía muy fácil para que ella tuviese que levantarse.

—Dime —me dice el rubio.

—Haz lo que necesite el señor Van den Heever —le pido—. Tengo que irme.

—Grayson, en serio...

—Es señor Luzio —le interrumpo.

—¿No te das cuenta de que a pesar de que te comportas como un capullo todavía quiero tener una oportunidad de conocerte? —me replica y resopla—. Y me he disculpado.

—Disculpas aceptadas, y son muy agradecidas. Tyler le ayudará con su clase, señor Van den Heever.

—¿Qué tengo que hacer? —colabora por una vez mi cuñado.

—Grayson... —me llama mi hermana y se levanta rápidamente de la tumbona.

—Enhorabuena, has ganado. ¿Quieres algo de *Dior*? —le pregunto—. Aunque te has equivocado antes, *Prada* tiene una pésima nueva colección, por lo que me voy a descubrir lo nuevo de *Hermès*. ¿Quieres un polo para montar?

—Grayson, déjalo ya.

—Lo sabías perfectamente —le susurro cuando tira de mi codo—. Por eso has hecho la

estúpida apuesta. Sabías que me pediría que me metiese en la piscina...

—Te juro que no lo sabía —me susurra de vuelta—. Grayson, sé que eso sería cruzar un límite. No apostaría con eso.

—Vigila a tu novio —le ordeno y me alejo de aquí de una vez.

—Déjale, Van den Heever —dice Tyler detrás—. Lo digo en serio, déjale.

—¿Pero qué cojones...?

Cambio de planes, no me voy de compras, me voy a buscar a los padres de la niña que tendrían que estar aquí haciendo esto. O un nuevo profesor que no me vuelva loco. Pero la verdad es que no tengo energía para más broncas con Zucca y Eleanor, así que me voy de compras. Y por primera vez en mi vida, ni *Dior* me ayuda hoy.

—Ni una palabra —le ordeno a Brayden cuando llego al recibidor de casa.

—¿Dónde lo dejamos, señor Luzio? —me pregunta Booker.

—Aquí está bien, gracias —le agradezco a él y a su equipo.

Brayden no dice ni una palabra, pero susurra algo mientras sube las escaleras. Booker y el resto lo colocan todo tan bien como pueden, y cuando llega el silencio de la casa respiro hondo. Por primera vez en mi vida también, las bolsas, las perchas y el perchero con ruedas me hacen sentir miserable.

Y sigo pensando en Remington van den Heever. Lo de hoy va a costarme bastante más que una cesta. Encima se ha disculpado, y hoy no me ha provocado en ningún momento. Quería invitarme a la actividad y parecía sincero. Así que me siento miserable mirando todas estas bolsas.

Y no alzo mi cabeza cuando veo de reojo quién baja las escaleras. Claro que mi hermana es paciente, por lo que se sienta en un escalón. No tengo ni la energía para burlarme de la camiseta de Tyler que está mojada y con espuma. Además, Alice ha hecho eso porque yo he pedido otra apuesta.

—¿Me has comprado algo? —me pregunta.

—Un vestido que puedes ponerte con el nuevo traje que le compré ayer a tu novio —susurro—. Llega mañana.

—Gracias —me agradece en voz baja—. ¿Estás bien?

—No —rechazo—. Pero no empieces otra vez.

—Sabes que no solo estás en negación por miedo, y por estar escondido en tu caparazón, ¿verdad?

—No empieces otra vez —repito.

—Zucca está perdiéndose esto —sigue—. Y Eleanor a medias. Además, el matrimonio de tus favoritos es un jodido desastre, y quieres arreglar el suyo antes de pensar en ti.

—También te he comprado unas preciosas sandalias en *Jimmy Choo* que son preciosas, pero parecen incómodísimas —le digo—. Para tu vestido. El que vas a ponerte en cualquier reunión de momias Patricelli cuando te pasees con tu novio.

—No sabía que te invitaría a meterte en la piscina.

—No tenían tu número en otras de *Louboutin* —le explico—. Rojas, con un tacón de aguja de un palmo —añado—. Un servicio nefasto, la verdad, porque tienes un número muy usual.

—Grayson —me llama y le miro—. Lo siento. Pero este tío te hace feliz. Voy a hacer lo que sea para que consigas la boda de *Pinterest*, la casita de revista de decoración, y los niños con nombres dobles impronunciables —añade y se levanta del escalón—. Y no solo porque te lo debo, sino porque te lo mereces.

—Emplea tu tiempo en vigilar que mi ahijada esté segura en su tiempo de baño —le contesto.

—Eleanor está a punto de llegar ya —me dice y sube las escaleras poco a poco—. Vete a cenar con ella y cuéntale qué te pasa por la cabeza, por favor.

—Madison —le detengo.

—No me siento tan mal como para no dormir con mi ahijada esta noche —defiende y se aleja definitivamente por el pasillo del piso inferior.

Fantástico. Ahora me siento todavía peor. Y necesito el apoyo del perchero con ruedas. Quizás sí tendría que ir con Eleanor a cenar a algún sitio esta noche. Ella lo necesita. Y yo necesito convencerla de que tiene que detener a Zucca. O lo hace ella o no lo hará nadie ya. Esto es en lo que tengo que concentrarme. Y así recibo a Eleanor cuando llega a casa.

—Hola, G —me saluda—. ¿Estás haciendo algo para la revista?

—No —rechazo—. Es para ti.

—¿Para mí? —me pregunta y sonrío un poco—. ¿Qué te pasa? ¿Alice...?

—Está fantástica arriba en la bañera con mi hermana.

—Oh.

—Elige un vestido, E. Nos vamos a cenar. Tú y yo.

—¿Qué? —pregunta muy sorprendida—. ¿Por qué?

—Porque no salimos nunca, porque necesito la distracción, porque me han robado a mi princesa, porque haces más cosas con Melicia Joyner que conmigo...

Escucho las risas entonces y cuando alzo la mirada veo a Tyler.

—Eres el ser más irracional que conozco —me dice mientras baja las escaleras—. Lo que se contradice porque también te considero uno de los más lúcidos —añade y rueda sus ojos—. ¿En serio *también* tienes celos de Melicia Joyner?

—No —rechazo y miro a Eleanor—. Creo que las dos os ayudáis mutuamente, igual que lo hacen Easton y su hermana.

—G —protesta.

—Necesitas distraerte. Así que vamos a salir.

—Quiero estar con Alice.

—Mi hermana va a monopolizarla esta noche —protesto y Tyler se ríe.

Después le miro fijamente para que cierre su boca.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Eleanor—. ¿Tú quieres salir? —añade para mí—. Podemos ver una peli de *Disney* los tres juntos y dormimos en tu cama...

—Oh, no, no —le interrumpo y echa un suspiro—. Además, no puedo —añado y el estúpido de Tyler se ríe más.

—Ha perdido una apuesta —le explica a Eleanor con una sonrisa—. Mads ha ganado a Alice para toda la noche.

—Así que apostáis con mi hija —dice Eleanor con una sonrisa y después me mira—. ¿Qué ha pasado?

—Nada. Mi hermana que cuando quiere es idiota —protesto y Tyler se ríe más—. Y encima este le anima a ello.

—¿Remington? —me pregunta Eleanor entonces.

Y miro al idiota de Tyler. Ahora se da cuenta. Ahora recuerda que Eleanor ha olvidado la clase de piscina.

—La clase de piscina —susurra ella y enseguida me acerco.

—Tranquila —le digo—. Ha ido bien.

—Él se acuerda de estas cosas —me susurra al borde de las lágrimas ya.

—Eh —le dice Tyler finalmente colaborando mientras también se acerca—. Alguien hubiese

podido decir algo cuando hemos visto que te has olvidado, pero Zucca te necesita y tú a él. Además, lo único que de verdad me sabe mal es que te has perdido a Grayson con él.

— ¿Qué has hecho, G? —me pregunta Eleanor preocupada.

—Te lo contará mientras cenáis en algún sitio —propone Tyler.

—No he estado con Alice en toda la tarde —nos recuerda—. Me he olvidado de su clase de piscina.

—No quieres que te explique lo bien que se lo ha pasado —le explica Tyler con una sonrisa y ella resopla.

—Por favor, E. Por favor. No puedo aguantar a mi hermana —le pido.

Tyler no dice nada más y después se aleja hacia los arcos para cruzar el salón. Eleanor me mira con muchas dudas, hasta que su móvil pita. Mi corazón se detiene, pero veo que sonrío cuando lee el mensaje. Después escribe algo y cuando levanta su mirada espero pacientemente.

—Vamos —me responde—. Necesito una ducha antes.

—Y maquillaje, peinarte algo, voy a elegir tu vestido, y tus zapatos, y no me pidas que lleve tu móvil o le das a Elise tu cartera porque vas a llevar bolso —enumero y se ríe.

Entonces busco entre las perchas del perchero hasta que encuentro un vestido en amarillo limón que le quedará genial con el bronceado que todavía conserva. Me ha gustado tanto que le he comprado el mismo en un tono lavanda, y por su sonrisa, sé que a ella también le encanta.

—Amarillo —susurra.

—Estás muy bronceada y te queda bien —le explico—. De acuerdo, me he ido de compras esta tarde y quiero estrenar una camisa.

—Esa ha sido su excusa para huir de Remington —explica Tyler regresando con nosotros y con un biberón de agua.

— ¿No estabas con mi hermana practicando para cuando tengáis hijos? —le pregunto y se ríe.

—Y regreso ahora, porque tú has perdido una apuesta —me replica y después corre escaleras arriba.

Qué desastre. Y encima Eleanor me mira con demasiadas preguntas ya, y cuando le ruedo mis ojos solo se ríe. Pero echo de menos su risa también. Y sé que necesita su tiempo con Alice, incluso para darle la cena a su perro, y con su ducha.

—Señor Luzio —me responde Elise al segundo que le llamo.

—Hola, Elise. ¿Estás trabajando todavía?

— ¿Cómo puedo ayudarle, señor?

—Eleanor y yo queremos cenar en el Baluchi.

— ¿Quiere que lo organice personalmente?

—Me tienes demasiado acostumbrado a tu eficiencia, Elise —le recuerdo—. No tenemos prisa, y confío plenamente en tu criterio.

—Muchas gracias, señor Luzio. Le llamaré en cuanto esté todo listo.

—A ti siempre.

Como mínimo, Elise sigue siendo Elise en una casa en la que todos nos hemos vuelto locos. Me voy a por mi camisa nueva, pero no he entrado en la ducha siquiera y Elise ya me llama. Es eficiente, pero no es un ser sobrenatural, aunque muchas veces lo parezca.

—He revisado la lista de invitados, señor.

— ¿Qué problema hay?

—Solo quería informarle que el señor Remington van den Heever está cenando en una mesa de cuatro comensales.

¿Qué demonios hace *él* allí? En serio, me persigue día y noche, pero jamás hubiese pensado

que estaría cenando en el Baluchi.

—El señor Moretti también está en la mesa —añade Elise.

Eso lo explica.

—¿Procedo con los preparativos, señor?

Y esa es la pregunta. Podemos cenar en cualquier otro sitio, pero...

—¿Con quién está cenando?

—No forman parte de las familias, señor. Lo desconozco todavía.

—¿La reserva estaba a nombre de Moretti?

—No, señor. Han llegado sin reserva.

Bueno, aquí está el detalle que necesitaba.

—Eleanor y yo vamos a ir. Y lamentándolo mucho, Elise, tienes que venir a cenar con nosotros —añado—. Cruz conduce, y que prepare el *Phantom*. Quiero a cuatro equipos completos, pero nadie puede abrir su boca. La terraza norte si está disponible, pero que nos reciban por la puerta principal. No entraremos por la puerta lateral del jardín. Y no pongas a nadie en la mesa del comedor central. Espera, ¿en qué sector del restaurante están?

—En el comedor central, señor Luzio.

—Confío en tu criterio como siempre, Elise. Y lamento de veras que tengas que trabajar esta noche.

—Siempre me ha gustado acompañarle cuando sale a cenar, señor. Tiene un gusto exquisito eligiendo restaurantes. ¿Qué traje debería ponerme? ¿El de Berlín?

—No —rechazo—. Te necesito con el de Cora.

—Lo tendré todo listo y avisaré a cocina para que no se den prisa con la comida.

—Si algún día quieres abandonar a Zucca, te pagaré mejor —susurro y se ríe.

—Le envío los detalles por correo electrónico en cuanto los tenga.

—Gracias.

Esta mujer es una maravilla del mundo, en serio. Es que casi puede adivinar lo que pienso. Además de escalofriante a momentos, es siempre muy práctico. Y gracias a su fantástica profesionalidad, ya puedo ir a cenar con tranquilidad. Porque si eso sale mal, le diré que Moretti ha abusado de su posición de poder para conseguir una cena, que además le saldrá gratis, en uno de los mejores restaurantes de comida india, *del mundo*.

Oh, y necesito otro traje. En morado inespecífico, porque combinará bien con el vestido lavanda de Eleanor. Ya sabía que tenía que comprarle el mismo vestido también en nuestra gama cromática. Y ella tarda tanto en su ducha que me da tiempo a cambiarme y a dejar su nuevo vestido en la salita de su habitación.

—¿Qué le ha pasado al amarillo? —me pregunta cuando sale del baño.

—Este te gusta más —defiendo y alzo las sandalias.

—No voy a ponerme esa cosa —me avisa.

—No vas a ir en chanclas o sandalias planas con ese vestido —le informo.

—¿Vas a ponerte tú estos tacones de aguja de un palmo? —me corresponde con una sonrisa.

Echo un suspiro y entonces me encargo de buscarle una propuesta que le guste. Y joyas, porque necesita joyas. Y le recuerdo que se eche perfume, aunque me mire mal por eso. Le doy un bolso antes de que intente darme su móvil, claro que ni lo pone en él porque lo sostiene en su mano del apego que le tiene ahora mismo.

Cuando Eleanor finalmente baja al recibidor, empiezo a estar nervioso de verdad. Estoy acostumbrado a que sea como una tortuga para salir de casa, y sé que está disfrutando con la oportunidad que no tiene de arreglarse, pero hoy es francamente muy inconveniente. Y tampoco

necesito lo que sea que va a decirme Brayden cuando viene del gimnasio todo sudado y se detiene en seco.

— ¿Qué? —le pregunto.

—Estás guapo —elogia acercándose a mí—. Pero muy guapo —añade con una sonrisa—. Te juro que no me burlo. Te lo juro. Lo digo en serio.

—Gracias —agradezco—. ¿Nos vamos, E?

— ¿Llegamos tarde a algún sitio? —me pregunta con una sonrisa—. Hola, Bray.

—Len —le corresponde—. ¿Qué tal...? —añade sin terminar la pregunta, como hacemos todos ya.

—Una mierda —respondo—. Zucca sigue mal, Vittoria está peor, y Easton todavía no está en casa.

— ¿Todavía estás cabreado? —me pregunta Brayden—. Te lo han contado, ¿no?

—No es tan importante —replico y miro a Eleanor—. ¿Nos vamos?

— ¿De quién es el *Rolls-Royce* que hay en la puerta...? —pregunta mi hermana entrando en casa—. Por qué pregunto —susurra entonces.

— ¿Nos vamos, E? —le repito a Eleanor.

—Tu hija está con Benedetta para que no te vea cuando te vayas —le explica mi hermana—. Las mayores las tiene Ty en el porche delantero cenando.

—Gracias —le agradece Eleanor sin dar un paso todavía.

— ¿Nos vamos, E? —repito.

Ignoro a mi hermana y a Brayden mientras nos acompañan a fuera. Y asiento con mi cabeza a Cruz cuando le veo delante del *Phantom*, por prepararlo todo. A Elise le sonrío porque el traje Cora le queda fabulosamente bien. Y pasarán los años, pero siempre será el traje del día que Cora intentó intimidarme, y Elise le intimidó a ella.

—Gracias —le agradezco a Cruz cuando abre mi puerta.

Elise está ayudando a Eleanor, pero cuando los estamos en el coche ellos no se suben. ¿Qué hacen? Tenemos que irnos ya.

— ¿Qué ocurre? —me pregunta Eleanor.

—No vamos a ir a ese restaurante con cualquier coche —le explico.

—G. Querías el vestido amarillo por estrenar la camisa que te has comprado. Pero ahora vamos de lila los dos. Tienes como prisa por irte de casa. ¿Ocurre algo? ¿Está pasando algo? Esto de distraerme, de...

—No pasa nada, E —le respondo—. Bueno, lo de siempre. Solo que el lila es tu color favorito, y el mío, y nos queda bien a los dos. Quería un buen coche, una cena contigo, y no hacemos esto a menudo, así que, ya que lo hacemos, hagámoslo bien.

—De acuerdo. Gracias por organizarlo todo —me agradece y me ofrece su mano.

Otro día sostendría su mano todo el trayecto, pero me siento enjaulado en este coche. Elise intercepta mi mirada en el retrovisor varias veces, pero la mujer puede controlarlo casi todo, no el tráfico. Llegamos al Baluchi muy tarde, pero Elise me asiente con su cabeza en cuanto nos bajamos del coche y sé qué significa eso. Bueno, paso a paso. Lo primero arreglar las arrugas del traje. Lo siguiente comprobar que no me he despeinado demasiado con el asiento del coche.

El señor Talavalakar viene a recibirnos en la puerta como ya esperaba, y no viene solo. Eleanor debería ir delante de mí ahora mismo, pero ella misma se aferra a mi brazo y tengo que tirar de ella.

—Señora Zuccarelli —le saluda el señor Talavalakar con un solo asentimiento de cabeza—. Señor Luzio. Bienvenidos al Balachi.

Eleanor imita el gesto, abrumada por esto como siempre, y yo le respondo al señor Talavalakar con lo poco que sé de hindi.

—Lamento informarle que no he mejorado mucho desde la última vez que nos vimos, señor Talavalakar —le explico y me sonrío brevemente.

—Mi italiano todavía es de principiante, señor —me susurra y me río mientras me dejo llevar por la recepción.

Siempre me ha gustado este hombre y no me extraña que lleve veinte años al frente de la gestión de sala de este restaurante porque es un excelente profesional. La charla fácil con él también es agradable, pero hoy camino a su lado escuchándole solo con mis orejas y no con mi mente para procesar lo que dice. En cuanto entramos en el comedor principal estoy buscando desesperadamente entre las mesas, y el problema es que estoy tan desesperado que ya le he pedido a Elise en qué mesa tengo que mirar.

¿Por qué?

¿Por qué cada vez que le veo me falta al aire? Admito que pelearme con él es hasta divertido, y que además de inconsciente en muchos casos, su agilidad mental para defenderse me impresiona. Pero no lo entiendo. Físicamente es... de acuerdo, es guapo. Pero no lo entiendo. Y ya no es ni por la tinta, de verdad. O por ese cabello rapado en estilo militar que detesto con todo mi corazón. Es que no lo entiendo. Busco desesperadamente a un tío que para venir a cenar al Baluchi se pone una camisa sin corbata, y sin los botones superiores abrochados; pantalones negros sin cinturón, y que tampoco han visto una plancha recientemente; y los zapatos de vestir del otro día, y que además son en color chocolate. Pero no puedo dejar de mirarle, y especialmente sus antebrazos con las mangas dobladas de la camisa.

¿Con quién está cenando? Además de Moretti. El tío a su lado, tampoco ni en traje de noche ni en corbata, sé cómo le mira. ¿Y quién es el otro, el de la barba?

— ¿Señor Luzio? —me llama el señor Talavalaki cuando ya no le sigo.

Por increíble que parezca, el que va mejor vestido es Moretti, aunque no lo voy a decir ni aunque me obliguen a ello. Se acerca con una sonrisa repelente, pero otra vez, no pierdo el tiempo con su sonrisa. La de él tiene, *nuevamente*, esos hoyuelos. En serio, a pesar de tener una barba desigual, y mediocrementemente recortada, esos hoyuelos están allí siempre.

Moretti es el primero en llegar, y nos ignoramos mutuamente. Él abraza a Eleanor y le susurra algo, y yo miro detrás. ¿Por qué no deja de sonreír? No le trato especialmente bien y siempre está sonriendo. Y da un paso hacia aquí, pero se detiene enseguida y entonces frunce su ceño. Bueno, empieza a aprender algo. Moretti hace lo que quiere por ser él, pero no debería acercarse a nosotros sin invitación. Parece que el nefasto maestro empieza a hacer algo bien.

Esto ya sé que ha sido una mala idea. Tendría que haber elegido otro restaurante, pero... pero necesitaba verle. Quería acercarse, y sé que le debo unas cuantas disculpas, pero no va a salirme bien. No aquí. No con toda esta gente. No con sus amigos mirándome. No con Moretti diciendo estupideces como siempre. Así que necesito mantener la distancia. Puedo hacerlo. Ya le he visto. Ya siento de nuevo esa fascinación por mirarle, cuando debería criticar su mala elección de vestuario para cenar en un sitio como este. Puedo ser cordial. Salir de aquí lo más rápido posible.

— ¿Me echabas de menos, princesa? —me pregunta el idiota de Moretti entonces.

Claro que Moretti no ayuda en absoluto, como siempre.

—Al contrario, hoy te he visto demasiado ya —le respondo.

—Hola, Remington —le saluda Eleanor.

Él asiente con su cabeza y entonces se acerca. Oh, no.

—No puedes acercarte a la señora Zuccarelli si no te lo pide ella —le interrumpo—. Y quítate

de la cabeza la idea de darle un abrazo. Sé que tienes un mal maestro con Moretti, pero puedes ser resolutivo por tu cuenta.

—Señor Luzio —me corresponde en un tono frío.

Tengo que irme ya. Solo voy a empeorar más lo que ya he empezado esta tarde.

—Hola, Eleanor —le dice a ella y saca otra vez la sonrisa de los hoyuelos—. Me alegro de verte.

—Yo también. ¿Cómo te va?

—Muy bien, muchas gracias. Tu hija está aprendiendo muy...

—Se pregunta a la señora Zuccarelli antes de explicarle cualquier hecho no circunstancial de tu vida —interrumpo—. Pensaba que estos modales básicos no hacía falta enseñártelos porque no son exclusivos de nuestras familias y nuestro mundo.

Inspira aire sonoramente y después gira su cabeza poco a poco. De acuerdo, está cabreado. Y además está más cabreado que otro día. Está cabreado como el día de la encerrona en el restaurante.

—Creo que mis modales son adecuados porque me han permitido viajar por el mundo sin crear enemigos constantemente o cada vez que he abierto la boca, señor Luzio —me explica—. Y en mi casa me educaron que cuando alguien está atravesando un momento difícil —sigue—, y tú eres consciente de ello, no haces la charla fácil buscando respuestas que duelen y que no solucionan nada. Le ayudas a distraerse, aunque sea brevemente, y me he imaginado que a la señora Zuccarelli le gustaría saber que su hija ha hecho grandes avances en sus clases y que ha estado feliz en ausencia de su madre.

—La señora Zuccarelli ya sabe cómo ha estado su hija porque nunca dejaríamos que estuviese bajo tu supervisión sin alguien de la familia con ella —le replico.

—Eleanor —interviene Eleanor entonces.

—Eso no hace falta que me lo repitas porque estaba delante, hoy y todas las veces que me has dicho que no ibas a perderme de vista —replica—. Señor Luzio.

—Es mi ahijada y por supuesto que voy a supervisar que eres un buen profesor para ella. Si fuese por mí, no lo serías, así que tengo que asegurarme de que estás capacitado para ello.

—Por suerte, tú no eliges el profesor, entonces —replica—. Y si tanto presumes de conocer a tu sobrina, creo que ves que está feliz conmigo y con las clases.

—No te emociones tanto —contesto—. Siempre le ha gustado el agua, no tiene nada que ver contigo. Aunque sí tienes razón en algo, da gracias a que yo no elijo. Y es señor Luzio mientras no estés dentro, y también si algún día consigues estarlo.

—En vez de señor Luzio eres el señor de la personalidad múltiple —me responde.

—No bromees con este tema —le ordeno.

—Tío —le susurra Moretti.

—Tienes una actitud de diva histriónica que racionalmente ni se entiende —sigue él mirándome y entonces chasquea con su lengua—. Y a pesar de ello, intento ser amable, me disculpo contigo, intento involucrarte en la clase de piscina...

—He aceptado sus disculpas, señor Van den Heever —le recuerdo y coge aire sonoramente—. También creo oportuno, dado que ya he expresado mi voluntad de rechazar su candidatura, que mantengamos una relación estrictamente formal. Eso significa que usted se concentra en el proceso de aceptación que tiene que superar, y en que mi ahijada sea resolutiva en el agua si así lo necesita.

—Me parece muy bien —replica—. Pero si te pavoneas como el favorito por absolutamente todo, y a pesar de ser un capullo yo te invito a la clase de tu sobrina, creo que no es muy

profesional por tu parte que te vayas de compras en *Dior* solo porque eres un orgulloso que no sabe pedir disculpas ni reconocer sus errores.

—Le he dicho, señor Van den Heever, que...

—Alice está muy contenta —me interrumpe Eleanor.

Le miro enseguida y ella me corresponde con una mueca, de brazos cruzados y su ceño fruncido. El idiota de Moretti intenta no reírse.

—A la niña le encantan las clases —me dice precisamente él—. ¿Qué hacéis aquí?

—Como si tuviese que darte explicaciones —le recuerdo—. ¿Qué podemos estar haciendo aquí, Moretti? Venimos a cenar.

—Casualidad —dice con una sonrisa.

Me giro para buscar al señor Talavalaki y él enseguida se acerca. Él me sonríe cuando intento nuevamente pronunciar lo mejor que sé, y que he podido memorizar, para que nos lleve a nuestra mesa. El resoplo no es suyo precisamente.

—¿Me disculpa un minuto más, por favor, señor Talavalakar? —le pido.

—Señor Luzio —me corresponde él y se aleja de nuevo.

Cuando me giro, ni siquiera hace un esfuerzo para no reírse.

—¿Se puede saber qué ha sido eso? —le pregunto.

—¿Qué he hecho ahora? —me replica—. ¿Respirar? ¿Eso también te molesta?

—Supongo que el también maleducado de Moretti te ha explicado que este es uno de nuestros restaurantes.

Oh, vaya. Sorpresa. Y realmente yo también me llevo una. Remington van den Heever no lo sabía, porque no mira muy bien a Moretti. Vaya, vaya.

—Y se supone que tú tienes que ser un buen ejemplo —le digo a Moretti antes de echar un suspiro y hacer su trabajo enseñándole a Remington van den Heever—. No puedes burlarte de mí. Nunca, pero especialmente en sitios como estos. No solo porque tú vas a quedar muy mal, también porque me desprestigias a mí.

—Pero tú puedes burlarte de mí sin fundamento alguno —replica—. Sé que esto no es cómo funciona porque nadie me lo ha contado. Y tú eres el único que me trata así solo por... ¿por qué, exactamente? ¿Estropear un traje?

—Ser un grosero maleducado sin modales.

—Dice el que ni siquiera sabe reconocer sus errores, pedir disculpas... y se deja salir antes de entrar —replica.

—Muy bien, pero tampoco puedes pavonearte como nuestro amigo solo por juntarte con Moretti. Y él ni siquiera es mi amigo —añado y señalo a Moretti—. Es mi mejor amigo, no el tuyo. Ni lo digas, Moretti —le aviso al idiota y él me sonríe.

—¿Tú das clases de modales y después señalas con el dedo? —me pregunta Remington—. He conocido a críos de tres años más educados que tú.

Mierda.

—Y considero preocupante que la educación de las nuevas generaciones esté en manos de alguien que en un restaurante de etiqueta no puede ni abrocharse correctamente la camisa —replico.

—Si basas la educación en la ropa que pueda o quiera vestir cada uno no solo eres elitista, también eres un ingenuo —me contesta.

Mierda. Y encima saca su sonrisa de hoyuelos otra vez. Y Moretti se ríe causando que más comensales empiecen a mirarnos.

—¿Ya? —me pregunta él y su sonrisa con hoyuelos se extiende.

—No cuentes con mi voto —le aviso.

—Te la debía —replica—. De hecho, te debo unas cuantas. Tu hindi no está mal, considerando que no sabes hablarlo y que seguramente has aprendido esas dos frases con tu móvil —añade.

¿Por qué siempre tiene que tener una respuesta para todo? ¿Y por qué ha tenido que recordar eso?

—Agradezco la preocupación, pero es mejor que emplees tu tiempo en mejorar tu italiano si quieres entrar en las familias —le contesto.

—No es requisito indispensable —replica Remington y entonces busca la ayuda de Eleanor.

—No vas a recibir mi voto hasta que no hables italiano —le aviso—. Iba a asumir que quizás era un reto demasiado difícil para ti, pero si puedes dar consejos sobre otros idiomas, te irá bien ser un sabelotodo en italiano también para intentar dejarme en ridículo —replico—. Y fallar en el intento como tantas y tantas veces, por supuesto —añado—. ¿Nos vamos a cenar, E?

—Sí —me responde ella en un susurro.

Y me voy de aquí porque esto ha sido un desastre. Necesito quitarme a este tío de la cabeza porque me fastidia admitirlo, pero me gana demasiados argumentos y encima de divertirse con ello parece que no haga ni un mísero esfuerzo.

capítulo 15

El espectáculo para verte

Remington

Y allí va otra de sus salidas dramáticas, esta vez con un séquito de camareros que le siguen como sus sombras. Y otro de sus trajes, en lila. El color le queda muy bien. Y gracias a que hago eso que no debería hacer, buscar fotos suyas por Internet, sé que es un color que él viste a menudo. ¿Cómo puede ser que un tío tan desesperante, tan capullo, me tenga así? Es que no puedo ni alejar mi mirada, y me quedo como un idiota mirando la puerta por donde ha salido. Lo de la piscina de esta tarde ha sido surrealista, más que de lo surrealista que es todo siempre con él, pero había algo que desencajaba y cuando le he preguntado a Moretti ha sido evasivo con ello. Estamos cenando en este restaurante como consecuencia de ello. Y encima, yo no sabía que *también* era suyo. Algo que tengo que solucionar...

Eleanor Zuccarelli y Moretti me miran sin parpadear siquiera.

—Em, lo siento, Eleanor —me disculpo enseguida—. Es que...

—Es un repelente de la hostia cuando quiere —interviene Moretti y después también le habla a ella—. ¿Qué cojones le ocurre? Esto empieza a ser demasiado incluso para él.

—Echa de menos de Jax. Cuando se separan se intensifica más —le explica ella y entonces me mira—. Ve con cuidado. Tienes derecho a defenderte si te ataca, y sabes que tienes nuestros votos por lo que no necesitas en absoluto el suyo. Pero es capaz de pedirle a Jaxson que no te deje entrar, y es su favorito por algo.

—Ni siquiera Zucca puede impedir eso —dice Moretti—. No ahora, y no si estuviese bien. Cambió el sistema con la unificación y el voto vale lo mismo.

—Es su favorito —defiende ella—. Si se lo pide Grayson, encontrará la manera —añade y me mira otra vez—. No lo hará. Pero ve con cuidado. Le echa de menos y te atacará hasta que esto no sea divertido.

—Me provoca cada...

—Sé que no te lo pone fácil —comprende con una sonrisa—. Que disfrutéis de la noche y nos vemos pronto.

—Cuídate, Eleanor —le dice Moretti y ahora noto que ella se ve realmente mal—. Me paso mañana.

Ella también tiene camareros que también le siguen. También veo a Elise White, por cierto, y es la que camina junto a ella en todo momento. El misterio con la notable ausencia de Jaxson Zuccarelli empieza a asustarme de verdad. Él nunca está cuando hemos ido a la casa, todos hablan como si ni siquiera viviese con ellos, y se pierde las clases de natación cuando Moretti me ha dicho mil veces que es el padre que él jamás tuvo. Y además su mujer se ve como un fantasma, y se pierde ella también una clase. Cuando le pregunto al siguiente en el rango de favoritos de la niña, porque obviamente es Grayson Luzio, prefiere irse de compras en *Dior* que ayudar, cuando me tiene vigilado desde el primer día. Es evidente que el tío ama el lujo, pero hay algo que no encaja.

—Vamos —me dice Moretti—. Vamos, Rem —insiste y tira de mi brazo—. Estamos cenando con tus amigos más cotillas que me has presentado jamás.

Y encima esto. Después del desastre de la piscina, y de las evasivas de Moretti, ha tenido la gran idea de invitarme al mejor restaurante de comida hindi de toda California. Cuando he llegado aquí he aprendido que también está considerado como uno de los mejores del mundo. Me ha dicho que había hecho la reserva hace semanas, para cenar con alguien que finalmente no podía. En ese momento, con lo de la piscina, no lo he analizado tanto. Además, solo le he echado la bronca por tener mesa en un restaurante con esta maravillosa comida y no invitarme a mí. Pero es que es suyo. Me ha invitado para distraerme de Grayson Luzio y el restaurante *también* es suyo. En serio, sé que su empresa sale en la revista Forbes y que Jaxson Zuccarelli está en el Top de los Tops de empresarios del país. Pero, ¿cuántas cosas tienen?

— ¿Quién era esta gente? —me pregunta Guillermo cuando regresamos a nuestra mesa.

Y esto ahora mismo es lo peor. Moretti me ha dicho que si cenábamos solos acabaríamos hablando de lo que necesitaba distraerme. Así que me ha pedido que le presentase a más de mis amigos. Conozco a Guillermo desde hace más de diez años, y en su tiempo libre es crítico de restaurantes en su cuenta de *Instagram*. Tenía que invitarle a él, y me parecía correcto que también viniese su nuevo novio, Luke. Él está poniéndome histérico porque mastica sonoramente con la boca abierta, y eso me desquicia en la gente. Pero Guillermo es un buen conversador, tiene temas para horas, y sabía que podría distraerme fácilmente, además de que él sí apreciaría la oportunidad de cenar en un sitio como este. El problema es que, como ha dicho Moretti, es seguramente el amigo más cotilla que tengo.

—Amigos de amigos —le responde Moretti—. ¿Os importa si pido ya la cuenta?

Supongo que lo único bueno de esto es que Moretti nos ha invitado, paga él sin duda alguna, y puede decidir cuándo se acaba la cena porque es él quien la paga. Además, nota perfectamente que Guillermo y Luke se han sorprendido por el final tajante de la noche, pero Moretti ni se altera por esto.

— ¿Venís a mi casa a tomar algo? —nos invita entonces Guillermo—. ¿Pillamos un taxi juntos?

—Trabajo mañana, tío —le explico y hace una mueca—. Vas a venir el sábado a la barbacoa de Jim, ¿no?

—Allí estaremos los dos —me responde con una sonrisa.

—Venga, tío, un placer conocerte —se despide su novio porque incluso para eso es como un Tarzan sin modales.

Ellos dos se meten juntos en un taxi y en otro momento me sentiría algo mal por Guillermo, porque además me va a preguntar por esto, pero hoy respiro tranquilo. Cuando miro a Moretti, alza sus dos manos.

—Vamos a tu casa y lo hablamos —me propone—. Voy a por un coche.

—Has bebido —le recuerdo—. Vamos con taxi.

—No vas a aguantar hasta tu casa —me recuerda—. Venga, ven.

—Has bebido —le recuerdo siguiéndole.

—Una copa.

—Me da igual. No vas a conducir y no me voy a subir contigo a un coche si has bebido una copa o diez. Es alcohol, punto.

—Rem —me detiene y también lo hace él para mirarme—. Te juro que lo hacemos a tu manera, pero ahora no digas nada y sígueme.

No se a dónde cojones me lleva, pero le sigo. Caminamos junto al edificio hasta que llegamos a una doble barrera. El tío que hay junto a la garita le da la mano a Moretti cuando él habla con él. Después mi amigo me pide que le siga en un movimiento rápido de cabeza y lo hago.

—Confío en ti, pero espero que no tengas la brillante idea de robar un coche de lujo para irnos a mi casa —le susurro caminando a su lado.

—Cálmate y entretente con los juguetes.

Joder, menuda fantasía de aparcamiento. Y entonces lo veo. El grupo de personas reunidas junto a una, dos, tres y hasta cuatro enormes *Range Rover* en negro, iguales al que yo ayudé con los intermitentes. Y esa gente, y los coches, custodian el *Rolls-Royce Phantom*.

—Moretti... —le aviso.

—Cállate —me ordena.

Hay como veinte personas por aquí, pero reconozco a uno de ellos. Cruz, el grandote ese que era un *Red Shadow* y ahora parece ser el guardaespaldas personal de la señora Zuccarelli. El tío me cayó bien, pero cuando se acerca me asusta otra vez con su intimidante físico. Joder.

—Necesito que me dejes un coche para llevarme —le explica Moretti.

—Sí, claro —le responde él y me mira—. ¿Qué tal, tío? ¿Cómo vas?

—Bien, ¿y tú? ¿Alguno de esos os ha dado más problemas?

—No —rechaza—. Bueno, lo hicieron los cuatro, pero gracias a eso que dijiste hicimos lo mismo con estos —añade y mira a Moretti—. ¿Hasta cuándo lo necesitas? —le pregunta—. A mí me da igual, pero Elise White va a joderme bien, y Luzio todavía quería otro más.

—¿Otro? —pregunta Moretti—. Bueno, da igual. Ya cogemos...

—Calma. Ahora llamo para que venga alguien —le dice Cruz—. Solo es para saber qué decir.

—Todavía te dan problemas, ¿eh? —le susurra Moretti—. Tendrías que ponerte tu chaleco otra vez para que recordasen un par de cosas —añade y se ríen juntos.

Me siento jodidamente intimidado cuando nos acercamos a uno de los coches porque es evidente que nadie comprende por qué nos llevamos uno. Y no me gusta nada tener que obedecer las órdenes de Moretti y meterme en el coche cuando he visto perfectamente que él se tomaba esa copa.

—Respira que vas a conducir tú —me susurra mientras las barreras del aparcamiento suben—. Pero no puedo dejarte conducir delante de esa gente cuando ni siquiera formas parte de esto. Le dan mierda a Cruz, y ya has visto que el tío podría aplastarnos a los dos con solo soplar hacia nosotros.

Respiro hondo cuando detiene el coche ya lejos del restaurante, en un espacio donde podemos intercambiar los sitios.

—Gracias —le agradezco y arranco para irnos a mi casa de una vez.

—Joder —susurra y echa un suspiro.

—Empieza a hablar —le digo—. Y con todo, Moretti. Sé que tienes una vida complicada, sé que esto no es una maldita película de *El Padrino* para vivir con la adrenalina disparada, pero esto cada vez es más...

—Vale, vale —replica—. Lo que voy a contarte ahora no se lo puedes decir a nadie.

—Ya hemos tenido esta conversación.

—Lo digo en serio. Madison Luzio me mata si lo sabe.

—No sé por qué le tienes tanto miedo —le digo—. Violet Patricelli intimida bastante más.

—Que no le tengas miedo a Madison Luzio es lo más surrealista de todo, pero solo me da más argumentos a mi favor —añade—. Y que ella esté de tu parte...

—¿Puedes empezar a hablar de una vez?

—Sabes que la hermana de Zucca le rompió el fémur a Grayson, en varias partes y dos veces.

—Sí —susurro—. Jenna Zuccarelli, ¿no?

—La loca —susurra—. Bueno, es en la pierna que él todavía cojea algo.

—Mucho menos de lo que podría por lo que me has contado de eso.

—Tiene horribles cicatrices.

—En sus manos.

—Esas son otras. Me refiero en su pierna. Y esto me lo ha contado Madison Luzio, porque yo jamás lo he visto. Tienes que haberlo notado.

—Siempre va en traje —susurro—. Incluso para estar en la piscina. Espera, ¿no ha querido meterse en la piscina con Alice por esto?

—Sí —afirma.

— ¿Por qué cojones no me lo habías dicho antes?!

—Porque eres perspicaz, tío. Eres la única persona que he conocido fuera que pilló mi jodido secreto —defiende—. Pensaba que ya lo habrías notado, especialmente porque lo usó para no jugar al tenis contigo.

—Pero monta a caballo.

—Lo hace —me confirma—. Ama hacerlo, de hecho. Algún día voy a contarte la locura que hizo Zucca para conseguirle la yegua esa que tiene.

Joder.

—Eso tampoco justifica la actitud de idiota que tiene —sigue Moretti—, pero ha reaccionado de esa manera también por esto. Y porque sin Zucca...

—En serio, ¿qué cojones ocurre? Eleanor se ve fatal. Y además, no tengo ni idea de qué pasa con Easton Capuzzo, pero está en una jodida clínica de desintoxicación, ¿no? Y todos ellos cuando le mencionan no parecen estar en la mierda como sí ocurre con Zucca.

—No me presiones.

— ¡Ni el padre ni la madre estaban en la clase de su niña, hoy! Y me has dicho que...

—Es... complicado —me explica.

—No voy a abrir mi boca.

—No puedo —defiende.

Joder.

—Vamos a poner algo de música —me propone y le miro brevemente porque ahora sí que ha perdido la jodida cabeza.

Pero me hace el conocido gesto de “después”, y de verdad que no entiendo nada. Cuando llegamos a mi casa, me da igual si mañana el Señor Tocacojones me dice algo por pegar un portazo.

—No era seguro —me explica Moretti acercándose a mi frigorífico—. De hecho, no digas nada y espera.

¿Qué cojones hace?

—Ya —me avisa en un par de minutos cuando ya se ha paseado por toda la casa.

— ¿Estabas buscando micrófonos en mi casa?

—Sí —afirma—. Y por eso te he callado en el coche. Era mejor que ir en taxi para llegar antes, pero no podía contártelo todo.

— ¿Vas a hacerlo ahora?

Nos sentamos en los sofás para ello y durante lo que parecen horas él habla y habla de lo que está ocurriendo en esa casa sin que absolutamente nadie lo sepa.

— ¿Zucca pretende ser su padre?

—Y ellos automáticamente son niños aterrorizados por Joe Zuccarelli —me confirma—. Especialmente Grayson.

—Ese tío...

—Sky existe por lo que vivieron en esa casa —me dice—. Herederos de las cinco familias, pero fueron niños maltratados en muchos, muchos sentidos. Mi padre era un jodido imbécil, pero mayormente pasaba de nosotros y solo tenía aspiraciones para la familia Moretti y el legado. Joe y Cora eran maltratadores de manual.

—Y ahora Zucca pretende ser su padre por esa mujer —le susurro.

—Muy honorable y lo que quieras, pero eso es un jodido desastre.

—Es la mujer que le dio la vida. Sé por qué quiere ayudarla.

—También es muy honorable todo lo que has hecho por la tuya, pero te alejaré de ella cada vez y haría lo mismo con Zucca si pudiese.

—Por eso Eleanor se ve como un fantasma.

—Ella le apoya muchísimo —defiende—. Grayson también lo hace, es su favorito, pero cuando esos dos están separados... —añade y niega con su cabeza.

—Madison Luzio te amenazó para que regresaras con ellos para juntarles otra vez.

—Te lo digo, besa a tus estrellas por la noche, que le caigas bien a Madison Luzio es más surrealista incluso a que Grayson Luzio pierda la cabeza por ti.

—¿De verdad crees eso?

—¿Madison Luzio? En cuanto entres vas a ver la fama que tiene. En serio, hay poca gente que no le tema a los mellizos Luzio.

—Digo Grayson.

Rueda sus ojos y entonces echa su suspiro. Extiende ambos brazos a su lado en el respaldo del sofá y vuelve a suspirar.

—Es un jodido idiota, pero te lo dije, incluso con eso, el tío me cae bien —defiende—. Alguien que te critica por tu ropa, tu coche, que te acusa de intentar entrar en Sky como ejercicio terapéutico para el niño huérfano de padres a efectos reales que eras, que te humilla constantemente... que le pides perdón y encima se cabrea...

De verdad que no entiendo por qué no puedo dejar de pensar en él.

—Está siendo más idiota que nunca por dos motivos —sigue—. El primero y más evidente, porque le gustas. Pero no sabe gestionarlo, así que le sale horriblemente mal. No está nada acostumbrado a tontear, ni el resto. Nada.

Sí, bueno, yo en mi vida me había sentido tan patético porque todo lo que intento sale mal.

—El segundo es que echa de menos a Zucca —añade—. Y lo que está perdiéndose —sigue y sonríe—. Eso también puedes comprenderlo, ¿no?

Junto mis manos y después giro el anillo en mi índice incansablemente.

—¿Se lo has contado a Nik?

Niego con mi cabeza porque soy incapaz de coger mi móvil. No me sale.

—Ni siquiera sé qué decirle.

—Que pierdes el culo por Grayson Luzio —defiende y se ríe—. Y otras cosas.

—Idiota —susurro y me lanza un cojín—. Creo que me diría que soy un jodido masoquista. El tío me aleja con todo lo que tiene, y yo solo quiero verle de nuevo a ver de qué color lleva el traje.

Se ríe a carcajadas con esto, y la verdad es que sé que Nik también lo haría y hasta yo al final me río.

—Te arrastras más de lo que él merece —dice después mucho más calmado—. Pero está funcionando.

—¿Cómo?

—El restaurante es suyo.

—Vamos a hablar de esto ahora mismo. ¿Por qué cojones...?

—El restaurante es suyo —me interrumpe—. ¿Qué se debe hacer cuando la señora Zuccarelli y el señor Luzio quieren salir a cenar?

Oh.

—¿Cuántos coches han llevado esta noche? —sigue—. Has visto a Elise White, y la mujer se presentó en tu casa a las siete de la mañana y desapareció como un fantasma.

Vaya.

—Ellos solo salen a cenar en sus locales —digo y asiente con su cabeza—. Los equipos tienen que comprobar quién está allí.

—Elise White sabía perfectamente que yo estaba cenando allí, no tengo ni una sola duda de ello —defiende con una sonrisa—. Que estaba cenando contigo. ¿Crees que lo de salir a cenar ha sido idea de Eleanor? Porque no está bien, pero aunque lo estuviese, no sería su idea.

—¿Ha sido de él?

—¿De qué color era su traje hoy? —me pregunta—. ¿Y el vestido de ella?

—Coordinados —susurro—. Pero eso lo hacen siempre.

—Para intimidar. Puedes imaginarte quién se encarga de los estilismos en esa familia —añade—. Lo has escuchado esta mañana. Él se iba de compras para su hermana. ¿Quién crees que ha elegido que el lila era el color de esta noche y la ropa que tenían que ponerse?

Oh.

—Y Grayson viste en lila muchísimas veces, o variantes —añade—. Hasta yo lo he notado, por lo que es así de evidente. Eso era su traje de batalla, o el de lucirse.

Estaba guapísimo. Y el idiota de Moretti se ríe, por lo que le devuelvo el cojín que me ha lanzado.

—El otro día, en el restaurante... —sigue—. Estábamos en una terraza privada. Ellos ni siquiera llegaron por el mismo sitio que nosotros. Usan entradas laterales, puertas traseras... a menos que quieran hacer el recorrido y el desfile. ¿Quién parece un modelo sacado de una jodida revista?

—Él lo sabía y...

—Y me juego lo que quieras que lo ha organizado todo. Es que estoy hasta por llamar a Madison y jugar con ella un rato. Porque no sé si Grayson Luzio ha ordenado que le llamen cada vez que tú estés en una propiedad de la familia...

—¿En serio crees...?

—O ha sido casualidad, él quería cenar allí, pero ya te digo yo que sabía que tú también estabas. Por lo que en vez de irse a otro sitio, porque si tanto y tanto te odia, y además se comporta como un capullo para alejarte porque no sabe gestionar lo que siente, lo que ha hecho ha sido organizar todo ese espectáculo para verte.

Joder.

—Es que encima vas y tú te pillas por el más histérico de todos ellos, con diferencia —añade riéndose.

Ahora busco otro cojín para lanzárselo también.

capítulo 16

Café importado de Italia

Grayson

Ir a Sky siempre es una buena idea. Y necesito ir para olvidarme de Remington van den Heever de una vez. Porque ahora Sky también me hace pensar en él, y eso no puedo permitirlo. Aunque le mentí, porque sí sería un buen candidato y sé que podría ayudar en el proyecto. *No, basta*. Voy a concentrarme en Sky, y en lo bien que nos vemos Benedetta D’Arcangelo y yo frente al espejo de pie de mi habitación.

—Gracias —le agradezco cuando pone bien mi chaqueta.

Ella me sonríe un poco, y después junta sus manos enguantadas.

—Me parece un tono demasiado oscuro para llevar de día —le explico regresando a mis dudas con la corbata.

—Concuerdo con eso, señor Luzio. Sin embargo, gracias a ello consigue que el verde destaque más —me corresponde.

— ¿Estáis? —nos pregunta Eleanor entrando en mi habitación.

—Sí —afirmo—. ¿Qué te parece?

— ¿Diseño tuyo? —le pregunta a Benedetta.

—Nuestro —le contesta ella y después me mira a mí con una tímida sonrisa.

—Lo mío lo consigue el dinero. Lo suyo el talento, señora D’Arcangelo —defiendo—. Vamos entonces.

Pero entonces veo a Brayden y no me gusta cómo se acerca a nosotros. Siento pánico. Vittoria Milazzo ahora odia a Jaxson Zuccarelli, por lo que no quiere que Zucca esté cerca de ella. Lo único que repite es que los Zuccarelli han robado a su bebé. Y el doctor Rhodes hizo una observación interesante, porque la pobre mujer no puede recordar nada de los detalles del peor momento de su vida. Así que también abusaron de ella con la hipnosis. Y ahora, irónicamente, esto es lo que está ayudando. Porque gracias a esa preciosa canción de Robbie Williams que ya odiamos todos, ella está tranquila. No sabe quién es Zucca. No recuerda todo lo que ellos dos han vivido este tiempo. Ama a su Giuseppe en una versión sumamente distorcionada de la realidad. Pero está tranquila. Así que cuando Brayden se acerca tengo miedo por Zucca. Porque he visto a Easton esta mañana y estaba bien. De hecho, ha sido un idiota porque solo quería detalles de Remington van den Heever.

— ¿Qué ocurre? —le pregunto a Brayden.

—Bray —le llama Eleanor en un susurro.

—Lo siento —se disculpa él—. ¿Es la misma ropa? —nos pregunta a Benedetta y a mí.

—Si te refieres a si hemos usado la misma tela, sí —le confirmo—. Y cuidado porque es un diseño de la señora D’Arcangelo.

—No criticaba. Solo... —defiendo—. Da igual —añade—. Oye, Gianmarco y...

—No —rechazo—. Hoy no toca piscina. ¿Qué se supone que viene a hacer?

— ¿Me dejas terminar la frase? —me pide—. Están aquí. Compórtate —añade—. O no lo hagas, porque es divertido de cojones y seguro que tu hermana quiere... —explica—. Madi.

Y mi hermana también entra con prisas a mi habitación, y se detiene en seco junto a la puerta.

— ¿Ambos los has hecho tú? —le pregunta a Benedetta y ella asiente muy cohibida.

— ¿Qué quieres, Madison? —le pregunto.

—Vengo a hacer dinero fácil —me responde con una sonrisa estúpida—. Rem está aquí.

— ¿Usamos apodos ahora? —le replico.

—Yo sí —defiende y sonríe todavía más—. Bueno, a lo importante. Cuando le veas, en los próximos cinco minutos vas a criticar su ropa de alguna manera, recordarle que eres el favorito de Zucca, intentar alejarle de Alice...

—Pon algo más complicado, Madi —se burla Brayden.

—No, eso me parece obvio y fácil, pero no va a poder resistirse —le dice ella—. Vas a hacer estas tres cosas en menos de cinco minutos con él. Incluyo las tres, y me debes cien dólares si no aguantas cinco minutos.

—Puedo hacerlo perfectamente —defiendo.

Brayden resopla, pero lo sorprendente que Eleanor también lo hace. No dice nada más antes de irse de la habitación con esos dos.

—Tendría que haber añadido que esperará cinco minutos como mínimo con Benedetta para hacer la gran entrada —susurra mi hermana.

—Esto empieza a ser demasiado fácil —le dice Brayden.

—Pero él sigue apostando porque todavía cree que puede resistirse a ello —le recuerda Madison con una sonrisa.

Cierro la puerta de mi habitación enseguida para no escucharles más y cuando me acerco de nuevo frente al espejo sé que Benedetta no está fijándose en mi ropa precisamente.

— ¿Puedo hacer algo para ayudarle? —ofrece.

Quiero quitarme la corbata, pero es que el nudo ha quedado perfecto y... No, necesito otra. Y Benedetta pone sus manos en forma de cuenco cuando me la saco.

—Está a tiempo de bajar por la escalera trasera —le explico y me mira con confusión—. Hay otra escalera al final del pasillo de la izquierda. Puede bajar por allí, si desea huir de semejante espectáculo. Yo lo haría, pero sería todavía peor.

—Su hermana dice que usted no puede mantener las formalidades con el señor Van den Heever —me corresponde y le miro con confusión.

—Me desespera —susurro—. Ambos lo hacen.

—Puedo ayudarle con eso —ofrece.

—Nuevamente —le recuerdo—. Y ni siquiera con su ayuda pude comportarme el día del partido de tenis.

—Hoy sí vamos coordinados en gama cromática —me recuerda ahora ella.

—No quiero que tengas que estar en esa situación...

Me sonríe y entonces baja su cabeza y veo mejor el precioso lazo. *Mierda.*

— ¿Lo ve? Incluso con usted pierdo las formas ya —protesto.

—No me molesta... Grayson —me dice y ahora me deja sin palabras—. Mi terapeuta dice que tengo que practicar, que me escondo con mis modales y que automáticamente creo una barrera y otras personas pueden alejarse de mí por parecer fría y distante.

—No eres ni fría ni distante. Eres la única persona de la casa, y de las pocas de todas las que conozco, que tiene modales intachables.

—La admiración es mutua, señor Luzio —me corresponde.

—Podemos hacerlo en privado —digo y echo un suspiro—. Total, ya me has visto desesperado por un tío que no sabe ni qué son los botones de puño.

Me sonríe en esa preciosa sonrisa que tiene.

—Dime que no estás eclipsada por él también —le suplico.

—Me pone algo nerviosa porque es muy...

—Sociable —susurro con asco.

—Sí —me confirma con una sonrisa—. Pero mis niñas están felices con él.

—Y tus niñas no confiarían en cualquiera —añado y ahora su sonrisa es tan triste—. A veces deseo que todavía estuviese vivo para haberle conocido apropiadamente.

—Tiene usted más clase y elegancia como para haberle concedido su tiempo —me susurra—. Aquí tiene, señor Luzio —añade ofreciéndome la corbata de nuevo.

No dice nada mientras yo tengo auténticas dificultades para hacerme un simple nudo mitad Windsor. Y detengo mis manos en seco cuando Benedetta alza las suyas. Sus dedos tiemblan tanto que casi escucho el roce de la tela de sus guantes blancos.

—Gracias —le agradezco cuando acaba y asiente levemente con su cabeza.

—¿Está listo?

—Espera, tenemos que esperar dos minutos más —le explico y me mira con confusión—. No quiero que mi hermana gane otra apuesta.

Asiente con una sonrisa esta vez, y después saco mi móvil y también le enseño mi pantalla a ella. Su nueva sonrisa se escucha cuando vemos las imágenes de las cámaras de seguridad en directo.

Remington van den Heever está sin camiseta.

Vestido con un uniforme de fútbol, de *soccer*.

Sentado en la alfombra central, mientras los adultos le miran desde los bancos y los niños están todos con él. Otra vez hace de cuento infantil con piernas, y...

—¿Ve a lo que me refiero? —le pregunto a Benedetta en un susurro.

—El viejo dicho es que los polos opuestos se atraen —me susurra.

—No creo en eso. No de forma tan radical. Está bien algo de diferenciación, para no aburrirse, pero no hasta el extremo. Necesitas unos valores que se alineen, un concepto de vida... un...

Guardo mi móvil porque verle con la sonrisa de los hoyuelos con mi Alice es todavía peor.

—Nuestras familias defendían lo mismo —me susurra Benedetta entonces y cuando la miro ella tiene la mirada perdida en mi cama—. Fuimos al mismo colegio, al mismo instituto. Teníamos el mismo círculo de amigos. Queríamos una vida unidos por Dios y con todos los niños que él nos permitiese tener.

—Eh —le interrumpo suavemente y me mira con esa mirada tan y tan triste.

—Lo más importante es que sea una buena persona, te haga feliz, y ame a los tuyos como si fuesen los suyos —me susurra—. Siempre puedes enseñarle a hacerse el nudo mitad Windor.

—Tendríamos mucho trabajo con este, señora D’Arcangelo —le recuerdo y sonrío ahora sí que de verdad.

—Me vendría bien la práctica si desea regalarle un traje —me dice.

—No —rechazo enseguida y sonrío más—. Necesito encontrarle defectos de alguna manera. Sé que un capricho de rebeldía, pero es lo único que me queda ya.

—El chico la verdad es que lo intenta.

Y se ríe suavemente con mi suspiro de frustración. Después le ofrezco mi brazo. Han pasado cinco minutos ya, pero dejaré un par más para cabrear a mi hermana. Benedetta D’Arcangelo se agarra a mi brazo todo este tiempo y así salimos de mi habitación. Me da tres apretones suaves para que me calme, pero acercarse a las escaleras es una auténtica agonía. Quiero llegar allí ya para verle, y al mismo tiempo quiero correr.

—¡G!

Y un día más doy gracias por tener a mi niña en mi vida.

—Hola, mi amor —le correspondo—. Ahora vengo.

—Está muy feliz con Rem —explica Brayden y escucho su tono perfectamente.

—Me alegro mucho —le correspondo con calma.

Creo que Benedetta no se agarra a mi brazo, sino que me sostiene ella a mí para que no me caiga y ella venga conmigo en el proceso. Es que no puedo ni respirar y el nudo de la corbata de me ahoga. Tengo que calmarme ya.

—Espera, que tengo que saludar —explica él.

Es que va sin camiseta, en pantalones de deporte en azul cobalto claro pictórico, con ese montón de piel expuesta y esa cantidad de pequeños tatuajes, y la sonrisa de los dos hoyuelos, por supuesto.

Por suerte, mi niña viene corriendo hacia mí. Benedetta aleja su mano de mi brazo entonces y acomodo a Alice entre mis brazos antes de besarla. De verdad que intento concentrarme solo en ella, pero sé que él está acercándose. Descalzo en calcetines, en pantalones de deporte de tiro bajo en su cintura, sin camiseta, y la sonrisa: la desesperantemente bonita sonrisa de los hoyuelos.

—Señor Van den Heever —le saludo.

—Señor Luzio —me corresponde—. Señora D’Arcangelo. Es un placer verle de nuevo.

—Muchas gracias, señor Van den Heever —agradece ella con un asentimiento suave de cabeza.

— ¡Mamma! ¡Mamma! —gritan Beatrice y Adelaide acercándose.

—*Rem nos ha enseñado sus dibujos* —le explica su primogénita—. *Tiene muchos, mira.*

—Muchas gracias por ser tan paciente con los niños, señor Van den Heever —le agradezco y frunce sus labios automáticamente—. Creo firmemente que mi hermana Eleanor eligió muy bien cuando pensó en usted para darle clases de natación a mi ahijada. Es obvio que tiene usted un talento natural con los niños.

—Muchas gracias —me agradece con otra dichosa sonrisa y sus hoyuelos—. Me alegro que lo pienses así porque se nota que eres su tío favorito y el gran aprecio que te tiene. Que confíes en mí me ayuda mucho como profesional —dice y quiero darle una hostia, o besarle, o las dos cosas—. Hemos traído café.

—Oh, muchas gracias. Qué bonito detalle —agradezco—. Lamentándolo mucho, sin embargo, Eleanor, la señora D’Arcangelo y yo mismo vamos a tener que ausentarnos porque tenemos un compromiso.

—Eso es una pena —me corresponde—. Me hubiese gustado tomarme un café contigo.

—El placer hubiese sido mutuo, señor Van den Heever —le contesto y sé que sabe que estoy siendo sarcástico—. En otra ocasión será.

Y entonces Benedetta se pone a mi lado de nuevo y Alice le dice cosas, aunque ella no se ha acercado para saludar a mi niña.

—Elise —llamo.

—Señor Luzio —me corresponde ella apareciendo de la nada como siempre.

—Por favor, acompaña a los niños a la cocina. La señora D’Arcangelo esta mañana ha horneado un bizcocho para todos y quizás les apetece un trozo.

—Mierda —protesta mi hermana.

—Ahora empieza lo bueno —dice Tyler y le escucho perfectamente.

Intento ignorar a estos dos y entonces miro a Benedetta. Ella me sonríe un poco y después se aleja de aquí. Odio que él baje su mirada hacia mis pantalones, y lo hace mirando mis manos.

—Remington —le llama Eleanor.

Sé que ella se divierte con esto, y de todas las aves carroñeras que están con ella se lo merece más que nadie porque es una sombra de sí misma con un marido que ya no es su marido. Pero su mirada da miedo por otra cosa.

—Grayson, Benedetta y yo nos vamos a visitar Sky —le explica—. Sé que te interesa mucho el proyecto. ¿Quieres venir con....?

—No —interrumpo.

Y entonces Remington van den Heever me mira de nuevo, y con la sonrisa de los hoyuelos.

—Quítatelo de la cabeza —le ordeno y miro a mi supuesta mejor amiga—. Muchas gracias, E —le agradezco y le miro a él de nuevo—. No vas a venir con nosotros.

—Siempre me dices que debo cumplir las órdenes de la señora Zuccarelli —me replica.

—Ha sido una invitación porque es educada. Pero tú no vas a venir con nosotros.

—Estoy muy interesado en el proyecto Sky.

—Me da igual lo que te interese —le contesto—. No vas a venir con nosotros. De hecho, vas a salir por esa puerta y vas a irte.

—Siempre me recuerdas que tú no puedes decidir eso solo o ya lo hubieses hecho —me dice sin dejar de sonreír—. Y tengo que acompañar a Moretti.

—Moretti no debería estar aquí tampoco. Y ya es suficiente desgracia para mi día tener que aguantarle, pero que encima venga contigo es insostenible. Oh, y ponte una camiseta, ¿quieres?

— ¿Por qué? Si no es la primera vez que no puedes dejar de mirar mis tatuajes. Como tu ahijada.

—Aléjate de Alice —le ordeno.

—Finalmente, Grayson —protesta mi hermana en susurros.

—Y ponte una camiseta porque esta no es tu casa y mi ahijada no necesita que te pasees como un macho alfa que quiere presumir de tinta. Lo patético es que tú uses tus tatuajes para ganarte a un grupo de niños. Ya que insistes en ir en esta ropa...

— ¿De nuevo criticándome por mi ropa? —me interrumpe—. Original, señor Luzio, original.

—No te burles de mi familia. Especialmente porque quieres formar parte.

—Si puedo elegir, prefiero Occhionero que me parece más original. Y tú te has burlado, de nuevo, de mis tatuajes. Te dije que eran personales.

—Y si tan personales son, ¿qué necesidad tienes de enseñarlos?

—Tiempo muerto —interrumpe el idiota de Moretti—. En serio, basta —añade y le miro—. Hemos venido porque sé que Zucca está peor. Y antes de que me repitas eso de que tú eres su mejor amigo...

—Que lo soy —insisto y miro al suyo—. También su favorito.

—Qué sorpresa —se burla de vuelta y su sonrisa ahora es una mueca sin hoyuelos—. Nunca me lo habías dicho.

—También estoy aquí por vosotros, tú incluido —interrumpe de nuevo el idiota de Moretti y se pone delante de mí—. Aunque la mitad de las veces no te lo merezcas.

—Gracias por la visita, pero como he dicho, tenemos que irnos —le agradezco con sarcasmo.

— ¿Tenéis tiempo para un café? Hemos traído unas pastas también.

— ¿Por qué demonios crees que me bebería tu café? —le pregunto cansado de sus estúpidos comentarios—. Me traen el mío desde Italia. ¿Dónde lo has comprado tú? ¿En *Starbucks*?

—Tío, que no le han echado veneno —se queja y se aleja por fin.

Entonces el otro idiota no solo sonríe, empieza a reírse.

— ¿Qué te parece tan gracioso ahora? —le pregunto—. Si intentas defender a *Starbucks* solo

vas a darme más motivos, por cierto. Aunque no me sorprendería tanto.

— ¿Importas tu café desde Italia? —me corresponde.

—Me gusta rodearme de lo mejor —le explico—. Por eso no sé qué hacéis tú y tu amigo cada día en esta casa.

—Admito que con esto le doy la razón —interviene Brayden entonces—. Lo malo de sus excentricidades es que él tiene buen gusto para elegir las.

Sorprendentemente, Brayden me ayuda para pensar en algo rápido. Pero sé que me bloqueo cuando él cruza sus brazos. Dios mío, ¿por qué no puedo dejar de mirar su tinta? Y él lo nota, por lo que sonrío todavía más cuando le miro a sus ojos. Es que no puedo ni concentrarme en sus ojos. Me falta el aire.

— ¿Vas a decir alguna de tus réplicas elocuentes o solo vas a reírte como un idiota? —le pregunto—. Admito que has aguantado, pero tu agilidad mental...

¿Qué hace? ¿Por qué se acerca?

— ¿Qué haces? —le pregunto—. Mantén tu distancia.

—No quieres que diga esto delante de tu familia —me responde.

—Dilo —le pide el idiota de Moretti—. Por Dios, dilo.

—Grayson, escúchale —añade mi hermana—. Por tu bien, escúchale.

Huele bien. ¿A protector solar? No, a desodorante. Es demasiado fuerte, pero es... tiene un minúsculo casete tatuado junto a su clavícula izquierda, con notas musicales. Una corchea, una semicorchea... No puedo respirar.

— ¿Y por qué entraste en esa cafetería si importas tu café desde Italia, Gray? —me susurra junto a mi oído izquierdo.

Mierda. Oh, no. Giro rápidamente mi cabeza y sé que su nariz ha rozado mi mejilla. Lo sé. ¿O me lo he imaginado? No, no, no. No puede ser. No esto. No con todos aquí delante. Y es peor cuando se aleja, porque veo otra vez la sonrisa. No es la sonrisa divertida, la sarcástica, la de las burlas, la de ser feliz a todas horas... es sexy. Es muy sexy. Y está medio desnudo delante de mí. Delante de mi familita también. Pero me cuesta respirar.

Y entonces lo veo. En su caja torácica. Encima de una de sus costillas verdaderas. Es... es una áncora.

— ¿Y bien? —pregunta.

Me da igual si ve perfectamente que no puedo dejar de mirar su cuerpo. ¿Cómo no me había dado cuenta antes? Si no hago otra cosa y no es ni la primera vez que le veo sin camiseta.

—G, ¿nos vamos? —me pregunta Eleanor.

—Eleanor —protesta Madison.

Doy un paso atrás, pero Eleanor está acercándose. Veo verde, verde agua, y es Benedetta acercándose también.

—Elise.

Ambas dejan de caminar, pero la eficiente Elise White viene nuevamente hacia aquí.

—Los niños están con Rose —anuncia ella—. Señor Luzio.

—Por favor, Elise, prepara todo lo necesario para que el señor Van den Heever reciba su entrada formal a las familias —le pido mirando fijamente esa minúscula áncora.

Después alejo mi mirada para fijarme en otra cosa, la que sea.

—Dado que su residencia fija es en California, formará parte de los Patricelli y necesitará la aprobación final de Tyler —añado para Elise y le miro.

—Espera, ¿qué...?

—Envíaselo en cuanto lo tengas —interrumpo sin mirarle de nuevo y Elise asiente con su

cabeza—. Puedes hacerlo desde aquí, no hace falta que vengas con nosotros.

—Grayson, p...

—¿Cruz tiene listo el coche? —le pregunto.

—Sí, señor Luzio —me confirma—. Está preparado para irse en cuanto ustedes lo quieran.

—¿Puedes detenerte...?

—¿Puedes dar las gracias y callarte?

Esta vez, cuando me giro para mirarle, ni siquiera veo la tinta. Me cuesta concentrarme en sus ojos incluso.

—¿Eso vas a hacer? —me pregunta—. ¿Qué se supone que tengo que firmar siquiera? ¿Hay que firmar algo para formar parte de la mafia italiana?

—Que lo definas así solo me confirma que no tienes ni idea de la decisión que quieres tomar —le replico.

—Y tú una vez más no quieres aceptar las cosas.

—No tengo que aceptar nada —me defiendo—. Ya tienes lo que querías. Ni siquiera necesitabas una votación final. Son mayoría incluso sin Easton, Zucca o yo. Y están todos encantados contigo porque quizás Moretti sí ha hecho algo bien y es hablarte de nosotros.

—No le metas en esto —me ordena.

—Grayson, tío, no... —interviene Moretti.

—Me ha hablado de vosotros porque os considera su familia —le interrumpe él—. El tío ha perdido a su familia entera, tiene una hermana que vive lejos y de la otra no sabe nada. Sé lo que es perder a mi familia también...

—No vas a conseguir tu reemplazo con nosotros.

—G —me llama Eleanor.

Me da igual. Sé que con eso voy a estropearlo para siempre, pero tengo que hacerlo.

—Eres astuto, es el único motivo por el cual me divertiría con esto —le explico—. Pero ten cuidado, porque formas parte de las familias, pero jamás vas a estar en la nuestra y me da igual lo mucho que lo intentes.

—Por si no te has dado cuenta todavía, esto no se trata de entrar o no entrar.

—Es lo que debería importarte —le recuerdo—. Porque es lo único que buscabas y es lo único que vas a tener.

—No me digas qué cojones quiero.

—Querías ganarte a Tyler. Es el tío más bonachón que conozco, así que lo tuviste fácil —le explico—. Bray es más retorcido, por eso se encarga de nuestra seguridad.

—Oye, Grayson... —interviene el aludido.

—Pero tampoco necesitas ser su mejor amigo para pasar un buen rato hablando de cualquier deporte —sigo—. Letta es muy inteligente, pero ahora mismo está muy ocupada, y sabías que votará lo que voten el resto. Mi hermana es difícil.

—Grayson, cállate —me ordena la aludida.

—Es difícil, pero tú eres como su versión en tío, ¿sabes? —susurro—. Nunca nadie ha comprendido cómo podemos ser mellizos. ¿Qué tenemos en común además de que los dos sabemos que Tyler es lo mejor de su vida? —defiendo—. Easton no está, pero lo hubieses tenido fácil. Ya le caes bien y ni te conoce. Además, te daría el voto de Eleanor. Y Eleanor te dio el suyo desde el primer día. No solo porque empatiza con tu pérdida, sino porque ha vivido esto, y tiene el corazón más grande que vas a ver en tu vida.

—G, para —me pide Eleanor.

—Encima mi niña te adora —añado y resoplo—. Ella y todos los niños. Porque los niños te

adoran. ¿A quién le cae mal alguien que los niños adoran? De la señora D'Arcangelo no voy a hablar porque no chismorrea. Tiene más clase que eso. Y bueno, ¿Zucca? Zucca no está. Pero si todos te adoran, ni yo puedo detenerle. Así que enhorabuena, y bienvenido a las familias.

—Si esto es lo que quieres —me dice—. Pero es una pena, porque todos te adoran y quería tu aprobación honesta.

—No —rechazo—. Querías impresionarme. Enhorabuena, has durado más de lo que pensaba y eres más astuto de lo que me imaginé —le felicito—. Te avisaron y te dijeron que yo era complicado, y al final has conseguido lo que querías: me rindo.

—Tú eliges esto.

—Y tú sigues replicando cuando sabes que yo ahora tengo razón y tú ya tienes lo que quieres —le recuerdo—. Por lo que, a partir de ahora, deja de intentarlo.

Y me doy la vuelta porque tengo que salir de aquí. Rápido, muy rápido. Antes de que él replique...

— ¡No necesitaba tu voto para nada, Grayson! ¡Solo me divertía y tú has hecho exactamente lo mismo!

Me detengo junto a la puerta y entonces cojo aire. Es difícil, porque sé que esto tiene que ser una última vez.

— ¡Es señor Luzio! —le grito.

Y el portazo me hace sentir miserable, pero cierro esta puerta y no solo de forma literal.

capítulo 17

Buena suerte con los Luzio

Remington

¿Qué cojones acaba de ocurrir?

Están hablando, quizás otra de sus apuestas, pero solo miro esa puerta cerrada. Elise White está allí mismo, y cuando le miro, una vez más, la mujer parece un jodido robot. Le abre la puerta a Benedetta, Benedetta D'Arcangelo, y las dos se van hacia allí. Hacia Grayson.

—Rem —me llama Moretti.

Cuando me giro, lo primero que noto es que Eleanor está mirándome. Fijamente. Y bajo mi mirada para revisar mi cuerpo. ¿Qué demonios...?

— ¿Qué cojones ha sido eso? —le pregunto a Moretti cuando se pone a mi lado.

—Te avisé que haría esto.

— ¡Tú has dicho lo de la mierda del café!

—Eh, cálmate —me pide—. Solo te ayudaba. Sois los únicos que parece que no os dais cuenta, pero es bastante evidente que buscáis cualquier motivo para pelearos y tener algún tipo de contacto. Porque él no quiere darte una segunda oportunidad, y tú estás forzando esto porque sabes que disfruta como tú.

La mirada de Eleanor Zuccarelli me intimida. Tiene la mirada como perdida, pero en mi cuerpo. En serio, ¿qué cojones ocurre?

—No te preocupes.

¿Cuándo ha llegado Madison aquí? Y Brayden, Tyler también se acerca...

—Te lo juro, Rem, le gustas. Y no hemos ayudado mucho, pero no haría esto si no estuviese segura —defiende Madison Luzio.

—Y si no le gustases —añade Tyler—. A los dos. Buena suerte con los Luzio. Son cabezotas.

Su novia le golpea suavemente por esto. Bueno, no son novios. ¿Qué importa eso? Eleanor Zuccarelli sigue mirándome fijamente y es otra cosa que no entiendo.

—Tengo que irme —anuncia de repente y mira a Madison—. Alice...

—Encárgate de mi hermano —le dice ella.

Se va de aquí con prisas, sin portazo en su caso, y no entiendo nada.

—Tranquilo —me dice Madison Luzio y se pone delante de mí—. Eh.

Ahora bajo mis manos porque ella pone las suyas en mis codos y me sacude brevemente.

—No tiene puto sentido que tu hermano estuviese en esa cafetería —le digo y sonrío—. ¿Qué demonios...?

Y ahora es otra mujer que en menos de dos minutos deja de mirarme a los ojos para mirar a mis... ¿a mis abdominales?

—Mierda —maldice.

— ¡¿QUÉ?! —grito y ya me da igual si esta gente me ve desesperado por un tío que me desprecia constantemente y que es el rey de las señales mixtas.

—Tienes un ánora tatuada —susurra.

—Sí, por mi padre. Seguro que en cualquier de vuestros informes ya sale el tatuador, pero es...

—Joder —protesta Moretti entonces.

—Mi hermano tiene una también —me explica Madison.

¿Grayson Luzio tiene un tatuaje?! Definitivamente esto es lo que más me ha sorprendido de él, y solo de pensarlo ya es surrealista.

—Moretti imagino que a estas alturas ya te ha hablado de Sébastien Le Brun.

Sí.

—Mi hermano tiene un tatuaje de un áncora por él —añade—. Te ha alejado por esto.

—¿Por...?

—Eran críos —me susurra—. Pero todos le debemos mucho a ese niño. Y fue su primer, y único, amor. Hace poco que sabemos que no murió porque Joe pilló a Grayson en su primer beso. Que no era solo porque era un homófobo de mierda. Pero mi hermano se ha culpado de su muerte durante años, por besarle. No solo le da pánico todo lo que siente por ti, también le da pánico que te usen para hacerle daño a él.

—Pero si...

—Se van —dice Tyler entonces.

Y una mierda. Recojo mi camiseta del suelo, y solo porque está de camino, antes de correr hacia la puerta. Cuando salgo al porche lleno de arcos ya escucho los coches. Una vez más, Grayson Luzio va con su carroza y los coches de seguridad. Pero hoy no usa el *Phantom* para huir, sino que van en las grandes y brillantes *Chevrolet*. Sé que está en la segunda.

—¿GRAYSON! —le grito.

Pero los tres coches aceleran por el camino de la casa y me quedo descalzo en la gravilla incómoda de pisar cuando vas descalzo. Sé perfectamente que me han seguido, y además hay otra persona que me observa atentamente. Elise White no se ha ido, está aquí.

—Toma y sígueme.

Me giro a tiempo para que Madison Luzio empuje con fuerza contra mi estómago. Entonces veo que son mis zapatillas, mi gorra y mis gafas de sol.

—Madison... —le llama Tyler siguiéndola.

—¿Van den Heever! —me grita la morena.

No me pongo las zapatillas, la sigo porque eso parece prioritario. ¿A dónde me lleva? Espera, es el enorme garaje que tienen. Oh, el *Phantom*. *No es el momento, no es el jodido momento*.

—¿Por qué no has traído tu *Mustang*, Moretti?! —grita ella.

—¿Porque no tenía tiempo de ir a mi casa a por el coche! —grita Moretti también por aquí—. ¡Me has dicho que se iban a Sky y que viniese aquí con Rem para antes de ayer!

¿Espera, qué?

—De hecho, me debes dos cientos por haberlo conseguido en menos de media hora —le dice a la morena y ella le pega fuerte mientras Tyler Patricelli se ríe de esto.

—Tranquilo, tío —me dice Brayden Occhionero entonces.

Y me da un móvil. Esta gente está loca. Pero todos ellos.

—Tienes la dirección de Sky Los Angeles —me explica—. Písale al acelerador porque algo me dice que Grayson le pedirá a Cruz que se acuerde de su pasado como *Red Shadow*, y el tío sabe conducir un coche igual que una moto.

—Tienen que ir por el jodido desierto —explica Madison Luzio—. Vas a ir con este.

Y entonces quita la lona de uno de sus coches y lo veo: un *Impala* del 69 en rojo cereza.

—Este no es una buena idea —le dice Tyler—. No corre tanto como el nuevo *Ferrari* de Letta.

—¿Tu hermana tiene un nuevo *Ferrari*? —le pregunta ella.

—Se lo regalaron las momias Patricelli.

Me falta el aire. Y lo repito, esta gente está loca de verdad.

—No, es negro. Necesito algo más vistoso —defiende Madison cuando vemos la preciosidad del fondo del garaje—. ¿Quién se compra un *Ferrari* y no es en rojo?

En eso tengo que darle la razón. Por fin algo de lo que dicen tiene sentido.

—Toma —me dice a mí y me da las llaves de un coche—. Vas con este, que además de descapotable no es precisamente discreto —añade—. Persigues a los coches. Te pones junto al de mi hermano. Cruz colaborará, porque le caes bien.

Y sé cómo me mira, pero ese es otro tema. Oh Dios mío. ¡¿Qué?!

—Van a tener que detenerse —sigue Madison Luzio.

—No va a detenerse —le susurro.

—Va a hacerlo, voy a llamarle. Déjame esa parte a mí —me explica—. Cuando detengan el coche, te acercas a mi hermano. Lo has visto antes, no puede ni respirar cuando estás cerca. Por lo que tiras de su brazo, le metes en el *Impala* a rastras si hace falta, te lo llevas lejos, tenéis la maldita cita de una vez, y después depende de vosotros si os matáis a hostias o voy a tener que aguantar por el resto de mis días lo maravilloso que es Remington van den Heever y la boda que va a durar una maldita semana.

Oh Dios.

—¿Ha quedado claro?

—No tienes que hacerlo —me dice Tyler acercándose—. En serio, Rem. Tienes motivos suficientes para...

—No —le ordena su novia y él se detiene en seco—. Grayson está insoportable.

—Y lo paga con él —añade Moretti.

—Y ya no es ni por Zucca, ni porque Eleanor es un fantasma, ni por la nonna, ni por Easton, ni por toda la mierda que...

—Eh —susurra Tyler.

—Me está afectando a mí, ¿vale? —le dice ella—. Esto no ha ocurrido antes.

—Lo sé —le dice el rubio.

—Estoy harta de que se preocupe antes por la felicidad del resto que de la suya —sigue la morena y me mira—. Y le gustas, le gustas muchísimo. Pero es un idiota cuando lo quiere y lo será más para alejarte. Créeme, hará lo que sea para alejarte. Yo he hecho muchísimo para alejarle a él —añade y señala a Tyler sin mirarle—. Pero es lo mejor de mi vida, y le tengo porque mi hermano ha hecho cosas como esta.

—Tú también eres lo mejor de mi vida, Mads —le dice el rubio y ella le mira mal.

—Madison Luzio, romántica —se burla Moretti y entonces se ríe—. Te dije que le gustabas, o ella no estaría así —añade para mí.

—Esto tengo que contárselo a tu hermano —susurra Brayden y Madison Luzio saca un cuchillo de...

¿De dónde cojones ha sacado ese cuchillo?

—Te lo dije —añade Moretti riéndose.

Y deja de reírse cuando Madison Luzio le apunta con su jodida navaja.

—Toma —me dice y doy un paso hacia atrás cuando ahora me apunta a mí con ella—. Te quiero como cuñado, Van den Heever, no empieces a ser un idiota ahora —añade y sonríe.

—Como he dicho, buena suerte con los Luzio —me desea Tyler.

—A por él —me anima Moretti y Brayden Occhionero asiente con su cabeza.

Cojo la navaja de Madison Luzio, pero dejo de respirar cuando ella da un paso hacia mí.

—Te la regalo —añade con una sonrisa suave—. Porque la vas a necesitar con mi hermano. El coche, no. El coche lo quiero de vuelta.

—De acuerdo —susurro.

Joder, sí que es intimidante de verdad. Pero después se aleja y sonrío antes de ponerse junto a Tyler. Bueno, vamos a ello. Puedo hacer esto. Quiero hacer esto, además. Sí, sí quiero. Quiero estar a solas con Grayson Luzio y quiero que deje de ser un idiota. Que hable conmigo. Que me lo cuente todo. E ir a por él con una maravilla de *Impala* me parece un jodido regalo.

—Oye, van den Heever —me llama su hermana cuando ya tengo la puerta del coche abierta—. Como le hagas daño a mi hermano, voy a enseñarte mi colección completa de cuchillos, y me fascina la medicina forense.

Joder. Tyler Patricelli le mira como si fuese lo mejor de su vida, como ha dicho, pero Madison Luzio da auténtico miedo.

—Finalmente le acojonas un poco, Luzio —le dice Moretti.

Oh, joder. Bueno. Puedo hacerlo. Y en un *Impala*. Puedo hacerlo. El ronroneo de coche me calma. Alejarme de la mansión de Malibu también. Estar solo para procesar lo que está ocurriendo también. Y todavía no lo entiendo muy bien, pero sí sé algo: le piso al acelerador y me voy a buscar a Grayson Luzio para que venga conmigo. Voy a tirar de su corbata si hace falta.

El móvil que me ha dado Brayden Occhionero me guía por la I-5, y después salgo y me meto en una carretera secundaria tras otra. Finalmente, veo la comitiva de brillantes *Chevys* y sé que son ellos. Bueno, vamos a allá. Me acerco al coche trasero, y sé que no debería dejarme que le adelante para ponerme detrás del coche donde van ellos. Los cristales tintados no me dejan ver nada, pero sé que ellos sí pueden verme. Por eso me pongo en el carril lento y saludo con mi mano cuando mantengo mi velocidad junto a la suya. Ojalá pudiese ver su cara, de verdad. Y además, la carretera me ayuda. Estamos en el jodido desierto. Y Cruz parece que me ayuda, porque sé que esas *Chevys* corren más que el *Impala*, aunque tampoco pueden desvanecerse.

Me pongo detrás cuando tengo que hacerlo y después sigo a ese coche durante millas y millas por el interior de California. Me lo dijo Moretti, Sky Los Angeles lleva el nombre de la ciudad, pero está lejos de la ciudad. Estamos cruzando la 58 cuando dejo de mirar el coche que sigo porque el reflejo en la cima de una de estas colinas de roca y arena me molesta.

Y entonces escucho el ruido. Piso el freno cuando la Chevy se gira hacia mí, pero me golpea y el coche gira. Me voy a meter una hostia contra la cuneta, y lo peor de todo es que veo la enorme roca a la que me dirijo. Tirar del freno de mano duele porque sé que voy a conseguir, pero mi vida es más importante, y el *Impala* se dobla como un maldito acordeón.

El ruido metálico es lo que escucho todo el rato. Con cuidado, extendiendo mis brazos y me alegra saber que no me he jodido los hombros. Tengo sangre en la cabeza, pero solo una pequeña brecha por el retrovisor de hierro como el resto del coche. He perdido mi gorra y mis gafas de sol, por lo que la luz molesta muchísimo. Siento mis pies, y mis rodillas, pero salir del coche será complicado. Y tengo que salir porque huelo el combustible.

Adiós al *Impala*. Es una bola de metal de color cereza, y dudo que pueda devolverle el coche a Madison Luzio. Ni aunque no le cobre las horas voy a poder arreglar esta maravilla de coche.

— ¡Eh!

Me giro cuando escucho el grito, pero no entiendo quién me grita. Una de las *Chevrolet* negras está ardiendo. Mierda, esas también son unas buenas Chevys. Hay dos personas frente a ella, y una mujer en vaqueros oscuros y polo negro camina hacia mí. Madre mía, con los uniformes de la mafia italiana...

—Eh, ¿estás bien?

—El coche peor. ¿Quién...?

Me giro cuando escucho el chirriante ruido y entonces lo veo. Hay dos tíos enormes que intentan abrir la puerta del pasajero de otra de las Chevy. Y corro hacia allí cuando veo lo que quiere hacer.

—Eh, ¿qué cojones haces?

—Aparta —le digo a uno de los tíos que intentan abrir la puerta.

—Van den Heever, no es el momento.

—Aparta —insisto y la montaña de tío no se mueve—. Que no abras la puerta, joder —añado—. Quieto —le ordeno a Grayson—. Lo digo en serio, Grayson, quieto.

—No me llames...

—Quieto —le ordeno de nuevo—. No te quites el cinturón.

Oh, mierda. El *Impala* está para el desguace, pero este está peor incluso. Encima yo he esquivado la roca, de alguna manera, pero ellos no. El coche está del revés y su lado izquierdo ha impactado contra la pared de roca. Benedetta D'Arcangelo está en la parte trasera, completamente inmóvil y con los ojos cerrados. Eleanor Zuccarelli no tengo ni idea de dónde está. Y Cruz definitivamente es quien ha recibido la peor parte.

—Aguanta, tío —le digo.

—¿Quieres dejar que trabajen? —me ordena Grayson.

—Cállate —le replico—. Deja de intentar quitarte el cinturón. Está atascado.

—¡Ya lo sé! —me grita.

—Señor Van den Heever —me llama uno de estos inútiles que no hace nada—. Deje que nosotros nos encarguemos del señor Luzio...

—Aléjate del señor Luzio —le ordeno.

—Está bien, Booker —le dice él—. Es la adrenalina —añade—. Remington.

—Finalmente —susurro y busco en el bolsillo de mis pantalones.

Mierda, no tengo bolsillos. La navaja no está aquí. Estaba en el *Impala*...

—¿Cuchillo? —pregunto.

—Bolsillo derecho —me responde quien menos le esperaba—. El de la chaqueta, idiota.

—¿Vas con una navaja en un traje hecho a medida? —me burlo mientras la saco con cuidado—. ¿Qué os pasa a los Luzio con los cuchillos?

—Mi hermana un día de estos va a clavarte uno —susurra—. ¿Qué haces?

—Cortar tu cinturón. Está atascado, si intentas quitártelo, lo único que haces es mover el coche. Y no te conviene mover el coche ahora cuando está bocabajo y contra una roca —le explico.

—Ese curso de primeros auxilios en seguridad vial —susurra.

—Sí —le confirmo—. Tendrían que darte un reconocimiento especial en el estudio de mi vida gracias a esos informes que tienes —le digo mientras corto con cuidado el cinturón.

—Señor Van den Heever...

—¿Por qué no haces algo más útil que decir mi apellido? —le pregunto al gigante—. Y aleja esa radial.

¿Viajan con radiales? Madre mía.

—No puedes cortar la puerta —le digo mientras sigo cortando lo que sí puedo cortar—. Si le quitas peso al coche va a perder balance. Tiene que salir por aquí.

—¿Ves a Eleanor? —me pregunta Grayson entonces.

—Está detrás de usted, señor —le responde Booker—. Parece haber perdido el conocimiento.

—Entonces busca algo para que podamos cubrirla y así rompemos su ventanilla.

—No vas a poder —me susurra Grayson—. Están reforzadas.

—Pero tú... —le digo y entonces le miro.

No hay ni un solo cristal. Cuando le miro, hace una mueca cuando encoge sus hombros.

—Quieto —le ordeno.

—Estoy bien, solo atascado —me responde.

—Bueno, sacaremos a Eleanor por aquí en cuanto te saque a ti primero —le explico—. Tienes que afilar esta navaja, Gray.

—Deja de llamarme así —susurra.

—No corta una mierda.

—Señor Van den Heever, si me permite...

—Booker, en serio —protesto girándome.

Joder, no solo van con radiales, tienen destrales en sus coches también. Me muevo hacia un lado y él se carga el jodido sistema del cinturón para liberar a Grayson. También es él quien le saca del coche.

Solo Grayson Luzio podría verse perfecto, en uno de sus trajes de tres piezas, en medio de un accidente de coche.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—Sí. El coche de tu hermana está jodido.

—Olvídate del coche. Quédate cerca de este mientras organizo esto.

—¿Tú organizas esto?

—Señor Luzio —le llama Booker como si fuese su jodida sombra.

—¿Quién ha sido? —le pregunta él y se da la vuelta—. Cruz, respira. Vamos ahora a por ti.

—No lo sabemos, señor, pero han encontrado...

Y entonces escucho los disparos. También me quemo las rodillas contra el alquitrán del asfalto cuando me empujan al suelo. Y es Grayson Luzio quien agarra firmemente mi camiseta. No es el jodido momento, pero veo las delgadas cicatrices blancas en sus elegantes dedos. No es el jodido momento, pero él las esconde como hace siempre.

—Quédate cerca del coche —repite.

—¿Esto ha sido provocado? —le pregunto en un susurro mientras escucho nuevamente los tiroteos.

—Bienvenido a las familias, sabelotodo —me dice y me gusta que esa mueca le haga daño.

—¿Qué hago, líder de los Luzio? —me burlo de vuelta.

—Quédate cerca del coche —pide.

Cuando los disparos se detienen, y él se incorpora, le imito y ahora yo tiro de su codo suavemente.

—Tengo que hacer los malditos ejercicios de Tyler —susurra y se deshace de mi agarre con rabia—. ¿E? —añade.

Me acerco al cristal tintado todo lo que puedo, pero no veo una mierda.

—Aparta, voy a meterme —le digo.

—Quieto.

—Tienes que sacarles de aquí —le recuerdo—. Sé cómo hacerlo.

—Y los equipos también.

—¿Los mismos que iban a desmontar una puerta descompensando por completo el peso del coche que está del revés?

—¿En serio ni ahora puedes cumplir una orden?

— ¿En serio ni ahora puedes darme la razón?
— ¿E? —llama de nuevo.
— ¿Cruz? —escucho a Eleanor Zuccarelli.
— Slay... —dice Cruz.
— ¿Cruz? Eh, mírame —le llamo.
— E —añade Grayson para Eleanor—. E, no te muevas, por favor, no te muevas.
— ¿G? —le llama ella—. ¿Dónde estás? No te veo.
— Hemos tenido una accidente. El coche está del revés, no te muevas.
— Benedetta.
— La ayuda está de camino. Por favor, no te muevas.
— Benedetta.
— Déjame entrar —le pido a Grayson—. Está moviéndose y joderá el balance del coche.
— ¿Y tú cuando entres qué se supone que harás? —replica—. Lo mismo. No eres una pluma de pájaro que no pesa casi nada.
— Benedetta —llama Eleanor—. Benedetta.
— E, no tires de ella —le pide Grayson—. Gira tu cabeza —añade—. A tu otro lado. Poco a poco.

Si Grayson no me deja hacer nada, tengo que ser útil de otra manera. Cuando me giro, Booker todavía está por aquí sin hacer absolutamente nada. En serio, qué gente más incompetente. Es como esos dos que están frente al otro coche, el que está quemándose además. Y el de atrás también está del revés, pero cuando me acerco parece que todo el mundo ha podido salir con vida de él.

— Ey —me saluda un chico.
¿De qué le conozco?
— El mecánico —añade con una sonrisa—. ¿Estás bien?
Ah, es verdad, arreglé lo del intermitente del *Range Rover* y él estaba conmigo en el coche.
— Sí. ¿Qué cojones ocurre? ¿Quién dispara?
— Ellos lo hacían —me explica y señala en la cuneta.
Hay tres tíos muertos. Allí. Y están como han caído en cuanto les han metido un tiro en la frente. Bueno... bueno... como mínimo esta gente es competente en algo porque les han dado.
¿De dónde ha salido...?
— Tranquilo, la ayuda ya viene —me dice.
— ¿Por qué no les sacamos del otro? —le pregunto y señalo atrás.
— En cuanto el señor Luzio nos dé permiso, dado que la señora Zuccarelli parece estar inconsciente.

Esto es una jodida locura.
— Además, hay que desmontar esas puertas, pero voy a joder el balanceo del coche, y temo que vengan más como estos a por nosotros —explica y señala la cuneta.
Bueno, eso tiene algo de sentido. Pero todavía creo que podrían hacer más. Y si necesitan el jodido permiso del señor Luzio... Me acerco al coche, pero entonces veo algo brillante en el asfalto. Está frente al *Impala* y sé qué es. Soy un jodido hombre desarmado en medio del desierto en un accidente viario provocado por a saber quién y estoy con la mafia italiana. La navaja de Madison Luzio me puede ir muy bien.

Pero me caigo en medio del asfalto cuando el suelo literalmente se sacude.
El jodido tercer coche acaba de estallar. Hay que sacarles ya del segundo. Ya. Me dan igual las malditas órdenes del señor Luzio. Pero entonces le veo y está tosiendo.

— ¡Grayson! —le grito acercándome a él.

— ¡¿Dónde demonios estabas?! —me grita cuando estoy con él, y lo tiene complicado con tanta tos—. ¡¿No te he dicho que no te alejases del coche?!

— ¡El tercer coche está en llamas! —me defiendo—. Hay que sacarles de aquí ya.

Y es entonces cuando se da cuenta, porque además el resto de inútiles también se acercan, *finalmente*, a ayudar.

— ¿Estás bien? —me pregunta.

—Sí. Pero diles que les saquen de aquí. Están esperando tu orden...

— ¿Estás bien?

— Que sí, pero diles que saquen...

— ¡¿Estás bien o no estás bien?!

—Te he dicho que sí. Mírame —le pido y empujo su mentón.

—Déjame.

—Que me mires, Gray —le ordeno—. No te muevas, joder, que tienes un cristal cerca de tu ojo.

—Deja eso. Hay que...

Y la segunda explosión de combustión llega ahora, pero esta vez yo tiro de él para protegernos contra el coche.

—Escóndete, por lo que más quieras en el mundo. Escóndete —me ordena.

—G —llama Eleanor.

—No te muevas, E. Tranquila —le dice.

—Benedetta —dice Eleanor—. Benedetta no se mueve, G.

—Lo sé, tranquila.

— ¿Qué cojones estamos haciendo? —le pregunto—. Esto es una redada y además de las buenas. Hay colinas a cada lado y sé que he visto algo en la cima de una de ellas. Es una jodida trinchera.

—Escondernos. Estamos en medio de la nada, pero no estamos solos.

Y entonces me giro porque él mira detrás de mí.

—Es la jodida ambulancia —le digo mientras veo el luminoso vehículo acercándose a toda hostia.

—No es la ambulancia. Son los refuerzos.

Escucho la sirena entonces. Espera, ¿la ambulancia trae nuestros refuerzos o los suyos?

—Muévete —le digo.

— ¿Qué haces? No te alejes del jodido coche.

— ¿G? —llama Eleanor—. Benedetta no se mueve. Tiene sus ojos cerrados.

—Tranquila, E. Estoy aquí —le dice mientras de nuevo le ayudo a incorporarse del suelo.

— ¿De qué rueda me encargo, señor Luzio? —pregunta una mujer acercándose a nosotros.

—Derecha —le responde él y recibe una jodida pistola.

Tira de mi brazo para que ahora me agache otra vez y entonces dispara. Grayson Luzio le dispara a la jodida ambulancia.

—Bien —susurra cuando le da a la rueda.

Joder, tiene buena puntería.

—Déjame una —le pido.

—Cállate y no te muevas.

—Déjame una. Sé cómo disparar.

—Lo que no sabes es callarte y necesito concentrarme para tener una mínima oportunidad de

salir vivos de aquí —me explica.

Me levanto incorporo sin tocar el coche y entonces me pongo a su lado.

— ¿Qué estás haciendo? Agáchate. Solo el coche es a prueba de balas, no tú.

Eleanor está en la consola central, y su hombro derecho no tiene buen aspecto, la verdad.

—Hola, Eleanor —le saludo.

—Reming...

—Tranquila —le digo con calma—. Cruz, te pillo esta. Aguanta, tío.

Con mucho cuidado, porque además de escuchar los disparos el coche está del revés y hay tres pasajeros severamente heridos, intento llegar hasta Cruz como puedo porque veo su arma.

—Slay... —susurra.

—Aguanta, aguanta —le pido.

Escucho el disparo entonces.

— ¡¿Quieres hacer el favor de esconderte?! ¡Te están disparando a ti, idiota! —me grita Grayson.

—El coche está a prueba de balas —le recuerdo poniéndome a su lado—. ¿A quién apunto?

—Intenta no crearme más problemas. Por si no lo has notado, somos minoría y estamos en medio de la nada.

Y entonces dispara y un tío con todo el cráneo tatuado cae junto al pobre *Impala*.

— ¿Quién cojones es este tío? —pregunto.

— ¡¿Crees que lo sé?!

Entrecierro mis ojos cuando la luz me molesta de nuevo. Y entonces veo el maldito francotirador encima de la colina. Madison Luzio me ha dicho que tirara de la corbata para que su hermano hablase conmigo si hacía falta, pero tiro de su corbata para que se dé la jodida vuelta. Y caigo encima de él.

— ¿Qué haces?

Y cierro mis ojos cuando empiezan los disparos, pero sé que son contra la carrocería del coche, y que no siento este dolor por ellos. No por estos, por lo mínimo.

—Remington —susurra.

—Lo noto, Gray.

—Quítate, te han disparado.

Irónicamente, la rozadura contra el alquitrán molesta muchísimo más ahora mismo. O el ruido de las balas contra el metal.

—No muevas tu brazo —me ordena.

Tira de la manga de mi camiseta y el ruido de la tela rajándose también duele.

—Si has organizado esto para quitarme la camiseta... —susurro.

—Cállate, por favor, cállate —me ordena—. Bueno, no, habla.

— ¿Vas a tener una cita conmigo?

—De todo lo que quieras menos esto —protesta y cierro mis ojos cuando mete sus dedos—. Lo siento, tienes la bala dentro. Voy a intentar sacártela, pero...

Solo sé que grito, y que Grayson Luzio huele fenomenal también en el fin del mundo.

capítulo 18

De nada por salvarte la vida

Grayson

Huele bien. Huele muy bien, de hecho. Como a rosas frescas, y lo entiendo porque cuando abro mis ojos veo las rosas blancas del jarrón de mi mesilla. La mesilla de la casa de Malibu.

—Grayson.

¿Dónde está mi hermana? Giro mi cabeza y entonces veo cómo se levanta de mi sillón. La camiseta roja se mueve mientras ella corre hacia aquí.

—Por favor, dime que llevas algo más que otra de las camisetas de tu novio —le susurro.

—Idiota —susurra con lágrimas en sus ojos—. ¿Estás bien?

— ¿Qué ha pasado?

Bajo mi mirada y entonces veo otra camiseta de Tyler.

— ¿Por qué yo también tengo una camiseta de tu novio? —pregunto.

—Porque necesitabas algo de algodón y solo tienes carísimos pijamas de seda —me susurra—. ¿Estás bien?

— ¿Qué ha pasado?

Se sienta a mi lado entonces y coge una de mis manos entre las suyas. Tengo sangre entre mis uñas. Y mi hermana sonríe cuando sabe que acabo de recordarlo todo.

—Ladrón de neuronas —me susurra y limpia sus lágrimas con una mano—. No me regañes por no tener un pañuelo bordado de los tuyos.

—Es que deberías —susurro—. Habla —añado.

—Los Slayers han secuestrado a Eleanor —me explica—. Cruz lo ha confirmado. Él está jodido por muchas partes, pero sobrevivirá —añade—. Benedetta está bien, aunque tiene un hombro dislocado. Una mujer de los equipos ha muerto, el resto ha sobrevivido. Han matado a tres *Red Shadows* también, y están furiosos por perder hombres por nuestras guerras, pero he hablado con ese asqueroso jefe que tienen, Deon, y les he recordado que pagamos mucho dinero por sus servicios. Y que han fallado porque una banda rival ahora tiene a la señora Zuccarelli.

Oh Dios mío.

— ¿De verdad vas a ser así de rastrero como para no preguntarme ni por él? —añade y sonríe.

—Sé que está bien porque tú pareces estar muy feliz incluso con todo este desastre.

—Ha salvado tu vida —defiende y sonríe más—. El tío me cae todavía mejor.

Me acuerdo de eso. Y cuando bajo mi mirada, sé que la sangre entre mis uñas es la suya.

—Está aquí —añade mi hermana y le miro otra vez—. Le has quitado la bala con tus dedos.

—Me lo enseñaste tú —me defiendo.

—Y le has hecho un torniquete con tu corbata —añade y sonríe porque también me lo enseñó ella—. Tiene unas cuantas raspaduras por el asfalto, un corte en la cabeza, pero está de una pieza. De hecho, está abajo jugando con Alice.

Alice.

—Tu niña está fantástica —dice y resopla—. Pero casi mejor, porque ni puta idea de dónde está su madre.

— ¿Zucca?

Niega con su cabeza.

— ¿No ha salido de ese sitio ni siquiera ahora? —protesto y me quito la sábana de encima.

—No hemos ido —me explica y se incorpora enseguida para ayudarme—. Bray ha estado con los equipos, Tyler con tu novio...

—No es el momento para esto —le interrumpo.

—Lo siento —susurra—. Yo he estado con Benedetta. Por cierto, tú no tienes nada.

—Me siento como si me hubiese atropellado un jodido tren.

—Solo te has echado una siesta —me dice y se ríe.

—Qué desastre —susurro mirando la camiseta de su novio que me ha puesto—. Parecemos gemelas.

—Somos mellizos, idiota —me recuerda riéndose—. Elise está controlando a las familias, y Letta lo supervisa en la sombra. Solo nos faltaría que la Orden de los Patricelli supiese que finalmente una Patricelli está al mando de todo.

—No han sido ellos —repito y niega con su cabeza—. ¿Por qué no habéis avisado a Zucca ya?

—Porque ni siquiera siendo él habría podido hacer algo.

—Y porque tenéis miedo que ni ahora reaccione.

—Te toca, favorito. Nos vamos en cuanto te pongas otro de tus trajes. ¿Puedes por tu cuenta?

—Dile a Moretti que le esconda bajo las piedras si es necesario.

—No —rechaza—. Moretti está ayudando con Bray. Tú vas a bajar, y no solo para monopolizar a mi ahijada, sino para saludar a Remington, darle las gracias, y dejar de ser un idiota de una vez. Tú que crees en las señales y esas cosas...

—No...

—Creas en ellas a pesar de tu mente racional de sabelotodo —me interrumpe—. Si no ves que esto es tu señal para dejar de ser un idiota...

—Mi mejor amiga está vete a saber dónde —le recuerdo.

—Tu mejor amiga estará feliz cuando sepa que tienes que darle las gracias al tío que te gusta por salvarte la vida —replica—. Ponte un traje y te espero abajo.

—Madison...

—Ya, Grayson. Eres el favorito para lo bueno y para lo malo.

Pega un portazo que rebota en mi mente, y duele. Pero tengo que recuperarme rápido porque no puedo perder tiempo. Oh Dios mío, Zucca. ¿Y dónde estará Eleanor? Oh, de verdad. Me meto en mi vestidor y ni siquiera puedo elegir. La camiseta de Tyler tiene que irse ya, eso seguro. ¿Qué me pongo? ¿Qué me pongo? ¿Qué me pongo? Lo primero que encuentre. Todo me gusta. Puedo combinar lo que sea con mis ojos cerrados y sé que quedará bien.

Y elegí el azul marino como mi color por Sébastien, pero porque él me dijo que me quedaba bien.

¿Por qué me siento tan miserable también por él? Si ni siquiera nos dejaron vivir.

Bueno, el azul, con la corbata de...

—Me imaginaba a mí mismo quitándote la corbata, Gray.

—Cállate.

—Grayson Luzio sin corbata por mí, qué honor. Uy, es gris como las columnas de un aparcamiento. ¿Por qué incluso te queda bien este color?

—Remington, mírame. Habla.

— ¿No me has dicho que me calle?

—Remington.

—Estoy bien, Gray...

Mierda. Ahora necesito otra corbata, y aparentemente también he olvidado cómo hacer un simple nudo Kelvin. Y cuando por fin lo tengo, sé que no está bien y tengo que dejarlo porque hay cosas mucho más importantes. Cuando abro la puerta de mi habitación, escucho la música de... *The Bongo Song*, otra vez. Está bien. Tiene que estar bien. Pero yo no puedo dar ni un solo paso hacia las escaleras, así que me doy la vuelta. Madison me echará la bronca, pero me da igual, uso las escaleras que nadie utiliza y bajo directo al salón de la chimenea. Salgo al jardín por la primera puerta y entonces voy por detrás a buscar un coche en el garaje. No sé si el *Phantom* es la mejor opción, pero tendrá que ser...

—Le debo cien dólares a tu hermana.

Mierda.

Miro la brillante carrocería negra, hasta que veo el reflejo blanco en el cristal.

—Me ha dicho que por primera vez en tu vida, en vez de ir a monopolizar a tu ahijada, te irías sin acercarte porque ella estaba conmigo —dice y escucho cómo camina—. No pensaba que lo hicieras, la verdad, porque sé que ni nada ni nadie te impide estar con tu niña.

Mierda.

—Deberías saber ya que mi hermana acostumbra a ganarte en esas estúpidas apuestas —le digo.

Entonces cojo aire y me doy la vuelta. ¿Hoy es el día para que Tyler reparta camisetas a todo el mundo? Porque tiene una en verde, de tirantes, y veo el feo apósito en su bíceps izquierdo.

—No deberías estar bajo el sol —le digo mirando ese apósito porque soy así de cobarde ahora mismo.

—Suerte la mía que intentabas escabullirte por el garaje cubierto y debidamente protegido del sol.

—No me refiero a tu herida. Me refiero a que Moretti debería esconderte bajo las piedras.

—¿Hay algún sitio más seguro en el mundo que la mansión Zuccarelli?

—Si Moretti te ha enseñado algo, no deberías estar aquí. Acaban de meterte un tiro y deberías estar en otro sitio sin tantos ojos como hay por aquí.

—De nada por salvarte la vida, por cierto.

—¡Ni siquiera tendrías que haber estado allí! —le grito.

Y cuando le miro, saca esa sonrisa de los malditos hoyuelos.

—¿Vas a hacer esto incluso ahora, Gray? Sé que ese traje te funciona como un jodido escudo —dice caminando hacia mí—. Y tus manos no desaparecen mágicamente si las metes en los bolsillos de los pantalones.

—Vete de aquí —le susurro.

Pero se acerca, se acerca y se acerca hasta que huelo el...

—¿Te has duchado en mi ducha? —le pregunto.

—Tienes una maravillosa colección de sales de baño —me explica con una sonrisa.

Voy a matar a mi hermana.

—¿Estás bien? —me pregunta entonces.

—Sí. ¿Tú? —le correspondo y asiente con su cabeza—. No tenías que hacer eso.

—Lo haría de nuevo, Gray.

—No tenías que seguirnos con el coche.

—Lo haría de nuevo, Gray.

—Si intentas provocarme para que te grite no va a funcionarte —le explico.

—No estás escondiéndote con esos formalismos de señor Luzio, así que esto es un avance.

—¿Por qué tienes que replicarlo todo siempre? —pregunto y echo un suspiro.

— ¿Por qué no te cansas jamás? —me corresponde.

Me apoyo contra el coche cuando da otro paso, pero él se pone a mi lado en el mismo gesto. No sé qué es peor.

—Gracias —le susurro—. Pero no tenías que...

—Lo haría de nuevo, Gray —susurra de vuelta—. Gracias por la corbata.

—A mi hermana le debes cien dólares, pero a mí me debes dos cientos por esa —le digo y se ríe—. No te rías —añado—. Duele —le recuerdo y pone su mano buena encima de sus adoloridas costillas.

También me acuerdo del áncora que tiene tatuada allí. Y me alejo del coche antes de arreglar otra vez el nudo en mi corbata.

— ¿Por qué te ves así de bien? —me pregunta todavía apoyado contra el coche.

—Me siento como si un tren me hubiese atropellado —le explico—. O tú —me corrijo y sonrío.

— ¿Te llevo a alguna parte?

— ¿Con mi coche y con una herida de bala en tu brazo? —me burlo.

—Lo haría —defiende y encoge sus hombros.

Le regaño con mi mirada cuando el gesto le duele.

—Vete con Moretti —le pido—. Lo digo en serio, porque...

Me doy la vuelta cuando escucho el ruido de la grava. Y ahora descubro que, aunque casi no se ven, mi hermana lleva unos vaqueros cortos debajo de la enorme camiseta roja de Ty.

—Lo siento por interrumpir —se disculpa.

— ¿Eleanor? —le pido acercándome rápidamente.

—No, vienen los *Red Shadows*.

¡¿Qué?!

— ¿Pero no has hablado con ellos antes?

—Sí —afirma—. Es HR ahora.

— ¿Qué quiere?

— ¿Crees que si ya lo supiese hubiese interrumpido ese momento Grayton? —replica mientras caminamos juntos hacia el porche.

— ¿Por qué le has dejado ducharse en mi ducha? —le pregunto.

— ¿Qué? No le he dejado...

Me detengo de inmediato y cuando me giro me encuentro con la sonrisa de los hoyuelos. Lo que pasa es que el muy idiota se apoya contra el coche otra vez, y ahora con su brazo malo.

—Eres idiota —le digo.

—Eres hermoso cuando duermes, Gray —me dice y miro mal a mi hermana cuando empieza a reírse.

— ¿Se ha colado en tu ducha? —me pregunta y sonrío—. Dios mío, le amo —añade riéndose—. Venga, concéntrate. Que estás al mando, por si no te acuerdas. Puedes ducharte con tu novio...

Le empujo con fuerza y me da igual si se tambalea de tal forma que casi se cae de culo al suelo. Pero también escucho su risa, y no solo es la de mi hermana. Cuando me pongo en marcha de nuevo, escucho el coche. El monstruo de coche es adecuando para el gigante que lo conduce.

HR no viene solo, pero sus sombras se quedan junto al coche y él camina hacia mí a paso firme.

—HR —le dice mi hermana a mi lado ya—. Te hemos dejado entrar, pero vigila lo que haces.

—Solo quiero hablar con tu hermano —me dice él a mí.

Y eso confirma mis sospechas. Le asiento a mi hermana, y ella me mira como si hubiese perdido la cabeza, pero se aleja un poco. Yo doy un par de pasos hacia atrás cuando este gigante se avalancha encima de mí.

— ¿Qué cojones ha pasado?

—Está bien —le susurro—. Y tú deberías contarme esto. Se supone que sois la seguridad extra.

—Tengo a tres tíos muertos por otra de vuestras estúpidas guerras de poder y no sé qué demonios ha ocurrido.

—No, no, no, Benedetta espera...

Eleanor tenía razón. Es instantáneo. En cuanto esta bestia de hombre escucha el nombre, se calma. También se da la vuelta tan rápido que me como parte de su melena de león, que sorprendentemente huele bastante bien. Entonces él la ve a ella, y yo también.

Benedetta D’Arcangelo baja las escaleras del porche con Brayden siguiéndola. El conjunto de ahora es en azul marino, como el cabestrillo que protege su dañado hombro derecho. Y se detiene en seco cuando HR se acerca a ella, y lo hace rápido porque sus botas hacen mucho ruido cuando impactan contra la grava.

Entonces escucho las risas de sus hombres. Y el silencio absoluto cuando él da un paso hacia ellos. Dios mío, este hombre.

— ¿Estás bien, muñeca? —le pregunta a Benedetta.

Ella habla en susurros, por lo que no escucho nada. Pero sí veo que está... tranquila. De verdad que es fascinante.

— Pero siempre estás hermosa.

Y las risas regresan. Solo que esta vez, HR se agacha y lanza algo. Espera, es grava. Porque ese grupo de cuatro se apoyan en el enorme coche mientras se quejan.

— ¡Joder, mis ojos!

— ¡Hostia puta!

Y sigue siendo fascinante. HR, que no es precisamente un hombre de estatura media nacional, sino que tiene la media de la NBA, les grita a sus hombres, les silencia con un acto lleno de violencia... pero Benedetta a su lado está tranquila. Bueno, ahora ni parpadea, pero sí mira cómo HR extiende su mano frente a ella. Y ella le corresponde con cuidado, y se aferra a sus dedos repletos de tatuajes con su mano buena.

—No sé qué me sorprende más —me susurra mi hermana situándose a mi lado—: que tú pierdas la cabeza por un tío repleto de tatuajes, o que ella esté tranquila con este tío.

—Cállate.

Pero de todas formas no puedo escuchar nada, porque ahora HR también susurra. Los cuatro tíos que han venido con él todavía frotan sus ojos y no dicen nada mientras ellos dos siguen hablando. Sí escucho los susurros cuando yo me acerco.

— ¿Quieres más, idiota?

Y ahora HR me defiende a mí. Todavía agarra la mano de Benedetta, y ella está tranquila mirándole. Hasta que me ve a mí y entonces empieza a parpadear con fuerza. HR da un paso atrás cuando ella quiere moverse para venir a mi encuentro.

—Hola —le susurro.

—Hola —me corresponde en voz baja también.

Miro su precioso vestido azul marino con los botones dorados y ella hace lo mismo con mi chaqueta de traje en casi el mismo tono, con botones dorados también. Se siente muy bien reírse, y ella tiene una risa hermosa. También noto cómo la mira HR cuando ella se acerca más a mí.

— ¿Estás bien? —le susurro.

—Sí —me susurra de vuelta.

Entonces se pone a me rodea para poder agarrarse a mi codo con su mano buena. HR le sonríe... de verdad que el tío le sonríe adorándola con su mirada.

—Interrumpo este momento de Barbie y Ken —dice mi hermana acercándose—, pero todos tenemos trabajo.

—No sé dónde está tu amiga, muñeca —le dice HR a Benedetta—. Pero cualquier Slayer es hombre muerto en cuanto les encontremos, y no solo porque están en nuestro territorio.

—Gracias —le susurra ella casi sin voz.

Entonces él me mira, y asiente una vez con su cabeza antes de empezar a caminar hacia atrás. Veo el empujón que le da a uno de sus hombres cuando le abre la puerta del coche y Benedetta ni siquiera titubea a mi lado. Nada. Absolutamente nada.

— ¿Grayson? —me llama mi hermana—. ¿Nos vamos?

—Descanse, señora D'Arcangelo —le susurro a Benedetta.

Me acerco a ella suavemente y escucho su sonrisa cuando lanzo un beso al aire. Después me corresponde el gesto y en todo momento lo único que nos une es su mano en mi codo. Cuando me alejo con mi hermana, lucho por no mirar el porche, pero lo hago y Remington me saluda con su mano buena en un gesto tímido.

—Conduces tú —le digo a Madison mientras caminamos hacia la otra parte del porche.

—Por supuesto —me corresponde.

También vamos solos en nuestro coche y en cuanto nos subimos pone la música antes de su cinturón incluso. No me molesta en absoluto que *Highway to Hell* perfore mis tímpanos, lo necesito porque es demasiado pronto para estar de nuevo en un coche. Y el camino hacia *Oak Tree Recovery Center* es más difícil todavía por lo que tenemos que hacer ahora. Además, hoy tenemos que ir con cuidado extremo porque Easton no puede saber que estamos aquí. Si se entera de que Eleanor está con los Slayers todo el progreso que ha hecho en estos meses no servirá para nada.

—Si no te hace caso, lo hacemos a mi manera —me informa mi hermana mientras caminamos por ese largo pasillo.

—Lo que sea necesario —le susurro.

Cuando llegamos a la salita de control, donde hoy están Josh y Scarlett, Madison y yo nos detenemos en la puerta sin poder entrar. Y entonces veo el negro. Zucca está agachado atando sus botas y veo quién está a su lado ofreciéndole una gorra negra: la maravillosa y eficiente Elise White.

—Me lo contáis por el camino —nos dice Zucca caminando hacia nosotros.

Madison se mueve para dejarle pasar, pero yo todavía tengo que comprobar una vez más que Zucca viste *íntegramente* de negro. Cuando se detiene a mi lado, y me mira, me falta el aire. Es Zucca, y no solo por la ropa.

—Y espero que ahora finalmente tengas una cita con este tío, Sky —me susurra—. Porque sino no voy a detener a Eleanor cuando organice una cita doble, te lo juro.

Mi hermana se ríe, y además en un gesto sorprendente se abraza a su brazo derecho y los dos caminan por el pasillo. Yo no puedo moverme todavía, pero entonces busco a Elise. Y ella se acerca a mí entonces.

—Gracias —le susurro.

—Un placer siempre, señor Luzio —me corresponde—. Después de usted.

Y me voy de este sitio con mi mejor amigo finalmente.

capítulo 19

En el Palazzo Roma

Remington

Esto es surrealista. Hace tres días que vivo en el *Palazzo Roma*. Hace tres días, ni siquiera conocía el hotel de lujo con vistas a la playa de Santa Monica. Hace tres meses, me hubiese parecido otro hotel de lujo al que yo no tenía nada por hacer. La semana pasada, un hotel de lujo en la costa de California, con nombre italiano, ya me hubiese hecho sospechar. Ahora sé que el maldito hotel sale en la revista de Grayson Luzio porque tengo la revista en mi habitación. Y estoy aquí por órdenes del mencionado señor Luzio.

— ¿Por qué no vienes y pruebas estas delicias de limón? —me propone Moretti desde de una de las infinitas mesas que tiene esta habitación de hotel que es tres veces más grande que mi casa.

Mirar el océano me calma más que mirar la cesta.

— ¿Hasta cuándo voy a estar aquí encerrado? —le pregunto—. Eleanor ya está en casa, esos motoristas de Chicago están muertos...

—Como mínimo estas cestas que te manda son la hostia.

Oh, porque tengo otra cesta.

—Me está castigando —susurro.

—Está alejándote porque está acojonado —me dice—. Y te encierra en un hotel de lujo con salmón ahumado que seguramente viene de Noruega —añade y escucho el ruido del paquete—. Efectivamente.

—Deja de comer y concéntrate en un plan.

—Por si no te has dado cuenta, a mí también me tiene encerrado.

—No puede hacer...

Se ríe y me callo para intentar concentrarme en el océano otra vez.

—Hace tres días que no paso por mi casa —le recuerdo—. Hace tres días que no voy a trabajar —añado—. Hace tres días que no me paso por Izz —sigo—. Hace tres días que no voy a casa de mi madre...

—Sí —susurra—. Hace tres días que tiene tu casa más vigilada todavía. Hace tres días que no tienes que ir a trabajar porque le ha llevado tres coches a tu jefe y le ha pagado para que tú no te encargues de ello. Hace tres días que en Izz ni tienen tiempo a echarte de menos porque le habrá dicho a alguno de sus contactos que es un bar de moda e Izidora no tiene tiempo para preocuparse por ti. Además, está tranquila, porque tu madre cree que tienes un nuevo novio y estás de fin de semana. Y ella se lo cree porque tu prima se lo ha contado. Y tu prima ha hecho esto porque Grayson Luzio le llamó personalmente.

Todavía no me creo eso último. Bueno, no puedo comprender nada del resto tampoco, pero la llamada a Gabby...

—Y ahora tu prima también quiere entrar en las familias solo por convertirse en la mejor amiga de tu futuro novio —sigue Moretti y escucho cómo chupa sus dedos mientras sigue devorando la cesta de comida—. Y todavía no se te pasa el cabreo, o la incredulidad, cuando lo primero que te dije de Grayson Luzio es que el tío conseguía lo que se proponía por ser el

mismísimo favorito.

—Esto es manipulación nivel extremo —protesto.

—Cierto —concede, por lo menos—. Pero lo ha hecho porque le has salvado la vida.

—Me bastaba con un gracias y que dejase de pelarse conmigo constantemente por todo y me diese una segunda oportunidad.

—Que le salvaras la vida solo le ha asustado más. Dale tiempo.

—No me puedo creer que el resto no le diga nada —susurro—. Vale que tienen mil cosas, pero...

—Es probable que ni siquiera lo sepan.

¡¿Qué?!

—¿Y por qué no les dices nada? —le pregunto mirándole—. Puedes llamarles.

—Técnicamente, debo esconderte por unos días —me recuerda—. Y no es un mal sitio para esconderse.

—¿Quieres dejar de comer y hacer algo? —le pido.

—Voy a ayudarte siempre, y quizás Grayson Luzio pierde la cabeza por ti, pero va a hacer que mi vida sea un jodido infierno si no colaboro en esto —defiende—. Además, algo me dice que él debe estar peor que tú.

—Él todavía puede ir a donde le plazca —le recuerdo y miro de nuevo el océano—. En serio, ahora sí que esto es la mayor locura que ha hecho.

Cuando se ríe, le miro de nuevo y veo que niega con su cabeza.

—Esto no es nada —susurra.

—Eleanor le detendría —defiende—. Y él se aprovecha de que su mejor amiga está convaleciente.

—Tío, me parece bastante evidente que están todos de tu parte, pero algo de espacio os vendrá bien a ambos.

—¡No tengo jodido espacio encerrado en una habitación de hotel! —le recuerdo—. Aunque sea de lujo.

—Cálmate —dice y sigue comiendo como si nada—. Si hasta Easton está de tu parte. Me han dicho que Grayson solo está cinco minutos con él porque no aguanta el interrogatorio. En serio, vuestras historias nos mantienen entretenidos a todos cuando la situación es una jodida mierda.

Y entonces hace una bola con el envoltorio de no sé qué y la lanza en el jarrón decorativo que hay en el centro de la mesa.

—¿Zucca? —le pregunto.

No me mira cuando me acerco a la mesa y tampoco cuando me siento en una de estas sillas de diseño con borreguillo en azul marino. Son muy cómodas, pero dan calor.

—Como mínimo duerme en casa con su mujer ahora —defiende—. Pero está ido. En serio, es su padre y la pobre mujer no hay forma que muera. De verdad que no me gusta desear eso, pero esto se alarga y...

—No vas a verle mucho, ¿no? —le digo y niega con su cabeza—. ¿No puedes?

—Da miedo —me corrige—. Y no puedo sacarle de allí, además de que merece tener una oportunidad que nunca le dieron, pero...

Abre el envoltorio del salmón ahumado y me río cuando me lo ofrece. Después niego con mi cabeza y acomodo mis pies en la otra silla mientras él sigue devorando *mi* cesta.

—Zucca le detendría con esta locura —susurro.

—Zucca es el que apoya sus locuras —replica—. Y le debe demasiado a Grayson. Si no fuese por él, Eleanor y él jamás tendrían lo que tienen ahora.

—Algo habrán hecho ellos dos.
—Grayson intervino —defiende—. Muchísimo.
La relación de ellos dos, de Grayson con Zucca, siempre...
— ¿Estás preocupado por Zucca?
— ¿Yo? ¿Por qué? —le contesto.
—No sé, ¿porque tu voz acaba de subir una octava? —se burla y se come otro trozo de salmón ahumado.
—Él parece muy territorial con Zucca.
—Y Zucca con él —me confirma una vez más—. Pero le caes bien.
—Si ni siquiera tiene tiempo para ir con su mujer o su hija... como para que yo...
—Le salvaste la vida a su favorito. Y además, ya le caías bien antes de eso.
Ahora abre un bote de aceitunas y de verdad que no sé cómo puede tener tanta hambre.
— ¿Puedo llamarle?
Deja de intentar abrir el tapón del bote de cristal, pero solo detiene sus manos.
— ¿A Zucca? —me pregunta.
—Sí —afirmo.
— ¿Para qué?
—Ya sé que no está por estas historias, pero...
— ¿Quieres ganarte a su favorito para que tenga menos motivos para resistirse?
—Algo tendré que buscarme si estoy aquí encerrado —le recuerdo—. Y además, es evidente que su relación es... extrema. Y si la llamada va mal, puedo cagarla del todo y decirle que se vaya a su casa por unas horas con su familia.
—Si tú consigues eso, Grayson va a tener unos cuantos problemas —me dice y sonríe.
—Y puedo distraerle con el nuevo capricho de su favorito. Igual hasta nos saca de aquí. Él manda más, ¿no?
—Depende del momento, y especialmente con Grayson —me responde y se ríe—. ¿Lo dices en serio? ¿Quieres llamar a Zucca?
—Sí, no sé.
Ahora es él quien cruza sus brazos.
—Mira, no sé, con estos dos es casi como si...
— ¿Como si le pidieses la aprobación al padre para salir con su hijo?
— ¿Quién cojones hace eso?
—Esos dos —me responde y se ríe.
—Lo que sea. Es evidente que... que es importante para él, para Grayson. Y tengo una jodida angustia por...no sé, conocerle ya de una vez de la forma que sea. Sé que no es solo por estar encerrado aquí porque ya hace tiempo que lo pienso.
Cuando no dice nada, la angustia crece precisamente por eso.
— ¿¿Qué?!
—Eres jodidamente adorable —me dice riéndose y entonces se balancea en su silla.
También limpia sus dedos con una servilleta antes de usar su móvil. Mierda, que le llama ahora. En este instante.
—Con el señor Zuccarelli, por favor —pide.
¿Qué cojones...?
—Hola, Zucca —saluda y me sonríe—. Sí, ¿puedes hablar? —añade—. No, no estoy en la casa. De hecho, hace tres días que tu favorito no me deja pisarla —sigue—. No, todavía no ha aceptado la cita con Rem.

¿Qué?! ¿Jaxson Zuccarelli quiere que su favorito acepte tener una cita... conmigo?

— ¿Sabes que estamos encerrados en el *Piazza Roma* desde lo del accidente? —le pregunta y entonces me niega con la cabeza—. En serio, sé que es tu favorito, pero aguantar a Remington empieza a ser insoportable ya.

¿Qué cojones hace?!

—Sí, está aquí —añade—. No, te llamo porque él no tiene tu número todavía —sigue—. Es él quien quiere hablar contigo.

Y entonces Moretti extiende su brazo y me ofrece su móvil. Oh Dios. Bueno, allá voy. Me levanto de la silla y cojo el móvil. Moretti se ríe porque busco algo de intimidad, lo necesito, pero esto puede ser una planta entera de hotel, pero todavía estamos encerrados juntos.

—Hola —saludo cuando me meto en mi habitación.

—Van den Heever —me corresponde.

Oh Dios mío.

—Así que estás malviviendo en un hotel de lujo con toda clase de entretenimiento, confort y seguridad porque mi favorito está protegiéndote debidamente —añade.

—Eh, sí... en realidad, me siento agradecido por todas las molestias...

Mierda.

— ¿En serio te duchaste en su ducha mientras él dormía a tu lado?

Mierda.

—Sí.

Y escucho la risa de Jaxson Zuccarelli. Es... es, vaya.

—La próxima vez, aprovecha ese tiempo para desorganizar el cajón donde tiene sus corbatas —me dice todavía riéndose—. Eso le cabreará más.

—Eh, de acuerdo. Gracias...

—Gracias a ti por salvarle la vida.

—No fue nada, solo... él también salvó mi brazo. Le debo lo mismo yo a él.

—Y te ha encerrado en un hotel.

—Lo siento por molestarte con eso. Sé que no... que no es el mejor momento.

—Me gustaría que me lo hubiese contado para distraerme un rato. Así que, gracias por llamar.

—Bueno, también quería... saludarte, supongo —susurro—. Joder, esto es raro —añado—. O sea, perdón que...

—Cálmate, Van den Heever. Puedes con mi favorito, no empezarás a asustarte ahora.

—Habla de ti con absoluta devoción.

—Es mutua —me confirma—. Por lo que, si le haces daño a mi favorito, no vas a vivir para poder rememorarle en tu cabeza.

Joder.

—Sí, por supuesto —susurro.

—Nos veremos pronto. Y cuando lo hagamos, voy a tener que intimidarte de verdad.

—Ahora también lo estoy —susurro y se ríe.

—Se lo debo a él, pero si resistes, o replicas, le cabrearás y será divertido.

Jaxson Zuccarelli... ayudándome. Surrealista.

—De acuerdo —le respondo.

—Y cómprale algo del hotel en cuanto salgas de aquí.

—Eleanor y... —le digo—. Me dijeron que no intentase impresionarle con regalos.

—El regalo no es para impresionarle, Van den Heever. Es para que le cabrees —añado—. Nos veremos pronto.

—Sí, claro, hasta...

Pero Jaxson Zuccarelli me cuelga. Joder. Al instante, Moretti abre la puerta de la habitación, porque por supuesto estaba escuchando esto.

—¿Y bien?

—Es jodidamente intimidante —susurro.

—Bueno, me alegra verle de vuelta brevemente... —explica y entonces se gira—. ¿Qué cojones...?

Le sigo cuando se aleja de mi habitación y cuando llegamos al salón principal otra vez vemos a ese tío, a Booker, el grandote del otro día.

—Su coche está listo cuando deseen salir de aquí, señor Moretti.

¡¿Qué?!

—¿Cuándo ha tenido tiempo de ordenarle que nos deje salir? —le susurro a Moretti.

—¿Zucca a Grayson? —me pregunta y se ríe—. Esto es cosa de Zucca. Por lo que Grayson no sabe nada, ni puede saberlo.

Cuando mira a Booker, él asiente con su cabeza.

—Que preparen el coche para ir a la residencia Zuccarelli en Malibu, por favor —pide Moretti—. Sin que nadie lo sepa.

—Enseguida, señor Moretti —le corresponde él.

Y le miro fijamente hasta que se va por la puerta.

—Pero si estaba hablando conmigo —le digo a Moretti—. Estaba intimidándome, mientras me elogiaba, mientras me daba consejos, mientras...

—Zucca —defiende y encoge sus hombros—. Me llevo esta cesta. Venga, recoge tus cosas que nos vamos de visita sorpresa.

—Enseguida regreso —le pido alejándome.

—¿A dónde vas ahora? Espérame, eh.

—Tengo que comprar una cosa en la tienda de abajo.

—¿El qué?

Lo que Grayson Luzio deteste con todas sus fuerzas y no pueda olvidar jamás. Lo mejor es que entro en la tienda de recepción y enseguida sé con qué cabrearle. Estoy feliz con la bolsa azul, Moretti también cuando recupera su *Exorcist*, y metemos la cesta de comida en el maletero del coche antes de irnos hacia Malibu. Cuando la doble puerta de madera empieza a abrirse, respiro hondo y Moretti se ríe de mi angustia.

No nos detenemos junto a la casita con un nuevo grupo de seguridad, y avanzamos por el largo camino hasta que Moretti aparca el coche junto al *Ferrari* negro que dijeron que era un regalo para Violet Patricelli. Cuando me salgo del coche de Moretti, a quien veo es a otro Patricelli. Tyler baja las escaleras de la piscina, y viene de ella porque chorrea agua.

—¡Hombre! —grita cuando nos ve—. ¡Finalmente!

—¿Cómo vas, tío? —le pregunta Moretti y cuando se saludan también le da la cesta—. ¿Salmón ahumado importado de Noruega?

—Joder, Moretti, qué nivel —elogia el rubio mirando la cesta y después me mira a mí—. ¿Cómo va el brazo?

—No me molesta demasiado. ¿Tú?

—Ahora lo miramos —me propone—. Y qué ganas tenía de verte otra vez. Haz lo que sea con Grayson, lo que sea, pero ponle en su sitio porque está insoportable.

—¿Qué más ha hecho ahora? —le pregunta Moretti.

—Está descontrolado —explica y señala su bañador—. Y me compra esta mierda de

bañadores en esas tiendas pijas suyas y si no me lo pongo me hace chantaje emocional hasta que estoy en la mierda.

— ¿Chantaje, Grayson? —se burla Moretti.

Cloc. Cloc. Cloc. Cuando me giro, no veo los zapatos que hacen ruido, porque el traje negro lo esconde. Violet Patricelli camina con decisión y carga dos bolsos, un ordenador, el móvil con la otra mano, tiene unas gafas de sol puestas, y otras en la cima de su cabeza.

—Oh, finalmente —dice en cuanto nos ve y se detiene—. Maia, tienes que limpiar el resto del día, por favor —añade por teléfono—. Sí, sí, confío en lo que sea que quieras mandar —explica—. Una cesta con comida, por ejemplo —dice cuando ve la que carga Tyler y ladea su cabeza—. Te dejo, Maia. Gracias.

— ¿Salmón ahumado de Noruega? —le ofrece Moretti mientras se acerca.

Ella no le responde. Frunce el ceño y entonces se quita las otras gafas también, por lo que ahora lleva dos pares encima de la cabeza.

— ¿Dónde estabais? —nos pregunta—. ¿Qué tal el brazo? —añade para mí.

—Solo molesta para dormir. ¿Qué tal por... aquí?

—Has visto el *Ferrari*, ¿verdad? —me pregunta y asiento con mi cabeza—. Es tuyo si consigues que Grayson se calle durante un minuto.

— ¿Qué más ha hecho? —le pregunta Moretti mientras seguimos a los Patricelli hacia la casa.

Pero ella no explica nada porque la puerta se abre de inmediato.

—Os ha costado lo vuestro —protesta Brayden Occhionero.

El tío viene de entrenar porque si Tyler derrocha agua por todas partes, él está sudando tanto que su cabello oscuro parece negro como el carbón.

— ¿El qué? —le pregunta Moretti.

— ¿Dónde cojones estabais? ¿En Marte? —le pregunta—. De acuerdo que tengas que esconderle, pero como jefe de seguridad no entiendo por qué no puedes contármelo.

Y Moretti me mira a mí entonces. No lo saben.

— ¿Cómo va el brazo, Van den Heever? —me pregunta—. Si estás mejor, puedes darle una hostia de mi parte.

—Así de mal, ¿eh? —se burla Moretti.

Violet Patricelli vuelve a mirarme con algo de sospecha en su mirada, pero después me invita a entrar en la casa antes de seguirme ella en último lugar.

— ¡Brayden!

Esa es Madison Luzio.

—Dime ahora mismo dónde está Remington van den Heever porque sino...

En cuanto llego al recibidor, veo cómo baja las escaleras, y se detiene en cuanto me ve. Su cabello está en un moño que cae hacia un lado, lleva una enorme camiseta verde bastante mojada y con algo de espuma, y literalmente abre su boca como un pez.

— ¡¿Dónde demonios estabas?! —me grita bajando las escaleras rápidamente—. ¡Primero me destrozas el *Impala*, y entonces desapareces por tres días! ¡Y ni siquiera usas lo de “salvé la vida de tu hermano”!

—En el *Piazza Roma* —contesta Moretti.

Asustan muchísimo cuando todos le miran fijamente.

— ¡¿QUÉ?! —gritan a la vez.

Oh Dios mío.

— ¡Por supuesto! —grita Violet Patricelli.

— ¡Voy a matar a mi hermano! —añade Madison.

— ¿Os ha encerrado en el *Piazza Roma* todo este tiempo? —nos pregunta Tyler riéndose—. Madre mía.

— ¡Esto es una jodida locura, Tyler! —le grita Brayden Occhionero—. Incluso para Grayson.

—No están mamá y papá, y esto es lo que pasa —le dice Madison.

—Mamá y papá le permiten esto —replica Violet Patricelli y cruza sus brazos.

— ¡¿SE PUEDE SABER QUÉ SON TANTOS GRITOS?!

Grayson. Pero Moretti tira de mi brazo y no entiendo nada. Intento deshacerme de él, pero me obliga a seguirle y nos ponemos detrás de uno del montón de arcos que tiene el recibidor de esta casa. Y me obliga también a guardar silencio, pero eso no me impide espiar.

Me he tomado mi tiempo antes de venir aquí. Me he duchado, me he afeitado, he elegido mi ropa con calma, de hecho, con tanta calma que Moretti se ha comido todavía más cosas de la cesta. Pero nosotros nos presentamos aquí, sin avisar, y Grayson Luzio se ve... perfecto. En serio. El traje no es de tres piezas, pero fluye con él cuando él desfila por las escaleras con Alice Zuccarelli en sus brazos. El traje es rosa.

¿A quién demonios le queda bien un traje rosa? A Grayson Luzio.

—Estoy intentando que mi niña se duerma y no hay manera —añade—. ¿Qué hacéis aquí?

— ¿Vas a llamar a Remington de una jodida vez? —le pregunta su hermana—. ¿O lo hago yo finalmente?

—Déjale que su prioridad ahora mismo es protegerse y prepararse para lo que se le viene encima gracias a vuestros votos, por cierto —le ordena—. ¿Dónde está el biberón que te he pedido? ¿Y no puedes ir a ponerte otra camiseta de tu novio que no esté llena de jabón?

Veo perfectamente como el mencionado novio tira del brazo de Madison para alejarla de su mellizo.

— ¿Y tú por qué no usas la toalla que te compré en *Hermès* a conjunto de este bañador? —le pregunta precisamente a Tyler—. Porque vas a limpiar tú con la fregona el desastre que estás creando —añade—. Letta, ¿no te ibas a una reunión? —le pregunta a la rubia—. ¿Y qué haces con dos gafas de sol en tu cabeza? Me gustan más las de *Prada*, por cierto —sigue—. Oh, Brayden, ¿en serio? —protesta—. Tienes una ducha al lado del gimnasio. Tienes ropa limpia que yo mismo puse allí para que puedas vestirte. No entiendo cómo...

Moretti me da un suave codazo y entonces salgo de mi escondite.

—Hola, Gray.

Se da la vuelta tan rápidamente que la niña se ríe por el movimiento como hace cuando estamos en el agua. Ella enseguida me saluda con su mano como la niña adorable que es. Su tío no puede decir absolutamente nada. Es que ni parpadea. Y el resto tampoco interviene. De hecho, el silencio empieza a ser asfixiante.

—Letta, tienes que regalarle tu *Ferrari* a Rem —explica Moretti reuniéndose con nosotros también.

—Qué pena, ese me gustaba —protesta la rubia.

—Yo te compro tres —le dice su prometido—. Joder, qué paz, qué silencio, qué maravilla.

— ¡¿SE PUEDE SABER QUÉ HACES AQUÍ?!

Y me río, porque Grayson Luzio me cabrea muchísimo, pero también me hace reír. Sé que la risa de su niña no ayuda tampoco.

— ¡Piscina! —me grita y me señala.

Obviamente todos sus tíos se ríen de esto, menos el que la sostiene en brazos. Y cuando me acerco, él da un paso atrás.

— ¿Se puede saber qué haces aquí? —me repite a regañadientes.

—Tengo un regalo —le explico y alzo mi bolsa.

—Como ya deberías saber, puedo comprarme casi todo lo que se puede conseguir con dinero —me corresponde.

—No es para ti. Es para ella.

Y el resto se ríe más cuando alzo más la bolsa y Alice comprensivamente reacciona al ruido del papel. Cuando me agacho en esta alfombra que tienen, la niña quiere bajarse de los brazos de su tío. Sé lo que a él le cuesta dejar que ella venga conmigo. Y que tiene que hacer un esfuerzo para no divertirse cuando ella rompe el papel de regalo con la ilusión de cualquier niño.

Jaxson Zuccarelli me ha dicho que le comprase algo que odiase, pero que no pudiese olvidar. En la tienda del hotel había un tablero de madera con piezas en forma de animales marinos, cada uno con su hueco. Que la adorada niña de Grayson ame mi regalo puede ser su peor pesadilla.

—Mira, sí, una foca —le felicito cuando me da la pieza.

—Foca —explica señalando con la misma pieza.

Y doblo mi brazo derecho para que ella pueda ver el tatuaje de la foca.

—Allena —dice y toca el otro tatuaje.

— ¿Y este? —le pregunto y frunce su ceño—. Delfín.

Mira su nuevo tablero y coge la pieza del delfín antes de enseñármela.

—Chica lista —le felicito y se ríe—. Enséñaselo a tu tío G.

—Zio G —replica él—. Gracias, mi amor —le dice a la niña cuando le da la pieza del delfín—. ¿Qué haces aquí? —me pregunta a mí.

—La pregunta es, ¿qué demonios hacía encerrado en el *Piazza Roma*, por orden tuya? —le corrige Brayden Occhionero.

— ¿Quién os ha dejado salir? —le pregunta entonces a Moretti—. Ha sido Booker, ¿no? Es que no se puede confiar en nadie ya.

— ¿En serio vas tú a cabrearte? —le responde Moretti—. Llevo tres días encerrado en una jodida habitación de hotel.

— ¡Comiendo delicias del mundo que encima te atreves a traer como si aportaras algo para que te invitemos a cenar! —le grita Grayson.

— ¡LO SABÍA! —grita más Violet Patricelli.

—Entonces, cenamos, ¿no? —propone Moretti.

— ¿Qué hay en la cesta? —le pregunta Madison acercándose—. Te juro que de esta no me olvido —le dice a su mellizo—. Una maravilla el juego, Van den Heever —añade—. ¿Verdad, cariño? —le pregunta a su sobrina—. Rem te ha regalado esto, ¿verdad?

Y la adorable niña me señala con su dedo antes de acercarse a mí de nuevo.

—Qué felicidad finalmente —dice Tyler mientras cruza ese arco—. Vamos a avisar a Benedetta para cenar.

—Ponte una camiseta, Tyler —le ordena Grayson enseguida.

— ¿Por qué no te peleas un rato con Rem y me dejas descansar finalmente, por favor? —le propone él alejándose más.

No me muevo de la alfombra, pero el resto se aleja. Grayson no lo hace porque su niña está interesada en el nuevo juguete, y en mis tatuajes. Espera, ¿dónde está su madre? ¿Dónde está el mastín napolitano?

— ¿Y Eleanor? —le pregunto cuando camina de nuevo hacia nosotros y el ruido del resto está lejos ya.

—Arriba —me responde—. Tienes suerte de que el perro no se separa de nuevo de ella porque sino tu visita sorpresa no te hubiese divertido tanto.

— ¿Cómo está?

—Lo que más le duele es que Zucca no está en casa —me responde sorprendiéndome precisamente porque me responde—. ¿Tu brazo?

—No necesitaba descansar tres días seguidos en un hotel de lujo.

—Este apósito está hecho un desastre —se queja.

—La enfermera que has mandado cada día lo ha hecho bien —replico.

Dejo de hacerle caso cuando su sobrina me da una pieza de madera y entonces él sonríe de verdad cuando a él le da otra. En cuanto la niña se gira para estar conmigo, regresa esa... tristeza.

— ¿Tú? —le pregunto.

—Aléjate de mí —me responde—. No voy a encerrarte en hoteles de lujo, pero aléjate de mí.

—No quiero. Y tú tienes una curiosa manera de odiarme.

—Me salvaste la vida, te lo debo.

—Hay unas cuantas personas que han jurado dar su vida por ti —le recuerdo—. Señor Luzio —me burlo y rueda sus ojos—. ¿A cada uno de ellos les has mandado cestas con salmón ahumado de Noruega?

— ¿Qué problema tienes, también, con eso?

—Que no me gusta el salmón —le explico y frunce su ceño—. Te lo dije, ni siquiera con tu iPad lleno de información me conoces por completo.

—La próxima vez el balazo será en tu cabeza —me dice—. Vamos, A.

Y ella se va con él enseguida, pero veo cómo le da la figura de madera de su otra mano mientras caminan hacia los arcos. Creo que Jaxson Zuccarelli me ha dado un muy buen consejo.

capítulo 20

La discusión

Grayson

No hay manera de concentrarme en poder cerrar esta colaboración para el número especial de Navidad. El impacto de las olas contra la costa no me calma. La suave brisa no me ayuda a respirar, sino que me ahoga y no es por la humedad. Aunque el ruido de las piezas de madera es lo peor. Alice anoche quiso dormir con la pieza del delfín, y esta mañana ha estado buscando por toda la cocina el tablero de madera porque es donde lo dejamos anoche y se acordaba. Lleva toda la mañana intentando colocar cada pieza en su sitio. Una y otra vez.

— ¿Y este a dónde va? —le pregunta Eleanor.

—Aquí —le responde ella.

—Muy bien —felicitas su madre—. ¿Y el delfín?

—No, delfín, no —le explica Alice y tengo que morder mi labio para no reírme.

—Ah, vale, el delfín lo quieres tú. ¿Y el pulpo? —le pregunta Eleanor—. No, esto no es un pulpo. Te gusta este puzle, eh —le dice—. Para desgracia de tu zio G.

No puedo evitar el resoplo, pero sí intento concentrarme en mi iPad. Ni siquiera leo las letras, pero hago el esfuerzo.

— ¿Quién te regaló esto? —le pregunta Eleanor—. Remington, ¿a qué sí?

— ¡Piscina! —grita Alice contenta.

Ahora echo un suspiro porque es inevitable. Y en este momento detesto que Alice esté creciendo por segundos y que ya esté más cerca de ser una niña que el bebé que robó mi corazón para siempre.

—Sí, vas con Remington a la piscina —sigue Eleanor—. Para también desgracia del zio G.

—G.

Cuando miro a mi niña, está señalándome, *con la pieza del delfín*.

—Hola, mi amor —le correspondo y después no miro tan bien a su madre—. Vamos recuperando energías, eh.

—No me dejáis hacer nada —replica—. Muy bien —felicitas a su niña con una sonrisa.

Amo verla así, y lo merece. Ernesto Catallo pudo haberla matado. Ese grupo de Slayers descarrilados que le apoyaban le drogaron con un cóctel peligrosísimo de drogas y todavía está recuperándose de eso también. Las heridas físicas son evidentes, pero esa tristeza es por Zucca. Viene con ella cada noche. Le llama más de lo que le ha llamado en los últimos meses. Como mínimo, con ella parece ser él de nuevo. Pero ahora, ni tan solo Eleanor sabe cómo ayudarle. Así que si estar aquí con su hija, el estúpido juego, y el enorme perro que duerme encima de mi cama también le ayuda de alguna manera, eso me relaja.

—Mamma —le llama su hija.

—Gracias —le agradece ella—. ¿Llamamos al tío Leo? —le propone—. Es su cumpleaños.

Leonardo Miller, incluso cuando está en Londres en el trabajo de sus sueños gracias a Zucca tiene que estar por aquí todavía de alguna manera. Y lo peor es que no puedo criticarle porque él también consigue que Eleanor se ría, se distraiga y sé que su amistad es importante para ella. El tío también habla y habla sobre lo que sea que está haciendo en Londres, pero adivina que ha

pasado algo y su preocupación por Eleanor, como siempre, es genuina. Cuando esa llamada termina, miro a Eleanor y esa mirada de tristeza está otra vez allí. Sonríe de nuevo cuando Alice pone algunas figuras de madera en el regazo de su madre y después le da la vuelta al tablero para empezar a jugar, *otra vez*.

Intento concentrarme en la revista, en lo que sea ya, pero cuando escucho los pasos acercándose miro la puerta. Es Elise, y me asiente antes de entrar, por lo que sé que viene a por mí.

—Señor Luzio —me saluda—. El señor Van den Heever está en la puerta con el señor Moretti. Lo siento, no han avisado y no he podido comunicárselo antes.

¡¿QUÉ?!

—¿Otra vez? —protesto—. ¿Qué quiere ahora?

—Vienen a ver cómo está la señora Zuccarelli.

—Está descansando, y no necesita visitas.

—Me apetece levantarme un poco —explica Eleanor sin colaborar en absoluto—. ¿Me ayudas, Elise, por favor?

—Sí, señora Zuccarelli —le responde Elise y espero que escuche mi resoplo porque ahora ella tampoco es una ayuda precisamente.

—Elise, diles algo —le pido—. Diles que no deben molestar a la familia Zuccarelli. Eso que haces tú —añado y entonces me mira—. Oh, no. ¿Tú también, Elise? —me lamento—. Si ni siquiera me ayudas tú a intimidarle, ya no me queda nadie. Zucca no puede dejar de sonreír y ni siquiera se conocen todavía.

—Tendrías que arreglar eso —me dice Eleanor.

—No —replico.

—Solo porque tienes miedo de ver que Jaxson también le acepta. Si tu favorito le acepta, será por algo. Y créeme, ya le acepta.

—Solo porque recibió ese balazo por mí —replico—. Bueno, no lo hubiese recibido si él no hubiese estado allí. Porque no tendría que haber estado allí. Hubiesen podido matarle. Es lo que hacen. Es lo que hacen con...

—G —me llama.

Fantástico. Bueno, dije que no le encerraría en hoteles, pero que mantuviese su distancia. Si él no lo hace, lo haré yo. Y eso que tengo cierta curiosidad para ver qué hace hoy, o qué ropa horrorosa lleva. Ropa de deporte, seguro. Y hoy tendría que estar trabajando, por cierto. ¿Por qué está aquí y por qué no está trabajando? Bueno, no importa. Recojo mis cosas y cierro mi iPad.

—No estoy, Elise —le explico a ella y me levanto de mi sillón—. Si dice algo, no estoy.

—Em... Grayson.

—No, E, no —le aviso—. No puedo. Y él es un idiota. Cuanto más cerca esté...

—G —me detiene—. Acabo de mandarle una foto.

—¿Qué? —le pregunto.

¿Cómo que le ha mandado una foto?

—Le he mandado una foto de Alice con el juego —me explica.

—¿Por qué has hecho esto? No sabemos si...

—G, es amigo de Gianmarco, le hemos estudiado hasta el último detalle, el resto también confía en él, le gustas mucho, ha recibido...

—Que sí, que es el Señor Perfecto.

—No —rechaza—. Pero en la foto salías tú de fondo.

—¡¿Qué?! —grito—. ¡Enseñamela!

Lanzo mi móvil en el sillón en cuanto me levanto porque necesito ambas manos para el de mi mejor amiga. ¿Qué foto le ha mandado? Oh, no. Y encima es de mi perfil malo, con la corbata torcida, con...

—No puedes huir —me avisa Eleanor.

— ¡¿Por qué le mandas fotos?! —le grito—. ¡Salgo horrible en esta foto!

Encima muerde su labio para no reírse, por lo que yo recojo mi móvil del sillón y me voy de aquí rápido. Tengo que irme de esta casa antes de que él llegue. Especialmente porque escucho las risas en el recibidor. Por la otra escalera, entonces, y esta vez no va a pillarme en el garaje.

—Señor Luzio —me responde Benedetta.

— ¡Ha llamado a Benedetta para intentar huir! ¡Me debes diez dólares, Madison! —grita Brayden y me detengo en la cima de las escaleras.

—Lo siento —me susurra Benedetta.

—Está bien —le correspondo—. ¿Están aquí ya?

—Han cruzado las puertas de la entrada ya —me susurra—. Pero el señor Occhionero ha hecho que el equipo de seguridad les detenga en la puerta.

Bueno, como mínimo Brayden ayuda en algo y me da más tiempo.

—Creo que el señor Occhionero está apostando con el señor Moretti también —me susurra.

—Estoy rodeado de impresentables —protesto.

—No sé si tengo tiempo de ir la casita a cambiarme, pero...

—Tranquila —le calmo—. Eleanor le ha mandado una foto.

—Oh.

—Sí —susurro y echo un suspiro—. Nos vemos ahora, entonces. ¿Puedes...?

—Por supuesto, señor Luzio.

—Gracias —le agradezco.

Después me apoyo contra la puerta de estas escaleras y cojo aire lentamente. No pasa nada. Lo único que tengo que hacer es no entrar en el juego. Si no me cabreo, si no le replico... es allí cuando empiezo a hacer estupideces. Y gracias a Eleanor no puedo ponerme un traje limpio, pero sí puedo cambiarme la camisa porque él no notará eso. Y el perfume se inventó por algo, pero todavía no puede olerse a través de una foto. No notará...

— ¿Te has echado perfume?

Miro a mi repelente hermana cuando llego a la cima de las escaleras del recibidor principal.

—Y te has cambiado de camisa —añade Brayden.

—No es verdad —le contesto.

¿Ahora nota estas cosas? *Mierda*. Si lo hace Brayden, también puede hacerlo él.

— ¿Qué hacéis todos aquí? —les pregunto cuando les veo a casi todos en el recibidor.

—Viene Rem, tío —me explica Tyler—. Queremos saber cómo está. Te salvó la vida.

—Como alguien lo repita de nuevo... —les amenazo—. Señora D'Arcangelo.

Por fin alguien que no participa en estas estúpidas apuestas como un ave carroñera. Y me sonrío como si no nos hubiésemos visto en horas, o como si no le hubiese pedido que se mantuviese a mi lado para ayudarme. Se acerca a mí enseguida y cuando le ofrezco mi codo ella se agarra allí con más soltura que la primera vez que lo hizo. Y su suave caricia me calma muchísimo.

—No te servirá que la uses de escudo, *Gray* —se burla mi odiosa hermana—. A Benedetta también le cae bien.

—Pero ella todavía tiene más clase que todos vosotros y no es un buitro —le replico.

—No lleva tantos años aguantándote —añade Tyler—. Ni con tus charlas, discursos,

monólogos, sermones...

—La vida puede ser muy bonita, Brayden —defiende él mismo mientras se acerca con mi niña en brazos—. Deja de ser un idiota y no pierdas más el tiempo con Letta.

—Dame a mi A y vigila tu lenguaje —le ordeno—. Ven, mi amor.

Como mínimo, Alice sí está de mi parte todavía y viene feliz conmigo. También le sonrío a Benedetta cuando ella arregla la falda del vestido, otro más que ha confeccionado para ella. Dejo de mirar el precioso estampado cuando escucho la puerta.

Nunca más voy a ir personalmente a *Fendi* porque en la nueva colección hay una falda plisada en verde oscuro que mi hermana necesita para en una importante reunión de negocios.

—Llegas a tiempo —le dice Tyler.

—Oh Dios mío, gracias —agradece Letta acercándose a toda prisa.

—¿Letta? —le llamo.

—Hola, Grayson —me saluda y se detiene en medio del recibidor—. Oh, estás muy guapo.

—¿Tú también? —me lamento—. No me digas que...

—Estaba de camino a casa ya —me explica acercándose y sé que es mentira—. Hola, cariño.

—Etta —le llama mi niña.

Y para mi desgracia, ella quiere irse con su zia. Me cuesta dársela a Letta, pero las dos se ven adorables cuando se la lleva y besa reiteradamente su mejilla mientras Alice se ríe a carcajadas. Lo peor de todo es que se acerca al grupo de buitres.

—¿Qué estamos apostando hoy? —pregunta acercándose a su prometido, a mi hermana, y a Tyler.

—Ven, que si lo sabe él nos fastidia el juego —le explica mi mencionada hermana.

—¡Letta! —protesto.

—Lo siento, Grayson. Necesito el dinero, me voy a casar.

—¡Serás sinvergüenza! —me defiende—. Vámonos —le suplico entonces a Benedetta.

—Señor Luzio.

Y cuando me doy la vuelta, veo que Elise se acerca por el pasillo del fondo. Cuando me asiente brevemente con su cabeza sé por qué es. Y cuando camina hacia la puerta me falta el aire.

—Vete —me propone Tyler—. Pero solo lo haces más evidente.

—Lo que lo hace evidente es que todos le recibamos en comitiva y vuestras estúpidas apuestas —me defiende.

Y encima mi mejor amiga se une a ellos porque se sienta en el banco a su lado.

—Muchas gracias, E.

—Estoy cansada —se defiende con una sonrisa inocente.

—Hola.

Espera, ¿quién ha hablado? Cuando miro a los buitres de nuevo, mi hermana le enseña su móvil a Eleanor y tiene su índice encima de su boca.

—Le he mandado a Letta mi apuesta —explica esa voz.

—¿Easton también? —protesto.

—¡Hola, tío, te quiero!

Esto ya es un desastre y ni siquiera ha empezado. Supongo que debería alegrarme porque le incluyan, porque él quiera estar aquí, pero se divierten y apuestan mientras yo estoy histérico, así que se acabaron las plantas y todo lo que le traigo a Easton cada vez que voy a verle. Bueno, no, necesita el pijama que me ha llegado esta mañana. Me lo he comprado hasta yo.

Y entonces Elise abre la puerta de nuevo y veo el... *monopatín*. Como mínimo, el idiota de Moretti lo sostiene con su brazo y no hace una gran entrada encima de él, algo que no me

extrañaría. La horrible combinación de su ropa como intento de *skater* mezclado con surfista es demasiado desastre como para perder el tiempo con eso.

Viene solo.

—Hola a vosotros también, eh —se burla—. En especial a ti, princesa —añade para mí y me sonrío con una mueca.

—¿Qué haces aquí?

—¿Tú qué crees?

—Nos vimos ayer. Seguimos igual que ayer.

—¿Todavía crees que venimos aquí a ver cómo estáis? —me pregunta y se va con el grupito de buitres—. Hey, tío —añade para Easton—. Qué guay verte así.

Mi hermana ya está susurrándole algo, por lo que sé que sus estúpidas apuestas han empezado de nuevo. El idiota se sienta encima de su monopatín, y se acerca tanto al grupo que todos forman un corro para chismorrear.

—¡¿Qué se supone que estáis cuchicheando?! —les grito.

—Señor Luzio.

Cuando miro a Elise, apenas tengo tiempo de procesarlo. La puerta se abre nuevamente y entonces veo a Cruz. Ni siquiera tendría que estar aquí, porque además está de baja, pero entra en casa con una sonrisa que sé que tiene que dolerle porque hasta pestañear es...

¡¿Qué demonios lleva?!

—Gracias, tío.

Chanclas, chanclas de caucho, en color blanco descolorido, con pegatinas de brillantes. Yo no puedo dejar de pensar en un tío que usa eso. Y encima lo combina con otros pantalones de baloncesto, en un rojo persa que como mínimo es bonito, y la camiseta blanca llena de arrugas... Oh, mierda. El blanco le queda bien. Esa camiseta blanca le queda bien. Además, no le queda ajustada como una segunda piel, pero definitivamente veo su trabajado cuerpo y los tatuajes que tiene a la vista.

También veo el apósito en su brazo izquierdo, y la maldita sonrisa de los dos hoyuelos.

—Hola —saluda para todos—. ¿Cómo vas? —añade para Eleanor.

—Muy bien, gracias —le responde ella sonriendo demasiado—. ¿Tú que tal?

Le asiente con su cabeza, y con esa sonrisa que siempre está en sus labios, y entonces se detiene. Cuando me mira muerdo mi lengua porque no quiero empezar yo y que mi hermana gane otra de sus estúpidas apuestas. Además de que no sé ni qué decir.

—Hola, Gray —me saluda.

—Es señor Luzio. Como me llames “Gray” una vez más voy a dispararte yo mismo en tu otro brazo —replico enseguida.

—Mierda —susurra mi hermana.

Y veo también cómo empuja a Moretti para que se deslice con su monopatín porque naturalmente él habrá ganado no sé el qué.

—Lo que tú digas, señor Luzio —se burla Remington de vuelta.

—¡Piscina!

No, Alice, no.

—Corre, ve —le anima Letta, además.

Para mi desgracia, Alice corre hacia sus brazos. Él se agacha para recibirla enseguida y no debería gustarme tanto que mi niña esté tan contenta de ver a un desconocido. Lo que siento ahora mismo le gana a mis celos, y eso sí me asusta de verdad.

—No es ni justo —protesta Moretti—. Me conoce más a mí que a él.

—Pero tú no te bañas con ella —le dice él mientras acomoda bien a mi niña en sus brazos—. ¿Cómo estás, chica hermosa?

—Piscina —le dice ella e incluso señala la puerta para indicarle por dónde está.

—Hoy no podemos —le explica él y ella hace un puchero que él imita.

Oh Dios mío. No puedo más con esto.

—Ven, A —llamo.

—Treinta segundos, gana Letta —explica mi hermana y me cabrea.

—Os dais cuenta de que os estamos escuchando con vuestras estúpidas apuestas, ¿verdad? —les recuerdo.

—Son divertidos —me dice él mientras finalmente me da a mi niña—. Y Moretti me debe cien dólares gracias a ti.

— ¿A mí? —replico—. ¿Por qué?

—Porque hueles muy bien, Gray —me responde y se acerca todavía más a mí—. Como si acabaras de echarte perfume. Y eso me da dinero a mí.

—No seas un idiota, o un ingenuo. Es verano y hace calor. Y mi perfume es caro. Es lo que tienen los perfumes caros. Que huelen bien y duran.

— ¿Pero te has echado perfume o no? —me pregunta y saca esos hoyuelos otra vez—. ¿Qué te da más rabia: que Moretti gane cien pavos o que yo lo haga?

— ¿Vas a ayudarme por primera vez en tu vida, Grayson? —se añade el idiota de su amigo.

—Te lo he dicho, hueles bien, Gray —añade él.

—Obo —dice Alice y señala otro de sus tatuajes.

—Sí, cariño —le dice con una sonrisa y después me mira—. ¿Cómo estás?

—Estoy perfectamente. Y tú estarías mucho mejor si no me hubieses seguido en ese coche. Pero ya que salvaste mi vida, y ya te he dado las gracias reiteradamente por ello, no sé por qué demonios tienes que venir aquí cada día a preguntarme esto.

—Porque si te pregunto si quieres ir a tomar un café conmigo vas a decirme que no.

¿¿Qué?!

—Y seguramente vas a añadir alguna mierda sobre el café importado, no sé qué más, y ya sabemos todos que es otra de tus mentiras —añade—. Así que hoy he decidido ser más original.

—Si no puedes ser más previsible, más evidente, más...

— ¿Quieres cenar conmigo?

Oh Dios mío. ¿¿Qué?! Me falta el aire, y cuando sonrío todavía más es peor. La puerta. Escucho la puerta. Hay alguien en la puerta. Y cuando consigo alejar mi mirada de sus estúpidos hoyuelos veo... negro.

—Zucca —susurro.

Y me voy hacia él enseguida. Ni siquiera sé en qué momento él se queda con su hija porque yo solo puedo respirar y con eso me basta. Irónicamente el negro me calma. Espera... ¿qué hace aquí? No me gusta su sonrisa. He echado de menos esa sonrisa. Es la de “Voy a ganar la partida de póker”. Oh Dios, no. Sé que él le ayudó con lo del Piazza Roma. Tuvo que ser él. Por favor, no...

— ¿Qué ocurre, Zucca? —pregunta Tyler.

Lo intento una vez más, pero él aleja su mirada y esta cambia radicalmente.

—Todo bien —responde.

Ahora intenta intimidar a Remington. Bueno, supongo que eso es bueno. Finalmente voy a tener a alguien que está de mi parte... espero. Más le vale. Me lo debe.

—Elise, llévate a mi hija de aquí y asegúrate de que los hijos de la señora D’Arcangelo

también están lejos —pide y noto el escalofrío por su tono de voz.

—Enseguida, señor —le responde Elise acercándose.

— ¡Papà! —grita mi niña.

—*Te vas con Elise ahora, mi amor* —le explica Zucca.

—Papà —protesta ella.

—*Te veo pronto, lo prometo* —le corresponde él.

En cuanto Elise se lleva a mi niña, la mirada de odio de Zucca regresa. Como mínimo, es hacia él.

—Eh, Zucca... —interviene el idiota de Moretti.

—Quieto —le pide mi hermana colaborando finalmente, porque tira de su camiseta, y consecuentemente de él encima del estúpido monopatín—. Tu amigo tiene que superar esto también.

Eso ya está mejor. Y me pongo junto a Zucca mientras él sigue intimidando a Remington. Finalmente, finalmente y finalmente alguien lo consigue. Por supuesto que tenía que ser Zucca. Solo me da miedo la mirada de antes. Y ha mirado a Eleanor también, pero no como “Cariño, ya estoy en casa”. Ambos me lo deben, así que espero que se comporten.

—Os presentaría —le digo a él—. Pero espero que ya sepas quién es él —le explico—. Jaxson Zuccarelli —añado y miro a mi mejor amigo en el mundo—. Mi favorito para siempre.

—Tú también, Sky —me corresponde con esa sonrisa ladeada, pero nunca deja de mirarle a él para seguir intimidándole.

Y funciona. Está funcionando. Remington van den Heever le tiene miedo a mi favorito y finalmente se calla. Así que voy a dejar que Zucca haga lo que se le da tan bien, y además voy a divertirme con esto.

—Buena suerte —le deseo cuando paso por su lado.

Y no me voy muy lejos porque llevo mucho tiempo esperando el momento.

—Así que tú eres Remington van den Heever —le dice Zucca.

—Sí —afirma él.

—Y estás aquí como si fuese tu casa —añade—. Menospreciando a mi favorito cada vez que le ves.

—Eh, Zucca... —interviene enseguida Tyler y se levanta del banco.

—No te metas, Ty —le ordena Zucca sin mirarle.

Mi favorito para siempre.

—Le insultas —sigue—, le replicas, le...

—Con todos mis respetos, pero él siempre empieza.

¿ACABA DE INTERRUMPIRLE?!

—No interrumpas —le ordena Zucca.

—Tengo que hacerlo porque solo te han contado una parte de la historia.

—Zucca... —dice el idiota de Moretti y se acerca a nosotros.

—No te metas, Moretti —le ordena Zucca—. Empiezo a desconfiar de tu criterio para elegir amigos —sigue mientras todavía mira fijamente a Remington para intimidarle más, y está funcionando—. No me gusta la gente que se pasea por mi casa y menosprecia a mi mejor amigo.

—Cállate, Moretti —le ordeno y también me encanta que él no pueda tener una replica elocuente—. Te dije que no te saldrías con la tuya —le recuerdo a su mejor amigo.

—He recibido una bala por ti —me recuerda mirándome.

—Porque no sabes aceptar un no por respuesta. Te dije que te alejases de mí, pero sigues paseándote por mi casa, participando tú mismo en estúpidas apuestas, y...

—Y te gusta igual que a mí.

—No le interrumpas —le gruñe Zucca.

Le sonrío porque una vez más ha olvidado que está delante del león Zuccarelli, quien resulta ser una de mis personas favoritas en este mundo.

—Zucca, basta —interviene Brayden acercándose también—. Grayson no es un santo precisamente y tú le conoces de sobras. No empezaron muy bien, pero Remington ha hecho...

—Ha recibido una bala por él, tío —añade Moretti y se acerca de nuevo.

—No tendría que haber estado allí —defiende Zucca sin mirarlos a ninguno de los dos—. No tendría ni que estar en esta casa. Una cosa es formar parte de las familias, y la otra es formar parte de la nuestra.

—¿A ti qué cojones te pasa?

¡¿QUÉ?! ¿Se ha vuelto loco? Miro a Zucca para que se deje de tonterías de una vez y haga más que intimidarle con su mirada. Funciona, pero incluso con eso, el tío en vez de callarse también le replicará a él.

—No, no, no —interviene Moretti y tira del de su amigo.

—Cuidado con tu tono —avisa Zucca—. Te habrás ganado sus votos, y que seas un buen profesional con mi hija no significa que ya puedas venir aquí de paseo cuando te plazca.

Gracias, Zucca.

—He venido a ver a tu mujer, y a gente que me ha tratado muy bien desde que me conocen —replica—. Tu favorito solo se esconde porque no tiene cojones de aceptar que se deja salir antes que entrar, que los accidentes pueden ocurrir, y que todo esto le gusta igual que a mí. Me avisaron de que Grayson Luzio siempre tenía tu apoyo, pero no que tú me tratases así sin que haya podido presentarme. O, ya que estamos, tú lo hayas hecho.

¿Se ha vuelto loco? ¡¿Qué hace?!

—Zucca, Zucca, Zucca —le detiene Brayden y hasta tira de su brazo.

Por suerte, Zucca se deshace de él con facilidad y da otro paso hacia adelante.

—Y de nada por recibir el balazo que iba para tu favorito —añade.

¿Qué hace? ¿Por qué ni siquiera da un paso hacia atrás?

—Cállate —le ordena su amigo acercándose—. ¿Qué cojones te pasa?

Zucca entonces me mira y está... está cabreado, sí. Bueno, bien. Es lo que necesito. Ahora tiene que intimidarle hasta que se arrodille frente a él si es necesario. ¿No quiere entrar en las familias?

—Te dije que siempre replicaba —le recuerdo a Zucca.

—Replico como tú.

No acaba de decir eso. Cuando me giro, tiene esos largos dedos incomprensiblemente sin tatuajes encima de sus caderas. ¡¿Por qué está tan tranquilo?! ¡¿Por qué replica incluso ahora?!

—Es la única manera de que te comuniques conmigo —sigue—. Siempre tienes algo para criticar.

—Y tú siempre tienes algo que comentar para todo —le replico.

—Porque es imposible hablar contigo como personas civilizadas.

—¿Dice el que me tiró un batido de arándanos encima y estropeó un traje hecho a medida!

—¿Te pedí perdón! ¿Te ofrecí pagar por los gastos de la tintorería!

—¿Y te dije que no hacía falta!

—¿Porque fue un accidente y lo sabes! ¿Pero estás con ese cabreo y nada de lo que haga es suficiente bueno para ti! ¡Ni siquiera un balazo!

—¿Porque no tenías que recibir ese balazo! ¿No tenías ni que estar en ese coche! ¿O en esta

casa!

— ¡Pero quiero, Gray!

— ¡No me llames así!

— ¡No voy a llamarte señor Luzio! ¡Es una estupidez y lo sabes!

— ¡Soy el señor Luzio! ¡Es lo único que soy para ti!

— ¡Porque eres un cabezón que no quiere darme una segunda oportunidad y sé que la quieres igual que yo!

— ¿Cuándo te he dicho yo eso? —le grito.

Entonces recuerdo que hoy tengo refuerzos y busco a Zucca.

— ¡Dile algo! ¡¿No ves cómo me habla?!
Oh, no. Cruza sus brazos y ahora ni parpadea, pero mirándome a mí. No, Zucca, no. Él no. Por favor, él no. Pero sé por qué no ha interrumpido, por qué no interviene, por qué no se acerca... y esa es la sonrisa de “Eres mi favorito siempre, pero no puedo ayudarte en eso”. No, no, no. Si me falla él... ya no me queda nadie. No confío ni en mí mismo ya con la de estupideces que estoy haciendo, pero él...

—No puedo, Sky —me confirma.

—No me hagas esto —le suplico.

—Estoy haciéndote un favor —me responde—. El mismo que me hiciste tú el día que Eleanor llegó al campus y tú estabas con esa panda de gilipollas frente al deportivo porque querías ir a dar una vuelta.

No.

— ¡Sabía que eso no tenía jodido sentido! —grita Brayden—. Perdón, perdón.

No. Y además sé que él está mirándome. Doy un paso hacia las escaleras y después doblo mis nudillos... mis manos. Respiro algo mejor cuando están de nuevo en mis bolsillos, pero entonces veo cómo Zucca se acerca a él y es mi peor pesadilla. Si Zucca le da la bienvenida, ya no puedo hacer nada más. Y no lo hará ahora porque está viviendo un momento muy complicado de su vida, y además tiene su propia familia por la que preocuparse, pero esa charla llegará. Y supongo que no puedo hacer nada para que no ocurra. O esto.

—Jaxson Zuccarelli —se presenta y le ofrece su mano—. Me han hablado muy bien de ti y sé que no necesitas mi voto a estas alturas ya, pero lo tienes y espero que seas muy feliz en tu nueva vida.

—Em... —dice él totalmente desconcertado.

Ni siquiera que ahora se tambalee con sus pies, o tiemble, o no sepa ni qué decir me hace feliz de alguna manera. Él está aturdido, pero no tiene ni idea de lo que acaba de conseguir.

—Menudo capullo —le Moretti a Zucca—. Me has acojonado.

—Lo siento, tenía que hacerlo —se disculpa Zucca y no con Moretti precisamente.

—Un... un placer, supongo —le corresponde él mientras encajan sus manos—. Y también me han hablado muy bien de ti.

Ver esto es... asfixiante, y reparador al mismo tiempo.

—Está dándote su mano. Da gracias por eso —le digo enseguida.

—Sky —me susurra Zucca.

Y encima se acerca, pero esta vez no quiero ni mirarle y giro mi cabeza. Sé que me la debe, sé que me lo merezco, y siendo sincero, prefiero que no le odie. Pero aquí delante, con todos, con esas estúpidas apuestas... esta visita sorpresa estaba planeada, y por eso las miradas con Eleanor. Sé que su matrimonio es un desastre ahora mismo, así que debería alegrarme de que hagan algo en común otra vez, pero no esto.

—Te debo un montón así —me recuerda Zucca—. Y eres un cabezón.

Odio que me haga sonreír ahora mismo, y encima se pone adorable y me da un cabezazo suave.

—Eso sí, Van den Heever —añade con el tono intimidante otra vez—. Si por lo que sea le haces daño a mi favorito, no vas a tener un sitio en el mundo para esconderte.

Finalmente, Zucca.

—Respeto eso —le susurra él y asiente con su cabeza.

Le ha contestado. También le ha replicado esto.

—Creo que eres la primera persona que es capaz de decir algo después de esto —le dice Brayden riéndose.

El resto también se ríe y veo cómo les mira él. Como si fuese uno de... ellos. Y encaja, encaja muy bien con ellos, pero esto no puede ocurrir jamás. Y no él. No con esos tatuajes repletos de recuerdos de la vida que con nosotros no va a vivir. No conmigo cuando mi favorito me obliga a rendirme.

—No lo hagas —me dice entonces.

Zucca tiene muchas historias para contar de cuando yo le he dicho a él esta misma frase. Pero no es lo mismo.

—¿Ni siquiera si tu favorito me da la bienvenida?

Y otra vez abre su boca. Cuando le miro, de nuevo tiene esos hoyuelos. Esa alegría desaparecerá. La vida en las familias consumirá eso, y cuanto más cerca esté de nosotros, más rápido ocurrirá.

—¿Qué cojones quieres que haga para que me des una oportunidad de conocerte? —me pregunta.

—Nunca la vas a tener —le aviso.

—Sky —interviene Zucca.

—Enhorabuena, ya tienes lo que quieres —le felicito.

—¿Otra vez con esto? —me pregunta y echa un suspiro.

¡Echa un suspiro!

—Ya estás en las familias —le recuerdo—, ya tienes una fama porque has protegido mi vida, estoy en deuda contigo siempre, pero no te quiero cerca de mí y nada de lo que hagas va a conseguirlo.

—Grayson...

Y mi hermana es la última que puede hablar ahora mismo.

—Cállate —le ordeno—. Y ahórrate tus estúpidas apuestas de...

—¿Tienes idea de lo cojonuda que es tu hermana para...?

—No te metas —le interrumpo a él enseguida—. Lo siento si perdiste a la tuya, pero no vas a tener la mía, ni el resto de mi familia.

—Grayson.

Tampoco necesito la ayuda de Eleanor ahora mismo. Esto tiene que acabarse ya.

—Lo siento, E —le digo a mi mejor amiga, aunque no puedo ni mirarla—, pero tú no entraste aquí buscando un remplazo. Precisamente intentaste no conseguirlo.

—Cállate ya —me ordena Moretti y ahora Brayden tiene que detenerle a él.

—Aléjate de mí —le ordeno a su amigo—. Ya les caes bien a todos. Pero si crees que por tener la aprobación hasta de mi favorito... —añado y miro a Zucca—. Gracias por eso, por cierto. He visto lo que has hecho con Eleanor.

—Tú has hecho cosas parecidas.

—Era muy diferente —le recuerdo—. Y creo que ya tienes suficiente en tu vida ahora mismo como para añadirte a ese grupo de marujas que cree que puede manipularme como una marioneta.

— ¡Grayson!

Y Eleanor también se ha levantado del banco para acercarse.

—Meteos en vuestros asuntos —le ordeno a ella—. Y tú aléjate de mi vida —añado para él—. Te doy las gracias, ¿de acuerdo? Te doy las gracias por salvar mi vida. Y admito que eres un repelente con el que me gusta discutir —sigo con dificultades—. Es divertido, eres rápido y envidia que siempre tengas algo por decir, algo por aportar, una sonrisa, un consejo. Eres malditamente perfecto, ¿vale? Pero se acabó. No quiero ser tu amigo, no quiero que juguemos al tenis, no quiero que llames por si estamos bien, no quiero que te acerques a saludar, y no te quiero en mi vida. Y si no puedes comprender eso, es que sí eres un idiota y sé que solo lo eres a ratos. ¿Entiendes que no quiero nada contigo? Nada. Y si yo te lo digo, lo aceptas y ya está. Sigues con tu vida, te preparas para lo que te viene porque lo tendrás más fácil que otra gente, pero tu vida dará un giro completo, y cuando nos veamos tú eres Remington van der Heever y yo Grayson Luzio. Si quieres ser el mejor amigo de mi hermana, regalarle juguetes a mi ahijada, comentar el béisbol con Brayden... adelante, tienen su vida, pero no te quiero en la mía. Y espero que lo respetes, porque esto ya no será gracioso si no lo haces.

—Sky... —susurra Zucca.

Él, que siempre respeta las barreras físicas de cada persona, tira de mi codo suavemente. Por lo que me aprovecho de otro derecho de ser su favorito y le empujo con mis manos para que haga algo que me ayude, como dejarme huir de aquí ya. Puede venir si quiere, de hecho, me alegro de que lo haga para decirle cuatro cosas, y que Eleanor se una es beneficioso también porque quiero saber qué demonios han apostado ellos dos y su motivo de ello.

—Te vi antes.

¿Qué?

Me doy la vuelta de inmediato y entonces nuevamente le veo con sus manos en la cintura. Hace esto cuando está nervioso. Y chasquea su lengua. Está sexy incluso cuando está nervioso. Es asfixiante.

— ¿Qué has dicho? —le pregunta Zucca—. ¿Le viste antes de la cafetería?

—Sí —afirma.

—Sabías quien era yo —le susurro.

Oh Dios mío. Ahora me siento más patético todavía.

— ¿Qué? —me corresponde—. No —rechaza—. Te lo dije, me enteré en cuanto le conté la historia a Moretti.

—Te lo juro por mis hermanas —me dice Moretti—. Me dijo que había discutido con un tío en traje cargado de bolsas de lujo que le gritó sin apenas dejarle hablar y le dije que conocía a un tipo así, pero eres tú y era imposible que estuvieses en ese sitio.

—Es que es algo que no tiene sentido —susurra Remington y aleja su mirada—. Pero da igual.

— ¿Le viste antes de conocerle en la cafetería? —pregunta Zucca.

Y él asiente con su cabeza.

—Pero no sabías quién era él —añade Zucca.

—No —rechaza—. Le había visto antes.

—Antes, ¿cuándo? —pregunta mi hermana en el tono intimidante que tendría que haber usado con él desde el primer día—. ¿Por qué demonios nos enteramos de esto justo ahora?

¿Cómo que me vio antes?

—Tío —protesta Moretti.

¿Y este idiota lo sabía o no?

—Porque la historia va a ser bastante humillante para mí —responde él—. Especialmente con todos aquí delante —añade y coge aire—. Hola, Easton. Encantado de conocerte —saluda mirando el móvil de mi hermana.

—Déjate de presentaciones —le ordeno—. ¿Cuándo me viste?

—Estaba acabando mi carrera y te vi a lo lejos —me explica—. Admito que primero me fijé en el coche, porque ibas con un *Rolls-Royce* que era una pasada —explica y me acuerdo de ir en el *Phantom*—. Y abrieron la puerta para ti —añade y resopla—. Eras... desenchajabas en ese sitio porque ibas cargado con bolsas de marcas que hasta yo reconozco —explica y chasquea con su lengua otra vez—. Pero estabas ahí, y no sé por qué, pero no podía dejar de mirarte. Además de que me parecías, y sigue siendo así, uno de los tíos más guapos que he visto en mi vida.

Oh Dios mío. Y entonces frota su cabeza con la mano de su brazo bueno, otra cosa que hace cuando está nervioso. Cuando coge aire sonoramente, me recuerda que yo debo hacer lo mismo porque necesito el oxígeno fresco.

—No eres para nada mi tipo —añade mirándome y se ríe nerviosamente—. Tuve que ponerme un traje para la boda de mi primo, y fue un jodido infierno aguantar por respeto a la ocasión —explica—. Pero no podía dejar de mirarte. Después vi que, además de ir cargado de bolsas, sostenías una libreta.

— ¡¿Qué haces?! —le grito de inmediato.

Intenta quitarse el apósito de su brazo que protege la herida cicatrizando todavía del balazo que recibió.

—No voy a morirme ahora —se burla.

— ¡No te saques esto! —le grita acercándose enseguida a él.

Y aparto a Moretti con mi mano porque como siempre molesta y está en mi camino.

— ¿Quieres que se te infecte la herida? —le pregunto.

—Pregúntale a tu hermana y te dirá que no voy a morirme —me replica incluso con esto—.

¿O también quieres que te llame doctor Luzio?

—No te hagas el gracioso con esto. Recibiste un balazo.

—Lo noté —me recuerda.

Y da un paso atrás. Después, como mínimo con cuidado, se quita el apósito. No puedo ni mirarlo. Me cuesta unos segundos hacerlo, vaya. Me acuerdo de la sangre. De buscar desesperadamente el casquillo de la bala. De él riéndose, con esos hoyuelos como siempre, y de pelearnos porque me llamaba “Gray”. Cuando dejó de llamarme en absoluto sentí pánico, y me da miedo todavía no acordarme de lo que paso después. Pero miro su piel, y tengo la urgente necesidad de llamar a mi hermana para que me diga si está cicatrizando bien o no. El balazo ha destrozado el tatuaje de...

— ¿Ves el tatuaje que se ha cargado? —me pregunta.

—La picaza —le susurro.

—Ese día llevabas...

—Una libreta con una picaza de...

—Monet —interrumpe y alejo mi mirada de su piel para fijarme en sus ojos—. Puede gustarme el arte, Grayson —replica con una sonrisa.

—No he dicho nada.

—Si intento decir algo sobre el cuadro tú vas a darme más detalles.

—No es verdad.

—Monet lo pintó en 1867.

Mierda. No pasa nada. Puedo hacerlo. Pero cuando alza sus cejas tengo que morder con fuerza mi lengua.

—Dilo —me reta.

—Fue en el invierno de 1868-1869 —susurro y se ríe—. Solo para que conste, no me sorprende que pueda gustarte Monet o que conozcas su obra —añado—. Me sorprende que conozcas ese cuadro porque es el mejor de sus paisajes de nieve, pero no es su cuadro más conocido.

No ha estudiado arte. No compra libros de arte. No va a galerías de arte. No ha pagado por una entrada en un museo en...

—Por lo que ya asumes que no conozco su obra. —replica.

—Regresa al tema —le pido.

—La noche que mi hermana me convenció de ir a esa fiesta estábamos haciendo un puzle de ese cuadro —me explica.

Su hermana Nikele. Oh Dios, ahora tengo que morder mi lengua por otro motivo. Esa historia me hace llorar.

—Le encantaba —susurra—. Y ella sí te hubiese replicado para defenderse de tu pavoneo de la clase de arte porque estaba estudiando eso.

Estudió Bellas Artes en la USC. Trabajaba en una galería de arte de...

—Sabes que está enterrada en Colorado —añade y asiento con mi cabeza—. Y que murió en enero.

—Sí —susurro.

El padre biológico que nunca le ha reconocido vive allí con su segunda mujer, la madre de su hermana, y la madrastra que le culpa todavía por la muerte de su niña. Él le llama, le manda mensajes, le manda correos electrónicos con viejas fotos... y ella nunca contesta. Nikele McCoy está enterrada en Colorado, donde vivió toda su vida antes de mudarse a California para estudiar en la universidad, y para estar con el hermano que no le dejaron tener en su vida. Oh Dios mío.

—Cuando la enterramos, una picaza estuvo un buen rato encima de su cruz —añade Remington y ahora no sonrío, sino que presiona sus labios y escucho cómo coge aire—. Estaba todo lleno de nieve, y hacía un frío horrible. Me recordó a este cuadro y siempre he pensado que era ella diciéndome adiós porque no nos dejaron hacer eso. Es lo más estúpido, pero la única explicación a por qué no podía dejar de mirarte cuando no eres para nada mi tipo es la libreta con el cuadro de la picaza.

Parpadeo con fuerza y después miro el destrozado tatuaje porque estoy al borde de las lágrimas y es lo último que necesito. También miro cómo protege la herida nuevamente con cuidado.

—Entonces no pude ni disculparme cuando te tiré sin querer esa bebida —añade mirándome y no quiero sonreír, pero sé que lo hago y él también porque veo los hoyuelos—. Y pensé que eras un idiota. Un tío muy guapo, pero un idiota engreído y esos jamás me han gustado.

Coge aire otra vez, y de nuevo pone sus manos en su cintura. Se ve... vulnerable, y no le había visto así. La sonrisa tiene los hoyuelos, pero está triste.

—Pero entonces Moretti me enseña tu foto —sigue y sonrío más—. Y me avisa. Eleanor también lo hizo. Y tu hermana —añade—. Y sabía que por eso no ibas a darme la bienvenida precisamente. Pero es muy divertido pelearme contigo. Y no he querido usarte en ningún momento. Ni quiero robarte a tu familia.

—Siento haber dicho eso —le susurro.

—No pasa nada —me corresponde—. Sé que cuando empiezas a decirme marcas carísimas de ropa es porque quieres parecer un engreído afortunado que tiene más dinero que días para ponerse la ropa.

Me giro cuando escucho las risas, y no me sorprende que sea Brayden o que intente reprimirse con sus manos encima de su boca. Cuando le miro de nuevo a él, hay esa tristeza de nuevo.

—Pero te he visto hablando de Sky —sigue y la asfixia regresa—. Ni siquiera había pensado que eso podía existir, y acabo de escuchar que él te llama Sky a ti —añade y señala a Zucca con su cabeza—. También usas esto de “Soy su favorito” para dar miedo a la gente y alejarles. Cada persona que ya he conocido dice que Grayson Luzio siempre consigue lo que quiere por ser el favorito. Y se nota de lejos que es mutuo —añade—. Pero lo usaste para atacarme, y no te funcionó precisamente. No me asusta que presumas de tu familia, todos dicen que eres de lo más leal que han conocido nunca. Y tu ahijada te adora como si fuese tu hija, pero a su madre no le molesta, y eso dice mucho de los dos. Me dijeron que intentarías alejarme más porque sin tu favorito no puedes existir —añade—. O la gente es muy idiota, o tú eres muy bueno pretendiendo ser un egocéntrico que solo va cargado hasta arriba de bolsas de *Gucci*.

—*Dior* —susurro—. Lo siento —me disculpo—. Eran de *Dior*.

—Tu marca favorita —dice y se ríe—. Dios mío —añade y frota su rostro con sus dos manos—. Si mi hermana ve de alguna manera que he perdido la jodida cabeza por un tío que va de *Dior* hasta por casa y que no me da ni la maldita hora... —dice y aleja su mirada.

—Tienes que alejarte —le repito—. Sé por qué tienes los tatuajes —le explico—. Y siento haberme burlado de ellos —me disculpo—. Sabía que eran personales y quería... Aunque Alice crea que eres un cuento con piernas... —añado y se ríe un poco—. Es todo lo que estás haciendo por dos —le explico—. El lobo por el viaje a Alaska con tu hermana. El globo por cuando estuviste en Sudáfrica visitando la familia de tu madre. El delfín por cuando fuiste voluntario en el centro de recuperación que hay cerca de aquí, de hecho. La ballena es por *Moby Dick*, un libro que has leído unas cuantas veces. El águila porque uno de tus grupos favoritos son los *Eagles*. El trineo lleva a Santa Claus, así que te gusta la Navidad. La jirafa es el animal favorito de tu madre. El avión lo tiene Moretti también, así que es algo de vuestro tiempo en el extranjero. El casete porque escuchas muchísima música actual, pero también te gusta mucho el rap de los 90. El...

—Ya —me interrumpe.

—Te gusta la tinta, pero cada uno de tus tatuajes está repleto de recuerdos. No vas a tener esta vida si...

—No has dado ni una —me interrumpe otra vez—. Muy bien, has estudiado mi vida hasta tal punto que da miedo. Pero ya lo sabía, me avisaron de ello. Y no has dado ni una.

—Sé que son recuerdos —le explico—. Y la mitad de ellos están aquí porque estás viviendo tu vida y la de tu hermana.

—No —rechaza—. Mi hermana está muerta, Grayson.

Lo sé. Y sé que todavía estás yendo a terapia por estrés post-traumático porque murió en tus brazos. Pero necesitas alejarte para vivir por los dos. Es lo que yo le prometería a la mía, vivir por los dos. Es lo que Eleanor le prometió a su familia, vivir otra vez. Y no vas a conseguirlo en nuestra vida.

—El lobo no es por el viaje a Alaska con mi hermana, es porque con uno de mis mejores amigos de la infancia jugábamos a ser lobos —me explica—. El águila es el tatuaje del viaje a Alaska con mi. Porque los *Eagles* me gustan, pero no es mi grupo de música favorito. Era el de mi padre y los escuchaba cuando trabajaba con los coches. Habrás averiguado que están en mi

lista de reproducción de *Spotify* porque me ayudan a concentrarme cuando estoy trabajando con los coches yo también —sigue—. Lo del globo no es por el viaje a Sudáfrica con mi madre. Has encontrado la foto en su Facebook, pero no es por ese viaje. El tatuaje del delfín no es por mi voluntariado...

—Ya —le interrumpo ahora yo.

—No es por mi voluntariado —sigue—. Es porque mi otra madre puso un delfín de peluche antes de que se me llevasen los servicios sociales. La ballena es por el voluntariado, porque que me perdone quien sea, pero jamás he sido capaz de leerme *Moby Dick*. Si has averiguado que tengo varias ediciones es porque a mi madre le gusta el libro, y se lo regalo cada vez que veo una edición diferente porque es un libro que era importante para ella y mi padre, y sabes que mi padre está muerto.

—No sigas —le susurro.

—Una mierda —replica cabreado—. El trineo lleva Santa Claus porque mi abuela, la única que conocí, siempre me decía que yo era como su regalo de Navidad cuando llegué con ellos. Odio la Navidad, para desgracia de mi familia biológica y profundamente católica en Brasil, pero ya es otra cosa más, por lo que no importa mucho —sigue—. La jirafa seguramente es el animal favorito de mi madre, pero si tiene un montón de fotos en su móvil, en el fondo de pantalla de cualquier dispositivo, o me manda cada día una para darme los buenos días es porque ella y mi padre tenían que ir a África a verlas, y no fueron. Cuando se enteró de que yo vi unas cuantas con Moretti en...

—Tío —interrumpe el aludido.

—Dice que tenemos que ir juntos —sigue—. El casete es porque cuando nos íbamos de viaje, mi madre hacía uno y tenemos el de cada uno de los viajes. El avión sí es por Moretti, pero no por cuando nos conocimos, sino por la serie de *Lost*.

—Que sí, que ya lo entiendo —le digo.

Esta vez, sí se detiene, y escucho el suspiro que echa.

—Si en vez de analizarme con un informe y hackeando mi móvil o lo que sea, quisieses darme una segunda oportunidad para conocerme, en vez de ser un idiota con mis tatuajes y un repelente sabelotodo como siempre, estaría contándote esto con uno de tus cafés importados de Italia sin estar en un maldito interrogatorio.

—Solo puedo hacer eso —le explico—. Tú has leído mi vida en un informe, y...

—Todo lo que sé de ti y lo que la gente habla de ti es que eres el malcriado de la familia —me corresponde.

—Soy el malcriado de la familia porque Zucca siempre me ha consentido —defiendo—. Pero esto no podemos hacerlo —añado y señalo con mi cabeza su brazo—. Y el balazo algún día no solo destruirá tu tatuaje, te quitará la vida antes de tiempo como le pasó a tu hermana. Aléjate de mí. Te juro que no vas a ganarme con eso y no quiero jugar a ese juego. No es divertido y voy a ganar. Y yo si fuese tú, correría muy lejos de esta vida. Muy lejos.

—Ya perdí a mi hermana por ser un jodido cobarde. No me digas cómo tengo que vivir mi vida.

—Solo te pido que te mantengas alejado de la mía —le respondo—. Siento mucho haberme burlado de tus tatuajes, de tu hermana, de tu duelo, pero un cuadro de Monet no cambia nada.

—No, depende de ti —me replica—. Pero en mi informe no está tú número. Tú sí tienes el mío.

—Acabo de decirte que te mantengas alejado de mi vida. Lo haré yo por ti si no me haces caso. Y no te ayudará ser amigo de Moretti, que mi hermana te adore, o que no le tengas miedo a

Zucca.

— ¿Qué hacías en ese sitio?

—Tu hermana no me llevó a ese sitio —le recuerdo—. Y si yo no puedo dudar de que conozcas un cuadro de Monet que no es tan famoso, tú tampoco puedes cuestionarte qué hago en mi tiempo libre.

— ¿Te traen el café de Italia y compras en ese sitio? —me pregunta—. No soy idiota, Grayson. Nadie cargado de bolsas de *Dior* compra café en ese sitio.

—Puedo entrar en cualquier sitio y no tengo que darte explicación alguna.

—Sí, pero no entras en cualquier sitio —defiende—. Y no solo por el café malo, o que no dejarías una bolsa de *Dior* en una silla que ni siquiera combina con las de la misma mesa —añade—. Me has dicho que me preparare para esta vida. Esa cafetería no es vuestra. Nada de esa calle es vuestro. Nada.

Mierda.

Escucho el suspiro cargado de frustración y entonces da una vuelta sobre sí mismo. Cuando me mira de nuevo, pone sus manos en su cintura. Espera, espera, espera, pero por su bien no puedo replicarle. No puedo.

Y se rinde.

Finalmente se rinde y pasa por mi lado. Duele muchísimo ver cómo se va, sin despedirse, sin las risas, sin...

—Te vi antes también.

Y tendría que haberme callado. Pero necesito que se gire, necesito que se gire ya y... y no lo hace.

—Estabas hablando con alguien por videollamada —sigo—. No podías dejar de sonreír. Era imposible alejar mi mirada. Y eso que no entendía por qué. Estabas sudado, con una ropa de colores horribles, y me gusta mucho el significado de tus tatuajes, pero no soy un fan de la tinta —añado—. Entré en esa cafetería porque quería seguirte.

Espero con un nudo en la garganta. Se va por la puerta después, y eso duele, pero lo que duele de verdad es que no me replica de vuelta. Sé que tengo que irme de aquí ya.

— ¡Eres un jodido idiota! —me grita Moretti siguiéndome

— ¡Moretti! —le detiene mi hermana.

Y el idiota resopla antes de echar a correr para ir hacia la puerta y marcharse él también.

—No quiero escucharlo —aviso mientras empiezo a subir las escaleras—. Ya sé que os cae genial y que soy idiota. Pero no quiero escucharlo.

— ¡Eres un idiota! —me grita ahora mi hermana—. ¡Por no contarnos esto!

—Y solo demuestra que te gusta todavía más —añade Brayden—. No queremos las apuestas ni el dinero, Grayson.

Me agarro a la barandilla porque necesito el apoyo físico, y porque cuando le miro a él es todavía peor.

—Siempre ayudas, lo queramos o no, y este tío te gusta —me dice mucho más calmado.

—La próxima vez no se llevará un balazo en el brazo para salvar mi vida —recuerdo—. Van a matarle.

— ¡Bienvenido al club! —me grita mi hermana—. A mí los Patricelli también han intentado matarme.

—Y ni siquiera vamos a contar las veces de Eleanor —añade Easton por el móvil—. Mi padre el último.

—Precisamente —replico—. Y aquí nadie puede darme consejos de nada.

—Intentamos ayudar porque como tú también hemos pasado por esto —me dice Tyler—. Y no vas a decirnos que tú no has hecho auténticas locuras.

—La apuesta de Eleanor, por ejemplo —me dice Letta—. Tú apostaste con nosotros que ella y Zucca acabarían juntos.

—¿Fue él? —le pregunta Brayden y entonces mira a Zucca.

—No me enteré de eso hasta más tarde —le recuerda este.

—Eso era para cabrear a mi hermana —les recuerdo—. Todos sabíamos...

Brayden alza sus brazos señalándome y los demás me miran con la misma exasperación.

—Es diferente —defiendo.

—Tío, no le conozco —me recuerda Easton—. No es diferente. De hecho, los paralelismos dan hasta miedo.

Zucca no es una ayuda hoy, pero cuando miro a Eleanor ella me sonrío débilmente.

—Sé que no es fácil para ti, pero sois muy intimidantes y él nos ha ganado a todos —me dice—. Eso dice mucho de él. Jaxson tiene prohibido quejarse por mi desorden durante un mes por no haber resistido más de diez minutos intimidándole.

O sea que era eso. Y Zucca le rueda sus ojos por esa estúpida apuesta.

—No has aguantado —le recuerda Eleanor.

—No es divertido, E —protesto.

—¿Qué ha sido eso del polideportivo? —me pregunta.

Mierda.

—Eso también quiero saberlo —dice Brayden y le miro a él—. No tiene jodido sentido que Eleanor llegase al campus y tú casualmente estuvieses allí, solo, sin seguridad, y que esa mierda de gente...

—Lo organizaste todo —me acusa mi hermana—. Sabías que esos eran conflictivos, que estarían por esa zona a esa hora, que...

—¿Es de verdad, G? —me pregunta Eleanor.

No puedo mirarla. Esto no tenía que salir a la luz jamás.

—¡Te insulté por eso! —me grita mi hermana—. Fue entonces cuando... Cuando me echaste esa bronca.

Miro a Brayden cuando escucho su risa.

—Sé que estás asustado de cojones —me dice—. Créeme, lo entiendo. Pero si los polos opuestos se atraen, aquí tienes el ejemplo —añade—. Y ayuda mucho que el tío no sea un idiota, que no lo es, porque el día que finalmente te rindas vas a estar insoportable. Y voy a luchar mucho para que tengas ese día.

—¡No hagas nada! —le ordeno mientras se aleja hacia el comedor.

—Voy a ver si hacen un dos por uno en bodas —me replica.

—Letta —le suplico a su prometida.

—Nadie puede resistirse a esa sonrisa con hoyuelos —me responde ella y se aleja también.

—Tyler... —suplico.

—¿A mí vas a pedirme ayuda? —me pregunta riéndose—. Oh madre mía, lo que voy a disfrutar con esto. Y el tío odia los trajes. Es mi fantasía.

—Madison —lo intento con mi hermana—. Madison, me lo debes.

—Si no me gustase para ti, nunca le hubiese dejado acercarse tanto a nosotros.

—Si es necesario con cuchillo incluidos —le dice Eleanor y mi hermana le saca la lengua.

—Está celosa porque con ella no hicimos esta propaganda —explica Easton y los dos se ríen.

—Llámame después de tu clase de yoga —le pide Eleanor.

—Sí, mamá —se burla—. Oye, Grayson.

—No. Sé que tú no vas a ayudarme —admito en derrota.

—Efectivamente, no voy a ayudarte en absoluto. Solo recuerda que por no aceptar que me gustaba Vanessa e intentar protegerla como mejor podíamos hacer ella está muerta.

Vanessa Alonzi.

—Eso... —sigue Easton—, y que yo ya sabía que entraste a esa cafetería por él.

— ¿Cómo que sabías esto? —protesta mi hermana y mira su móvil—. Oh, voy a matarte. ¡Me debes dos cientos dólares!

Y se ríen juntos mientras mi hermana camina hacia el salón para seguir analizando mi vida y mis desastres. Zucca y Eleanor no les siguen, pero no voy a bajar con ellos.

— ¿En serio estabas esperándome en ese polideportivo? —me pregunta Eleanor—. Pero si ni siquiera sabías si le pediría al taxista que detuviese el taxi, o que iría a defenderte.

—Y él consiguió un Mastín Napolitano sin saber si podría dártelo algún día —replico y señalo a Zucca con mi cabeza—. O el anillo, el brazalete, el...

—Nos hacemos una idea, Sky —me detiene Zucca.

—Y eso es... —le recuerdo.

—Diferente —me interrumpe Eleanor—. Porque es tu historia, G. Te brillan los ojos y yo también le miro el culo.

Admito que con eso me río, especialmente por los celos irracionales de Zucca.

—Me dijo esto en Seattle —le explica mientras manosea su rostro y él besa su palma extendida.

—Ni siquiera nos conocemos... —le recuerdo a mi mejor amiga y muerdo mi lengua después—. No el momento de... —sigo y resoplo cuando me mira de esa manera—. ¿Por qué os ayudé tanto si ahora no sois precisamente una ayuda?

—Porque gracias a ti estamos donde estamos, G.

—Y ese era el cuadro favorito de tu madre.

Definitivamente Zucca hoy no está siendo una ayuda. Pero cuando le miro, tiene la sonrisa de sabelotodo repelente que amo cuando no usa conmigo. No será tan rastrero como para usar a mi madre ahora... sí, sí lo es, y yo ya estoy al borde de las lágrimas.

—Tenía una réplica junto a su tocador —sigue Zucca—. Y te acuerdas de ella peinándose con el cuadro en la pared. Yo te regalé esa libreta cuando empezaste con la revista y fue por ella.

No puedo más. Y me da igual todo ya, por lo que simplemente me voy a llorar porque es lo único que puedo hacer ahora mismo. Echo de menos a mi madre, me siento un idiota, y me da pánico no pelearme con Remington van den Heever jamás, aunque sé que eso le salvaría la vida.

capítulo 21

El cuadro

Remington

Este *Jeep Wrangler Sahara* está quitándome horas de sueño. De acuerdo que es de 2001. De acuerdo que ha tenido mil dueños y han jodido el motor de mil formas. Y de acuerdo que lo uso para no pensar en otra cosa, pero está quitándome horas de sueño. Y cuando escucho los pasos agradezco que alguien se acerque para pedir opiniones, pero es mi prima. Y no sé si me gusta que esté aquí, en mi sitio de trabajo, aunque sostenga dos vasos largos, porque además estos contienen batido de arándanos. De acuerdo que es mi favorito, pero lo hace para joder.

—Gabby —le saludo y cojo el trapo para limpiar mis manos—. ¿No trabajas?

—Tengo el día libre, y tú eres el que no debería hacerlo —me recuerda y me da mi batido—. Ya sabes, herida de bala y esas cosas —susurra.

—Gracias —le agradezco y doy un sorbo—. ¿Qué quieres?

—Gianmarco me ha dicho eres como un zombi deprimido.

—¿Gianmarco ahora? —le pregunto sorprendido por el cambio.

—Déjalo ya, ¿vale? —protesta—. Por increíble que te parezca, puedo divertirme con él, podemos ser amigos, y no vamos a tener drama porque no me case con él o algo.

—¿Ahora también tenéis que comentar mi vida?

—Si te pasas el día trabajando aquí que ni le ves, y a mí me ignoras incluso cuando te dejo bollos de crema recién horneados en tu casa...

—Te colaste en mi casa —le recuerdo—. Y me robaste un bote de mermelada.

—Lo siento —se disculpa con un puchero—. Es que tu novio no deja de mandarte cestas de comida que no quieres comerte porque estás en este berrinche.

—No es mi novio, no estoy en un...

—Lo que sea —dice y se apoya contra el coche—. Pero a mí nadie me ha mandado cestas con comida gourmet con lo mejor de lo mejor, *del mundo*.

—Bueno, no voy a dejar que la deliciosa comida lo cure todo para que después él pueda tener otro cambio de personalidad y ser un jodido huracán cuando se asusta y tiene suficiente.

—No es tan fácil gestionar tus emociones.

—¿Por qué le defiendes siquiera? —le pregunto y doy otro sorbo a mi batido—. No le conoces, y lo que sabes lo has criticado siempre.

—No su armario. Daría lo que fuese por ver su armario.

—Vale, sí, espera, ahora voy a humillarme otra vez arrastrándome hacia su casa para pedirle que le deje a mi prima dar un tour entre sus millones de perchas —me burlo.

—¿Se han ido ya? —me pregunta.

—Lo harán pronto, creo —le respondo.

—Y tú estás dentro. Vas a empezar a formarte con eso de... bueno, eso.

—¿Ahora también vas a emocionarte por esta parte?

Da un sorbo a su batido, o solo juguetea con su pajita haciendo ruido para cabrearme más.

—¿No se supone que tienes que irte a dormir y estar tranquilo contigo mismo y con la vida que tienes? —me pregunta y sonrío—. Fastidia, ¿verdad?

—Darles largas a tus padres con eso de que no has conocido al hombre perfecto y que algún día ocurrirá y vas a casarte, y vas a tener niños...

—Mis padres son unos jodidos homófobos, Rem, y lo sabes —me interrumpe—. Te han tratado diferente desde que saliste del armario. Mi madre y la tuya se han peleado por esto. Si les digo que no quiero casarme y que lo de ser madre no va conmigo, van a tener el berrinche del año. Si les digo que mi novia está en mi casa la mitad del tiempo y que además tu amigo también está por allí van a dejar de hablarme. Y son idiotas, pero son mis padres todavía. No saber gestionar eso es muy, pero que muy diferente.

—Lo siento —susurro.

—Y precisamente porque yo no tengo el jodido valor, tú siempre has intentado que sí lo tenga porque tú has hecho con tu vida lo que te ha dado la gana.

—Mi madre se hizo voluntaria en la asociación del barrio y ha organizado un club de lectura con tus amigas lesbianas en su casa —le recuerdo y se ríe—. Lo siento.

—Está bien —susurra—. Es que es raro verte bloqueado por primera vez en... años.

—Ya. Es jodidamente frustrante —le digo y doy otro trago.

—Es normal que tenga curiosidad por conocerle. Grayson Luzio ha conseguido detenerte cuando te pones cabezón con algo —me dice y me río—. Y en serio quiero ver su armario.

Después de eso doy sorbos a mi batido hasta que me lo acabo. Y se lo doy de nuevo a mi prima cuando extiende su mano hacia mí.

—Ojalá le hubieses conocido en ese bar y hubiese sido un idiota que después te hubiese traído ese Rolls-Royce para que le arreglases lo que sea —me dice—. Pero tendrá su historia también.

— ¿Ahora quieres que luche para conseguir una miserable cita con un líder de la mafia? —le susurro.

—Tenía el cuaderno con esa picaza del artista francés ese...

—Monet —le recuerdo—. Vik no lo puso en mi vida. Llevo semanas justificando mi atracción por él con eso. Es totalmente irracional. Y lo sé porque lo dije en voz alta, delante de toda su familia, y sé lo patético que suena.

—No lo sabes —replica—. Y no puedes demostrarlo —añade enseguida—. Y crees en eso, además.

Se acerca para besarme y le doy una suave patada a su culo cuando se aleja para que se ría como siempre. Odio a sus padres, en serio.

—Gracias por el batido —le agradezco.

—Y por la charla, primo —me recuerda y se va con otra sonrisa real.

Mi mejor amiga en el mundo. La que se puso celosa cuando conocí a mi hermana y hacía planes con ella en los que una cría cinco años menos que nosotros no podía venir. Al final Gabby amó a Nik como a la hermana mayor que nunca tuvo, y le echa de menos como yo desde que ese desgraciado hijo de perra la mató en esa fiesta. Y ambas, por motivos diferentes, están o estuvieron atrapadas. Vik murió atrapada, Gabby vive así ahora. A una se lo debo, y a la otra intento ayudarle.

Pero hoy me concentro en el maldito *Jeep* porque lo necesito.

Hasta que horas más tarde escucho pasos que se acercan y sé que no es mi jefe. Cuando me doy la vuelta, tardo un rato en comprenderlo. Son Eleanor Zuccarelli... y el chico flachucho que camina a su lado es Easton Capuzzo. Dios mío, he visto las fotos y se ve muy diferente a ellas. Pero si está aquí con ella significa que ha salido. Y que se van a Oregon. Esa pobre mujer se fue en paz, Vittoria, y también por eso no he visto mucho a Moretti estos días.

¿Qué hacen ellos dos aquí?

—Hola —me saluda Eleanor.

—Hola —le correspondo—. ¿Qué tal?

—El cabestrillo molesta que no veas. ¿Tú?

—Esto me da calor —protesto y alzo mi brazo malo—. Hola —añado para Easton Capuzzo.

—Ya os conocisteis, más o menos, pero él es Easton Capuzzo —nos presenta Eleanor—. Remington van den Heever.

—Encantado —le digo—. Te daría la mano, pero...

—Un placer —me corresponde—. ¿Tuyo? —añade por el coche.

—Oh, no —rechazo—. Cliente mío. Pero lo quiere vender, si te interesa.

—Ya tenemos uno en casa —me explica—. El de Grayson.

Espera, ¿qué?

—Lo siento —me disculpo cuando ambos me miran fijamente—. No sé por qué, pero no es el coche...

—No es de su estilo, no —me confirma Easton Capuzzo riéndose.

—Eso tampoco lo he entendido yo jamás —le dice Eleanor—. ¿Por qué se compró ese coche? —añade y Easton Capuzzo se ríe más.

—No voy a contarte esto —le responde él y después me mira—. Te admiro por no tenerle miedo, pero si te cuento esto va a devolvérmela y tiene muuuuucho con lo que puede hacerlo.

¿Por qué eso no me sorprende? Y es otro hermano que parece adorarlo. Él me acusó de tenerle envidia, y se la tengo. Parecen un grupo muy, muy, muy unido. Y eso abrume, así que agradezco el apoyo del coche y sigo limpiándome las manos con el trapo.

—Sí le tengo miedo —le confieso a Easton Capuzzo.

—Él te tiene más a ti —me responde—. A todo, en general —añade y cruza sus brazos—. Me pone histérico y no siempre coincidimos, pero es la hostia de tío.

Le adora. Cuando miro a Eleanor Zuccarelli, la misma mirada de adoración está allí. Y ella se ve peor todavía que hace unos días, y no por el cabestrillo que todavía tiene.

—No te rindas —me dice—. No puedo comprender su parte, pero el miedo es real. Acercarte a nosotros puede ser muy peligroso y ya lo has visto.

—Las balas no son la parte que me da miedo —le explico.

—Ya —susurra—. Pero supongo que sabes algo de sus padres, y de...

—Nos jodieron de verdad —añade Easton Capuzzo—. Más de la mitad están muertos ya y los fantasmas siguen por aquí y lo harán durante muchos y muchos años. Zucca y Grayson se llevaron la peor parte, con diferencia. Y eran niños increíblemente inteligentes, por lo que eso les jodió más todavía.

—Lo siento mucho por tu parte —le digo y él asiente con cabeza.

—Entró en ese sitio por ti —me recuerda Eleanor Zuccarelli y le miro de nuevo—. Y te dejó interpretar que no cree en las señales, pero...

—Da discursos de tres horas sobre ellas —interviene Easton Capuzzo—. Cree muchísimo, pero muchísimo de verdad, en ello. Solo intentaba alejarte, y lo hará con lo que sea, para joderlo todo porque cree que debe vivir así, y que tú estarás mucho más seguro.

—El cuadro de Monet era el favorito de su madre —añade Eleanor.

Espera, ¿qué?

—Tenía una réplica junto a su tocador y él se acuerda muy bien de ella —sigue con una sonrisa suave.

—Memoria prodigiosa —me susurra Easton Capuzzo y rueda sus ojos.

—Dos amigas que no se han visto en casi treinta años murieron durante la misma noche

después de encontrarse la una a la otra parcialmente —me explica Eleanor Zuccarelli entonces—. Una buena amiga murió porque un desgraciado abrió fuego en una ciudad en la que ella nunca había estado. Uno de sus deseos que compartió conmigo era encontrar el viejo caballo de su hermana al que habían perdido años atrás porque sus padres vendieron. Le encontramos en esa ciudad.

Joder.

—Nuestra abuela fue diagnosticada con cáncer, tiene sus años ya, antecedentes familiares, y eligió un tratamiento porque estaba cerca de un faro importante para ella —añade Easton Capuzzo—. Está curándose y entrará pronto en fase de remisión.

—Empezáis a dar mucho miedo, eh —les digo y se ríen.

—Mi hija nació dos años después de haber recibido la carta de aceptación de la ZU —me explica Eleanor—. El mismo día.

Vaya.

—Esa es muy buena —le dice Easton Capuzzo.

Y ella le sonríe. Moretti me dijo que estos dos se llevan especialmente bien. A ella no le había visto sonreír así desde que la conozco.

—Y seguro que nos dejamos más —añade para mí—. ¿Eso significa que ocurre por algo? No sé. Y si sé que no con eso ya está todo hecho, o que todo saldrá bien. Pero hay cosas inexplicables que explican mucho, ¿no? Y sé que la picaza estaba junto a ti ese día porque era importante, y ojalá hubiésemos podido conocer a tu hermana para incluirla en nuestras apuestas.

—Tenéis demasiado dinero —le digo con un nudo en mi garganta y se ríe.

—Siento decírtelo —me dice Easton Capuzzo—, pero te gusta el que, de todos nosotros, gasta más dinero con diferencia.

—¿También tenéis alguna explicación para eso? —les pregunto y se ríen más.

—Vas a tener que encontrarla tú —me reta Eleanor Zuccarelli y ahora su sonrisa es diferente—. Por nuestra parte, creo que es bastante evidente que vamos a ayudarte. Y eso que me ofende porque conmigo no fueron así para nada.

—Lo que te pasa es que estás celosa —le dice Easton Capuzzo.

—Madison me amenazaba con cuchillos —le replica ella.

¡¿CÓMO?! Easton Capuzzo se ríe con la historia y yo necesito saber más detalles.

—Y me insultabais en italiano porque pensabais que no me daba cuenta —añade Eleanor.

—Oh, sí —dice él emocionado y me mira—. Haz lo mismo. Aprende italiano y no se lo digas a Grayson.

—Vas a divertirte muuuucho con eso —me promete Eleanor y se ríe.

—Tiene motivos para estar celosa —me dice entonces Easton Capuzzo—. También fui de los primeros en aceptarla —me explica y cuando mira a Eleanor ella asiente enseguida con su cabeza—. Grayson, Madi y Letta son los más complicados. Letta con Brayden está mucho más relajada.

—Madi con Tyler más —puntualiza Eleanor y se ríen.

—Y con Grayson el más difícil con diferencia era Zucca —añade Easton Capuzzo.

—¿Cómo está? —le pregunto a Eleanor y me sonríe tristemente.

—Le ayudará que su favorito se emocione contigo cerca —me responde—. Y aguantaste muuuucho cuando intentó asustarte.

—Me avisó antes.

Oh, espera. Ella no sabía esto. *Mierda.*

—Le pedí a Moretti que me dejase hablar con él —añado con miedo.

—Será tramposo —susurra.

— ¿Llamaste a Zucca antes de que os presentaran? —me pregunta Easton Capuzzo y asiento con mi cabeza.

—Me repitió mil veces que es su favorito —susurro.

—Esto también será divertido cuando Grayson se entere —dice y cuando mira a Eleanor ella asiente con su cabeza.

Nadie diría que estos dos han vivido lo que han vivido en los últimos meses. Se adoran. Todo el grupo lo hace. Eso de que la familia es intocable lo defienden de verdad. Y ahora Easton Capuzzo me ofrece su mano y no parece importarle que le corresponda con la mía sucia de grasa. Eleanor no imita el gesto, pero me sonrío brevemente.

—Te veo pronto —se despide—. No te rindas. Yo no estaría aquí si no fuese por Grayson.

—Nadie lo estaría, de hecho —le dice Easton Capuzzo—. Zucca estaría muerto si no fuese por Grayson. Y sin Zucca a saber qué estaríamos haciendo nosotros. Así que, técnicamente, tendría que sentirme mal cuando me quejo porque me obliga a ponerme un traje.

— ¿Alguna vez va sin traje? —les pregunto con verdadera curiosidad.

—Si consigues que durante un día entero no se ponga un traje, te doy lo que quieras, tío. En serio. Lo que quieras —me promete Easton Capuzzo y me río con él.

Apostar con esta gente es divertido si tú ganas, y ese reto me gustaría mucho ganarlo.

—Gracias —le agradezco y después miro a Eleanor porque también va por ella.

—Nos vemos pronto —repito y asiento con mi cabeza.

Se agarra al brazo de su hermano y se van de aquí entre risas, a su casa. Especialmente por la vida que tienen, sé que no es todo tan bonito como apostar con un *Ferrari*, comprar en *Dior*, o veranear en una mansión de Malibu. Pero son una familia, y eso es lo más importante.

Crecí sin eso, y nunca lo hubiese tenido de no ser por James y Olympia van den Heever. Todavía no sé por qué después de todo lo que les costó tener un hijo quisieron tener todavía más problemas con el niño problemático que iba de casa de acogida en casa de acogida. Les debo mi vida, y no solo porque son mis padres para siempre, sino porque creyeron en mí cuando nadie más lo hacía.

Aparco mi coche junto al de mi madre en su entrada y después miro la olvidada canasta de baloncesto del rincón. No solo no quiere quitarla porque está fija con cemento, es por el montón de recuerdos. Ella se sentaba en el porche trabajando, y mi padre y yo apostábamos con quién limpiaba el coche o quién sacaba la basura.

Eso nos duró dos años. Pero la importancia de las personas en tu vida no se basa en el tiempo que te permitan estar con ellas.

Cuando él no regresó a casa de ese día en el trabajo, yo me metí en un peligroso camino siendo el adolescente complicado que ya era. Olympia van den Heever jamás se rindió, y las flores frescas del recibidor de esta casa siempre eran nuevas cada sábado después del mercado semanal.

— ¿Mamá? —le llamo cuando cierro la puerta.

— ¡En el despacho!

Ahora es su despacho, pero durante años fue su habitación. Como terapia para su duelo se mudó a la habitación de invitados y la vieja habitación ahora es su oficina en casa.

—Remington —me saluda y se quita sus gafas para leer.

—Hola —le saludo y me apoyo contra el marco de la puerta.

— ¿Cómo va el brazo?

—Como esta mañana —me burlo y rueda sus ojos.

—Deberías sacarte el título y dejar los coches —me dice y se apoya en su silla—. Los coches

son peligrosos.

—Estoy bien —defiendo—. ¿Qué haces...?

Me detengo cuando veo el combinado multicolor que hay en su mesa. Y me acerco rápidamente mientras escucho su suspiro.

— ¿Qué haces con todo este arsenal de vibradores en tu mesa? —le pregunto—. Dios mío, mamá. Escóndelos, tío.

—Oye, no soy tu tío —me regaña—. Y no son míos.

— ¿El club de lectura? —adivino—. ¿Ahora hacéis representaciones teatrales?

—No —rechaza y echa un suspiro—. No sé cómo puedes ser tan antiguo, hijo mío.

—Dice la del collar de perlas, la de ir con tacones en casa, la de los rulos para dormir, y la de “Córtame el césped ya que no puedo tener un jardín así y qué dirán los vecinos si lo ven”.

—De mente, de mente —replica—. Ay, ¿por qué siempre tienes que replicarlo todo?

—No sé a quién me parezco —me burlo.

—A tu padre, eso seguro —susurra a regañadientes.

— ¿Y bien? —le pido y señalo su mesa—. ¿Ahora vas a dar clases de educación sexual además de dar clases de baile en tu academia?

—Es para la venta...

—Oh, no —protesto y me lanza un lápiz—. Por favor, dime que no vas a vender... en...

—Es dinero y no es el fin del mundo.

— ¿Necesitas dinero?

—No —rechaza—. Ay, me pones nerviosa. Y últimamente no sé qué chico tienes en la cabeza, pero es todavía peor.

—No tengo a nadie en mi cabeza.

—Como esté en tu cama y no me hayas hablado de él me cabrearé más —me dice y se pone las gafas—. ¿Y qué quieres? Que tengo que hacer los panfletos para mi sex...

— ¡Oh Dios mío! —grito con frustración.

Si hay una persona en el mundo que me ponga histérico mientras le amo con locura es esta mujer. Y me siento en otra silla que tiene por aquí. Amo a mi madre, y que haga lo que quiera, pero ayudarla con el marketing para que venda vibradores no es precisamente mi idea de tiempo de calidad madre-hijo, la verdad.

—Gracias —me agradece cuando le doy al botón de la impresora—. ¿A quién has conocido?

—A nadie.

—Por favor, dime que no es Jeff que ha...

—Cálmate —le digo.

—Sabes que solo quiero lo mejor para ti —susurra.

—Sí, me acuerdo de la fiesta que organizaste cuando corté con él.

—No organicé una fiesta.

— ¿Y esa noche de pijamas con Gabby qué era entonces? —le pregunto y aleja su mirada—. Porque ya no tiene trece años y ya no tiene que quedarse en casa de la tía Oly cuando sus padres están en el cine.

—Si hubiese vivido aquí siempre y no con mi hermana esa chica sería más feliz —me dice y asiento con mi cabeza—. Ella también parece estar en las nubes. Creo que le gusta bastante Gianmarco.

—Ya sois dos.

—Qué maravilla de chico.

—Asco, mamá, asco —protesto.

—Lo digo de corazón —me contesta y pellizca mi codo—. ¿No tiene un hermano para ti?

—No —rechazo.

—Así que te ha presentado a alguien —dice y echo un suspiro para calmarme—. Te conozco, cariño.

—Es complicado.

—¿Tú, complicado? —pregunta—. Pero si no pierdes el tiempo con gente complicada.

—Ya —susurro—. Siempre hay una primera vez.

—Bueno, invítale a cenar...

—Mamá...

—Oye, no te había visto nunca así. Y tú me obligas a hacer lo mismo.

—Porque conoces a cada cincuentón insípido como las setas y alguien tiene que recordarte que ya tienes plantas para regar y una perra para pasear —le digo—. ¿Dónde está *Prada*, por cierto?

—En la peluquería.

—¿Otra vez?

—Si no me das nietos, tendré que malcriar a mi perra.

—No empieces.

—Tienes una edad, Remington.

—No empieces.

—Algo tendré que hacer si no me presentas al chico que te gusta.

—Estoy ayudándote para que puedas vender vibradores —le recuerdo.

—Porque eres mi chico favorito en el mundo y yo tu chica —defiende y besa mi hombro—. ¿Cómo se llama?

—Oh, Dios, ya basta —le pido.

—Voy a sobornar a tu amigo con mis deliciosos espaguetis con gambas y me lo contará —me amenaza.

—Créeme, a Moretti no vas a sobornarle con comida italiana precisamente —le digo y me río más cuando me pellizca.

—Solo tiene el apellido italiano, yo he estado en Italia más veces que él. De hecho, él no ha estado.

—Me agotas —le digo.

—Tú también. Pero te quiero.

—Yo también —le correspondo—. Aquí tienes tus panfletos. Me voy.

—No, espera, que necesito que me ayudes a cambiar un cuadro.

—¿Quién es la antigua ahora? —me burlo—. ¿Necesitas a un hombre para que te cuelgue un cuadro?

—He dicho que me ayudes, porque es el de tu padre y quiero cambiarle el marco.

Y sé que cuadro es. Los dos dejamos de molestarnos mutuamente como hacemos siempre mientras nos vamos a su habitación. Es lo único que conserva de la vieja habitación que compartía con mi padre: el cuadro que él pintó para ella.

—Es espantoso —susurro y se ríe como siempre—. La Torre Eiffel es bonita y esto es una atrocidad.

—Pero lo pintó para mí mientras yo era una cabezota que no quería salir con él porque su Carl Wooten me gustaba más.

—¿Ves como sí necesitas que alguien te dé consejos en cuanto a hombres? —le molesto y se ríe—. Tú pasas de mí y yo no te pinto un cuadro de la Torre Eiffel a tamaño real.

—Es que tu padre era el hombre de mi vida por algo —se defiende y mira el enorme cuadro.

—¿Por qué quieres cambiarle el marco? —le pregunto.

—Se ha roto —susurra—. Pegué un portazo cabreada por algo, y se ha roto —añade—. Su forma de decirme que no pegue portazos, seguramente. Que las cosas no se consiguen así, que hay que tener paciencia y luchar.

—¿Cuánto tiempo estuvo pintando esto? —le pregunto mirando el cuadro.

—Todo el verano —me responde—. El día que fui a buscarle a su casa todavía no lo había terminado, de hecho.

—Y te quedaste con él —susurra.

—Hasta que me muera.

—Todavía te mereces más que una seta, mamá.

—Ya me darás consejos el día que conozcas al amor de tu vida. Una cosa es que vivas y seas feliz, la otra es que ese vacío desaparezca. Además, me da igual, no lo voy a permitir. Voy a buscar la escalera.

—Deja que...

—Puedo con una escalera, Remington. No soy una mujer que necesita que un hombre me lo haga todo.

Me río mientras ella se va con su cabezonería, y su portazo, y entonces me siento a los pies de la cama. Luchar por lo que quieres y tener paciencia. Miro el cuadro fijamente durante unos instantes, pero después saco mi móvil y, de corazón, se siente liberador poder hacer esto:

—Nik, sé que te has perdido mucho, y te juro que voy a ponerte al día pronto, pero escucha esto: voy a pintarle un cuadro a un tío que me gusta muchísimo, y que pasa de mí, además.

Solo espero que pintar cuadros se me dé bastante mejor que a mi padre.

epílogo

Grayson

Está lloviendo incansablemente y el jardín tiene una tonalidad de verdes preciosa. No puedo creerme que después de este largo verano estemos de regreso en Oregon. Y pensaba que era lo que necesitaba, lo que ayudaría, pero no es así. Tontamente creía que ir a un sitio que no me recordase a Remington me ayudaría a dejar de pensar en él constantemente. Pero ayer estuve con Chanel, y recordé que él sabe que mi deporte favorito es la equitación, pero yo no sé el suyo. Fútbol, como en Europa, como en Brasil, pero no lo sé. No lo pone en su informe. Y para ir al establo pasé por delante de las pistas de tenis, y me acordé de ese partido, y de lo bien que se veía jugando al tenis. No tenemos piscina en esta casa, pero Alice habla de ella todo el rato. Y tiene una nueva obsesión con el juego de los animales marinos de madera. No ayuda que el resto constantemente le recuerde el nombre de su profesor de piscina, o de quién le regaló eso. Lo hacen especialmente mi hermana, Tyler y Brayden. Letta intenta controlarse, pero quiere que le cuente cada detalle que sé de Remington. Incluso Easton pregunta por él, y sé que se siente excluido por haberse perdido... esto, por lo que con él no protesto demasiado. Claro que está recuperando el tiempo perdido. Mis favoritos son los que me ayudan más, pero eso también me pone triste. Zucca está despidiéndose de su madre, porque el tiempo que ha pasado con Vittoria Milazzo ha sido poco, pero ha sido intenso. Y de alguna manera está despidiéndose de Joe una vez más, aunque sé que ninguno de los dos se irá muy lejos. Consecuentemente, Eleanor es un fantasma, y recuperar a su marido no será tan fácil como subirse a un avión para regresar a casa y olvidarse de California.

Es una sensación tan angustiante. Estar en casa, en mi habitación, con mi ropa, mis cosas... y no tengo esa paz. Sé que los regresos pueden ser agridulces, pero este está desconcertándome muchísimo. Y quiero que deje de llover de una vez para poder enseñar finalmente en lo que Benedetta D'Arcangelo y yo hemos trabajado durante semanas, mientras el resto pensaba que diseñábamos ropa o la futura *Zuccarelli School*. A ella también le echo mucho de menos. Por lo que cojo mi móvil y me siento en un sillón junto al ventanal.

—Buenas tardes, señor Luzio.

—Estoy solo, ¿tú? —le pregunto.

Escucho la puerta y sus tacones cuando camina.

—Ahora sí —me responde.

— ¿Qué hacen las niñas?

Echo de menos a esas adorables niñas.

—Están felices con el regreso a su rutina —me explica—. Y Francesca está adaptándose bien.

—Estarán mejor en nuestro colegio —le digo y escucho su sonrisa—. ¿Massimiliano?

—Creo que yo le echo más de menos —susurra—. Y sé que son pocas horas, pero es... extraño.

—Comprensible. Voy a necesitar tu ayuda para convencer a Eleanor de inscribir a Alice también —le explico—. Lo necesita más ella que mi niña. Y me da miedo que se esconda en ella para no ocuparse del resto de los problemas.

—Voy a hacer todo lo posible, pero estoy segura de que pueda convencerla. ¿Cómo está...

Zucca? —me pregunta y sé que le es difícil.

—No es Joe ya, así que eso es bueno. Pero aceptará lo que sea que diga Eleanor, en vez de crearnos un conflicto con la gente de esa escoleta por querer controlar demasiado —añado—. Todavía no hemos ido junto a la estatua. En cuanto deje de llover, si es que lo hace, iremos.

—Espero que le dé mucha paz —susurra—. A ambos.

—Bueno, desgraciadamente ya no podemos hacer mucho más por Vittoria Milazzo —susurro de vuelta.

Escucho la lluvia desde mi habitación, a través de la llamada incluso, y el silencio no es incómodo, pero tengo nuevamente esa presión en mi pecho que no hay forma de quitarme.

—Tengo... tengo que explicarte algo que me ha ocurrido esta mañana —me susurra.

—¿Va todo bien? —le correspondo.

—Ha venido la cartera a media mañana. Me ha dado una carta y no se la he enseñado a nadie. Creo que ni siquiera Rose lo sabe —explica mencionando a una de las personas que trabaja en su casa.

—¿Una carta? —pregunto con cautela.

—No es de la Orden. No es peligrosa... creo.

—¿Por qué tengo la sensación de que la carta huele a combustible?

Y su silencio me lo confirma. ¡OH DIOS MÍO!

—¿HR te ha escrito una carta? —le pregunto y ahora sí que voy a perder la cabeza con esto.

—Sí —me susurra—. Bueno, no tiene remitente, pero sé que es él.

—¿No tiene remitente? —le pregunto—. Tienes que enseñársela a alguien. Puede ser una trampa. Ahora estás...

—Tiene el dibujo de un hada en una esquina —me explica—. Así, chiquitita.

—¿HR te ha mandado una carta y ha dibujado un hada? —repito porque es ahora cuando pierdo la cabeza.

—Sé qué es él —susurra.

—¿Y qué dice?

—No he podido abrirla.

—¿Pero cuánto hace que la tienes?

—Cinco horas y media.

—¿Y todavía no la has abierto?

—No me atrevo.

—¿Por qué? ¿No te mueres de la curiosidad?

—Me bloqueo.

—¿Quieres que venga? —le ofrezco—. Podemos guardar otro secreto porque necesito chismorrear y distraerme un rato. Y tú tienes que leer qué te dice.

—Me da miedo.

—Si es suya, sabes que no es peligrosa. Ese hombre te adora, Benedetta. Ni siquiera se encargaba de nuestra seguridad, y vino a buscarte en cuanto supo que tú habías estado en el coche.

—Me da miedo sentirme así —me susurra—. No puedo quitármelo de la cabeza. Y pensaba que regresar aquí ayudaría. Los niños, la rutina... los recuerdos... pero me despierto durante la noche porque creo que escucho motos.

Oh, vaya.

—Sé que no debería usar mis energías con esto —añade—. Quizás sí tengo que pedirte cita contigo como terapeuta porque no me he atrevido a contarle esto a mi doctora —añade y se ríe

con una risa rota—. Ni a Eleanor.

—No te sientas culpable. Eleanor está... bueno, ya sabes cómo está. Debería usar mis propias energías en ayudarles con el desastre de matrimonio que tienen ahora y...

—¿No dejas de pensar en Remington?

—Incluso la lluvia me hace pensar en él y no llovió ni un solo día en California —protesto y escucho su sonrisa—. Abre la carta, Benedetta. De verdad.

—Espera, que necesito subir...

—No me refiero a que la abras conmigo, solo que lo hagas. Después, solo si te apetece, puedes llamarme y la comentamos —le explico—. Que espero que te apetezca, porque necesito saberlo.

Ahora se ríe en esa elegante risa que tiene, como toda ella, vaya.

—Quizás podrías contactar con Remington de alguna forma —me dice después.

—No —rechazo—. Se me pasará. El tiempo ayuda. Y los desastres que tengo en casa también. No puedo preocuparme de esto ahora.

—Pienso día y noche en un *Red Shadow* —me susurra—. Y tengo cuatro niños que...

—Que eres la mejor madre que pueden tener —le interrumpo—. Vamos a hacer algo: abres la carta, y mañana después de dejar a los niños al colegio vienes a casa y vamos a ver los caballos. Y me cuentas lo de la carta. Necesito la distracción. Y tú eres lo opuesto a Remington van den Heever porque tienes la clase, la elegancia, la...

—De acuerdo —susurra.

—Solo si quieres.

—Por supuesto que lo hago.

—Abra esa carta entonces, señora D'Arcangelo.

—Le recomiendo enormemente que contacte con el señor Van den Heever, señor Luzio —me corresponde.

—Adiós —me despido riéndome.

Y ella también se ríe. Después escucho la lluvia y automáticamente noto la sensación horrible que me persigue día y noche. Madre mía, Gabriel Erbakan, Hell-Raiser, el traficante de heroína de los *Red Shadows*, le escribe cartas de amor con dibujos de hadas a Benedetta D'Arcangelo. Si no me distraigo con esto, el que necesita terapia urgente voy a ser yo.

Después de ordenar la nueva ropa que me he traído desde California, o una parte, ya me agobio de nuevo. Porque veo las corbatas y recuerdo el torniquete que le hice cuando su brazo no dejaba de perder sangre. Me voy abajo. Será peor porque sé que van a meterse conmigo otra vez, pero como mínimo voy a entretenerme peleándome con alguien.

—¿Le firmamos un documento a la zia Letta? —escucho a Zucca en el salón.

Y como mínimo también, Zucca poco a poco es Zucca de nuevo. Escucharle hablando de negocios con Letta, y de la boda cuya espera también me impacienta a mí, me da calma porque él de alguna manera también está de regreso a casa.

—Hemos regresado al plan original. En invierno. La fecha todavía está por confirmar —explica Letta—. Hola, amore. ¿Cómo van?

—Perdiendo —protesta Brayden—. ¿Para cuándo lo quieres?

—Para ayer —le responde ella—. Pero no pasa nada. Podemos...

Sé que Letta deja de hablar porque yo entro en el salón. Noto las miradas. Pero no me detengo en el sofá con ellos y me alejo.

—Y sigue lloviendo —me lamento y camino hacia los ventanales.

—La lluvia también nos molesta, eh —susurra mi hermana y le ignoro.

—¿Soy la única a la que le encanta que no haga tanto calor, estar rodeados de verde, ir a dar

un paseo al bosque, la lluvia...? —pregunta Eleanor entonces.

— ¿Te has cambiado de ropa? —pregunta mi hermana y sé que me lo dice a mí.

—Otra vez —nota Brayden—. ¿Cuántas van ya hoy?

—Cuatro —responde Easton y cierra su libro—. Acabo de perder veinte dólares.

—Lo siento mucho —me disculpo con sarcasmo—. ¿Puede dejar de llover de una vez? —pregunto en un susurro.

— ¿Porque la opción de llamar a Remington y...?

Me giro cuando el sabelotodo de Tyler tiene que decir uno de sus inoportunos comentarios y le miro mal.

— ¿Y si le llamamos nosotros...? —propone.

Cuando doy un paso, él alza sus manos. También noto que mira a Zucca, y qué le pide con su mirada, pero no me importa. Estoy en casa, estamos en casa, y no me importa.

—Cabezón —me dice mi hermana.

—Tú vas a darme lecciones de eso —le recuerdo.

—Tiene razón —apoya Brayden—. Eres la última para dar consejos.

—Dice el que necesitó a Eleanor para abrir sus ojos —replica ella.

—Y Len y Zucca solo pueden dar consejos en calidad de favoritos porque el dolor de cabeza que nos han dado a todos siempre... —añade Letta.

—Pero gracias a Grayson, Ele y yo estamos donde estamos. Por lo que... —recuerda Zucca y me sonrío un poco—. Lo siento, Sky —añade y se acerca a Eleanor.

—Me acuerdo de esos viejos tiempos en los que eras mi favorito, Zucca —le digo—. Qué maravilloso era todo.

Me ignora abiertamente, pero como mínimo se acomoda en el sofá con Eleanor, el perro que está por en medio como siempre, y esto tan estúpido me da muchísima paz. Pero como siempre en esta familia, la paz dura muy poco. Cuando veo a Meyers entrando por la misma puerta que he usado yo agunto mi respiración.

—No, Meyers, no... —protesta Brayden—. Te hemos echado de menos en California, pero no para esta mierda.

Meyers sonrío lentamente y entonces le asiente con su cabeza.

—Lamento la interrupción, señor Occhionero. He venido para comunicarle al señor Luzio que acabamos de recibir una entrega a su nombre.

— ¿De quién? —pregunta mi ansiosa hermana.

—El señor Remington van den Heever.

¡¿Qué?! Y ahora sí que empiezo a correr, porque no voy a dejar que Brayden me gane. No esta vez. Mephisto está ladrando, mi hermana me adelanta por la puerta del otro pasillo, y cuando llegamos al recibidor vemos el paquete rectangular encima de la mesa. Cojo el sobre que hay encima de él antes que Brayden porque ya he dicho que hoy le ganaba.

— ¿Rem te ha escrito una carta? —me pregunta Letta con una sonrisa como si ella hubiese recibido una.

— ¿Puedo abrir el paquete? —me pregunta su impaciente prometido.

—No —rechazo.

— ¿Puedes abrir la carta? —me ordena mi hermana—. ¿Puedes leerla? ¿Puedes hacer el favor de llamar a Rem? ¿Puedes hacer algo? ¡¿Puedes reaccionar con tus gritos de una maldita vez?! —No voy a dejarte leer mi carta —defiendo.

Zucca y Eleanor llegan con Alice. No me sorprende que Eleanor no sepa de qué va esto. Lo que sí me sorprende es que Zucca ni se vea sorprendido. Me sorprende porque he estado meses

haciendo cosas sin que se entere, y ahora nuevamente parece él otra vez.

—Por fin una carta que hace ilusión —dice Letta contenta.

—Dinos algo, por lo menos —me exige mi hermana—. Hazme un resumen. Me da igual.

— ¡Pero si no la he ni leído! —le recuerdo.

— ¿Puedo abrir el paquete? —pregunta Easton.

—Ni se te ocurra —le ordeno.

— ¿Vas a abrir algo o no, joder? —me pregunta Brayden—. ¡Qué tensión!

—Dejadle.

Y Zucca pone orden como siempre, pero es tan raro ahora que todos me dejan algo de espacio porque están tan atónitos como yo.

—El paquete, por lo menos —me pide Tyler en cuanto se recupera de esto—. Por lo que más quieras. Me pongo un traje ahora mismo...

—Hecho —acepto.

— ¿Tan fácil? —me pregunta con una estúpida sonrisa.

Me guardo el sobre en el bolsillo interior de mi chaqueta porque no me fío de nadie. Tengo que darle un manotazo a Brayden cuando quiere abrir el paquete, o quiere que yo me dé más prisa haciéndolo. Pero me tomo mi tiempo. Es grande, rectangular, pero no muy alto y parece delicado. Viene con una caja de cartón y muchísimo film alveolar. Tiene que ser frágil si todas estas burbujas de aire lo protegen.

—Solo te ayudo, solo te ayudo —me dice Brayden y me ofrece su navaja antes de que yo pueda sacar la mía.

Y entonces... lo veo. El cuadro de Monet. El de la picaza.

—Oh Dios mío —susurra Letta.

Mucho más grande que el original, en tonos algo más claros, verdaderamente precioso, y con esas letras en negro en la esquina inferior.

—Sky —me llama Zucca.

—Lo veo —susurro.

—Como siempre con vosotros dos —interrumpe Brayden—, ¿qué cojones veis que los mortales con cerebros mediocres no vemos?

—Parte inferior del cuadro, a la derecha, amore —le susurra Letta.

Para Gray

Agosto 2017

—Lo ha hecho él, Grayson —susurra mi hermana—. ¿Este cuadro seguro que no es tan famoso? Porque...

—La mamma lo tenía junto a su tocador —le explico.

Sé que se abrume cuando ella también lo recuerda, pero ahora no puedo. No puedo dejar de mirar el cuadro. Es maravilloso.

— ¿En serio? —pregunta Letta—. Grayson, esto es... —añade—. Le dejaste entender que no crees en este tipo de señales.

—Cuando sí crees en ellas —susurra Brayden—. Y mucho.

¿Cómo sabía él esto? Y no me refiero a Brayden. Me giro para buscar a Zucca porque quizás ahora ya interviene demasiado, pero niega con su cabeza. Y entonces miro a su lado.

—Solo era para decirle que todo ocurre por algo —me susurra Eleanor—. Y te debo mucho, G.

Él lo sabe. Por eso ha... Oh Dios mío, ha pintado el cuadro.

— ¿También pinta? —pregunta Brayden—. Joder, Grayson, como no le des una segunda oportunidad tú, dejo a Letta para irme con él y te quedas sin la boda para organizar.

—Este hombre es perfecto —susurra su mencionada prometida.

Me voy de aquí ya porque el cuadro me abrumba, pero el sobre en mi bolsillo quema. Y cuando me apoyo contra la puerta de mi habitación, es imposible contenerme más. Llevo semanas con esta angustia en mi pecho, ahora duele porque llorar lo hace. El cuadro. Mi madre. Él. Que lo haya pintado. Que *también* pinte bien.

Cuando me calmo, miro el sobre y quiero hacer una bola con él.

Gray.

Así, sin más, sin nada más. Y cuando tengo ya en mi mano mi abridor de sobres no soy capaz de hacerlo. Me bloqueo. Y saco mi móvil de mi bolsillo enseguida.

Benedetta D’Arcangelo: *He abierto el sobre. Gracias por tu apoyo incondicional siempre. Le doy gracias a Dios por ponerte en mi vida y a Eleanor por presentarnos. Voy a recordar este verano para siempre, también por la oportunidad que he tenido de conocerte más y de crear contigo. Y espero de corazón haber sido testimonio también de la felicidad que te deseo y te mereces para el resto de tu vida.*

Su mensaje no me calma, solo consigue que lllore más, pero me da el empujón para abrir mi carta.

Gray,

Eres un idiota, pero eres un idiota con el que me río mucho y en el que no puedo dejar de pensar. Sé que sí crees en las señales, y yo necesito sentir a mi hermana conmigo por todo lo que está perdiéndose. Si estuviese viva sé que me habría desesperado como lo hacen tus hermanos contigo.

No te enfades con Eleanor por contarme la historia de la picaza. Entiendo por qué hiciste lo impensable (porque de ti ya no me sorprende nada) para que formase parte de tu familia. Y se nota muchísimo que ella también echa de menos a tu favorito. Zucca acojona, por cierto, por lo que no te enfades tampoco con él porque le pediste que me intimidase y lo hace. Sé lo importante que es para ti y ojalá pronto tenga la oportunidad de que me lo presentes apropiadamente. Mientras tanto, no te cabrees porque estoy restaurándole un impresionante Jaguar (no sé si me ha pedido eso porque confía en mi trabajo, o porque quiere intimidarme más por si estropeo esta maravilla de coche).

Por favor, dile a Bray que le espero para ir juntos al partido contra los Pelicans. Pero sé que es tu cumpleaños, así que ven tú también y te prometo que vas a divertirte. Invita a Madison de mi parte también, por favor, y dile que las piezas del Impala están de camino ya. Me pondré a ello cuando lleguen. Tyler me ha dicho que ya puedo regresar con cuidado al mar, que me irá bien. ¿Te gusta el surf? No lo pone en ese informe del señor Luzio. Dile a Letta que me encantó el libro y que ahora entiendo por qué todo el mundo me dice que es tan buena con los negocios. Y finalmente, dile a Easton que no se pase el día practicando, que no todos podemos entrenar y que eso es jugar sucio. Espero que esté adaptándose bien a su regreso, pero sé que tiene vuestro apoyo y que especialmente tú vas a estar comprándole mil cosas que seguramente no necesita,

pero que agradecerá.

Gracias por las cestas de comida, pero no vas a conseguirlo. Prefiero comer esto contigo y que me cuentes por qué necesitas naranjas importadas de España cuando yo podría darte del jardín de mi madre que están riquísimas también.

Quiero esa segunda oportunidad, Gray, aunque solo sea para verte nuevamente en uno de tus trajes que te quedan tan y tan bien. ¿Invito yo esta vez al batido de arándanos? Llámame porque sé dónde vives, pero todavía no tengo tu número. Y si te pones cabezón, podemos apostar a ver quién de tus hermanos me lo da antes. Algo me dice que para tu desgracia será tu favorito.

Cuídate, sabelotodo.

Remington

De acuerdo. Ahora estoy peor. Y la releo palabra por palabra tres veces. Cuando me calmo, tengo la urgente necesidad de llamarle para gritarle idiota. Pero antes tengo que hacer otra cosa. Bueno, primero necesito arreglar el desastre de mis ojos y respirar hondo por un par de minutos.

— ¡ZUCCA! —grito en cuando salgo de mi habitación—. ¡ZUCCA!

—Oh-oh —se burla mi hermana.

— ¡ZUCCA!

—Sigo en el mismo sitio, Sky —me responde.

Y así es, cuando llego a la cima de las escaleras, les veo por el hueco del recibidor y allí están todos, mirando el cuadro.

— ¿Está restaurando un coche para ti? —le pregunto—. ¿Lo dices en serio?

— ¿Has visto su cuenta de *Instagram*? —me corresponde.

—Es mi fantasía de niño —le dice Brayden y Zucca asiente con su cabeza.

—Tú le has mandado entradas de los Lakers —le acuso al otro.

—Le gusta la NBA —me dice Brayden mientras bajo las escaleras—. Va a empezar la temporada, me cae bien el tío... no le veo el...

—“Dile a Bray que le espero para ir juntos al partido contra los Pelicans” —cito leyendo la carta mientras bajo las escaleras.

—Ve con cuidado, por favor —me pide Eleanor.

Me detengo en seco para mirarla a ella ahora.

—Oh, tú también vas a recibir, E —le prometo.

— ¿Qué pasa? —pregunta Brayden—. Tú dijiste que le querías fuera de tu vida. Pero yo todavía puedo ser su amigo.

Ahora le miro mal a él, y fracasa en su intento de esconder su risa. Muy maduro, Brayden, muy maduro. Le ignoro y sigo bajando hasta que me reúno con ellos.

—“Dile a Bray que le espero para ir juntos al partido contra los Pelicans. Pero sé que es tu cumpleaños, así que ven tú también y te prometo que vas a divertirte” —leo—. “Invita a Madison de mi parte también, por favor, y dile que las piezas del *Impala* están de camino ya. Me pondré a ello cuando lleguen”.

Cuando miro a mi hermana, sonrío más que nunca.

— ¿Qué? —replica—. Me jodió el coche y apenas pude disfrutarlo.

—Ya que estás leyéndolo todo... —me dice Brayden—. ¿Por qué no empiezas?

—No voy a leértelo todo —replico.

—Ooooh —se burla el idiota de Tyler.

—Emmm... —susurro buscando en la carta—. Aquí.

— ¿Pero qué te ha escrito, un libro? —pregunta Brayden—. No me extraña que tengas el cabreo que llevas encima.

—“Tyler me ha dicho que ya puedo regresar con cuidado al mar que me irá bien. ¿Te gusta el surf?”—leo y miro a Tyler—. ¿Cuándo le has dicho eso?

—Hablamos —contesta vagamente para cabrearme más.

— ¿Y das tu diagnóstico sin exploración? —le pregunto—. ¿A alguien que ni siquiera es tu paciente?

—Videollamada —me responde—. Siglo XXI. ¿Te suena?

Él es un desastre, así que cambio de Patricelli.

— ¿Tú? —le pregunto a Letta—. Tú tienes clase, Letta.

—Me encanta para ti —defiende ella feliz como lo estará el día de su boda—. Y mira cómo pinta.

— ¿Qué hiciste tú? Que no me acuerdo —le pregunta Easton.

—“Dile a Letta...”

— ¿Me explicas por qué ya te llama Letta? —me interrumpe Eleanor.

—Celosa —se burla ella y le saca su lengua—. Y tú te resististe lo tuyo a todo también.

—“Dile a Letta que me encantó el libro y que ahora entiendo por qué todo el mundo me dice que es tan buena con los negocios” —sigo y miro a la mencionada.

Ella encoge sus hombros.

— ¿Qué libro, Letta? —le pregunto a regañadientes.

—Uno de productividad —responde—. Él me recomendó el que estoy leyéndome ahora.

— ¿También lee esa mierda de libros? —interviene Easton—. Empiezo a odiarle, eh.

—Por lo visto también le das palizas a no sé qué videojuego —protesto porque no voy a ponérselo fácil a él tampoco—. “Dile a Easton que no se pase el día practicando que no todos podemos entrenar y que eso es jugar sucio”.

—Es que es jodidamente bueno en ese juego —defiende con una sonrisa gigante—. También —añade y se ríe con todos.

— ¿Hay algo que no se le dé bien? —pregunta Brayden—. Es que lo tienes muy jodido, Grayson.

—La gente perfecta no existe —replico y miro a Eleanor enseguida.

—Nadie lo es —me concede—. Pero el tío no se rinde.

—Y tú le contaste lo del cuadro —le acuso y asiente con su cabeza tan tranquila—. ¿Qué más estás haciendo sin que me entere?

— ¿Qué hiciste tú sin que yo todavía lo sepa, incluso después de todos estos años?

Mierda. Supongo que me lo merezco. Y que el resto puede reírse de esto.

— ¿Y bien? —me pregunta Eleanor—. ¿Qué vas a hacer?

—Nada —respondo—. Es lo que dije que haría y es lo que haré. Y si queréis seguir alimentando esto, al final solo vais a hacerle daño a él.

—Tú le hiciste daño y aquí le tienes —me recuerda Brayden.

Cruzo mis brazos, pero no quiero estropear la carta ni la camisa que acabo de ponerme. Ellos no dicen nada, y entonces lo escucho: ha dejado de llover. Así que guardo muy bien el sobre en el interior de mi chaqueta.

— ¡Oh, perfecto! ¡Ha dejado de llover! ¡Nos vamos!

— ¿Nos vamos a dónde? —me pregunta Easton.

— ¿Vas a ser tan rastrero como para despistarnos con el tiempo? —me pregunta Tyler riéndose—. No va a funcionarte, *Gray*.

Le miro muy mal enseguida que lo dice, y después no me callo hasta que consigo que se preparen para salir al jardín. También voy delante no solo para guiarles, sino porque necesito algo de espacio.

— ¿Una carrera, Eleanor? —le pregunta mi hermana cuando entramos en el bosque.

—Mañana —le responde ella y se ríen.

—Es aquí —anuncio y me detengo la izquierda del camino—. No he cortado ni un árbol, no me miréis así —me defiendo cuando noto las miradas—. Solo han limpiado un poco el bosque para pasar mejor. Busqué un sitio cercano con un claro precisamente para no tener que cortar árboles.

— ¿Por qué creo que sé lo que has hecho? —me pregunta Tyler.

—Porque soy su favorito —presumo y me acerco a Zucca antes de tirar de su brazo—. Ven.

Zucca me sigue con una sonrisa y mi niña en sus brazos, con su perro también por aquí también como siempre. Sé que el resto se queda atrás y que cuchichean, pero no me importa, ahora solo me concentro en Zucca. En él y en salir al claro que ha quedado todavía mejor a como lo diseñamos con Benedetta.

La enorme estatua de granito brilla porque está mojada. Es preciosa. Es idéntica a la mujer alada que Vittoria Milazzo dibujó tantas y tantas veces, la que acuna a su bebé en sus brazos, protegiéndole como ella debería haber podido hacer con el suyo. No les dejaron, pero ella descansará aquí para el resto de la eternidad. Y su hijo puede venir aquí, a recordar lo poco que les han dejado vivir juntos, a sanar la herida que estos últimos meses irónicamente se ha curado y se ha hecho más grande también. Como mínimo, ahora sonrío y yo intento no llorar.

—Es precioso, Sky —me dice.

—Benedetta me ayudó porque ella conoce al escultor —le explico—. Qué raro no tenerla por aquí —añado para Eleanor y ella asiente con su cabeza—. Vendrá mañana.

— ¿Por qué no dejas que Benedetta esté tranquila después del verano que ha vivido con nosotros y llamas a quien tienes que llamar? —me propone Zucca.

—No empieces —le pido.

—Favorito —presume y sonrío.

Después se agacha porque Alice quiere bajar de sus brazos para perseguir al perro que ahora descubre este nuevo sitio como hacen también los demás. De verdad que ha quedado todavía mejor de lo que imaginé.

—No sé dónde está Joe —dice mi hermana entonces y cuando la miro noto que se lo dice a Zucca—, pero él no está feliz y sé que ella lo es muchísimo gracias a ti —añade y mira la enorme estatua.

—A todos —le corrige Zucca.

Y noto la mirada que le da a Eleanor. Están rotos los dos, están en un sitio muy oscuro, pero hay esperanza, y se reencontrarán a su debido tiempo.

—Grayson —me llama Tyler.

—Em, Grayson —añade Easton.

— ¡Papà! ¡Papà!

Me da igual si esos dos quieren insistir nuevamente en lo mismo, prefiero mirar a mi niña. Ni siquiera protesto porque Zucca quiera vestirla de negro. De hecho, he comprado un montón de ropa negra para ella porque casi toda la que teníamos aquí se la ha quedado pequeña después del verano. Y además, me encanta que compartan un color, pero me gusta más que tengan las

mismas sonrisas de felicidad.

— ¡Piu-piu! —grita Alice y señala el cielo.

Mi niña hermosa que ya busca los pájaros y...

—Hostia puta.

— ¿Eso es...?

— ¡Piu-piu, papà! —grita Alice.

Busco el pájaro que señala y entonces me quedo sin aire. *No puede ser.* ¿Qué tipo de encerrona es esta? ¿Cómo han conseguido que una picaza se ponga encima de una de las alas del ángel?

—Esto empieza a darme miedo —susurra Brayden.

Somos dos.

—Yo empiezo a replantearme muchas cosas —le dice Madison.

Somos dos también.

—Grayson... —me llama Violet y cuando la miro está sonriendo con lágrimas en sus ojos—. Tienes que llamarle.

—Es un pájaro... —susurro.

—Tío, es *ese* pájaro —me dice Easton—. Y está aquí. Bray tiene razón. Empieza a darme miedo a mí también.

—Esto va a ser divertido —susurra Tyler.

Cuando le miro de nuevo, el pájaro aletea con sus alas y vuela lejos hasta que se pierde en la lejanía.

CAPÍTULO EXTRA

Grayson

Hay muchísimas cosas que pueden manipularse, soy el rey en eso además, pero esa picaza encima de las alas de ángel no puede organizarse de alguna manera. Mis hermanos se van entre risas, pero yo tengo dificultades incluso para respirar. Eleanor se acerca para recoger a Alice en sus brazos y apenas noto la suave caricia que me da en mi hombro. El silencio llega, y es casi peor que las burlas y las risas del resto. Por suerte, cojo aire porque tengo a mi favorito a mi lado. Zucca tampoco se mueve mucho, y no me atrevo ni a mirarle, pero de reojo veo el negro y me calmo.

—Llámale —me susurra.

—Tú entiendes mejor que nadie que no puedo hacer eso.

—Sí —afirma—. Por eso te digo que le llames, porque yo no te hice caso. Y si tú no me haces caso a mí, intentaré hacer lo mismo que has hecho a lo largo de los años por Ele y por mí hasta que te llames Grayson Luzio van den Heever. Y no me digas que no lo has dicho en tu cabeza ya, porque sé que incluso en el apellido este tío es jodidamente perfecto para ti.

No quiero reírme, pero lo hago. Y cuando le miro, alza una ceja y después sonrío él.

—No puedo —susurro—. Es diferente.

—Olvídate de las familias, del legado y de la jodida homofobia. Eres mi favorito y, si todos tenemos que abandonar nuestra vida para que tú también tengas la tuya, lo haremos.

—No bromees con eso.

—No bromeo. Las familias y el legado mataron a mi madre hace veintisiete años casi. No voy a dejar que no puedas elegir la vida que quieres tener.

Yo alejo mi mirada antes que él, pero sé que también lo hace y miramos nuevamente el imponente ángel.

—Tú también has conseguido que yo tenga una segunda oportunidad con ella —susurra—. O la primera. No seas un idiota y llama a este tío.

—No puedo causar más...

—Triplicar tu seguridad cuesta menos que uno de tus días de compras —me interrumpe—. Y déjame que yo me encargue de esa parte.

—Mira el problema que tenemos por...

—Deja que yo me encargue de eso —insiste—. Tú llama a este tío.

—Ni siquiera le conoces tanto.

—Me llamó.

¡¿Qué?!

—Me llamó para presentarse —añade cuando le miro y sonrío—. Y estaba en la jodida mierda con Vittoria, pero me sacó una sonrisa.

—Tiene ese don de que todo parezca maravilloso —protesto.

—No —rechaza—. Tiene el don de que incluso cuando todo es una mierda el mundo pueda ser de color rosa y brillante —añade—. Y tú eres el rey de esto.

—¿Cuándo te llamó?

—Se lo preguntas a él cuando le echas la bronca por eso también —se burla.

—Zucca —protesto—. Cuéntamelo.

—No —me responde y muerde su labio—. Le llamas y se lo preguntas.

—Zucca —protesto mientras se da la vuelta ya—. Zucca, me lo debes.

—Pero él te salvó la vida —me dice y camina hacia atrás mirándome—. Molesta, ¿eh?

—Era diferente. Él se puso en medio porque es un inconsciente. Eleanor te salvó la vida en otro sentido.

—Llámale —me ordena—. Si no lo haces antes de regresar a casa, te juro que cojo el avión esta noche y empiezo a hacer todo lo que tú hiciste con Eleanor. Y yo no me lo llevaré al maldito Rose Garden en una pataleta que casi acaba en un desastre.

— ¡Zucca! —protesto.

—Llámale —me ordena señalándome—. Porque sino, además de eso, voy a quitarte las tarjetas de crédito.

—No puedes. El resto te suplicaría que me las devolvieses —le recuerdo.

—Algo me dice que estarían dispuestos a aguantarte para que llames de una vez a Remington.

— ¡Juegas sucio!

—Espera a que veas la cuenta en *Pinterest* que me he creado con ideas para tu boda —me molesta y se ríe.

Después se va y no puedo seguirle. Solo espero que esa felicidad le dure un poco más, y sé que se divertirá contándole esto a Eleanor. Espero que lo haga, vaya. Cuando se va, miro de nuevo el precioso ángel. Necesitamos un banco. Sí, tengo que organizarlo. De hecho, voy a llamar a Benedetta para que me distraiga con su carta y para que me dé fabulosas ideas...

Pero cuando cojo mi móvil no hago nada.

Bueno, hago lo que pensé que jamás haría. Él ya debería estar en casa, o en alguna de las mil actividades que hace en su tiempo libre. Ahora no se da cuenta, pero eso poco a poco también desaparecerá.

— ¿Hola?

Está escuchando *If I Can Dream*. Sí, sí lo es. La voz de Elvis es inconfundible.

— ¿Hola?

— ¿Llamaste a mi favorito?

Ahora escucho la voz de Elvis Presley con la risa feliz de Remington van den Heever.

— ¿Estás escuchando *If I Can Dream*?

—Hola, Gray —me saluda—. Sí, es esa.

Pero no está en su lista de reproducción de Elvis. De hecho, era otro defecto que intenté buscarle porque esta canción es una maravilla.

—Si estás recordando que no está en mi lista de Elvis, además de asustarme con eso porque da miedo, te explico que es porque acabo de escucharla por primera vez en mi vida.

— ¿Cómo puede ser eso posible?

—Porque la música de Elvis me recuerda a mis padres, y a veces bloqueo esos recuerdos porque son demasiado —añade.

—Deberías añadirla.

— ¿Te gusta Elvis Presley? —me pregunta y escucho su sonrisa.

—No te pongas en plan repelente. Es una maravilla de cantante que le da mil vueltas a ese trap impronunciable que escuchas y con mensajes francamente preocupantes para las futuras generaciones.

—No me sorprende que te guste Elvis —defiende—. Y no te metas con mi música que no todo el trap habla de lo mismo.

—No me despistes. ¿Llamaste a mi favorito?

—Eres tú el que hace preguntas.

—Contesta.

—Sí.

—¿Cuándo? ¿Por qué? ¿Por qué no presumiste como el sabelotodo que eres cuando...? —le pregunto—. Espera... cuando le conociste ya sabías que él intentaría intimidarte. Ya le conocías y sé que él te avisó que haría eso.

Cuando empieza a reírse, creo voy a abrir mi propia carpeta en *Pinterest* que tengo solo para las torturas a Zucca.

—Solo como apunte —dice todavía riéndose—, me acojonó de verdad.

—Por supuesto que lo hizo. Es mi favorito por algo.

—Da miedo —acepta riéndose—. Pero te adora, Gray.

—Deja de llamarme así —le ordeno—. Hablaste con él cuando estabas en el *Piazza Roma* y por eso él te dejó ir, ¿no?

—Sí —afirma.

—Dile a Moretti de mi parte que voy a ir a por él en cuanto termine esta llamada.

—Se lo diré cuando le vea —me molesta.

—¿No estás con él? —le pregunto y debería haberme asegurado de ello ya.

—No —rechaza—. ¿No has hackeado mi móvil? ¿Debería sentirme ofendido?

—Sabelotodo.

—Repelente —replica—. Estoy en el taller.

—¿Todavía estás trabajando?

—¿Ahora te preocupas porque me exploten en el trabajo?

—Contesta.

—No he sido muy productivo estas semanas, la verdad. Así que... estoy recuperando el tiempo perdido, y que sé que no van a echarme, pero no me la voy a jugar.

El cuadro. Ha estado pintando el cuadro.

—Es maravilloso —elogio—. Gracias.

—¿Qué te ha sorprendido más: que te lo hiciese, o que supiese cómo hacerlo?

—¿Incluso cuando te doy las gracias tienes que ser un repelente?

—No esperes estas cestas carísimas que me mandas —replica—. Gracias por eso, pero detente ya.

—Lo haré si me apetece y no porque tú me lo digas.

—Contesta.

—No has dado una clase de dibujo en tu vida —defiendo.

—No puedes averiguarlo todo de mi vida con un ordenador, un montón de dinero, y un ejército de gente que tendrá algo mejor por hacer que analizar mi vida.

—He doblado el equipo que se encarga de buscar cada detalle de tu vida, por lo que no me retes que sabes que voy a ganarte.

—Joder.

Y se calla.

—Espera...

Ya me extrañaba.

—¿Crees que eso me asusta?

—Sé que lo hace —defiendo.

—No —rechaza—. ¿Has doblado ese equipo de hormiguitas que te consiguen la información?

—añade y escucho su sonrisa y es como si pudiese ver sus hoyuelos también—. Gray, ¿puedes rendirte ya de una vez y me preguntas esto en una cita como personas normales?

—No soy una persona normal.

—Soy muy consciente de ello, pero todavía puedes tener una cita conmigo.

—Deberías alejarte.

—Entonces, ¿vendrás al partido con Brayden?

—Aléjate de mis hermanos también.

—Dijiste que ellos podían elegir, y que yo podía tener una relación con ellos. Además, puedes tener a tu ejército buscando detalles de mi vida, pero tus hermanos todavía son adultos y todavía no cumplen tus órdenes.

— ¿Quieres retarme a ello? —le pregunto—. Porque no tienes ni idea de lo que puedo hacer hasta que te aborrezcan y ellos te alejen de mi vida.

—Muy bien —acepta—. Si no quieres aceptar tener una cita conmigo, voy a hacer que tus hermanos nos la organicen. De hecho, tu hermana, porque perdí ese partido de tenis, así que ella tiene que organizarnos una cita.

—Ni se te ocurra.

— ¿No decías que podías convencerles de que deben odiarme? A ver quién lo consigue antes: tú consigues que ellos me alejen, o yo les convenzo para que nos organicen una cita.

—Remington, ni se te ocurra...

Me ha colgado. El idiota me ha colgado y cuando le llamo no contesta. Ignora mis mensajes también y mientras reviento su bandeja de entrada me llega uno a mí.

Madison: *Remington me ha pedido que te organice una cita con él. Prepárate para saltar en paracaídas con él, Gray.*

Ni siquiera pierdo el tiempo en ella, porque ahora llamo de nuevo y sí me contesta.

—Si en vez de ser un cabezón repelente y orgulloso hubieses hecho lo que te he suplicado, ahora tu hermana no estaría organizando nuestra cita.

—Madison no va a organizar nuestra cita.

— ¿Por qué no? Me encanta tu hermana. Además, sé que es un jodido privilegio que Madison Luzio me adore.

—No te adora.

—Sí lo hace. ¿Quieres que apostemos de nuevo y le pido a tu favorito que nos organice la segunda?

—Quieto.

—Puedo hablar contigo y mandarle un mensaje al mismo tiempo.

— ¡Lo digo en serio!

Y se calla finalmente.

—No voy a saltar contigo en paracaídas —le aviso y se ríe—. No hago estas cosas por diversión. Las hago cuando no tengo otra y no es precisamente divertido. Pero es la vida que vas a tener ahora, y será mucho peor si sigues insistiendo en esto.

— ¿Por qué no me dejas decidir a mí?

—Porque eres un inconsciente, y descerebrado, un idiota cargado de adrenalina y hoyuelos que...

— ¿Tan raro te parece que quiera tener una oportunidad de conocerte y pasar el rato contigo?

—Es peligroso.

—Tus hermanos no viven en un monasterio de monjes tibetanos precisamente —me replica.

—Lo digo en serio.

—Yo también.

Ahora yo le cuelgo la llamada porque es desesperante. Pero acepto la suya cuando me llama él esta vez.

—Por favor —me pide—. En serio, esto ya es un récord mundial en arrastrarme. Y no me vas a ganar en esto, Gray, pero no estoy bromeando y no lo hago por la adrenalina.

—Cálmate.

—No me importa ir despacio.

—Lo digo en serio.

—Yo también —imita—. Estoy aquí, sabes perfectamente qué voy a estar haciendo, así que cuando quieras, coges ese avión que debes tener y vienes. Te prometo que me pongo un traje incluso si quieres.

—No —rechazo—. Solo vamos a empezar... así.

—De acuerdo.

—Y ahora tengo que dejarte.

—De acuerdo.

—Y no empieces a llamar a mis hermanos.

—De acuerdo.

—No bromeo. No sonrías con esa sonrisa de hoyuelos. Y no...

—Así que ese va a ser tu apodo para mí. ¿Hoyuelos? —añade y escucho esa sonrisa.

—Adiós.

—Adiós, Gray.

Le cuelgo la llamada porque me falta el aire. Después respiro lentamente porque me siento hasta mareado. Y tengo la necesidad de quitarme la corbata porque él hace eso. Cuando miro el brillante ángel, con las enormes alas protectoras, intento calmarme más con eso. Pero mi móvil pita.

Remington van den Heever: *¿Cuál es tu canción favorita de El Rey?*

No quiero, pero es que tengo que contestarle. Y él me manda los emoticonos, *emoticonos del emoji que se ríe con lágrimas de la risa incluso*, y me llena la pantalla con esos horribles dibujos amarillos. Lo hace porque me ve en línea y sabe que estoy intentando reprimir mi necesidad de contestarle y tener la última palabra.

Grayson: *Can't Help Falling in Love*

Remington van den Heever: *Típico*

Grayson: *Sabelotodo*

Remington van den Heever: *La mía también*

Y definitivamente necesitamos un banco aquí, porque no sé cuánto rato estoy hablando con él intercambiando mensajes de texto, pero me canso y me apoyo en la base de la estatua para tener también su compañía.

nota del autor

Querido lector:

Por fin, por fin, y por fin este libro es vuestro ya. Ha sido tan difícil no explicar que Grayson tendría su libro y que lo compartiría con Remington van den Heever. Y a pesar de que el proceso de edición y publicación ha sido muy diferente a lo planeado y estuvo en riesgo durante mucho tiempo, me hace muy feliz que finalmente tengáis en vuestras manos a *La picaza de los dos hoyuelos*. Como siempre, voy a intentar cerrar este libro con algunos comentarios de lo que acabamos de leer, y espero hacerlo de la manera más ordenada posible porque esta, seguramente, es la nota del autor que más ilusión me hace de escribir.

Hemos estado esperando la felicidad de Grayson durante doce libros. Desde el primero se convirtió en el personaje favorito por excelencia, no le faltan argumentos para ello, y a pesar de que sí le hemos visto feliz en muchos momentos, porque lo ha sido, también hemos sufrido muchísimo con él. Así que, como dije en la dedicatoria, este libro es para todos los que hemos ansiado esa felicidad para Grayson.

Y en *La picaza de los dos hoyuelos* ha llegado su momento para tener voz y protagonismo absoluto en la historia. Cuando publiqué *El vals del ángel de esmeralda* el comentario más repetido fue que la historia entre Grayson y Remington van den Heever necesitaba más capítulos. Con el final del duodécimo libro de la saga era evidente que Remington no se iba a ninguna parte y que su historia con Grayson apenas empezaba, pero os escondí un pequeño secreto. De hecho, lo hizo Brayden. Si os fijáis en el epílogo de ese libro, y también de este, Brayden le dice a Grayson: “¿Pero qué te ha escrito, un libro? No me extraña que tengas el cabreo que llevas encima”. Lo que más me divierte es que escribí eso sin premeditación alguna, porque cuando acabé *El vals del ángel de esmeralda* no supe que semanas más tarde escribiría *La picaza de los dos hoyuelos* en unos días de absoluta locura y frenesí creativo. Así que supongo que Brayden de alguna forma lo supo antes que todos, también antes que yo.

Desde que Remington apareció en el duodécimo libro de la saga supe que tendría un fuerte impacto en la historia de los Zuccarelli y, en concreto, en la de Grayson. Era una maravilla escribir sus interacciones que tienen a lo largo de *El vals del ángel de esmeralda*. Sin duda alguna, son mis partes favoritas cuando releo ese libro, y supongo que por eso necesitaba mucho más. Así empezó *La picaza de los dos hoyuelos* y, de hecho, cambié algunas cosas de *El vals del ángel de esmeralda* cuando ya tenía ambos libros escritos porque cuando me metí dentro de la mente de Grayson y de la de Remington quise hacer algunos cambios.

Espero de corazón que este libro os haya gustado porque, aunque es verdad que fui muy feliz escribiéndolo, después empezaron a surgir las dudas. Oficialmente es el primer *spin-off* de la saga y la primera vez que estamos metidos en la historia de los Zuccarelli sin la perspectiva de Eleanor. Es verdad que otros Zuccarelli han sido narradores ya (lo de Jaxson está pendiente, lo prometo), pero en este libro es la primera vez que Eleanor ha sido una voz secundaria y también fue un poco extraño para mí.

Supongo que no hace falta que lo confirme nuevamente, pero allá vamos: Remington van den Heever va a quedarse en la historia de los Zuccarelli a largo plazo. Es el único spoiler de futuro que puedo daros y, como a estas alturas ya me conocéis, sabéis que la historia de Grayton será una montaña rusa como lo es también la de los Zuccarelli o la de Ele y Jax, pero ya tienen su

historia y van a tenerla en los próximos libros.

Y ahora sí, voy a intentar ordenar todo lo que quiero contaros por aquí porque me va a costar un poco debido a la emoción. Gracias a este libro podemos saber cómo se conocieron Grayson y Remington y el desastre que fue eso. Espero haber plasmado bien que, si su primer encuentro es una catástrofe, es debido a que ambos, pero especialmente Grayson, se ponen muy nerviosos en cuanto sienten la evidente atracción instantánea que tienen el uno por el otro. Personalmente me gusta que no solo sea física, algo que podría parecernos así cuando conocimos a Remington en el libro doce de la saga. Ya no es solo que son polos opuestos que se atraen, que Grayson es el hombre más hermoso del mundo como se menciona siempre en la saga, o que Remington van den Heever sea un bombón para babear también. En ese primer encuentro ya tenemos algunas cosas que evidencian que hay más que la atracción física que sienten el uno por el otro. Por ejemplo, Grayson hace cosas imprevisibles como sentarse en un banco público o entrar una cafetería que no es ni de las familias. Y Remington se sienta a hablar con su hermana Nik para hablarle “del tío en traje de tres piezas con un *Phantom* y bolsas de lujo”, pero también “del de la libreta de la picaza”. Hablaré de la hermana de Remington más tarde, pero es un detalle importante que él en ese momento ya quiera contarle que se ha fijado en Grayson.

Después del desastroso primer encuentro de Grayson y Remington, el segundo se va a su casa y allí está Gianmarco Moretti. Espero de corazón que en este libro hayáis podido conocer un poco mejor a Gianmarco Moretti porque, comprensiblemente por su amistad con Remington, creo que le hemos conocido más en este libro que en todos en los que ha salido de la saga. Y si pensáis en cómo era el Gianmarco Moretti de *La catedral de los ilegítimos* es casi surrealista que ambos sean la misma persona. Pero necesitaba que Gianmarco tuviese un fuerte peso en esta historia porque él y Remington son amigos. De hecho, son más amigos de lo que Jaxson y Gianmarco lo son. Él mismo lo dice en este libro, que ya no son tan cercanos como lo fueron hace unos años, pero sí es un buen amigo para Remington. De hecho, creo que es un buen amigo para Grayson de alguna forma también, porque Gianmarco está colaborando muchísimo en su historia y lo hemos visto en este libro.

Otra que está indudablemente ayudando a los Grayton es Elise. Que Elise White es la definición por excelencia de lealtad y eficiencia ya lo sabíamos porque llevamos toda la saga comprobándolo una y otra vez. Pero siempre la hemos visto muy cercana a Jaxson, comprensiblemente, y a Eleanor. En este libro se demuestra que es fiel a toda la familia Zuccarelli y, en mi opinión, tiene una de las mejores frases de todo el libro cuando le lleva la cesta de comida a Remington y este le pregunta si son unas disculpas baratas por parte de Grayson: “Definitivamente no son baratas en absoluto, señor Van den Heever. Y el señor Luzio es más original con sus venganzas”. Más tarde, ella ayuda a Grayson de nuevo con la noche en el restaurante, y descubrimos que ambos han catalogado trajes de Elise con nombres como “El traje Berlín” o “El traje Cora”, lo que demuestra que tienen una relación muy estrecha también.

Si regresamos a la cesta de comida, cuando se publicó *El vals del ángel de esmeralda* Grayson le explicó a Eleanor que le mandó una cesta de comida a Remington para pedirle perdón. Pero no sabíamos los detalles del momento, ni que esa no fue la única que le mandó. Y me parece muy divertido que Remington intente resistirse a ellas y que no pueda hacerlo. Resume muy bien lo que también le ocurre con Grayson.

Asimismo, Remington nos enseña una parte de cómo es entrar en las familias. Por evidentes motivos, Eleanor tuvo su manera especial de hacerlo, y Remington técnicamente también tiene la suya, pero vemos algunas cosas que con Eleanor no vimos. Por ejemplo, la primera vez que Remington va de visita a la casa de Malibu, tiene que pasar por un proceso de seguridad. Esto

también nos permite ver que “ser amigo de” va a traerle consecuencias en su nueva vida, como repite Grayson incansablemente, por cierto, y ser el que le ha salvado la vida a Grayson Luzio también lo hará. Pero Remington por el momento se defiende, y tiene esa personalidad que hace que incluso esos guardias le deban un favor porque les ayuda con el coche. Allí también conoce a Cruz, y gracias a la mirada de Remington podemos conocer al antiguo *Red Shadow* con algunos detalles más.

Si la entrada en las familias es un proceso muy diferente para Remington de lo que lo fue para Eleanor, la vida que Remington tiene fuera de ellas también es muy diferente a la de Eleanor. Ella llegó a Oregon completamente sola, porque a lo largo de la saga ella ha mencionado amigos, familia lejana y conocidos de su vida de Florida, pero realmente no tenía a nadie en su casa cuando se mudó. Remington es lo opuesto. Y para no saturar esta historia y este libro, en *La picaza de los dos hoyuelos* solo hemos conocido un ápice de lo que es la vida de Remington en California. Sí sabemos que está unido a su familia, y que además de extensa es complicada como todas; que tiene una agenda social llena; que trabaja en varios trabajos y no necesariamente por dinero; que se apunta al plan que sea; y que si no hace una cosa está haciendo otra. Como digo, para no saturar este libro solo hemos conocido una pequeña parte de su vida y de las personas que forman parte de su entorno, pero es algo opuesto a la vida de los Zuccarelli y, en consecuencia, a la de Grayson. Y como dice este, va a tener que mentir a muchas personas sobre el nuevo rumbo que ya está dando su vida.

A quien Remington no le miente es a su prima Gabby. De nuevo, para no saturar la historia, sabemos poco de la prima de Remington a estas alturas, pero ella no solo es cercana con Rem, sino que también lo es con Gianmarco. Es la única persona de su entorno que conoce la verdad ahora mismo, y parece un apoyo para Remington, e incluso una más que está a favor de la historia de los Grayton.

Remington, por el contrario, sí le esconde todo a su madre: Olympia van den Heever. A ella solo podemos conocerla en el último capítulo que narra Remington, pero espero haber plasmado bien que la relación de madre e hijo es muy cercana. De momento, Remington no quiere ni decirle el nombre del “chico que le gusta”, pero ella sabe que ocurre algo e, indirectamente, le da la idea del cuadro a Remington. Regresaré a lo del cuadro más tarde, pero el agradecimiento que Remington siente por sus padres adoptivos, el vínculo que tiene con ambos, sobre todo con su madre, y lo poco que hemos visto de su relación explica mucho por qué Remington es cómo es. Y descubrimos que Olympia van den Heever tiene una perra que se llama Prada. Grayson ya sabe esto, pero no ha salido oficialmente en la historia, y será divertido.

En *La picaza de los dos hoyuelos* también podemos conocer un poco más los fuertes apoyos de Grayson. La ausencia de Jaxson es notable por todo lo que sabemos que está ocurriendo en *El vals del ángel de esmeralda* e incluso así, Jaxson y Grayson tienen un capítulo en la salita de la habitación de la clínica en la que son de nuevo ellos dos como les hemos conocido siempre. En cuanto Jaxson escucha que Grayson quiere cambiar las cortinas de la habitación de Vittoria ya sabe que ocurre algo con su favorito y lo adivina con facilidad. Pero por evidentes motivos, Jaxson ha sido el gran ausente en este libro. No puedo entrar más en ello porque tampoco es el momento, pero ya lo vimos en *El vals del ángel de esmeralda* y ya lo dice el propio Jaxson: mientras él y Ele están en un momento muy difícil de su relación porque obviamente la presencia de Vittoria ha provocado muchos cambios en su matrimonio, Grayson está en las nubes con Remington. Y por eso Eleanor también tiene poca voz en este libro. Como os digo, esto fue raro porque yo también estoy acostumbrada a meterme en la historia de los Zuccarelli desde la perspectiva de Eleanor, pero tiene sentido porque ella ahora mismo no está muy bien y lo nota

incluso Remington. Y aún así Ele tiene sus momentos en los que se demuestra por qué ella y Grayson, que muchas veces parecen menos amigos de lo que dicen que son, sí tienen un vínculo muy especial.

En ausencia de sus favoritos, Grayson ha empezado una bonita relación que ya intuimos en *El vals del ángel de esmeralda* y que Ele ya había predecido desde hace unos libros. Grayson y Benedetta son amigos. Ya no es que tengan intereses comunes, que hablen en ese idioma que nadie entiende y con formalidades extremas. En este libro vemos que ellos dos se convierten en amigos durante este verano juntos en California. Sé que voy un poco lejos, pero en el undécimo libro de la saga, Eleanor le pide a Benedetta que vaya con ellos a California para estar todos juntos, y ellas dos han tenido muchos momentos en este verano en California, pero la presencia de Benedetta ha conseguido que ella y Grayson empiecen una bonita amistad. Esto tenía que llegar algún día, pero ha llegado ahora. Y estos dos no se coordinan solo en ropa, porque ha sido en este verano, ha sido en California, y ha sido simultáneo: han conocido a una persona opuestamente diferente a ellos, pero que les atrae en muchos sentidos. Porque mientras Grayson y Remington están en sus batallas constantes, Benedetta y HR están en algo... que ni siquiera sabemos qué es. En cuanto a Benedetta y HR, lo que sí sabemos gracias a este libro, y que no sabíamos en *El vals del ángel de esmeralda*, son dos cosas: que HR vino a la casa de Malibu después del accidente de coche y el secuestro de Eleanor porque estaba preocupado por Benedetta, y la defendió; y que le ha escrito una carta que Benedetta recibe y lee al final de este libro. No puedo contar más porque esto naturalmente es parte del puente entre este libro y el décimotercer libro de la saga, pero Grayson ya sabe, y ahora nosotros también, que Benedetta ha recibido esa carta. Y esto demuestra, una vez más, que ellos dos ahora ya son amigos.

Otro argumento a favor de la amistad de Grayson y Benedetta es cuando ella le ayuda incansablemente a mantener las formas con Remington, y eso empieza antes del partido de tenis, que es también la primera vez que ellos dos se tutean. El partido de tenis casi merece más páginas de las que tiene porque fue algo que disfruté muchísimo cuando lo escribí. De hecho, es de mis capítulos favoritos de *El vals del ángel de esmeralda* precisamente gracias a este libro, porque le añadí más de lo que realmente era en cuanto me metí en la cabeza de Grayson. No solo es un momento de diversión que anhelábamos por lo que estaba ocurriendo con Vittoria y Easton, sino que está cargado de detalles que ahora podemos conocer un poco mejor gracias a *La picaza de los dos hoyuelos*.

En primer lugar, está la apuesta de Madison y Grayson, que es un sinsentido si lo analizamos bien, pero es algo que Madison organiza para molestar a Grayson. Y también lo hace para vengarse, algo que descubrimos en este libro, porque Grayson en su día hizo lo mismo con ella y Tyler. La apuesta es una encerrona lo mires por donde lo mires, pero da un giro cuando descubrimos que Remington sí sabe jugar al tenis y además se defiende muy bien en ello. Al final el partido o la apuesta es lo de menos porque quien realmente gana ese día es Remington: no importa todo lo que los Zuccarelli tengan de él, ha podido esconder que sí sabe jugar al tenis y además consigue que todos se rían y se diviertan con eso.

En este partido también vemos algo que nos perdimos en *El vals del ángel de esmeralda*: la primera vez que Remington llama “Gray” a Grayson. Me encanta el momento, y también que hayamos podido verlo de la misma forma que en su día vimos ese “Ele” de Jaxson a Eleanor en el campus. Desconocemos cuándo empezó Tyler con el “Mads” y Madison, pero con esos dos y su historia admito que es un mundo aparte. Precisamente en medio del caos del partido también vemos que Grayson contraataca, obviamente, y se defiende con una amenaza hacia Madison de contar lo que ocurrió en el Club Esquisse. Nos quedaremos con la duda, por ahora, pero pocas

personas pueden conseguir que Madison se rinda y una de ellas es su hermano mellizo.

Precisamente, ver la relación de Madison con Grayson desde la perspectiva de él ha sido una maravilla. Ya era evidente en *El vals del ángel de esmeralda*, pero la aparición de Remington ha causado que Madison y Grayson parezcan lo más... mellizos que les hemos visto nunca. Me cuesta explicarlo porque lo entiendo mejor cuando veo cómo se comportan el uno con el otro, pero es evidente que Remington es un puente de unión entre ellos. Y sí, que Madison Luzio adore a Remington es un privilegio.

Pero no solo es Madison. Eleanor se queja, bromeando siempre, pero tiene razón, que los demás no solo aceptan a Remington en su círculo, sino que además hacen lo que sea para crear más lazos con él. Y en este libro vemos más momentos que nos perdimos en *El vals del ángel de esmeralda*. Seguramente, uno de mis favoritos es cuando Grayson, Eleanor y Benedetta se van a Sky y Remington acaba de recibir la aceptación formal de Grayson para entrar en las familias. Madison, Tyler, Brayden y Gianmarco, quien también está por allí, ayudan a Remington para que vaya a perseguir a Grayson. Me divierte muchísimo ver a Remington perdiendo la cabeza porque la locura de los Zuccarelli le abruma. Tyler está con lo de “buena suerte con los Luzio”, Brayden le da un móvil con instrucciones para llegar a Sky, mientras hablan de un nuevo *Ferrari* que le han regalado a Letta, Madison está alterada, pero a la vez emocionada, y también amenaza a Remington, pero le deja su coche, y le amenaza otra vez, y suelta una frase romántica en medio de todo, lo que consecuentemente hace que saque sus cuchillos y Remington finalmente ve que ella sabe defenderse con ellos... Es un caos, el caos Zuccarelli, de hecho, y es un momento que nos perdimos y que ahora tenemos gracias a Remington.

Otra situación que nos perdimos en *El vals del ángel de esmeralda*, de forma casi completa, por lo menos, es al accidente de coche. Gracias a Remington podemos ver qué ocurre, cómo se organizan los equipos, desde dónde les atacan, y sobre todo, la interacción entre él y Grayson. Ya sabíamos que en medio del caos estos dos se pelean como siempre, pero ahora tenemos un poco más. Irónicamente, un momento que para la trama de la historia es muy angustiante, siempre que lo releo me saca una sonrisa gracias a Grayson y Remington. Y si el accidente me gusta, lo que ocurre después de este todavía más. Porque sabíamos que Remington le salvó la vida a Grayson recibiendo esa bala por él, pero no que Grayson también le salvase la vida de vuelta porque le sacó la bala y le hizo un torniquete con su corbata. El momento de “Me imaginaba a mí mismo quitándote la corbata, Gray” me saca una sonrisa cada vez que lo releo. Lo que ocurre después también, cuando Grayson intenta salir de casa sin que lo sepa Remington, y él lo descubre, nuevamente gracias a Madison. Esa charla en el garaje, en la que se pelean de nuevo, pero de una forma muy diferente por todo lo que ha ocurrido, la tengo muy presente. También porque en medio de eso aparece HR preocupado por Benedetta y ya hemos comentado que es otra cosa que no sabíamos y que nos perdimos en *El vals del ángel de esmeralda* en ausencia de Eleanor, y porque realmente nadie le ha contado esto.

De la misma forma que a Eleanor no le contaron, e inicialmente no lo sabían los demás tampoco, que Grayson encerró a Remington y a Gianmarco en ese hotel de lujo para protegerles después del accidente. Deducimos que el protocolo de protección está pensado para evitar represalias, pero Remington tiene razón y el sistema de protección no implica hoteles de lujo y más cestas de comida. También sabemos que Grayson manda personal de enfermería para que se encargue de los cuidados de Remington, e incluso llama a Gabby, la prima de Remington, para ponerla de su parte, entre otras muchas cosas que hace para controlarlo todo (¿A quién os recuerda, eh?).

En el *Piazza Roma* también ocurre algo que nos perdimos en *El vals de la esmeralda* y que

tiene máxima importancia en la historia de los Zuccarelli: Remington llama a Jaxson para presentarse. Y Jaxson no solo está feliz con esa llamada, sino que le ayuda, y además le avisa de que intentará intimidarle. Incluso con aviso, Jaxson sí intimida a Remington, pero esa llamada es el inicio de su relación y es un momento trascendental.

Admito que cuando escribí el regreso de Remington y Gianmarco a la casa de Malibu estuve a punto de involucrar a Eleanor y de esa forma hubiese salido en *El vals del ángel de esmeralda*. Pero elegí que estuviese descansando, y no solo porque realmente lo necesitaba en ese punto de la historia, para que eso formase parte de *La picaza de los dos hoyuelos*. El alivio de los Zuccarelli cuando llega Remington es cómico, el estado de histeria de Grayson incluso más, y verle a este sorprendido porque Remington está en la casa y él no lo sabía es una maravilla. También descubrimos que Remington, por consejo de Jaxson, ha traído un regalo para Alice, ese puzle que sí vimos en *El vals del ángel de esmeralda* y que causaba esa irritación de Grayson, que ahora comprendemos mejor, porque se lo ha regalado Remington a su niña. Me encanta todo el capítulo, la verdad.

La discusión final de Grayson y Remington ya la vimos en *El vals del ángel de esmeralda*, y de aquí solo quiero destacar la confusión de emociones de Grayson, y que creo que lo más importante desde su perspectiva, además de lo que ya sabemos, es ver cómo él mira la interacción entre Jaxson y Remington. Ya sabíamos cómo acababa ese momento, pero me gustó tener ese enfoque.

El último capítulo que narra Remington quise llamarle el “Epílogo de Remington” para diferenciarle del que narra Grayson, porque este capítulo cierra lo que hemos visto de Remington y de su vida. Sí sabíamos que Eleanor y Easton van a buscarle a ese taller mecánico para convencerle de que luche por su relación con Grayson, pero naturalmente no vimos que ese mismo día Remington tiene más personas que, de forma directa o indirecta, le animan a hacer lo mismo. Primero lo hace Gabby, que ahora que sabemos que Grayson le llamó, es un apoyo para Remington en esta historia con Grayson más de lo que ya lo era. Y conocemos un poco más de esta chica y más familiares de Remington. Después Remington nos lleva a su casa familiar y conocemos a Olympia van den Heever. Como he dicho, escribir ese momento entre ellos dos fue divertidísimo porque era como si los tuviese delante. Admito que estoy deseando que Olympia van den Heever aparezca más en esta historia. Y es ella quien le da la idea del cuadro a Remington.

Hablaré del maravilloso cuadro en un momento, pero permitidme que antes haga hincapié en una persona que se menciona en cuanto Remington se decide a pintar el cuadro para Grayson: su hermana Nik. Gracias a Eleanor ya sabíamos que Remington perdió a su hermana de forma trágica, porque se mencionó en *El vals del ángel de esmeralda*. No teníamos muchos detalles entonces, ni tampoco ahora, pero sabíamos que Nik era su hermana y que él la perdió hace unos años. Y Grayson, también en *El vals del ángel de esmeralda*, cuando le explica a Eleanor que vio a Remington antes de conocerse, le dice que una de las cosas que le fascinó fue verle feliz hablando por teléfono. Se refiere al momento cuando Remington se sienta frente a esa cafetería y ahora sabemos que esa llamada en realidad era un vídeo para su hermana. Gracias a *La picaza de los dos hoyuelos* conocemos que esos vídeos son parte de la terapia de duelo, para que Remington pueda contarle a su hermana lo que se está perdiendo. Por eso he dicho que es tan importante que en ese momento, cuando Remington ve a Grayson lo que haga sea llamar a su hermana de la forma en la que puede hacerlo. Necesita contarle esto a Nik, algo que después no podrá hacer porque Grayson le confunde tanto que le desconcierta en ese sentido también. Es Gianmarco el que le dice que si no ha podido contárselo a Nik es por algo. De hecho, solo vemos

a Remington hablando en esos vídeos con Nik en dos ocasiones, y no es solo por exigencias de la trama o del libro, sino que realmente solo hay dos vídeos desde que Remington conoce a Grayson hasta el momento final de este libro. El primero es cuando le conoce. Y el último cuando acepta que no tiene que encontrarle una explicación a por qué le gusta tanto Grayson, sino que lo que tiene que hacer es aceptarlo y luchar por su felicidad. Es a Nik a quien le cuenta que va a pintarle ese cuadro, y es un detalle muy importante porque ya intuimos lo importante que ella sigue siendo para él y el fuerte impacto que ha tenido en su vida.

Y ahora sí: el momento del cuadro, que técnicamente ya sabíamos que existía porque lo vimos en el epílogo de *El vals del ángel de esmeralda*, pero ahora ya sabemos más detalles. También podemos leer la carta de Remington al completo, en la que él es tan... Remington, que por eso me parece una carta tan especial. Me encanta el inicio con eso de “Gray, eres un idiota, pero eres un idiota con el que me río mucho y en el que no puedo dejar de pensar”. El epílogo en sí de este libro me gusta porque nos da más detalles de lo que ya vimos en *El vals del ángel de esmeralda* y nos da algunos ápices de lo que ocurrirá en el libro trece de la saga, pero de eso no puedo hablar todavía.

El capítulo extra seguramente me lo sé de memoria porque regreso a él muchas veces. Lo analizaría frase por frase, pero tampoco puedo hacer eso ahora, aunque supongo que me gusta porque confirma, una vez más, que la historia de los Grayton está apenas empezando.

No hace falta deciros otra vez que he sido muy feliz escribiendo este libro. Quería que llegase con vosotros en enero de este año, pero no pudo ser, y quizás fue así porque en este momento de mi vida necesitaba publicar este libro y disfrutar de nuevo con él. De alguna forma se ha convertido como en mi libro confort en el que voy a regresar una y otra vez. No sé si me animaré de nuevo a escribir desde la perspectiva de Grayson y Remington, porque además acabo de terminar el libro catorce de la saga y no me faltan ideas para el quince, pero sin duda alguna no cierro la puerta a ello porque ha sido un honor ser partícipe del inicio de la historia de Grayson Luzio y Remington van den Heever.

Muchísimas gracias de corazón por tanto cariño y por insistir una y otra vez en que Grayson merecía su historia, su persona, y su felicidad. Espero que hayáis disfrutado muchísimo con ellos y, en un mes, les veréis de nuevo en el nuevo libro de la saga de *Los Zuccarelli*.

Hasta entonces, cuidados mucho y que seáis muy felices en compañía de los vuestros.

Un saludo,

Mar B. Prat

Página web: www.marbprat.com

Instagram: @thezuccarelli

Facebook: /TheZuccarelli

Twitter: @TheZuccarelli

Goodreads: Mar B. Prat

Wattpad: @marbprat

libros de la saga

La saga de *Los Zuccarelli* contiene los siguientes títulos por orden cronológico de publicación y de lectura:

1. *Los Zuccarelli*, publicado el 20 de junio de 2018.
2. *Sangre de una estrella violeta*, publicado el 20 de diciembre de 2018.
3. *Setenta millones de mariposas*, publicado el 20 de junio de 2019.
4. *La reina de azúcar*, publicado el 20 de diciembre de 2019.
5. *Aunque él no lo sepa*, publicado el 20 de junio de 2020.
6. *Sonata nº7 en sol menor «El informante»*, publicado el 20 de diciembre de 2020.
7. *La catedral de los ilegítimos*, publicado el 20 de junio de 2021. Está formado por tres libros:
 1. *Si escondes un doble secreto*
 2. *Busca la catedral de los ilegítimos*
 3. *Y podrás regresar a casa*
8. *Heredera de la herradura en el hielo*, publicado el 20 de enero de 2022.
9. *Avenida de lo que fue y del porvenir*, publicado el 20 de junio de 2022.
10. *La orden del décimo faro*, publicado el 20 de diciembre de 2022.
11. *Treinta años en treinta días*, publicado el 20 de junio de 2023.
12. *El vals del ángel de esmeralda*, publicado el 20 de diciembre de 2023.